

LAS AVENTURAS DEL BACHILLER TRAPAZA,

ESCRITAS POR DON ALONSO DE Castillo Solorzano.

SEGUNDA IMPRESSION.



24.



Año de 1733.

ON LICENCIA: En Madrid. A costa de
. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de
mara de su Magestad: Se hallarà en su Im-
renta, y Libreria, Calle de Santo Thomàs,
junto al Contraste.

CATHALOGO DE LIBROS entretenidos de Novelas, Cuentos, Hiſtorias, y Caſos tragicos, para divertir la ocioſidad, hecho por D. Pedro Joſeph Alonſo y Padilla, Librero de Camara de ſu Mageſtad, quien dà noticia à los Aficionados, ha reimpreſſo, y và continuando con algunos de los que aqui vàn anotados, que no los ay, y muchos no tienen noticia de ellos por el tranſcurſo del tiempo.

EN QUARTO.

1. El Soldado Pindaro, añadido al fin las Hiſtorias peregrinas, ambos por Gonzalo de Ceſpedes.
1. Gerardo Eſpañol, por el miſmo Autor.
2. Don Quixote de la Mancha, añadidos.
1. Guzmàn de Alfarache.
1. Engaños de Mugeres.
1. Soledades de la Vida.
1. Novelas de Doña Maria de Zayas.

1. Novelas de Doña Mariana de Carbajal.
1. Novelas de Montalvàn.
1. Novelas de Cervantes.
1. Novelas sin las vocales.
1. Escarmientos de Jacinto, y Novelas de Don Carlos.
1. Trabajos del vicio, y afanes del amor vicioso.
1. Argenis, y Polìarco.
1. Persiles, y Segismunda.
1. Eustorgio, y Clorilene.
1. Navidades de Zaragoza, son Novelas, y otros divertimientos.
1. Los Cigarrales de Toledo.
1. Hypolito, y Aminta.
1. Teagenes, y Cariclea.
1. Novelas amorosas de Camerino.
1. La Dama Beata, del mismo.
1. Las dos Constantes Mugeres Españolas, por Narvaez.
1. Novelas Morales, y exemplares, de Liñan y Verdugo.
1. Novelas exemplares, y prodigiosas historias, de Juan de Piña.
2. Casos prodigiosos, y Cueva encantada por el mismo Piña.
1. Varias fortunas, por el mismo Juan de Piña.

Epi-

1. Epitome de las Fabulas de la Antiguedad; por el mismo.
1. Aviso de Forasteros en la Corte de Madrid, en varias Novelas, lo que passa en la Corte, y las Posadas.
1. El Entretenido.
1. Gustos, y disgustos del Lentiscal de Cartagena.
1. La Picara Justina.
1. El Artamenes, ò el Gran Cyro; por el señor de Escuderi: son Novelas de bello estilo.
1. Niseno, y Fenisa.
1. Enigmas, y Proverbios de Herrera, que son Quisicosas.
2. Engaños, y desengaños del Amor profano: Por otro titulo, Historia del Duque Federico: es vna historia amorosa, muy discreta.
1. Intercadencias de la Calentura de Amor. Sucessos yà tragicos, y lamentables, yà dichosos, y bien logrados.
1. Relaciones de la Vida del Escudero Marcos de Obregon.
1. Deleytar aprovechando.
1. Alivio de Tristes, y consuelo de quexosos; expressado en varias Historias.
1. Dias del Jardin.
2. Soledad entretenida.

1. Amor con vista, y cordura.
1. Fortunas de Semprilis, y Genorodano.
1. El Forastero.
1. Dialogos de amor.
1. Para todos, de Montalvàn.
1. Para algunos, por Mathias de los Reyes.
1. Para sì, por D. Juan Fernandez y Peralta.

OBRAS DE FRANCISCO SANTOS, en quatro Tomos, y en ellos incluyen los Libros siguientes.

TOMO PRIMERO.

1. Dia, y Noche de Madrid.
1. Las Tarascas de Madrid.
1. Los Gigantones de Madrid.

TOMO SEGUNDO.

1. El Sastre del Campillo.
1. El Escandalo del Mundo, y piedra de la Justicia.
1. El Rey Gallo, y discursos de la Hormiga.

TOMO TERCERO.

1. El Cardeno Lyrio.
1. Alva sin crepusculo.
1. Madrid llorando.

La

1. La verdad en el Potro.
1. Periquillo el de las Gallineras.
1. El Vivo, y el Difunto.

TOMO QUARTO.

1. El No importa de España.
1. El Arca de Noè.
1. El Diablo anda suelto.

F I N.

EN OCTAVO.

1. Experiencias de Amor, y Fortuna.
1. Estevanillo Gonzalez.
1. El viage entretenido, de Agustin de Roxas, son Cuentos, Chistes, y Novelas.
1. El Pastor de Clenarda, por Miguèl Botello.
1. Historias tragicas, y exemplares, por Pedro Bobistau.
1. Historias prodigiosas, y maravillosas, por Pedro Bobistau.
1. Arrestos de Amor, que son pleytos, y sentencias difinitivas, por el Secretario Diego Gracian.
1. Las Auroras de Diana.
1. El Amor enamorado.
1. Carcel de Amor, y question de Amor.
3. La Galatèa de Cervantes, son Novelas, y coloquios pastoriles.

Ga-

1. Galatèo Eſpañol.
2. Alonſo, mozo de muchos amos.
1. Sarào de Aranjuèz, de varios Verſos, y Novelas.
1. Hiſtoria tragica de Leonora, y Roſaura.
1. Tragedias de Amor, y apacibles entretenimientos de los enamorados Ancriſio, y Lucidora.
1. La Mogiganga del guſto, en ſeis Novelas.
1. Meritos diſponen premios, eſcrito ſin la letra A.
1. Los mas fieles Amantes Leucipe, y Clitofonte.
1. Novelas, y diſcurſos Morales, con varios papeles muy chiſtoſos, por Juan Cortès de Toloſa.
1. El Diablo Cojuelo, novelas de la otra vida.
1. El Filoſofo del Aldea, en diferentes Novelas
1. Meriendas del Ingenio, y entretenimientos del guſto, en ſeis Novelas.
1. Carneſtolendas de Zaragoza, entretenimientos, y varios mores de apacible guſto.
1. Carneſtolendas de Caſtilla, que ſon Dialogos de apacible entretenimiento.
1. La Dorothea de Lope de Vega.
1. Novelas varias, por Lope de Vega.
1. Novela de Novelas.
1. Novelas Morales de Vargas.

El

1. El Meſon del Mundo, por Rogrido Fernandez Ribera.
1. Ratos de Recreacion, que ſon cuentos chiſtoſos, por Ludovico Guichardino.
1. Clavelinas de Recreacion, ſon cuentos gracioſos, por Ambroſio de Salazar.
1. Jocoſerias, burlas, veras de los deſordenes publicos, por Luis Quiñones de Benavente.
1. Coloquios, y dialogos de Pedro Mexìa.
1. Tardes apacibles, de guſtoſo entretenimiẽto, entremeſes, y bayles, eſcogidos de los mejores Ingenios de Eſpaña.
2. Entretenimientos de Damas, y Galanes.
1. El Paſtor de Iberia.
1. La Bella Cotalda, y Cerco de Parìs.
1. Ninfas, y Paſtores de Nares.
1. El Menandro, Novelas.
1. Proceſſo de Cartas de Amores, Proſa, y Verſo.
1. El Paſtor de Filida.
1. Almoneda de Vidas.
1. Soledades de Aurelia.
1. Tragicomedia de Liſandro, y Roſena.
1. Las Cuebas de Salamanca.
1. Las Aventuras de Telemaco.
2. Retiro de Cuidados, Vida de Carlos, y Roſaura.
1. Theatro Popular de Novelas morales.

So-

1. Soledad entretenida.
1. Excessos amorosos.
1. La Criselia de Lidaceli, famosa, y verdadera Historia de varios acontecimientos de Amor, y Armas, con graciosas digressiones de Encantamientos, y coloquios Pastoriles
1. La Celestina, ò Calixto, y Melibea.

LO QUE ESCRIVIO D. ALONSO DE Castilo Solorzano, todos en octavo.

1. Tiempo de regocijo, y Carnestolendas de Madrid.
1. Jornadas alegres.
1. Tardes entretenidas.
1. La Quinta de Laura.
1. La Garduña de Sevilla.
1. Huerta de Valencia.
2. Donayres del Parnaso.
1. Las Arpias de Madrid.
1. Las aventuras del Bachiller Trapaza.
1. Historia de Marco Antonio, y Cleopatra
1. Sagrario de Valencia.
1. Epitome de la vida, y hechos del Rey Pedro de Aragon, III. de este nombre.
1. Los dos Amantes Andaluces.

F I N.

OBR

OBRAS VARIAS, QUE ESCRIVIO Alonso Salas Barbadillo, entretenidas, con los titulos como se siguen, y en tomos en octavo.

1. Patrona de Madrid restituida.
1. Rimas Castellanas.
1. Triunfos de Santa Juana de la Cruz.
1. Las Coronas del Parnaso, y plato de las Musas.
1. El Licenciado Talega.
1. La hija de Celestina.
1. Escuela de Celestina, y el Hidalgo presumido.
1. El Gallardo Escarramàn.
1. La Ingeniosa Elena.
1. El Cavallero puntual.
1. Boca de todas verdades.
1. La Casa del placer honesto.
1. Don Diego de noche.
1. La Sabia Flora mal sabidilla.
1. La Incasable mal casada.
1. El Necio bien afortunado.
1. El Cortesano descortès.
1. Pedro Urdemalas.
1. El Cavallero perfecto.
1. La Estafeta del Dios Momo.
1. El Sagàz Estacio, marido examinado.

El

1. El Curioso, y Sabio Alexandro, Fiſcal, y Juez de vidas agenas.
1. El Coche de las Eſtafas.

LO QUE ESCRIVIO JUAN DE Timoneda en octavo.

1. El Patrañuelo.
1. El Cavañero.
1. Coloquio Paſtoril.
1. Alivio de Caminantes.
1. El ſobre Meſa.
1. Buen aviſo, y porta cuentos.
1. Memoria Hiſpanica.
1. Silva de varias Canciones, ò billaneſcas, y Guirnalda de Galanes.
1. El Deleytoſo.
3. Comedias en proſa.

F I N.

Donde eſte ſe ha impreſſo ſe hallarà mucha variedad de Libros exquiſitos en Caſtellano.

LI-

LICENCIA DEL CONSEJO.

TIene Licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Magestad, para poder imprimir el Libro intitulado: *Las Aventuras del Bachiller Trapaza*, escritas por Don Alonso de Castillo Solorzano.

FEE DE ERRATAS.

HE visto este Libro, intitulado: *Las Aventuras del Bachiller Trapaza*, escritas por Don Alonso de Castillo Solorzano, y està fielmente impresso, y corresponde con su original. Madrid 8. de Junio de 1733.

Lic. D. Manuel Garcia Alessòn.
Corrector General por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Consejo à seis maravedis cada pliego, como consta de su original.

PRO-

PROLOGO
AL LECTOR.

QVè importa (Lector amigo) que yo me valga en este Prologó de los epitectos que dàn los Escriptores de Libros, en llamar à los que los leen, pìos, amables, y bien intencionados, sin conocerlos, pareciendoles, que aquellas gratulaciones captan su benevolencia. Yo veo que en esto se cansan, pues si tienen lo que les atribuyen, sabràn vsar de ello por su benignidad, y si les falta no degeneraràn de su condicion. Tu, Lector, veras lo que tu quisieres en tu retiro, ò en la publicidad, donde leas este trabajo: si le censurares, no te han de acusar por ellò a la Inquisicion, ni menos perjudicas la Obra, pues no es Chronica, ni Libro tocante à alguna sciencia, sino vn Discurso sobre la rota vida de vn Embustero escrita con el fin de que se guarden de los tales, pues ficciones semejantes, son avisos prevenidos à los daños que suceden: Su Autor te ruega no mires à la corteza de èl, sino al fondo que tiene de aprovechar, suple sus faltas, con tu cuerda dissimulacion, para que se aliente servirte con otro trabajo mas à satisfacion tuya. VALE.

AVEN

LAS AVENTURAS DEL BACHILLER TRAPAZA.

CAPITULO I.

CUENTASE EL ORIGEN DEL Bachiller Trapaza, y quien fueron sus padres.



Iene la Ilustre, y antigua Ciudad de Segovia, entre los Lugares de su dilatada jurisdicion al de Zamarramala, que dista media legua della, Lugar muy conocido por las buenas natas q̃ en èl se hacẽ, con que adquiere por este regalo fama en las dos Castillas: Esta fue Patria del rediculo assumpto deste Libro, del Heroe jocoso de esta breve Historia, y del mas solemne Embustero, q̃ han conocido los hombres, para comenzar por su origen, à fuer de legal Chronista, y fiel Escritor: (porq̃ no es razon que se callẽ los Padres de tan memorable Sugeto) tuvo este principio.

A la fama de lo bien que se labran paños en Segovia (de cuyo trato ay riquissimos Mercaderes) acuden Oficiales (necessarios para esto) de todas partes, entre los quales vino de tierra

de Campos vn Pelayre, cuyo nombre era Pedro de la Trampa, mozo brioso, alentado, y que sabia tambien jugar diestramente la espada, y daga los dias de Fiesta, como las dos cardas los de trabajo. En pocos dias, dando muestras de su aliento, y de su buen humor (que le tenia extremado) ganò las voluntades de muchos de su oficio, que se congregaban en la casa de vn rico Mercader; era el gallo entre todos, el que componia las pendencias, el que como à Oraculo era obedecido; de manera, que assi por esto, como por lo bien cuidadosamente q̃ assistia à trabajar, que era lo mas importante, el Mercader le estimaba, y hacia dèl mas confianza, q̃ de todos, de modo, que le hizo su Capatàz.

Entre las Labradoras que acuden à Segovia de sus Aldeas circunvecinas, à vender lo que en ellas cultivan, ò crian, para el regalo de los de la Ciudad, y provecho suyo, acudiò los mas de los dias à casa del Mercader Olalla, vna Labradora de Zamarramala con frescas natas, q̃ traìa à vender; era la moza rolliza de carnes, alta de cuerpo, buena cara, y sobre todo muger muy jovial, y demàs despego que de Aldea: passaba à la casa deste Mercader, por donde los Oficiales trabajaban en sus paños, y quien mas solemnizaron su brio, su donayre, y las partes de la moza, era nuestro Pedro de la Trampa, diciendo della muchas alabanzas, victoriandola con grã-
des

des voces, à cuya imitacion todos ſus compañeros hacian lo miſmo.

No ay muger, por humilde que ſea, que ſi ha nacido con razonable cara, no tenga por ella alguna vanidad, que la de preſumpcion: eſta ſe fue aumentando en Olalla, aplaudida de los Oficiales de la carda, y celebrada en particular del Capatàz de todos ellos: no quiſo pecar en deſagradecida, por no grangear nombre de ingrata. Y aſsi, viendo que Pedro era el Polo por quien aquella maquina cardadora ſe governaba, era quien movia ſus aplauſos, quien comenzaba ſus hiperboles: cobròle vn poco de aficion, que le manifeſtò en traerle à eſcondidas de ſus padres, los dias que venia à Segovia, tal vez natas, y tal ſabroſos requeſones, que à hurtadillas de ſus compañeros le daba, con q'al mozo levantò los penſamientos para tratar de ſervirla, con no pocas mueſtras de amor. Era el padre de Olalla vn Labrador yà anciano, tenia ſu poca de hacienda en Zamarramala, y ſu ganado de que hacia las natas: no tenia mas que otra hija menor que Olalla, que acudia con otra moza de ſervicio al beneficio de la leche, y Olalla era quien la vendia en Segovia. Llamabaſe eſte Labrador Paſqual Tramoya, antiguo linage en aquel Lugar, ſeguro de calumnias en lo limpio, por donde admiro, que à las coſas de poca firmeza, y menos ſeguridad ſe les dèn nõbre

bre de Tramoyas,porque ſi de aqui ſe tomò la denominacion, vino muy violenta.

Con la aficion que Pedro de la Trampa, y Olalla Tramoya ſe cobraron, yendo cada dia en aumento, ſe vieron algunas veces tan à ſolas,que à Olalla le eſtuvo mal ſer tan facil, con quien era el miſmo atrevimiento, de ſuerte, q̃ bolviò à la caſa de ſu padre,con menos entereza que ſaliò: ſuceſſos que paſſan cada dia, por quien eſtima poco el recato. A las eſcuſas que Olalla daba de ſu tardanza, ſiendo mal creìdas de ſu padre,la reſpondia:Hija,Trapaza me parece eſta,Trapaza es,que eſte era vn vſado bordoncillo en el viejo, à cada coſa que le parecia no llevar color de verdad, las faltas que hacia à la adminiſtracion de los queſos Olalla,aumento en las que baſtaron à declarar vn preñado de quatro meſes, que por ſer viſto de ſu padre,tratò de averiguar el autor de aquella obra quien era: encerrò à ſu hija, apretòla en que le confeſſaſſe, quien la avia quitado ſu honor, por darle ſuceſſor à la caſa de los Tramoyas; y ella temiendo ſu rigor, confeſsò el agreſſor de aquel delito,con no poco empacho, que ſi aſsi le tuviera al ruego de Pedro, no huviera vniones de las Trampas,y Tramoyas: dixole el origen deſta aficion, donde ſe avia comenzado; y como el Labrador fueſſe amigo del Mercader, partiòſe luego à la Ciudad, y diòle cuenta de

la

la desgracia de su hija, pidiendole, que en la mejor forma que viesse se tratasse della, con fin de casamiento, que èl venia muy confiado, en que teniendole à èl de su parte, acabaria con Pedro no rehusasse el casarse con su hija, pues tan bien le estaba. Llamò el Mercader al mozo, encerròse con èl à solas en vn aposento, dixòle como avia sido aquella aficion, y el efecto que avia tenido; la quexa del padre de Olalla, como venia en que se casasse con su hija, y que de no lo hacer, estaba determinado de llevarlo por Justicia. No se turbò Pedro à lo que le dixo su amo, antes con gentil despego, negò no deberle nada à Olalla, à quien afirmaba no conocer en mas particularidad, que quãdo venia alli à vender sus natas, que otro de sus compañeros avrian hecho el daño que à èl le atribuìan. De nuevo le rogò el Mercader no rehusasse cosa que le estaba tan bien, como el casamiento de Olalla, afeandole el que negasse vna cosa que era tan publica entre sus compañeros, como festejarla, y ser regalado della, que èl le ofrecia de su parte no faltarle jamàs mientras viviesse: y demàs de esto ayudarle para su casamiento, en todo quanto pudiesse, por la aficion grande que le avia cobrado: ninguna destas ofertas movieron en el pecho de Pedro, para desdecirse de lo que avia dicho: el padre que estaba oyendo todo esto en

otro aposento mas adentro de aquel, visto que Pedro negaba lo que tan sabido era, saliò adõde estaban los dos, diciendole al Mercader: Señor Trapaza, Trapaza es esta, este hombre es el autor de la Trapaza, la moza la confiessa; V.m. vea el modo que se debe tener para no trapacearme el honor. Era el Mercader buen Christiano, y amigo antiguo del Pasqual Tramoya, veìa que Olalla no eligiera à Pedro por Autor de su preñado, si huviera otro delinquido en su fabrica; dexò cerrado al Pelayre en aquel aposento, y èl, y Pasqual dieron cuenta al Theniente de Corte, y Pedro fue puesto en la Carcel.

Por Enamoradito, que no por Ladron.

En muchos engendra aborrecimiento vna muger gozada, y desto tenemos muchos exemplos, assi en las Historias Divinas, como en las humanas. Aborreciò Pedro en tanta manera, à quien antes aplaudia, y celebraba, que propuso de morir antes, que ser su marido. Fuese haciendo informacion destas aficiones, y en pocos dias se hallò mas que se buscaba, porq̃ huvo testigos, que los vieron juntos muchas veces hablarse à solas, y aun mas que por la honestidad de la leyenda se calla: con esto fue condenado nuestro Pedro de la Trampa, à que no le valiesse la que intentaba hacer con Olalla; y assi, le mandaron que se casasse con ella, y que de no lo hacer, la dotasse en vna buena cantidad, que

que se le señalò, y en caso que todo faltasse, fuesse al Charco de los Atunes à servir à su Magestad al remo, y sin sueldo, por tiempo de seis años. Mala cara le hizo à la notificacion desta sentēcia, dixo que la oìa, y que responderia à lo que se le mandaba; yà èl se temia desto que tocaba con las manos, y como mozo traviesso avia concertadose cō otros presos de romper vna noche la carcel, teniendo instrumentos con que haçerlo, pareciòle que la ocasion le obligaba à acelerar lo concertado; y assi, vna noche aviendo limado vna rexa alta, con no poco trabajo la dexaron arrimada, porque de dia no se viesse que estaba quitada. Llegò la noche, y teniēdo cuerdas, entre èl, y otros seis còmplices, en desear la libertad (que el que menos sentencia tenia era Pedro, porque los mas la tenian de muerte) trataron de descolgarse en el silencio de la noche: no faltò quien desto diesse aviso al Alcayde de la carcel, el qual quiso cogerlos en el hecho; y assi previno gente para que los recibiesse en la parte que se descolgassen; el primero que por suerte le cupo salir, fue à Pedro, era mozo algo rollizo de carnes, y pesado, y aunque agilmente se descolgò, la cuerda no era tan fuerte como requèria el peso que sustentaba, à la mitad del trecho se rompiò, con que nuestro hombre diò en èl suelo vna mala caìda, rompiendose las dos

dos piernas, y vn brazo, y fue tan grande el dolor que sintiò, que comenzò à dàr grandissimas voces quexandose; acudiò el Alcayde, y demàs gente, assi por la parte de afuera, como dentro de la carcel; por allà recibieron los delinquentes, por la calle vieron à Pedro cõ el destrozo de su cuerpo, q̃ se ha dicho; pidiò luego confession, llevaronle à casa de vn Cirujano, que casa cerca de alli, donde fue curado: confessaronle, y sabiendo el Confessor por lo que estaba preso, le persuadiò que cumpliesse con la obligacion que le debia à Olalla, porque Dios le diesse salud. Estaba tan fatigado, que antes de amanecer le dieron todos los Sacramentos; y venido el dia, siendo avisado Pasqual, y su hija, vinieron à la Ciudad, donde se desposaron delante del Parroco, y testigos: esta boda tuvo el fin en mortorio, porque à medio dia muriò Pedro, que como fue ofensor de quien tenia nombre de Tramoya, saliòle tan mal la de su libertad, que quebrò como las demàs tramoyas à costa suya. Quedò Olalla viuda antes de velada, y con la costa de hacer à su marido el entierro, que ella diò por bien empleado, à trueque de quedar bien su honra; fue el consuelo de su viudèz vn hijo que le naciò à los nueve meses, y el hechizo de su anciano abuelo. Pusieronle por nombre Hernando, que hijo de padres, vno Trampa en

ape-

apellido, y otro Tramoya; huvo contemplacion que debia llamarse Trapaza, como cosa muy propinqua à ser efecto de los dos apellidos; assi le llamaron con este supuesto nombre mientras viviò.

Criabase Hernando como hijo de viuda, y nieto vnico de abuelo, que con esto està dicho, que no se criaba bien, pues el amor que à los tales se tiene, es causa de que salgan con esta crianza voluntariosa, y de condicion: con todo esso el anciano à los quatro años quiso que el nieto aprendiesse las primeras letras: y assi, para que fuesse con mas comodidad dèl, se mudò de Zamarramala à Segovia, donde en su Arrabal tomò casa, dexando el cuidado del ganado à otra hija, y à su yerno, que yà la avia casado, por no verse en otra como la de Olalla.

Desde niño comenzò Hernando à dàr muestras de lo que avia de ser quando mayor, porque tal travessura de muchacho, no se viò jamàs: ninguno estaba seguro de èl, porque à vnos descalabraba, à otros hurtaba las meriendas, à otros tomaba las cartillas, ò libros en que leìan, sin aver alguno de todos ellos q̃ no tuviesse quexa dèl, y fuesse à darla al Maestro, el qual le castigaba severamente, pero no aprovechaba. Aprẽdiò brevemente à leer, y escrivir, porq̃ con todas estas travessuras, el rato q̃ ocupaba en las letras, le aprovechaba mas que à

à los otros, por tener vivo ingenio; con las travessuras que hacia, se le confirmò à Hernando el nombre de Trapaza, que por donayre le avian puesto, y quedosele de tal manera, que por otro ninguno era conocido sino por este.

Viendo el abuelo de nuestro Hernando à su nieto con buen ingenio, le pareciò que aprendiesse la Gramatica en el Estudio de la Cōpañia, la que con buena educacion de aquellos Padres (que en esto, y en todo lo tocante à buena enseñanza se la ganan à todos) se prometia la enmienda dèl muchacho; no le costarō pocos azotes el ser traviesso, y el inquietar à sus compañeros à hacer burlas, à otros, que fuē severamente castigado de sus maestros; inclinòse vn poco al juego, cosa que aborrecen sumamente los Padres de la Compañia en los discipulos que enseñan; porque es vn vicio de que resultan otros muchos, como se ha visto con experiencias: Pues por jugar vn Tahur, què no emprehenderà para buscar dineros? Hernando se diò à este vicio en el tiempo que acababa la Gramatica, y doliāse los Padres dèl, porque avia salido gallardo Estudiante, y grandissimo Poeta; si bien los mas versos latinos que hacia, era à imitaciō de los de Marcial, que con no le aver oìdo en su Aula, porque no le leen, se avia dado mucho à ello, saliendo gran Marcialista, solo por hacer versos satyricos.

Tam-

Tambien los comenzò à hacer en Romance; con vn buen natural, de manera, que con èl descubria, que avia de ser buen Poeta, si lo vsaba; pero mas cursaba en el libro de Juan Bolay, que en los que le avian de hacer hombre. Por demasiado de pernicioso, è inquieto, le echaron los padres de su estudio, aconsejando à su abuelo, que tratasse de tener mucha cuenta con èl, que si vsaba el exercicio de los naypes, se malograria vn buen ingenio: supo el abuelo, como estaba suficiente para oìr sciencia, y quiso què oyesse Canones en Salamanca, atreviendose al gasto que hiciesse en aquella insigne Universidad, porque el viejo estaba rico, del ganado que tenia, y podia su bolsa sufrir este gasto. Dixole à su nieto el intento que tenia, con estas razones.

Hernando, yà teneis quince años, y mas, en los quales huvierades dado buena cuenta deste tiempo, saliendo buen Gramatico, si el vicio del juego no os distrayesse; atribuyolo à la poca experiencia que teneis con tan poca edad. Yo deseo que continueis los estudios, porque seria malograr vn buen ingenio como el vuestro, dexandole en este estado; y assi, serà bien, que pues estais suficiente para aprender ciencia, la vayas à oìr à Salamanca, adonde es mi voluntad que esteis, con masporte, que el que vn humilde Labrador puede sustentar. Este quie-

quiero que me agradezcais con solo tratar de mudar de vida, en quanto al juego, porque las travessuras, ellas se os quitaran, conociendo en la parte en que aveis de assistir hijos de muchas madres, que si no procedieredes como debeis, hallareis quien os sepa hacer lo que os ha de estàr mal. El juego ha sido siempre destruycion de la juventud, y polilla de las haciendas. Vemos, que por èl muchas muy caudalosas han perecido, juntamente con la opinion de sus posseedores, dando en mayores vicios: quiẽ conociere esto, no harà bien en seguir lo que le ha de estàr tan mal, mi poca hacienda podrà sustentaros limitadamente en Salamanca, pero no con el divertimiento del juego, q̃ à tanto no se estiende. Conociendo esto, serà bien que os ajusteis à tratar no mas, que de estudiar, y valer por vuestro ingenio, que de mas humildes principios que el vuestro, hemos visto levantadas casas por las letras. Supelo esto, serà razon que en mis postreros años me deis buena vejèz. Esta senda si en los dos Polos que he dicho, se govierna vuestro proceder, que es en estudiar con cuidado, y en no jugar: esto os baste para advertencia, que pues teneis buen entendimiento, yà echareis de vèr, que mis amonestaciones se enderezan à vuestras medras.

Oyó atentamente Hernando la platica de su anciano abuelo, prometiòle de seguir sus prove-

vechosos documentos, enmendandose en el juego, y aprovechandose en los estudios, con que se dispuso su partida para Salamanca, antes que se llegasse el tiempo de comenzar el curso, por prevenir posada, y lo necessario.

CAPITULO II.

DE COMO HERNANDO FUE A Salamanca à estudiar; la dicha que tuvo en el camino, y con el porte que se trató, y en vn empleo amoroso, con lo demàs que sucediò.

VIspera de la Assumpcion de N. Señora partiò Hernando de la Trampa de Segovia, mudando el apellido de su padre por mal sonāte, y olvidando el de la madre por lo mismo. Y assi, tomādo el de Quiñones, sin licēcia de la casa de los Condes de Luna, se vistiò deste apellido, y en vna buena mula caminò à Salamanca: diòle el abuelo el dinero bastante para el medio Curso, informado de personas que avian estado en aquella Universidad, lo que costaba estàr en ella con cama, y posada, desde S. Lucas, hasta diez y ocho de Abril: la madre no quiso dexar de dàr su donativo à su hijo; y assi de lo que tenia ahuchado le diò cinquenta escudos,

y consejos de madre, que valen mucho; y cuestan poco, si nuestro Licenciado los siguiera juntamente con la instruccion del abuelo, mucho le valieran para sus estudios; pero al mismo passo que se iba alexando de su Patria, se le alexò la memoria desto, y la juventud, y mala inclinaciō del juego hicieron su oficio. Dos jornadas avia andado, y en el fin de la tercera le cogiò la noche en Villoria, Lugar del Conde de Ayala. Hallòse en aquella Villa en vn Meson, en compañia de dos Tratantes de ganado mayor, que eran obligados de dos Carnicerias, y iban à emplear su dinero en bueyes, y bacas para el abasto dellas, llevando muy gentil dinero: el Diablo es sutil, el dinero hacia cocos, y armòse vn juego de pintas en el Meson, con que no huvo cuerdo à cavallo: esse fue el Lotos de nuestro flamante Licenciado, porque con el brindis de vna baraja, no se acordò de los consejos de su abuelo; y assi, se dispuso à hacerles tercio en el juego. No eran los Tratantes muy astutos en èl, y haciales ventaja nuestro Hernando, con q̃ en menos de dos horas les ganò à los dos mas de mil y quinientos escudos en oro, y plata. Dexòse de jugar, y ellos, viendo que vn mozuelo les huviesse ganado mucha parte de su caudal, con que avian de conservar su trato, y credito, quisieron atribuìr, lo que fue ventura, à destreza de flor; y assi, en-
cer-

cerrandose con èl en vn aposento, le dixeron: Señor, Galan, V.m. se ha valido oy mas que de su buena suerte, jugando con ventajas; desto se han visto muchas muestras, y la mayor es, durarle la dicha tanto, sin diminucion: bien pudieramos dàr quenta à la Justicia de lo mal que nos ha ganado nuestro dinero, mas no queremos hacerle daño; lo que pretendemos es, que V.m. dè esse dinero que ha ganado (sabe Dios como) y se lleve para el camino cien escudos, y lo demàs nos lo buelva, y esto sin altercar con nosotros razones, ni contradecirnos; y mire que le estarà mejor tomar lo que le ofrecemos en paz, que no tener dudoso lo que le sacarèmos por guerra. A otro de menos despego que Hernando, turbàran las razones de los perdidosos; mas èl, que siempre tuvo buen despego, no le faltando aqui, les dixo: Señores, mios, yo he sabido perder, y ganar muchos reales, sin valerme de flor ninguna; y aora que me veo fuera de mi Patria, avia de andar mas cuerdo en esso, quando su sospecha de Vs. ms. fuera cierta, que no lo es, pues vsar de mal trato con quien no conozco, es ponerme à riesgo de vna afrenta: la que Vs. ms. me hacen en decirme que les he ganado con flor, sufro por verme solo, y en parte que no tengo de la mia quien me ayude; yo les he ganado à Vs. ms. su dinero muy honradamente, y hallo, que la fulleria es

la que Vs. ms. me hacen, queriendo quitarme-le, pues no ay mayor ventura, que restaurar lo perdido, quando se puede con violencia, y poder; yo aceptàra el partido que me ofrecen, de aver incurrido en alguna flor, pero como no la he vsado, les desengaño, que no le tengo de dàr, vengame lo que me viniere: avian estado escuchando estas razones desde la puerta el mozo de mulas que traìa Hernando, (que era alentado, y picado de valiente) y vn hombre de Armas, que tambien passaba à Salamanca, y de alli à Ciudad Rodrigo; y viendo la superchería de los Tratantes, no quisieron passar por ella; y asi oyendo la vltima resolucion del mãcebo, entraron en el aposento, diciendo el hõbre de Armas: Este Cavallero ha ganado el dinero con limpias manos, aviendole sido favorable la suerte; y si le fuera contraria, perdiera el suyo: y asi, Vs. ms. no tienen razon de pedirle lo que es injusto: èl hace bien en no venir en lo que Vs. ms. quieren, y yo estoy de su parte para lo que se le ofreciere, y no le faltarè de su lado. Acudiò el mozo de mulas; y serà mejor (dixo) que Vs. ms. escusen ruido, porque nos han de oìr los sordos si emprehenden que su intento tenga efecto: huvo algunas voces sobre esto, y casi estuvo el caso à riesgo de sacar las espadas. Temieron los Tratantes perderlo todo, que no eran muy de la hoja; y asi

se

ſe reportaron, ofreciendo la mitad del dinero al gananciofo. Antes que èl reſpondieſſe, tomò la mano el hombre de Armas, diciendo, que ni vn maravedi ſe les avia de bolver, con que ſe retiraron cada vno à ſu alojamiento; y no tuvieron à poca ſuerte los de la pèrdida el ſalir aſsi de la queſtion, porque el defenſor de Hernando atemorizaba con la viſta, y eſtaba con mucha razon colerico, y el mozo de mulas no lo moſtraba menos: Los dos, y Hernande ſe entraron en ſu apoſento, y el Licenciado agradeciò al hombre de Armas el favor que le avia hecho, y en recompenſa dèl le diò (demàs del barato que le avia dado, quando era miròn del juego) treinta eſcudos, por aver acudido con tanto cuidado à ſu defenſa, y al mozo de mulas le dio veinte. Durmiò nueſtro gananciofo poco aquella noche, diſcurriendo ſobre què era lo que haria de aquel dinero. Era vano, y muy quimeriſta, y pareciòle que debia de entrar en Salamanca con otro porte del que penſaba tener, pues la fortuna le avia ſido tan favorable; y mudando de camino, bolviò atràs, yendóſe à la noble Valladolid, adonde hizo hacer dos veſtidos muy galanes de camino, y comprò tambien vna buelta de cadena, tomò vn criado, y con nuevos brios no quiſo paſſar plaza de Hernando de Quiñones, ſino que añadiò à eſto vn Don, que

no le tenia de costa mas que el ponerſele, y dixo ſer vn Cavallero de la caſa de los Quiñones de Leon, sì bien nacido en Canaria, donde tenia à ſu padre: para deſconocerſe mas, ſe puſo anteojos, y comenzò à cecear vn poco; deſto no diò parte al mozo de mulas, porque en Segovia no lo publicaſſe; mas deſpedido dèl, y pagado en Salamanca, comenzò con eſte porte à tratarſe; anduvo por la Ciudad algunos dias veſtido de camino, y como era de buen talle, todos ponian los ojos en èl, y del criado ſe informaban quien era.

Suelen los Eſtudiantes, que ſon de Patrias lexos de Salamanca, quedarſe en ella por el tiempo de las Vacaciones, y avia en la Ciudad algunos Cavalleros de varias partes, entre los quales eſtaban dos de Mexico, cuyos padres guſtaron de que vinieſſen à Eſpaña à eſtudiar en Salamanca, y acabados ſus Curſos, que pretendieſſen dos Becas de las de los Colegios mayores, para que de alli aſcendieſſen à mas ſuperiores pueſtos, como lo hacen los que llegan à eſte: eſtos travaron grande amiſtad con nueſtro flamante Don Fernando de Quiñones por aver tomado poſada cerca de la ſuya. Portabanſe los Indianos pompoſamente, como hijos de dos Cavalleros, los mas ricos de Mexico, con quien nueſtro Licenciado no podia competir; y para no deſcaer de la autoridad

qu

que avia encablado, portabase cuerdamente con su ganado dinerillo, y esto le era freno para no tratar de jugar, poniendose à riesgo de perderle, y dàr con todo en el lodo.

En quanto à seguir los modos Cavallerescos, lo hizo nuestro Joven tan bien con su buen despego, que no le conociendo proceder de tan humilde gente, le tuviera qualquiera por vn ilustre Cavallero, procedido de otros tales: era ossadissimo, y presto en los buenos dichos que tenia, con que presto le calificaron por vn muy fino Cortesano. Siendo vn dia combidado de dos amigos, para ir à vna huerta à holgarse allà todo el dia, se hallò en esta holgura, donde se gastò (mientras durò vna muy grande comida) muy buen humor, porque como toda era gente moza la q̃ alli avia, trataron de lo que la juventud pide, q̃ son donayrosos dichos, y sazonados cuentos: desto huvo abũdancia en la boca de nuestro Don Fernando de Quiñones, con q̃ se ganò las voluntades de todos: divirtieronse despues por la huerta, y yà quando se cansaron, retirãdose otra vez à la casa della, se introduxo juego del hombre: no jugò nuestro Licenciado; pero quando el hombre se acabò, y huvo vnas pintillas, no se pudo abstener de no jugar à ellas, aventurando à perder docientos reales en plata, que era lo que traìa, y no mas, porque jugar sobre la palabra, estàle mal à qualquier

hur: jugaban dos Genoveses, hombres ricos, que tenian gruesso trato en aquella Ciudad, y grandes correspondencias en su Patria, en Milàn, Venecia, Napoles, Sicilia, Flandes, Francia, y Alemania: Al principio començòse de poco el juego, y en èl tenia el Heroe deste libro perdidas las tres partes del dinero que traìa; mas bolviendo sobre sì, mudòse la suerte, y siendole aùn mas favorable que con los Tratantes, les tuvo en poco tiempo ganado tres mil escudos en oro, y joyas: desquitaronsele de algo, mas con todo se acabò el juego, con ganancia de mas de dos mil escudos, todo en moneda: diò muy grādes baratos, y bolvieron con esto à la Ciudad, muy contento el gananciolo de la buena suerte que avia tenido. Otros dias le brindaron para jugar los mismos, mas èl se disculpò, dando bastantes escusas, con que se eximiò de bolverse à vèr con ellos; y para obviar el jugar quando se veìa cō moneda para lucir todo aquel curso, mientras llegaba San Lucas, quiso hacer vn viage en forma de Romerìa à nuestra Señora de la Peña de Francia, que dista catorce leguas de Salamanca, Santuario adonde toda aquella tierra acude con mucha devocion, por los prodigiosos milagros que esta Soberana Señora hace cada dia; previnòse de galas, assi èl, como su criado: tomò otro, y en tres mulas, y la que llevaba el mozo que los servia, partieron de Sala-

Salamanca vn Lunes por la mañana, à los primeros de Septiembre, porque à ocho, que es la Natividad de la Emperatriz de los Cielos, era su fiesta en aquel Alto sitio: en dos dias llegaron à èl, y siendo hospedados en buena parte de vna grande Hospederia, que alli tienen los Religiosos de Santo Domingo; entrò en ella, al tiempo que de otro aposento cerca del que se le señalò, salia vna Dama, acompañada de dos ancianos escuderos, y de tres criadas q̃ la seguian: iba vestida de lama verde, guarnecido el vestido con muchos alamares bordados; capotillo, y sombrero con plumas verdes, y doradas: quando saliò no avia puestose vn rebozo de vn bolante de plata, con que cubria el rostro, de suerte, que nuestro flamante Cavallero pudo verle muy à su gusto, admirando vna singular hermosura, que le dexò muy sin libertad; hizòle vna gran cortesia, à que le correspondiò la Dama con otra, poniendo en èl los ojos, y al mismo tiempo, cubriendose el rostro con el bolante por no ser vista, aunque yà dexaba hecho el daño en el pobre Joven; el qual quedò tan absorto con el impensado encuentro, que no tuvo aliento para decirla nada; y assi, se quedò turbado à la puerta de su aposento, y la Dama passò à la Iglesia, donde iba à oìr Missa. Brevemente la siguiò el nuevo rendido de su beldad; porque aviendo-

se limpiado el polvo del camino, y quitadose las botas, y las espuelas se fue à la Iglesia, acompañado de sus criados; viò à la puerta de ella vno de los ancianos escuderos, que acompañaban à aquel serafin, al qual le preguntò quiē era la Dama, y èl le dixo llamarse Doña Antonia Maria de Montoy, hija de Don Enrique de Monroy, Cavallero de Salamanca, de la familia mas noble de àquella Ciudad, cuyo padre avia vn año, poco mas que era muerto, y ella era heredera de vn rico mayorazgo suyo: pues como no se casa, preguntò el aficionado mozo; porque aùn tiene edad para esperar? A esso, dixo el escudero, porque mi señora desea, que el que fuere su esposo, concurran en èl las partes, que debe tener vn perfecto Cavallero, pues su merced las tiene de tan perfecta Dama. Assi es, dixo Don Fernando, Alias Trapaza, que tal me ha parecido à mi. No quiso saber mas del escudero, con que entrò en la Iglesia, y buscādo en ella à la Dama, la viò sentada cerca del Altar Mayor, donde està la Virgen, porque alli se esperaba que saldria presto Missa: tomò assiento en vn banco enfrente de la Dama, y ella puso los ojos en èl con alguna atencion: no poco contento el galan de verse mirar, porque venia muy para ello, que llevaba vn bizarro vestido de lama noguerada, muy quaxado de golpes de galones de oro, que le hacian muy
vi-

vistoso, aderezo de espada dorado, con tahelì bordado, sombrero con plumas nogueradas, y negras, y cabos negros, y nogucrados de jubon, medias, y ligas; los dos criados iban de librea verde, y parda, muy conformes, y muy cerca de su amo, que la puntualidad de los instrussos, à la cavalleria aperece esto.

Poco atento estuvo el galan à la Missa, por estarlo mucho à la Dama, pesandole de que el rebozo le quitasse gozar del bien que el descuido le diò: pero con todo, con los ojos le diò à entender lo bien que le parecia, por no apartarlos della en quanto estuvo en su presencia. Acabada la Missa, y viendo todo lo que ay que vèr en aquel devoto Templo, la Dama se saliò à vn llano que tiene el Monasterio, donde à la festividad de aquel celebre Santuario, acuden de su Comarca, como à feria de todo genero de Oficiales; y assi avia tiendas de diversas mercancìas, entre las quales avia dos de Plateros, que tenian en ellas muy curiosas, y ricas joyas de oro, y bien labradas piezas de plata: llegòse à ellas la Dama, y comenzaron à mostrarla algunas joyas, que estuvo mirando con curiosidad. A este tiempo llegò nuestro galan, y pareciendole lance forzoso vsar de vna galanteria con la Dama, lo primero que tomò, fue vn Cupido, con su arco, y aljava, vendados los ojos; era de diamantes, hecho con

grande primor; alabòle mucho, y aprobò la Dama su buen gusto, diciendole era rica joya; pero costosa para quien de veras le admitia por huesped. Pareceme, señora, dixo el galàn, que experiencias os tendràn con esse escarmiento, pues sabeis el daño que este poderoso Dios hace. Ninguna, dixo ella, tengo para averle conocido, pero la noticia me hace sabidora de sus efectos. Quien pudiera decir esso, dixo èl, que es tan presto en sus execuciones, que no ha muchas horas que sè yo quien se viò libre, y aora no podrà decir esso, sì bien por la causa se puede todo llevar. Sucessos son, que vienen à los galanes, dixo ella, pero mas lo saben encarecer, que sentir. Essa es la mala opinion en que las Damas los tienen, dixo èl, y de que aya alguno de essa condicion, no lo niego; pero muchos que passan por este rigor, no dizen tanto como sufren; y yo soy vno destos, que por aver visto lo que aora no se me concede, tendrè muchos dias que acordarme desta devota Romerìa. Lastima es, que en pecho devoto se aya atrevido à entrar el Amor, dixo ella, porque no los busca asi, antes muy dispuestos à que le reciban: asi lo estariades vos y esperando huesped, fuera muy desagradecido à no hacerse dueño de vuestro pecho. A saber yo, dixo èl, que tal dicha me avia de venir, desde que nacì, estuviera deseando afectuosamente

mente el amor con tan divino objecto como el vueſtro: Sintiò la Dama que ſe le declaraſſe; y aſsi lo que hizo fue, hacerle vna corteſìa, y bolverle las eſpaldas; con cuya auſencia ſe hallò el joven amante laſtimadiſsimo, y mas por no aver ofrecido la joya à aquella Dama antes de averla hablado, por preſumir, que entenderia, que ſu platica fue por eſcuſar eſta oferta; y aſsi la comprò luego, coſtandole docientos eſcudos, que pagò de muy buena gana: Quien duda, que le clavaria el Platero mejor que lo eſtaban los diamantes en el oro, pues vendia aquella joya à perſona que era eſta la primera que ponia en precio? Siguiendo fue à la Dama, porque ſe hallaba mal ſin tal viſta. Ella diò vn paſſeo por aquel llano, viendo todo lo que avia en èl, y deſpues retiròſe à la Hoſpederia. Viendo eſto el galan, ſe anticipò con mucho cuidado à recibirla quando entraba en ſu apoſento, y alli le dixo eſtas palabras: Aunque mi atrevimiento exceda de los terminos que debo tener, el ſer Romerìa, y tiempo de Feria, me dà permiſsion à ofreceros ìas, con eſta niñeria, sì bien indigna dadiva à tal perſona: quien tan bien ſabe lo que la ofrezco, y conoce el hueſped que le và, ſe ſabrà muy bien guardar de ſus tiros, aunque à mi me eſtaria mal tal recato, quando vivo con alguna eſperanza de gozar mucho mas de aſsiento el bien,

bien que aqui de passo. Tomò la joya la Dama, diciendo: Por las causas que prevenis à la ossadìa, permito por esta vez, el tomar esto por ferias, con advertimiento de que no me prendarè, sin aver visto muchas causas para hacerlo: esto por consejo de vna amiga mia, bien acuchillada en lances de amor; y tomo por galanteria, el que publicais por conocerme, que no podrè ser causa de tal efecto. Avia yà informadose vn Escudero, de vno de los criados de nuestro galan, quien era; y sabido dèl, ser Don Fernando de Quiñones, hijo segundo de vn Cavallero de la gran Canaria, poderosissimo, el qual seguia las Letras en Salamanca; y desde el poco tiempo que lo supo, no le mostraba mala cara, porque no ay muger que no estime ser querida, y festejada; y assi le hablò tan apaciblemente, y tomò la joya, con lo qual se entrò en su aposento. No quiso entrar en el suyo el joven, sin hacer buscar primero algun regalo que la embiar, que no fue dificultoso: pues encargandose del Procurador del Convento, à quien acudia todo quanto pisaba el monte, y ocupaba el ayre, que habitaba en aquella Sierra, le proveyò de conejos, y perdices en abundancia: los Labradores que acudian à la feria de cabritos, y otros regalos, con que la hizo vn copioso presente, que se pudo dàr sin verguenza de quedar corto. Estimò la Dama

ma el regalo, y por vn eſcudero ſuyo le rindiò las gracias dèl, con que pudo aquella tarde hacerla vna viſita el enamorado galan: en ella con ſu buen deſpego ſe declarò algo mas, y ella no deſeſtimò el ofrecimiento que la hizo de ſervirla: preguntòle quando era ſu partida, y dixòle ſer otro dia deſpues del de la fieſta. Llegòſe eſte dia, y pareciendole, que acompañarla por el camino, era dàr mucha nota, ſe adelantaba, y la aguardaba donde avia de comer; y dormir, aviendola hecho prevencion de los mayores regalos que hallaba; eſto ſin verla en todo el camino, con que la fue obligando de manera, que en la Dama deſpertò vna inclinacion, que caſi iba caminando à ſer amor, y lo fuera, ſi enterada por otra relacion, viera conformidad con la que avia hecho el criado; remitialo para Salamanca, y aſsi paſsò por ſus jornadas bien regalada, haſta llegar à ſu patria: à la entrada de la Ciudad ſe manifeſtò ſu amante precurſor, y de nuevo le diò las gracias de ſu cortejo, y finezas, prometiendole, à importunacion ſuya, que le aviſaria quando huvieſſe ocaſion para viſitarla, porque eſta no la avia todas veces, por tener deudos principales, à quien debia guardar reſpeto, con que ſe deſpidiò el galan muy contento, y con muy verdes eſperanzas de ſer favorecido de la Dama: tal fue la vanidad deſte Ycaro Segoviano

que

querer bolar con dèbiles alas à Esfera que le avia de causar precipicios. Desde aquel dia comenzò à servir à esta Dama con grande secreto, acudiendo tambien à regalarla. De nuevo hizo informacion ella de quien era el fingido Cavallero, y hallò la misma que le hizo el criado à su escudero, por aver corrido assi la voz en Salamanca. En todas aquellas vacaciones se diò nuestro amante vn lindo verde de Cavalleria, acompañandose con lo mas granado de la Ciudad, y no dexando perder ocasion alguna en que saliesse Doña Antonia Maria sin seguirla; esto con grande dissimulacion, de modo, que tuvo suerte esta señora, en que fuesse servida con tanto recato, y dissimulacion, cosa muy poco vsada en estos tiempos.

Atreviòse el cuidadoso amante à escrivirla, y à hacer negociacion, como vno de sus escuderos la diesse el pepel, argentòle de prosa muy culta, y crespa, implorò auxilio en su pena; significòla bastantemente, mas sirviò de poco, porque no tuvo respuesta deste, ni de otros que le siguieron por la misma estafeta. Eran bien admitidos, pero no para tener respuesta de ellos: juzgò à demasiado recato, lo que debia de ser entretenimiento; y assi, se determinò à passearla de noche su calle; vna entre otras, que era al principio de Octubre, donde

de aun no avian hecho pausa los calores, sucediò estàr la hermosa Doña Antonia à vn balcon de su casa, gozando del fresco, y entreteniendose con vna Harpa, à cuyo sòn, despues de aver hecho algunas diferencias en ella, mostrando su destreza, cantò este Romance.

La prision de vn Gilguerillo,
dilatan redes menudas,
adonde sin libertad
llega à sentir su clausura.
Ni amor, ni celos le afligen,
que no son penas de burlas,
quando en la prision cantando,
con esto las dissimula.
Rompiò Lisardo la xaula,
que su libertad vsurpa,
y dandosela ligero,
el ayre peynan sus plumas.
Paxarillo que libre te miras
de prisiones de acero y marfil,
buela, buela, rompe los ayres,
y mira por ti,
que si buelves à verte cautivo,
como yo bolveràs à sentir.

Acabò esta letra con sonoros passos de garganta, de modo, que para el prendado amante, que la escuchaba, fue aumentar cadenas à su pri-

prision, con aquella gracia mas, que en su adorado objecto conociò, quiso festejarla vna noche con darla vna musica, considerandola aficionada à esto; y assi, previno para de alli à dos noches vn musico, à que escriviò esta letra, que à vna bien templada guitarra cantò, alabãdo la superior gracia que tenia en cantar, que tambien quiso que conociesse que tenia èl la del saber hacer versos, en que mostraba vn facil natural: dixo, pues, el musico assi, oyendole la Dama.

La dulzura de tu canto,
las cuerdas de tu instrumento,
hechizos son de las almas,
prisiones son de los cuerpos.
Ocioso se mira el arco
del rapacillo de Venus,
despues que tu voz suave,
es del oìdo recreo.
Que à lo ayroso de sus fugas,
y al donayre de sus quiebros,
no ay rebelde voluntad,
sin rendirle vencimiento.
Quien ponderò que las plantas
moviò con su voz Orfeo,
à oìr la tuya divina
diera à su fama silencio.
Que es tan dulce, y agradable

en lo ſonoro, y lo dieſtro,
que es ſuſpenſion de las aves,
calma de los elementos.
Poco deſvelarà à Uliſes
poner en pruebas ſu ingenio,
ſi de Syrena tan bella
oyera dulces acentos.
Pues aunque viera el peligro,
empeñandoſe en el rieſgo,
à coſta de ſer cautivo,
te diera oìdos atentos.
Como Cocodrilo llamas
con tu voz al paſſagero,
que es ſu dulzura el alhago,
para intentar el empeño.
Con què ſuavidad encanta
lo blando de tu veneno!
quien viò daño tan guſtoſo?
quien viò guſto tan acervo?
La herida que el Aſpid hace,
dicen que acaba durmiendo;
guſtoſa pena es tu voz,
pues que le imitas en eſto.
Sin libertad, vn rendido,
Celia, te deſcubre el pecho,
para que pues fuiſte el daño,
vengas à ſer el remedio.

Cantò eſte Romance el Muſico, muy à ſatisfacion del que llevaba, porque ſu voz era muy

muy buena, y ſu deſtreza muy grande: Bien entendiò la Dama, que el fingido Cavallero amante ſuyo le daba aquella muſica, y que aſſi aquella letra, como otras, que con ella ſe cantaron, ſe avian hecho de propoſito para ella, y hallabaſe obigada à ſus muchas finezas, sì bien impoſsiblitada à pagarſelas; porque del año paſſado avia quedado prendada de vn Cavallero de Segovia, que la avia galanteado todo el tiempo que durò el curſo, y aora le aguardaba, que vinieſſe, por carta de aviſo que tenia de èl, que avia ido à vèr à ſus padres, y à ſu hermano mayor, que eſtaba muy enfermo dias avia, y eſte le embiò à llamar: llamabaſe eſte Cavallero Don Enrique de Contreras, noble apellido en la antigua Ciudad de Segovia: era hijo ſegundo de la caſa de Don Gutierrez de Contreras ſu padre, y eſto le obligaba à eſtudiar: à eſte favorecia la hermoſa Doña Antonia, muy pagada de èl, que à no aver eſto de por medio, tantas finezas avia hecho nueſtro ſupueſto Cavallero, que titubeàra el edificio, engañada la Dama con lo que publicaba la voz de Salamanca, de la fingida nobleza de eſte amante.

CAPITULO III.

De la aventura que le sucediò à Trapaza con vn Cavallero de su tierra, por donde fue conocido.

LLegòse el dia de S. Lucas, y dos dias despues llegò à Salamanca Don Enrique, tan enamorado de su Doña Antonia, como avia partido: bolvieronse à comunicar los dos amantes, con que nuestro Licenciado fue puesto en olvido; de suerte, que ni papel, ni regalo fue admitido mas en su casa; antes le fue advertido, q̃ no se acordasse màs della, si no queria que le fuesse mal. Perdia con esto el juicio, porq̃ estaba muy enamorado; y con esta picazō del desdèn de la Dama, tratò de investigar la causa, q̃ le apartaba de su gracia; pero por diligencias q̃ en ello puso, ninguna alcanzò à saber el fondo del galantèo de su Compatriota: Algunas veces se encontraba con èl en la calle; mas como su autoridad, y antojos desmentian su baxo nacimiento, ni Don Enrique le conocia, ni èl estaba tan descuidado en esso, que se dexasse conocer de èl, pues le avia de estàr mal para la maquina que avia levantado: solo de lo que trataba era, passear la calle de Doña Antonia,

dar-

darla muficas, y intentar que leyeffe razones de fus papeles, cofa que defde la venida de Don Enrique no pudo confeguir. Viendo efto, le determinò fu offadìa à vn empeño, de que faliò muy mal, que fue querer faber de boca de la Dama, què caufa le obligaba al defdèn que padecia; y afsi vn dia fe fue acompañado de fus dos criados à fu cafa, y pidiendo licencia para vifitarla, le fue concedida de la Dama, para defengañarle en ella, de que no fe canfaffe mas en fervirla. Entrò à la pieza del eftrado, y diera turbacion à otro, que no tuviera tanto defpego el verfe en la prefencia de tanta beldad; dieronle filla, y aviendo preguntado por la falud à la Dama, y fabido della, que la tenia buena, le dixo eftas razones: Si amor, feñora mia, no difculpaffe atrevimientos, yo avia delinquido en efte de manera, que era muy grande la pena que debia correfponder à èl: èl me ha forzado à pifar offadamente los vmbrales de efta cafa, y à faber què caufa ha podido eftorvar, que mis caftos defeos no profigan con fervicios, aviendome puefto limite à mis paffos, y advertimiento à mis peligros. En lo primero me recato por gufto vueftro; y tambien en lo fegundo me refreno por lo propio que fi no, valor tengo para oponerme à los mayores riefgos que fe ofrecieran, fabiendo fer gufto vueftro que os firva: Efto me ha obli-
ga-

gado à quererlo ſaber de vueſtra boca, haciendoos eſta viſita, merezca yo que me digais lo q̄ os pregunto, para que lo que me dixeredes, ſea difinitiva ſentencia de mi muerte, ò aumēto de mi vida: hizo aqui pauſa, y la Dama le reſpondiò à ſus razones dèſta manera.

Es tan hidalgo el amor (ſeñor Don Fernando) que quando ſe conoce fino en vn ſugeto, aunque ſea humilde, no ſe deſprecia de muger ninguna, porque ſer querida, no sè que à nadie le pueda eſtàr mal, ſi yà no es que eſto lleve intentos deſcaminados, como querer vn inferior por eſte medio aſcender à mayor eſtado, y que èl iguale las calidades: algunas veces lo ha hecho con perſonas, que, ò por demaſiada paſsion han cerrado los ojos para no mirar à ſu ſangre, y han abierto la puerta à ſolo ſu guſto, que deſpues ſe ha convertido en pena: eſto no lo hago ſimil à vueſtra pretenſion, pues vueſtra calidad, y finezas merecian, no el empleo de favorecerme, que es poco, ſi no mas ſuperior beldad, mayores partes, y mas riqueza. No las admito, porque ay cauſas que me obligan à no lo hacer, que quien tan cuerdo es, como vos, aviendo oìdo mi ſalva, juzgarà, que es amor antiguo: no me puedo declarar mas, que eſto, ſolo os advierto, que no lo aviendo de por medio, no fuera deſeſtimada vueſtra voluntad.

En tanto que en estas platicas estaban los dos, Don Enrique, amante desta Dama (como avemos dicho) avia llegado à su casa, y aviendole hecho vna criada, tercera de sus amores, que su Ama estaba ocupada con vna visita, quiso receloso saber quien era el que se la hacia: en breve tuvo relacion de la calidad del visitante, y de como era pretensor de aquella beldad, con el origen de su conocimiento, y las finezas que sobre èl avia hecho. Quiso Don Enrique conocerle, y entrandole la criada por otra puerta, que venia à dàr junto al estrado donde estaban los dos, pudo desde alli vèr al flamante Cavallero, que açertò por su desgracia à estàr sin anteojos, y al punto le conociò; y viendo que con aquel embeleco, que avia fabricado, pretendia engañar, assi à la Dama, como à todos, irritado de la colera, saliò de donde estaba, à la presencia de los dos, y dixo à su Dama. V. merced, señora Doña Antonia, ha vivido hasta aora en vn engaño, informada siniestramente de este embelecador, que le avrà dicho ser vn gran Cavallero; y con la ossadìa de desvergonzado, se avrà querido subir à mayores, y engañar à quien no le conoce. Vos hombrecillo vil, y baxo (dixo bolviendose à èl) no sabeis que soy de Segovia, Lugar donde nacisteis, y soy hijo de tan humildes padres, que la mayor honra que

tuvo

tuvo el vueſtro, fue ſer Perayle, y vueſtra madre vendernos naças de Zamarramala ſu patria, Lugar de pocas caſas? Pues con què fundamento quereis en eſta Ciudad haceros Cavallero, y obſtentar nobleza? Si eſta intencion ſe enderezàra à valer mas, ſiendo humilde, conquiſtando con eſſo voluntades, paſsàramos por ello, pero moſtrar brios, mentir nobleza, y aficionaros de quien no mereceis ſer lacayo de ſu caſa, es coſa para que ſe os caſtigue; y porque me eſtà mal hacerlo en la preſencia de quien eſtimo, y quiero tanto, os dexo libre, con advertimiento de dos coſas, de que vais aviſado. La primera es; que no paſſeis eſta calle, pena de que os mataràn à palos los lacayos deſta caſa, y los mios: y la ſegunda, que tengo de decir à la Nobleza, que en Salamanca eſtudia, que no ſois Don Fernando de Quiñones, Cavallero de Canaria, como aveis publicado, ſino Hernando Trapaza, hijo de Pedro de la Trampa, y de Olalla Tramoya. Yà eſtaba en pie el cuitado Hernando, oyendo eſto, tan cortado de miedo, que no tuvo esfuerzo para replicar en nada al enojado Don Enrique; y aſsi, callando, tomò la puerta del apoſento, eſcalera, y la puerta de la caſa, rebentando de pena: hallò alli à ſus criados, que conocieron ſu diſguſto; y ſin hablarles palabra ſe fue à ſu poſada confuſo, y

avergonzado: bien pensaron sus criados, que de algun disfavor, ò desprecio le procedia aquel disgusto; y assi, como subditos callaron, y le siguieron. Lo primero que hizo en llegando à casa, fue decir à vno dellos, que le buscasse luego otra posada en barrios apartados de las Escuelas, donde èl estuviesse solo, porque por vnos dias no determinaba ir à oìr ninguna licion, que èl la trasladaria en casa de sus cartapacios. Obedeciò el criado, y à la puerta del Rio le buscò vna casa acomodada para su persona, adonde se passaron aquella noche, mudando la ropa de ella luego: alli estaba triste, y melancolico, sin hacer mas que estarse en la cama lo mas del dia. Don Enrique comenzò luego à publicar en Escuelas el embeleco de su compatriota, de suerte, que los que le tuvieron en predicamento de Cavallero, deseaban verle, para tratarle como à picaro: bien se temia èl desto, y assi, se guardaba de verse en estos riesgos, en que avia de peligrar mas su fama, y cobrarla de nuevo de embustero: solo sentia aver perdido ser amante de Doña Antonia. Don Enrique se casò dentro de pocos dias con ella, porque viniendole nueva de que su hermano mayor era muerto, siendo èl el heredero de su mayorazgo, dexò los havitos de Estudiante; y vistiendose de Seglar, en breve tiempo se viò esposo de aquella bizarra, y hermosa

Da-

Dama, cosa que sintiò mucho nuestro retirad Hernando; lo que hacia era, passar su vida à solas, servido de sus criados, hasta que supieron el embuste de su amo, con que corridos de aver servido à otro peor que ellos, se despidieron avergonzados de su empleo. Quedò solo con su ama, à la qual encargò le buscasse vn muchacho que le sirviesse: hizolo, como le avia menester, era de quince años, el mas agudo del Orbe, y el mas entremetido que aficionaron Bufones, ni Hypocritas. Entre las gracias que tenia era vna, ser el mayor fullero de la Europa: En breves dias lo supo su amo, y en el encarecimiento que tenia, no quiso perder el saber aquella habilidad; y assi la aprehendiò, saliendo vnico en la fulleria, y diestro en toda flor; cosa que para no ser engañados aprenden algunos, que despues se valen de ella, quando necessitan de ventura: con aver salido tan diestro el amo, quiso con su criado (que se llamaba Domingo de Vargas, y Vargillas ordinariamẽte) verse en algun juego: Ofreciòse averle en vn Meson cerca de su posada, de aquellos que estàn à la puerta del rio, donde se hallaron vnos hombres que avian vendido cantidad de carneros, y avian hecho dellos mucho dinero. No quiso acudir aqui nuestro Licenciado con el havito de Estudiante, sino con vn vestido de color, coleto de ante, sombrero va-

lon, eſpada, y daga de guardamano, valona caìda, todo à lo ſoldado. Deſta manera entrò muy caſualmente en la poſada, al apoſento donde jugaban los dos Ganaderos, y vn Clerigo foraſtero. Era el juego largo, y de pintas, y jugaban los tres liberalmente. Eſtuvoſe vn rato nueſtro Eſcolar viendo los toros deſde afuera; y por lo que yà ſabia de ſu criado Varguillas, viò quan candidos tahures eran los que eſtaban en la paleſtra de Juan Bolay. Entròſe por vn lado, abriendo vn bolſillo en que tenia treinta doblones de à quatro, con que hizo cebar los ojos de los tahures. Contòlos primero, y luego comenzò à parar de poco; perdiò algunas ſuertes de induſtria, en que le ganarian coſa de docientos reales; y fingiendoſe picado en la primera vez que le tocò tener el naype, pidiò que le paraſſen largo; era yà dueño del armandixo, como dicen, y comenzò con ſu flor à hacer ſuertes, y los tahures à picarſe de ſuerte, que en aquella encartada ganò lindo dinero. Perdiò el naype, y paſsò à otro, con que ſe fue deſde alli encendiendo el juego, que vino à durar haſta mas de las dos de la noche, que ſe alzò Trapaza, con ganancia de mil eſcudos en plata, y oro. Con eſto, y aver dado barato à todos, ſe fue à ſu poſada, dexando à los tahures abraſados, y dando al diablo à quien le avia abierto la puerta.

No faltò entre esta gente quien viesse el juego, y conociesse al disfrazado Estudiante; no se manifestò este, porque estaba indiciado de ciertas travessuras en Salamanca, y assi andaba huyendo de la Justicia. Fue siguiendo al gananciosο por saber su posada, y reconociòla, informandose de quien estaba en ella, para hacer lo que despues se sabrà.

Nuestro Hernando contento como vna Pasqua con la ganancia, se retirò à su posada, con su criado Varguillas, à quien hizo el dia siguiente vn vestido de barato de lo que avia ganado; premio merecido por averle enseñañado las flores con que se aprovechò. Dexemosle en su retiro, cuidadoso de no salir adonde avia ser conocido por Trapaza, y no por Don Fernando de Quiñones, mientras hablamos de vna burla que se le trazaba.

***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAP.

CAPITULO IV.

DE COMO TRAPAZA FUE BURLADO; con pèrdida de ſu dinero, y como eſto le obligò à ſalir en publico, deſnudo del Don, y paſſar de Gorron en Salamanca, con otras coſas.

AQuel Eſtudiante fugitivo, que viò eſcondida la ganancia del retirado Hernando, convocò tres, ò quatro Gorrones de ſu profeſſion, y eſtos à otros; y aviendoſe llegado la Paſqua de Navidad, en que deſde ſu Viſpera ay vacaciones de eſtudio, haſta paſſado el dia de los Reyes: como entonces tratan los Eſtudiantes de divertirſe en algunas poſadas, ſalieron algunos disfrazados, con ridiculos trages, y con ingenioſas letras que daban: eſtos Gorrones trazaron de hacer vna Maſcara danzada con hachetas, era de ocho, que con lucidos veſtidos de varios trages, y dos inſtrumentos que les tocaban, que eran vihuela, y harpa, ſalieron à danzar à diferentes caſas algunas noches, divirtiendo à la gente de ellas, porque eran todos ligeros danzarines, y dieſtros. Una noche, que era

la

la que tenian trazada para hacer su hecho contra nuestro Hernando, despues de aver estado en algunas casas, y danzado en ellas, à las doce de la noche vinieron à la posada del retirado Estudiante. Estaba entonces acostado; y assi, llamaron à su puerta, saliò Varguillas à saber quien llamaba, fuele dicho, que vna Mascara venia à divertir al señor Don Fernando de Quiñones. Respondiò estàr acostado, y indispuesto, y que no podia abrirles: mas ellos dexandose de rèplicas, con llaves maestras, que siempre traìan, por ahorrar de estorvos, abrieron la puerta; entraron, y bolvieronla à cerrar: con esto subieron hasta vna sala correspondiente à vna alçoba en que estaba la cama del señor que avia de gozar de la fiesta: alteròse mucho de vèr aquella gẽte en su casa, sin averla abierto, pero como todos le hiciessen grandes cortesias, y despues dellas, al sòn de los instrumentos danzassen mas de media hora, fuesse sossegando algo. No dexaron lazo por hacer, con mucho concierto, como si al mismo Rey se hiciera aquella fiesta. Acabada, vno de los enmascarados se llegò à la cama, y dixo al miron: Què le ha parecido à V.m. nuestra danza, con que le hemos divertido? Respondiò èl: Certifico à Vs. mercedes, que es la mas linda cosa que he visto en mi vida, y que merecia averla visto el Gran Monarca de las Españas, porque

que es cosa digna de tal presencia. Pues con essa aprobacion (replicò el danzarin) y darnos V. m. todas las llaves de sus escritorios, y cofres, nos darèmos por premiados. Alteròse sumamente el festejado; y queriendo resistir lo que le pedian, le dixeron: esto ha de ser; V.m. no resista lo que le ha de estàr bien hacer de gracia, si no quiere que le salga costosa la fiesta. Temiò en quanto hombre à muchos que le amenazaban con la muerte, y por escusarla diò de buena gana las llaves, con que en breve espacio le dexaron escritorios, y arcas, limpios de moneda, y ropa, sin dexarle mas que el jubon que tenia puesto; y aviendo hecho à su placer lios de todo, con buen compàs de pies se baxaron por la escalera, y se fueron, dexandole cerrada su puerta, que no avia necessidad dello, pues estaba la casa segura yà de ser robada. No ossò el pobre paciente dàr vn grito, ni mover el labio para quexarse. De los dientes adentro eran las penas, viendo que le avian robado mas de dos mil escudos en dinero, y joyas, y todos sus vestidos, y dexandole en carnes, que no quedò sino solamente con cinquenta escudos, que siempre traìa pegados al jubon, en vn bolsillo de terciopelo carmesì: lo que aquella noche se lamentaron à tres voces, Hernando, Varguillas, y su Ama, no es para decir. No tenian remedio; y assi, de sus

puer-

puertas adentro fueron las triſtes lamentacio nes. Alguna gente del barrio viò entrar la danza, y ſalir, y luego oìr las quexas del dolorido Eſtudiante; y aſsi, à la mañana publicaron el hurto, que llegò à oìdos de el Alcalde Mayor, el qual vino à hacer averiguacion dèl, à la caſa del perdidoſo. No publicò tanto como avia ſido, por no dexar abierta la puerta à preguntarle de donde tenia tanto dinero; confeſsò averle llevado cien eſcudos, y ſus veſtidos, y el modo con que ſe lo robaron: quedòſe ſin ello, y aunque hicieron algunas diligencias, fueron ſin fruto, porque los ladrones anduvieron tan cautos, que ſupieron hacer ſu hecho muy bien, y ocultar el dinero, y todo lo demàs, de manera, que no ſe ſupo mas del hurto.

Bolvamos à nueſtro pobre Eſcolar, robado de ſu dinero, y alhajas, apeado de ſu autoridad, y dilatado por toda Salamanca, entre aquellos que le vieron en aſtillero de Cavallero, que no lo era, ſino Hernando à ſecas; y ſi algun apellido le daban, era el de Trapaza, como derivado de los dos de ſus difũtos padres. Eſtuvo, pues, algunos dias lamentãdo ſu deſdicha, acõpañandole Varguillas, el qual como oìa decir, q̃ no era Cavallero, ſe le atreviò vn dia, y ſe lo dixo cõ lindo deſpego, coſa q̃ ſintiò mucho Hernando, y lo que pudo reſponderle fue, mis deſeos buenos fue-

fueron Vargas mi dicha no me ayudò; y aſsi yà no quiero que de oy en adelante ſeas mi criado, ſi no mi compañero; la autoridad vaya afuera, vna bizarria bien ſe puede hacer, pero caer en el yerro, deſde mañana apetezco ſer Gorron en las Eſcuelas, ſuelto la preſſa à los donayres, y me esfuerzo, que eſtaba opreſſo con la autoridad, à que me avia ſubido el mas regocijado humor de Eſpaña.

Cumpliò ſu promeſſa, pues ſacando de la Ropetia el dia ſiguiente vn veſtido de Gorron, y otro para Varguillas, ſe preſentaron muy galanes en el Patio de Eſcuelas, coſa que hizo muy grande novedad à los Eſtudiantes que le conocian: con todos ſe comunicò luego, y curandoſe en ſalud, les dixo, como avia intentado hacer lo que muchos, que ſe han ſalido con ello, que era introducirſe à Cavalleros, pero que en èl eſtaba violenta la autoridad, y yà no podia mas ſufrirla. Con eſto les dixo tantos donayres, que por lo bufon regocijò la Eſcuela, y grangeò muchas voluntades para adelante, quedando con el nombre del Bachiller Trapaza deſde aquel dia, y aſsi le llamarèmos. Era notablemente entremetido, el ſolicitador de los votos para las Cathedras, el que daba los tratos à los nuevos, que comienzan à curſar, el que cobraba las patentes, el que rotulaba à los Cathedraticos. Finalmente, el divertimiento de

de todos , pues con ſus agudos dichos, y ſazonados donayres , ſe llevò el primer lugar del gracejo ; y le podian venir à pedir inſtrucciones los confirmados Bufones de la Caſa Real, para parecer menos frios. Solo vn deſpego como el del Sugeto de eſta Hiſtoria,ſe pudo atrever à quedarſe en Salamanca , en menor esfera de la en que ſe quiſo introducir : Pero ſi no lo hiciera , què materia tuviera eſte volumen para llegar à crecer en provecho de los que tratan de divertirſe?

Avia llegado à Salamanca vn Barbero Italiano,que deſterrado de Madrid (donde al preſenet eſtà la Corte del Gran Phelipe Quarto, Monarca de las Eſpañas) ſe vino à eſta Ciudad; era vnico en ſu facultad , de quitar barbas , y eſmerabaſe ſobre todos en la curioſidad , porque las aguas de olor que tenia , eran muy finas,y muchas;las lexias para la barba,muy oloroſas ; los xabones muy ſuaves; la herramienta muy ſutil;y ſin eſto era grande hombre de limpiar los dientes : tenia conſigo dos Oficiales, que acudian à afeytar à la gente ordinaria, y à aſsiſtir en la tienda ; y èl ſolo iba à las caſas de Cavalleros conocidos , haciendoſe pagar muy bien ſu curioſidad dellos. Enfadò ſu preſumpcion al Bachiller Trapaza,y el vèr, que tan intereſſado fueſſe el Italiano; y aſsi concertò con otros amigos gorrones de ſu humor , que fingieſ-

giessen aver venido vn Cavallero Indiano del Perù à estudiar à Salamanca (cuya persona queria èl hacer) y que le llamaba para haçerle la barba. Previnòse de vnos lindos calzones, y jubon de color, de vna capa de grana con oro; de vn bonete de cama muy fresco, con sus puntas, y à la casa de vn Ciudadano (que se aderezò con ricas colgaduras, y cama para el proposito) fue llamado nuestro Barbero, diçiendole antes quien era el que le llamaba, y que en èl tendria vn lindo parroquiano. Acudiò con diligencia, llevandole su plata vn criado, y todo lo que era necessario para hacerle la barba: entrò adonde le estaba Trapaza aguardando, y en la primera sala fue detenido de quatro Estudiantes, que hacian papeles de criados aquel dia; quitòse la capa, y aguardò à que saliesse el Cavallero que esperaba; entreteniendose con los Estudiantes, à quien diò quenta de las personas calificadas à quien afeytaba en la Corte, que segun iba diciendo, no avia titulo ninguno à quien no huviesse sobarbado. Todo lo estaba escuchando Trapaza, y esto le daba mayores ganas para que saliesse burlado de sus manos: Saliò en la forma dicha à la sala, y haciendole el Italiano grandes sumissiones, como todos los de su nacion las saben hacer, (hablò de la gente humilde) ocupò vna silla, y mandò que le sacassen vn peynador. Estaba

yà

yà prevenido, que se avia buscado prestado, muy conforme à la persona que representaba Trapaza. Antes de ponersele, le dixo con mucha gravedad: Maestro, hase lavado las manos? que yo soy muy asqueroso, y deseo, que en este ministerio me vengan muy limpios los Maestros. Estoylo tanto, dixo el Barbero, que esta mañana, sin aver hecho barba ninguna, me he lavado dos veces las manos para venir aqui. Veamos, replicò el socaron; mostròselas, y èl dixo: Jesvs, Jesvs, vade retro, lavese, lavese. Ola, dadle al Maestro recaudo para que se lave, no me llegue con essa basura al rostro. Corriòse el Italiano y le dixera algo; pero como le pretendia grangear para su tienda, no osò, ni hizo mas que obedecer. Yà los criados le tenian prevenida vna fuente, y vna aguamanil de plata para que se lavasse. Alzòse las bueltas, y al recibir el agua, venia tan hirviendo, que le escaldò las manos, de modo, que començò à dàr gritos: Què es esso? Dixo Trapaza, hanme abrassado, dixo el Barbero, estos criados de V. m. con el agua que me han echado. Pues què pensaba el rapista, dixo el socarron, que se avia de lavar con agua fria, quien ha menester mudar el pellejo para tocarme al rostro? Assi se acostumbran lavar los Barberos q̃ me afeytan: y siguense de aqui dos provechos. El vno es, q̃ se mondã el cuero de las ma-

nos, parà tocarme con cuero nuevo; y el otro; que los ensayo por si fueren al Purgatorio, ò al Infierno, que yà avràn hecho algunas caravanas de penas. Callò el Barbero à todo esto, viendo que le estaba bien sufrir esta pena, por el interesse de hacer vna barba, que le avia de ser bien pagada. Comenzò, pues, à hacersela, y à cada rapadura queria que se lavasse las manos: hizolo muchas veces; y despues de averle cansado con mil impertinencias, desde las nueve de la mañana, hasta las doce, quando le tuvo hecho el pelo, y la barba, que era poca, le limpiò con mucha prolixidad los dientes, en que tardò otra hora larga, bolviendose à lavar las manos antes. Despues que huvo acabado su obra, le mandò pagar, diò le vn criado vn quarto Segoviano, poniendosele dissimuladamente en la mano: tomòlo el Barbero, pensando que era doblon en el tacto, que la fee de entender, que vn Cavallero, que èl juzgaba tan principal, le hizo pensar era oro, lo que era cobre; Saliò de casa, y yà estaba prevenido lo que le avia de suceder por poco confiado, porque como mirasse la moneda que le avian dado, y viesse ser solamente vn quarto, presumiò que el criado le hacia aquella burla, aprovechandose de lo que su amo le avia mandado dàr, y que le salia cara, tràs de aver trabajado quatro horas largas, y sacar de alli quemadas las manos.

nos.

nos. Bolviò, y ſubiendo à la ſala, encontròſe con el pagador de la barba, y dixole: Señor galan, V.m. me ha dado por mi trabajo eſte quarto, debe de aver ſido yerro; ſuplicole que me dè lo que ſu dueño mandò darme. El bellacon le reſpondiò muy en sì: Señor Maeſtro, lo que Don Guacoldo mi ſeñor le ha mandado dàr, le dì, y aqui no ay yerro ninguno. Pues como, replicò el Barbero, à mi ſe me dà vn quarto por vna barba tan prolixa, como la que acabo de hacer? Saliò à eſte tiempo el ſeñor Don Guacoldo, y dixole muy ayrado: Sì Maeſtro, y aun os la he pagado muy bien, que yo no doy mas que dos maravedis por cada vez que me afeytan. Es poco que podais tener en vueſtra tienda pueſtas mis armas, y à titulo de ſer mi Barbero ganar de comer, ſino quererme llevar lo que à todos? A vos baſteos la honra de hacerme la barba, y ſer mi rapiſta. Muy bien medrarè con eſſo, dixo el Barbero, comenzando à conoçer la burla que ſe le hacia. Como? como? dixo Don Guacoldo, deſacato contra mis barbas? Ola familia, ſalga eſte rapador punido de vueſtras manos. Apenas dixo eſto, quando quatro fornidos Eſcolares gorrones, ſacaron de adentro vna manta, y tendido en ella el pobre Italiano, le comenzaron à hacer coger el freſco, y de camino, à que ſe comunicaſſe con las vigas del techo. Durò la fieſta media hora,
 con

con no pocas voces del paciente, ò inpaciente dirèmos mejor, y risa de los circunstantes. Quedò tendido en la manta, y luego vn bellacon de los quatro dixo: Lastima es, que se nos resfrie el señor cortapelos, yo voy por vn bonete que tengo de quando fuy Manteista, para abrigarle. Sacò luego vno tan mugriento, que esto le bastàra por castigo, pero vntòle todo con trementina, y encaxosele hasta los ojos. Con esto, y ponerle la capa, y sombrero encima, le despidieron, yendo muy bien pagado con el bambolèo del manteamiento, cuya burla se divulgò luego por Salamanca, haciendo autor della al Bachiller Trapaza, que por otro nombre llamaban DonGuacoldo.

Era tan burlon nuestro Bachiller Trapaza, q̃ à qualquiera que èl supiesse que trataba desto, le andaba à buscar, para hacerle alguna burla. Esto le sucediò con vn cõpañero suyo, que antes que se manifestasse Trapaza al mũdo, era èl el que se llevaba la fama de hacer solemnes burlas en Salamanca. Originòse vna, que le hizo, de aver esteLicenciado escupido sangre todo vn dia, y aver dicho, q̃ se sentia indispuesto. Viendo la ocasion, como la podia esperar nuestro Trapaza, fuese al Matadero con Varguillas, que le hizo còmplice en la burla: alli cogieron sangre de carnero, la cantidad que bastaba para llenar de ella vnas tripas de baca, mezclaronla

con

con vna yerva, que tenia propriedad de tener la sangre siempre liquida, sin que se quaxasse, aunque fuesse en dos dias. Llenas las tripas, se las pusieron encima del primer colchon de la cama del Estudiante burlon, de manera, que socaa estaba la sabana de debaxo, encima, y de camino pusieron los cordeles de la cama en falso desatados de su lugar. Con esta prevencion se viò con el achacoso Licenciado, el qual todavia se quexaba de que escupia sangre, dixole nuestro Trapaza: Vos haceis mal en andar en pie con tan mal color, y con esse penoso achaque, y no os lo he querido decir hasta aora, por no daros pena, pero vn amigo mio muriò de esse mismo en menos de vn quarto de hora, por no querer hacer cama, y curarse. Era imaginativo el enfermo; y assi, luego que oyò esto à Trapaza, tomò su consejo, y dixole que se iba à costar. Era esto à las tres de la tarde, en vn dia muy Festivo en Salamanca; desnudose, y al echarse en la cama como los cordeles estaban en falso, hundiòse, cayendo de golpe en ella, con cuyo peso èl se assustò, y las tripas rebentaron, bañandose de sangre todo; la qual como la viesse dixo en alta voz: Valgame nuestra Señora, q̃ he rebentado! pidiò à voces confessíon, à q̃ acudieron los de casa, vieron la mucha sangre esparcida por las sabanas, y à èl, certificando q̃ avia abiertosele vn lado, y que luego le traxes-

ſen vn Confeſſor. Fue mucho la detenida riſa en Trapaza, y Varguillas, no diſparar, y hacerle con eſto ſabidor, de que aquella era ſolemne burla; mas reportaronſe, y trataron de acudir à buſcarle Confeſſor, à lo menos à fingir que hacian eſta piadoſa diligencia, dando quenta de la burla à los compañeros de la poſada, que la celebraron mucho, por ſer todos intereſſados en ella, como burlados del paciente. Algunos ſe quedaron con èl, exortandole que hicieſſe Actos de Contricion, que èl hacia muy de voluntad, con arrepentimiento de ſus culpaos; eſto poniendóſe las manos en los dos coſtados con mucha fuerza, penſando, que por alli ſe le avian de ſalir las entrañas. Aſsi le tuvieron mas de vna hora larga, y al cabo della hizo Varguillas que entraba de fuera, y le dixo: Como oy ay Proceſsion general, no ſe halla vn Religioſo en ſu Convento, ſi no le ſacamos de la Proceſſion. Pidiò con nueva inſtancia, que ſe le traxeſſen, no dexando de ſu preſencia vn devoto Crucifixo, encomendandoſe muy de veras à èl. Un amigo ſuyo, que acertò a llegar à eſta ſazon, viendole tan afligido, y no ſabiendo el engaño, acudiò luego à llamar à vn Ciruiano amigo ſuyo: venido el Maeſtro, le hizo rebolver de vn lado con mucho tiento, y alzandole la camiſa, le mirò con vna luz, y no le hallò herida ninguna; y preſumiendo qúe el daño eſta-

ria en el otro costado, le mirò tambien, però hallòle sin lesion ninguna, sì bien lleno de miedo; assegurole, que no tenia nada, con que se atreviò à hacerle levantar, para vèr de donde procedia tanta sangre; y alzando las sabanas, vieron el mondongo exprimido, que tenia debaxo, con que acabaron de desengañarse, que era celebre burla que le avia hecho, prohijandosela luego al Bachiller Trapaza, como à sugeto que professaba esto. Grandissimo fue el sentimiento del burlado, y jurò que no se iria alabando dello; y assi desde aquel dia comenzò à trazarle cosa con que le sirviesse de venganza. Todos le daban trato de la burla, que avia muy pocos en Salamanca que la ignorassen; y esto era dàr mas espuelas à vengarse de la que avia calificado con nombre de injuria.

CAPITULO. V.

De la causa que le obligò à Trapaza à dexar à Salamanca.

LAs burlas de Trapaza, le daban fama en Salamanca, mas que sus estudios, pues llevado del aplauso que le hacian, trataba mas de divertirse, y desvelarse en dàr vn como, que en estudiar vn Texto. Desdicha de los que no

correſponden al cuidado con que ſus padres les ſocorren, para que valgan mas, de lo que ellos hacen poco caſo, tratando de ſus divertimientos, y no de darles guſto.

Bien ſe penſaba el abuelo de Trapaza, que ſu nieto era yà vn Baldo, y vn Jaſon, quando èl cuidaba poco de imitarles, bufoniando con los ſeñores, que aſsiſtian en aquel Eſtudio, traveſeando con ſus iguales, todo era valentia, todo era juego, y nada ſe eſtudiaba: andaba Trapaza muy alcanzado de dinero, porque al juego no le iba bien, los amigos ſe canſaban de preſtarle: en quanto à las eſtafas no hacia herida, que todos le tenian conocido: con eſto diò en arrimarſe à vn Cavallero Andaluz, llamado Don Lorenzo Antonio, era muy rico por la Igleſia, que tenia mas de dos mil eſcudos de beneficios ſimples, que con todo llegarian à tres mil de renta. Eſte era mozo galan, y con ſolas las primeras Ordenes: acudia muy de ordinario à ſu caſa Trapaza, y como le tenia Don Lorenzo por alentado, ſegun corria fama en Salamanca, eſcogiole para ſu acompañante, en vn martelo que tenia ſirviendo à vna Dama de mucho porte en aquella Ciudad, de quien eſtaba muy enamorado. Era de ella correſpondido, mas por los regalos que la hacia, y dadivas que le daba, que por ſu talle, y perſona, porque demàs de ſer muy corto
de

de vista, y obligarle esto à traer anteojos, era tan pequeño, que apenas salia de el suelo, tanta era su pequeñèz, que era señalado por ella en Salamanca. Era Trapaza el tercero de estos amores, quien llevaba los presentes, quien le acompañaba de noche, y por quien se govenaba en todo Don Lorenzo; pues como acudiesse à la casa de la Dama muchas veces, enamoròse de vna criada que tenia de buena cara, llamada Estefania, que tambien era tercera destos amores, y à dos coros andaba este amor: concertaronse los sirvientes, y trataron de cercenar los presentes al galan Cavallero; y assi, de todo lo que èl embiaba à su Dama, le quitaba la mitad: no se descubriò esto, hasta vn dia, que aviendo Don Lorenzo sacado vna pieza entera de Tabì de aguas azul à su Dama, para que se hiciesse vn vestido, y de lo que sobrasse vnas enaguas guarnecidas con finos passamanos de Milàn. Pareciòle à Trapaza hacer vna sangria à este presente, dexando de la pieza lo necessario para vn vestido, y todo lo demàs que quedaba, aplicarlo para dadiva de la señora Estefania: comunicòlo con ella, y vino en que se quitasse, como avia ordenado su amante Trapaza, y assi se hizo. Comunicaronse despues los amantes, y vinose à descubrir la sangria, que le estuvo muy mal para la salud de las enaguas: apretò, pues, el Cava-

Cavallero en que le avia de bolver el tabi Trapaza, y èl declarò tenerle Eſtefanìa; por lo qual èl cayò en deſgracia de D. Lorenzo, para no entrar mas en ſu caſa, y Eſtefanìa ſaliò de la de ſu ama: concertaronſe los dos de vivir juntos, yà que avian ſido expulſos por vn delito: tenia algunos reales Eſtefanìa; tomò vn quarto de caſa, y con achaque de tomar puntos à medias, y ſoletarlas, paſſaba à la ſombra del reſpeto de Trapaza, el qual ſe ofendiò tanto de D. Lorenzo, que le pareciò no ſe vengaria de èl, ſi no le hacia vna ſatyra: puſolo por obra, y à la pequeñèz de ſu cuerpo, la eſcriviò con buenas ganas de acertar: diòſela à vn muſico de vna compañia que entonces repreſentaba en Salamanca, y en vn dia de Comedia nueva, en que eſtaba el patio con mucha gente, la cantò: decia aſsi.

Hombrecillos, hombrecillos,
los de menguada eſtatura,
contra vueſtra menudencia,
ſe deſacata mi Muſa.
Deſprecios de los humanos,
eſcoria de las criaturas,
atomos de los vivientes,
y de los hombres granuja.
Quexandoſe eſtàn las almas,
que vueſtros cuerpos ocupan,

de

de que se toman a fo,zas
con tan estrecha clausura.
Hace la naturrleza
de todo pequeño burla,
pues le acomada las barbas
tan cerca de la basura.
Su pincèl que forma grandes,
tambien pequeños dibuja,
que assi nacen de vna tierra
los melones, y las chufas.
Condenado està vn pequeño,
aunque de ingenio presuma
à ser hongo racional,
pues de varon tiene dudas.
Para buscar vno destos,
que le derribò su mula,
fue necessario acrivarle
entre la arena menuda.
A sù cama se ligaba
vno destos, y era astucia,
porque le sacò vna noche
por vna oreja vna pulga.
A vn Pigmèo que le ofende,
vn Sastre en su casa busca,
mas èl pulo en vn dedàl
tener su persona oculta.
Passar puede aquesta gente,
que no embaraza, ni abulta,
por ser de materia poca

entre

entre ſabandijas muchas.
Y quexenſe los pequeños,
de ſer cortos de ventura,
pues naciendo para hombres
ſe quedaron para ſer chuſas.

Apenas acabò el vltimo verſo el muſico, quando Trapaza, que eſtaba atento, aguardando eſta ocaſion, dixo à voces (diſsimulando la ſuya) Victor Don Lorenzo Antonio: de nuevo ſe alborotò el patio con eſto, mirando al Cavallero que eſtaba en vn apoſento, oyendo la Comedia, y fueron tantos los ſilvos de la gente de apie, que ſe huvo de retirar adentro, para que ſe acabaſſe la Comedia, que faltaba de ella vna jornada. Quedò el Cavallero picado, y acudio al muſico, à ſaber quien le avia dado ſu Satyra. Negolo al principio, mas con vn doblon confeſsò, que el Bachiller Trapaza avia ſido el autor della. Tratò deſde aquel dia de vengarſe dèl, conociendo no averla hecho menos, que dirigida à ſu menguada perſona, y valioſe para eſto del Eſtudiante burlado, contrario de Trapaza, que ſe ofreciò à darle dos cuchilladas, porque en lo de muerte no vino bien Don Lorenzo, por ſi llegaba à ſer Sacerdote no tener que pedir diſpenſacion. No eſtaba Trapaza tan falto de amigos, que luego no le dieſſen aviſo de lo que ſe le trazaba, y aconſejan-

ſejandolo, que pues el Curſo ſe acababa de alli à vn mes, ſe fueſſe, y no pareciesſe donde le ſucedieſſe algun peligro. Viò que le aconſejaban bien, y por no irſe ſolo, perſuadiò à Eſtefania que le acompañaſſe: queriale bien la moza, y no lo rehusò, con lo qual, dexaron à Salamanca vn Sabado en la noche, tomando la derrota à Sevilla, con el dinerillo que Eſtefania tenia guardado.

CAPITULO VI.

En que ſe cuenta la jornada de Trapaza à la Andalucia, y cuentaſe en el Carro vna Novela, y como por vn eſtraño accidente fue preſo.

TRes determinaciones conformes del Bachiller Trapaza, de Eſtefania, y de Varguillas, ſe diſpuſieron à caminar, dexādo à Salamāca por Andalucia. Para eſto ſe valieron del bagage de vn carro, vergantin terreſtre, que anda en corſo ſiempre aquellos pantanoſos caminos de Invierno, y aquellos paramos deſiertos en Verano: Concertaron, pues, tres Lugares, en donde poco antes hicieron lo meſmo vn Me-

dico, y dos hombres de Valladolid. El Medico, que acababa de sacar licencia de la Corte para comenzar à esgrimir recetas, y quiso passar por Salamanca, y vèr aquella insigne, y celebre Vniversidad, aviendo estudiado en la de Alcalà. Los dos hombres, que eran hermanos, venian de acabar vn pleyto en Valladolid, y passaban à Sevilla à aguardar à otro hermano suyo, que avia de venir del Perù en la Flota, que se esperaba. Pues acomodada esta gente, con otra mucha ropa que cada vno acomodaba en el carro, y la que el Carretero llevaba por su quenta, comenzaron sus jornadas camino de Sevilla, por el que dicen de la plata: Iba Estefanìa en predicamento de muger de Trapaza, y assi todos por esto la guardabā respeto, sì bien su alegria, y desenfado provocaban deseos de romper este decoro, y en el Medico mas q̃ en ninguno, que le avia parecido bien la moza: ella era la levadura de las conversaciones, quien las movia, el regocijo de todos, porq̃ su buena voz deleytaba, y entretenia el cāsancio de vn carro, q̃ es cosa bien intolerable aguardar à la flema cō q̃ camina, y à la prolixidad de los Carreteros, y mozos dèl. Para entretener este tiēpo, quiso el Medico divertir los caminantes cōpañeros suyos, y assi les dixo: En vn camino largo, y q̃ lo es mas cō la cavalleria q̃ llevamos, ha de aver de todo para divertirnos; tiēpos ay

para

para cantar, tiempos para rezar, y tiempos para la conversacion: quando tal vez esto falta, por ser cosa de novedad, se suele variar esto con referir algun sucesso, ò leìdo en verdaderas historias, ò en libros ingeniosos, que la inventiva formò para recreo de los animos, y divertimiento de las ocupaciones: yo me ofrezco los ratos que faltaren los discursos, que de diferentes platicas se movieren à entretener esse rato con algun quento, ò novela, con que passemos el camino, que como he leìdo tanto, assi de lo Italiano, en que tantas se han escrito, como en Español, que de poco acà los han sabido imitar, y aun exceder, no faltarè à lo que aqui prometo con mucho gusto. Todos le agradecieron el deseo con que procuraba quererles divertir, y le estimaron; y assi, para comenzar à cumplir con su promessa, oyendole todos atentos, y mas Estefania, à quien deseaba agradar, dixo assi.

NOVELA.

Governaba el Imperio de Roma el invicto Valeriano, cuyo esfuerzo era temido de sus enemigos, y cuya afabilidad amada de sus Vassallos. Para aliviar las cargas de este govierno, librò el peso de los negocios en Claudio, Cavallero Ramano, cuya persona era estimada

en Roma, assi por su noble sangre, como por sus heroycas hazañas, pues desde que ciñò espada, que fue en la edad de diez y seis años, se hallò en la guerra, y en todas las ocasiones mas peligrosas que se ofrecieron, mostrò con gran valor ser Patricio de Roma, ganando honrosos trofeos de sus contrarios, y fuerzas, y aun Reynos al Imperio. Esto le pusò en el primero lugar de la Corte, porque conocido su valor, su talento, y partes, tan dignas de estima, el Emperador le admitio en su Privanza, y era su segunda persona, despachandose por su mano los negocios de mas peso, las consultas, y cosas tocantes à la Cesarea persona, que es necessario, y aun preciso tener vn Monarca privado, para que alivie sus cuidados, y minore sus ocupaciones. Era Claudio de gentil disposicion, hermoso de rostro, afable, discreto, cortès, y amigo de todos, de manera, que aquel lugar que tenia, le ocupaba sin contradicion de embidia alguna; que es la mayor felicidad en la Privanza. Por vèr en èl partes de tan perfecto Cavallero, Otavia hermana del Cesar puso los ojos en èl, con aficion, de manera, que en varias ocasiones se lo diò à entender con los ojos, interpretes de las almas. Discreto era Claudio, y avia penetrado el amor de la hermosa Otavia, mas no se le diò jamàs por entendido, por pare-
cer-

cerle, que en aquel Sugeto era muy peligroso el empeño, pues si se engolfaba en èl amando à Otavia, avia de hacerle perder la gracia del Emperador, de quien sabia, que deseaba casarla con Decio su primo, que estaba entonces en el Govierno de España; y querer èl turbar con su galanteo esto, era perderse: Por esto no quiso admitir los alhagos amorosos de la hermosa Otavia, desviandose de todas las ocasiones que se ofrecian, por venirle à estàr tan mal el esperarlas, con que la Dama aumentaba sentimientos, pues veìa de conocido, que huìa de ella, y passaba todas las noches en continuo desvelo, no perdiendo del pensamiento à Claudio, de quien estaba firmemente enamorada.

Sucediò salir vn dia à caza el Emperador por divertirse, y hallòse en ella su hermana con sus Damas, y Claudio, que no faltaza de el lado de el Cesar. Pues como la caza se comenzasse (que era de venados) cada vno discurriò por la parte que mas gusto tuvo. Claudio huvo de seguir la vereda que Otavia avia tomado, por tener orden de el Cesar, que no se apartasse de su lado. Descubrieron los sahuessos por alli el rastro de vn Ciervo, al qual hallaron à muy pocos passos: siguieronle, y tràs èl Otavia, y Claudio, llevando

la Dama intencion de apartarse quanto pudiesse de aquel puesto, para lograr la ocasion que deseaba. Alcanzaron los perros al Ciervo, y haciendole trofeo de sus presas, dieron alivio à su cansancio en el cristal de vna fuente, que se les ofreciò. A su imitacion, Otavia que viò muerto el Ciervo, se apeò en brazos de Claudio; y atando los cavallos à vna encina, se sentaron en la verde yerva, margen de aquella clara fuente, adonde Claudio no pudo rehusar el venir, por mandarselo el Emperador, que bien sabia, por las acciones de la hermosa Otavia, que se avia de hallar muy atajado con ella. Despues que huvieron los dos hablado gran rato en algunas cosas, Otavia le dixo assi: Maravillada estoy, Claudio, de vna cosa, que si no la oyera platicar en Roma, no la creyera: y es que siendo en esta Ciudad la persona mas lucida della, la mas bien querida, no ayas dado al niño amor feudo, con Dama que merezca que la sirvas: esto digo, porque oyendo hablar de muchos Cavalleros mozos los empleos que tienen, y las Damas à quien sirven, en tratando de tu persona, todos convienen en que no tienes amor. Quisiera saber, si esto proviene de algun escarmiento, que no puede ser menos, porque estàr vna juventud tan florida, vna gala tan bien vista, y finalmente vn Cavallero de tantas partes sin Dama, arguye, que

mal

mal pagado de alguna, ſentido de ſu ſinrazon, no qeieres poner los ojos en otra, que ſuele ſer el remedio contra eſte peſar. Aqui callò Otavia, dando lugar à que Claudio reſpondieſſe aſsi: Hermoſa Otavia, no ſe debe maravillar, quien viendome en el pueſto que eſtoy (mas por favor de el Ceſar, que por meritos mios) no me vè ſervir Dama alguna de Roma, ſiquiera para emplearme en ella, con el vinculo del matrimonio, pues de propoſito huyo de los lances de amor, que ſe me pueden ofrecer, para verme en eſtos empeños. Eſtos ſuelen ſer efectos de la ocioſidad, y como en mi no la ay, con los importantes negocios, en que el Ceſar me encarga, y de que le tengo de dàr quenta, quando quiere aliviar conmigo ſus cuidados, nunca ha tenido el amor lugar para moſtrarme objetos, en quien de veras emplee la viſta, à quien le ſuceda la aficion: buſcarlos, tampoco lo hago, por vèr quan contrarios ſon divertimientos amoroſos, à ocupaciones de Miniſtro, pues con ellos diera mala cuenta de lo que el Ceſar me tiene encomendado, y yo deſeo ſu acierto, que no le tuviera à no portarme aſsi. Satisfecha me has dexado con la diſculpa de Miniſtro, dixo ella; pero con eſſo no sè como la podràs dàr de mal entendido, à vna Dama, que sè yo con certeza, que deſea que tu pongas tu aficion en ella, dandote para eſto

motivo, acciones que tu has visto en sus ojos: Mi desconfianza, dixo èl, me ha hecho poco advertidos los mios, y assi avràn pecado de grosseros en no aver reparado en tanta dicha. No la debes de juzgar por tal, dixo Otavia, pues has hecho poco caso de ella, pues no es persona la que se ha atrevido à tal, que ha ensayado estos papeles en otra parte, porque su estado, y autoridad se lo defendieran, y aun para lo que ha hecho (que es demasia) le ha costado harto en vencer antes su passion. Finalmente, de palabra en palabra, Otavia vino à declararse con Claudio; y aunque èl estimò mucho el sobrado favor que le hacia, y ponderò con hyperboles su estimacion, la dixo quan contra el gusto de su hermano seria el favorecerle, pues sabia de su Magestad quan diferentes propositos tenia, pues le avia comunicado el empleo que queria hacer de su persona en Decio su primo, y que sobre ello le avia yà escrito. Mostrò Otavia disgusto à este consorcio, por no ser Decio muy conforme à su voluntad, que era hombre sobervio, y no muy bien querido. Por esto de nuevo le mostrò con resolucion deseos de que la sirviesse, facilitandole, que por aquel camino subiria à ser Colega de su hermano, pues amor avia hecho otros mayores milagros. Con este animo, que le puso à Claudio, desde aquel

dia

dia comenzò à gozar licitos favores de Octavia, hasta llegar à verse à vna reja de vn jardin muchas noches, pero siempre Claudio la servia con vna grande desconfianza de poder alcanzarla por esposa, sabiendo que su casamiento se trataba con veras, y casi estaba yà concertado, que por estàr España con algunas alteraciones, no venia Decio della à acabarlo de efectuar. En esto estabã los dos amantes, muy enamorada Octavia, y Claudio muy dudoso de lograr aquel empleo, quando ofreciendose vnas grandes fiestas en Roma, que se hacian al Dios Iupiter, acertò à hallarse Claudio en su Templo con el Cesar, donde viò vna singular belleza, vna perfecta hermosura, vna bizarra Dama, que con su beldad excedia à quantas celebraba la juventud Romana. Era recien venida de Francia, donde Acilio su anciano padre avia estado governando aquel Reyno por el Cesar, y por su mucha edad se avia retirado à Roma, donde quiso colgar el acero, y descansar. Era Porcia el consuelo de su senectud, el alivio de sus achaques; y finalmente, todo su gusto, y contento. A esta Dama (que era de lo mas principal de Roma) mirò Claudio con tanto cuidado, y desvelo, que desde aquel dia le puso en èl su estremada hermosura. En quanto asistiò en el Templo, y se hicieron aquellos solemnes sacri-

ficios à Jupiter, procurò con los ojos dàr à entender Claudio à la hermosa Porcia, el nuevo cuidado en que su hermosura le avia puesto; y con tanto efecto la miraba, que ella huvo de reparar en ello, de manera, que la obligò à preguntar à vna amiga que la acompañaba, quien era Claudio, que como tan recien venida, no le conocia. La amiga la informò muy à lo largo de las partes de aquel Cavallero, del puesto que ocupaba, y de como era toda la Privanza del Emperador: todo esto haciendo las partes de Claudio, porque le era muy aficionada suya. No desestimò Porcia el verse mirar con tanto afecto, y conocer por las demostraciones del Cavallero, proceder esto de aficion; y assi, en su pensamiento (pareciendole bien la persona de Claudio) propuso, si perseveraba en servirla, le favorecerle, pues empleada en la segunda persona del Imperio, no podia mas desear.

Desde aquel dia procurò Claudio servir à Porcia con mucho secreto, porque no viniesse esto à oìdos de Otavia, con quien tambien se comunicaba, sin faltar noche alguna del jardin, à donde se veia con ella, y era favorecido en lo licito, y honesto. Llegò, pues, Claudio à tanto con Porcia, que favorecido della, no se acordaba si avia Otavia en el mũdo para amarla; sì bien, por razon de estado la hablaba, que

temia, que de no hacerlo, le podia descompo-ner con el Cesar su hermano.

En este tiempo muriò Atilio, padre de Porcia, dexandola muy rica: hicieronsele las Exequias à la vsanza de su Gentilidad. Porcia se retirò algunos dias de comunicarse con Claudio; mas passado el sentimiento, èl llegò à entrar en su casa, dandole primero la mano de esposo, con que pudo llegar à los brazos de su amada Porcia, y gozarse con ella: esto con secreto siempre, por el temor que tenia de Octavia, de cuya aficion avia Claudio dado parte à su esposa; y con su licencia, no desistido del galantèo, asseguràndola que avia de durar poco, pues se esperaba presto la venida de Decio su primo.

En tanto que passaban estas cosas, Camilo vn fuerte Capitan, y respeto Soldado, que governaba la Panonia Superior, que oy es Ungria, se revelò contra el Cesar, queriendo hacerse dueño, y Señor absoluto de aquel Reyno. Tuvo aviso desto el Emperador, y quiso en persona partir de Roma à castigar este desacato, sin bastar ruegos de su hermano, para que no hiciesse esta jornada. Convocò susLegiones, y con ellas, y nuevo Exercito q̃ en breve se hizo, partiò de Roma à toda priessa, por no dàr lugar al rebelde para que se fortificasse con su tardanza: en la jornada huvo de ir Claudio, porque el Em-

perador jamàs le apartaba de sì, parà que le aliviasse las cosas del Govierno. Mucho sintieron Otavia, y Porcia su ausencia; con la vna mostrò el Cavallero verdadero sentimiento de su partida; y con la otra fingiò tenerle, deseando à la buelta hallar en Roma à Decio, para que casado con su prima, le diesse lugar à dàr parte de su casamiento al Emperador de su empleo, y hacer con la hermosa Porçia sus bodas.

Llegò el Cesar à Ungria, hallò en Belgrado (que es su Mettropoli) fortificado à Camilo, sitiò la Ciudad, y aviendo sufrido tres assaltos, en que se viò casi rendida, se defendia valerosamente. No faltò quien viendo la tyranìa de Camilo contra su natural Señor, no procurasse entregarle la Ciudad, y aun la persona del traydor; y tratando esto secretamente con el Cesar, vino por trato à darsele entrada en Belgrado; y vna noche, quando menos se pensò Camilo, al Exercito Imperial le fueron abiertas las puertas, con que ganò la Ciudad, dando muerte à los valedores del rebelde, y à èl poniendole en prision; y para escarmiento de otros, de alli à dos dias le fue cortada la cabeza en vn publico cadahalso, à vista de todo el Exercito Imperial, que asistiò à esta Justicia. Con esto alcanzò el Cesar à toda Ungria, y la bolviò à su dominio, poniendo Governador de su

ma-

mano, en perſona de mucha ſatisfacion.

Pareciòle al Ceſar dàr cuenta à ſu hermana deſte feliz ſuceſſo, y comunicò con ſu Privado Claudio la perſona q̃ podia ir à darle la nueva. El que deſeaba verſe preſto en los brazos de ſu eſpoſa, ſe ofreciò à llevarla, coſa que eſtimò el Emperador, pareciendole que à aquello ſe ofrecia Claudio por autorizar mas la Embaxada; y aſsi ſe lo agradeciò, y partiò de Ungria por la poſta, acompañado de ſolos doce Capitanes que le quiſieron ir ſirviendo en aquella jornada Llegò, pues, Claudio à Roma vna noche algo tarde, eſto de propoſito, por no ir luego à Palacio à verſe con Otavia; y aſsi ſe fue à caſa de ſu eſpoſa, donde contar el contento que recibiò con ſu viſta, fuera alargar mas eſte diſcurſo: Eſtuvo aquella noche, y otras dos, encargando à los Capitanes, que tambien aſsiſtieſſen encubiertos mientras èl hacia muchas galas con que vèr à Otavia. Algunos de ellos ſabian que no le faltaban para hacer lucidamente ſu viſita, ſino que eſto era ocaſion para gozar de ſu eſpoſa, que yà ellos ſabian muy bien ſu ſecreto conſorcio; y aſsi como eran doce, entre ellos huvo alguno tan poco ſufrido, que quiſo paſſear por Roma, contraviniendo al orden de Claudio. Fueronle con eſtas nuevas à Otavia, y mandò llamarle: ſupo de èl por extenſo la victoria de Ungria, y

aun

aun mas de lo que quiſiera, pues le dixo como Claudio la traìa la nueva, y la cauſa de averſela encubierto dos dias, que era por averſe viſto con ſu eſpoſa. Tiernamente ſintiò eſto Otavia; deſpidiò al Capitan diciendole, que no dixeſſe à Claudio, que ella ſabia ſu venida: y con la pena que le avia dado eſta nueva, ſe retirò à ſu quarto, donde à ſolas comenzò à manifeſtar con llanto ſu ſentimiento, culpando de ingrato, y fementido à Claudio: y todo el amor que haſta alli le tenia, con lo que ſupo de ſu empleo, ſe le convirtiò en odio. Entre tiernos ſuſpiros, y ſollozos, la hallò Publio Emilio, vn anciano Conſul, à quien avia dexado el Ceſar por Governador de Roma, entretanto que bolvia de Ungria, y eſte aſsiſtia ſiempre en Palacio. Yà èl ſabia la venida de Claudio, y eſtrañaba la detencion ſuya en dàr las buenas nuevas à Otavia, ſin penetrar por què avia hecho eſta tardanza. Pues como Emilio hallaſſe à Otavia llorando, pidiòle la cauſa de eſſo; y ella fiandoſe dèl, ſe la dixo, ponderandole el grande amor que le tenia à Claudio, y como deſeaba que ſu hermano el Ceſar vinieſſe en que èl fueſſe eſpoſo ſuyo, no obſtante que lo trataba con Decio ſu primo. Finalmente, ella le pidiò parecer en lo que debia hacer en aquel caſo, vengandoſe de Claudio, y ſu eſpoſa: El conſejo que Emilio la diò, fue,
que

que en ſu perſona de Claudio no ſe vengaſſe, por ſer la Privanza de ſu hermano, y en quien todo el Pueblo Romano tenia pueſto los ojos; pero que venido à ſu preſencia, le hicieſſe llevar preſo con guarda, haſta la caſa de ſu eſpoſa, adonde le obligaſſe el rigor à que la quitaſſe la vida, para que quedando libre pudieſſe deſpues caſar con èl, como deſeaba. Parecciòle bien à Otavia eſte conſejo; y aſsi, aguardò à que vinieſſe Claudio à verla, dando orden à Emilio de lo que avia de hacer, conforme lo tratado.

Vino, pues, Claudio, acompañado de ſus Capitanes, con toda la bizarria que pudo obſtentar, y fuele dada entrada donde eſtaba Otavia, que le recibiò debaxo de ſu dosèl, con grande ſeveridad. Hizòle relacion muy por extenſo de el ſuceſſo de la vitoria: diòle cuenta como al Ceſar le dexaba con buena ſalud, y con deſeos muy grandes de dàr la buelta brevemente à Roma. Lo que à eſto reſpondiò Otavia fue, levantarſe de la ſilla en que eſtaba, y decir à Claudio: Quando los Monarcas guſtan de que ſe guarden ſus ordenes, y mandatos, es inobediencia grande no ſeguirlos con toda la puntualidad que les mandan las executen. Yà eſta nueva la tenia ſabida dos dias ha, y fuera razon que el primero que me la dixera fuerades vos, ſin deteneros adonde ſabeis, y todos

ſabemos. Con eſto le bolviò las eſpaldas, dexando a Claudio admirado, aſsi deſto, como del ayrado ſemblante con que eſto le dixo, como de que yà ſupieſſe ſu empleo: pesòle eſtrañamente de aver excedido del mandato del Ceſar, y de que por eſto ſe manifeſtaſſe ſu empleo, que era bien antes de averle hecho, darle razon de todo, à dueño que tanto le favorecia: bolverſe queria à ſu poſada, quando Emilio entrò donde eſtaba, y apartandole aparte de aquellos Capitanes, le dixo eſtas razones.

Señor Claudio, prudencia vueſtra fuera, quàndo tanta dicha aviades tenido en ſer favorecido de la hermoſa Otavia, agradecer ſu favor, y ſaber conſervaros en ſu gracia, pues vemos que amor ſuele igualar eſtados, con matrimoniales vniones, y ſer diſculpa de graves yerros: Otavia tenia intento de haceros dueño ſuyo, perſuadiendo al Ceſar ſu hermano à eſto, y de no venir en ello, no dàr la mano à Decio ſu primo, porque vos vinierades à poſſeerla: aveis pagado ingratamente ſu amor, caſandoos de ſecreto con Porcia, lo qual tiene ſabido, y para caſtigo deſto, traygo orden de ſu Alteza, que cinquenta ſoldados que afuera os aguardan, os lleven preſo à la caſa de Porcia, donde Mario, que es quien viene por Cabo deſta gente, os fuerce, à que por vueſtras manos deis

la

la muerte à vueſtra eſpoſa. Eſto bien sè que ſe os harà duro ſi la teneis amor, pero avràſe de hacer, pena de perder vos, y ella las vidas. Con eſto, ſin aguardar reſpueſta de Claudio, el anciano Emilio le bolviò las eſpaldas. Entraron aquellos Soldados, guiados de Mario, y quitando la eſpada à Claudio, le llevaron à ſu caſa. No eſperaba la hermoſa Porcia tener tan mal dia como tuvo; la qual, viendo à ſu eſpoſo (que entrò primero ſolo, dexando la gente atras) le recibiò con los brazos abiertos, y muchas caricias, à ninguna moſtrò Claudio ſemblante afable, coſa que le causò novedad à ſu eſpoſa, y preguntandole la cauſa de ſu meſura, no acertò à reſponderla palabra, ſino ſolo lo que hacia era levantar los ojos al Cielo, y dàr tiernos ſuſpiros. De nuevo inſtò Porcia con blandos ruegos, à que la dixeſſe la cauſa de aquella novedad que en èl hallaba, y èl le reſiſtia el decirſela, haſta que las lagrimas de Porcia rompieron el ſilencio de ſu eſpoſo, el qual la dixo todo lo que paſſaba, el mandato de Otavia, y el orden que Mario traìa, para que luego ſe executaſſe: lo que reſpondiò la valeroſa Matrona à eſto, fue (ſin hacer mudanza de nuevo ſentimiento) decirle: Quieroos tanto, querido eſpoſo mio, que viendo que de mi muerte reſultan los aumentos vueſtros, aumentando con eſto la eſpe-

ranze

ranza de mejoraros de eſpoſa, que en vez de defender mi inocente vida, os ruego que apreſureis mi fin; aqui eſtoy, ſacad el puñal, y dad principio à vueſtra dicha. Ea, en què dudais? Dadme la muerte, que como ſea por vueſtra mano, dulce ha de ſer para mi: no os turbe el amor que me teneis, para eſtorvar la execucion della, bien mio, de rodillas os lo ſuplico. Eſto decia quella hermoſa Romana, con tanto afecto, q̃ no ſolo enternecia à ſu eſpoſo, pero à algunos de los ſoldados que veniã al cumplimiento deſta riguroſa accion, que les eſtaban eſcuchando, por orden de Mario. Claudio oìa à ſu eſpoſa eſtas coſas, tan abſorto, que parecia vn marmol en el movimiento, ſolo no tenia de piedra el derramar lagrimas de hilo en hilo bañaba ſu roſtro, impidiendole la pena el poder hablar à ſu eſpoſa. Reſultò, pues, en no ſer executor de tal ofenſa, y de morir antes mil muertes, que hacer la de ſu amada eſpoſa. Eſtaba abrazado con ella, llorando entrambos, cuyo eſpectaculo enterneciera à vn riſco. Deſta ſuerte eſtuvieron vna larga hora, de ſuerte, que Mario canſado de eſperar (por ſer poco afecto à Claudio) entrò donde eſtaban, diciendo: Señor Claudio, yà es mucho durar en lo que ſe os tiene mandado, yo deſeo bolver preſto à Otavia à darle las nuevas de que aveis muerto à Porcia: reſolveos luego en quitarla la vida,
ſino

ſino quereis perder la vueſtra. Aqui ſe enfureciò Claudio; y loco de colera, ſacando el puñal, acometiò à Mario, diciendole: Primero, viles Miniſtros, de tan ſangrienta execucion vereis en voſotros hecha la que deſeo, que mi eſpoſa pierda el vivir. De poco le ſirviò eſto, porque mandando Mario à ſus ſoldados, que ſe abrazaſſen con Claudio ſin ofenderle, èl excediendo de ſu comiſsion, ſe abrazò con ſu eſpoſa; y para abreviar con ſu muerte, ſin oìr ternezas ſuyas, viendo vna galeria que caìa al claro Tyber (rio que atravieſſa à Roma) la arrojò por ella à èl, ſaliendo donde eſtaba Claudio, à quien dixo lo que avia hecho. De nuevo ſe enfureciò el laſtimado Cavallero, deſeando perder la vida à manos de aquellos ſoldados; mas ellos ſe la guardaron, llevandole à vna Torre, haſta vèr, què era lo que mandaba Otavia que ſe hicieſſe de èl.

Bolviò Mario con la nueva de lo que avia hecho, Otavia le agradeciò ſu reſolucion, y mandò, que con Claudio ſe tavieſſe mucha quenta; de modo, que no le faltaſſen perſonas, que guardaſſen la ſuya, porque no ſe quitaſſe la vida. El peſar de vèr muerta à Porcia, le bolviò el juicio; de modo, que ſin èl andaba por las calles de Roma, diciendo mil males de Otavia, y laſtimandoſe de la pèrdida de ſu eſpoſa, la qual fue el Cielo ſervido, que ſuſtentandoſe

en

en las aguas con las basquiñas, pudo ir la corriente del Tyber abaxo, hasta venir à dàr enfrente de vna amena Quinta del Cesar, de donde salieron dos Hortelanos suyos, que la libraron del peligro de las aguas, y la recogieron en su casa, en compañia de dos hermanas suyas. Alli en havito tosco de villana, se estuvo hasta vèr en què paraban sus desventuras, no diciendo à nadie quien era, ni aun à los restauradores de su vida.

Bolviò el Cesar de su jornada, y vna milla antes de llegar à Roma, supo como Claudio su Privado avia perdido el juicio, cosa q̃ sintiò en extremo, porque le amaba tiernamẽte. La causa deste accidẽte, le dixeron aver sido vna caìda que avia dado corriendo las postas, que à los Reyes suele ocultarseles lo mas publico, quando no salen à saber lo que passa en sus Estados.

No quiso aquel dia llegar à Roma, y quedòse en aquella Quinta donde estaba Porcia, à quien fue fuerza vèr; y aunque adornada de pobres paños, y con la tristeza de saber, q̃ su esposo avia perdido el juicio, todavia su hermosura no se pudo encubrir: contentòle al Cesar mucho, y deseò ocasion para hablarla à solas. Dispuso esto Fausto, vn Cavallero Romano, de la Camara del Cesar porque despejando la gente de la Quinta, diò lugar à que el Emperador se fuesse por el jardin, àcia la parte donde Porcia

cia eſtaba, à quiẽ hallò componiendo vn ramillete de las flores, que de vn hermoſo plantèl cogia; y viendola el Ceſar en eſte curioſo exercicio, la dixo: Hermoſa villana, para què os canſais en fabricar de flores eſſe oloroſo ramillete, ſi ellas ſobran donde eſtàn las roſas de eſſas mexillas, el azar de eſſa frente, los claveles de eſſos labios, y los jazmines de vueſtras manos? Dexad eſſa ocupacion, y en eſſa clara fuente, ved que todo lo, que os digo, eſtà con la perfeccion, que la Divina mano quiſo poner en ello, para que todo junto fueſſe imàn de voluntades, y rendimiento de corazones. Deſentendida ſe hizo Porcia deſtas razones, reſpondiendo al Ceſar con algunas toſcas, y ſimples, no al propoſito que èl ſe las dixo. Bolviò de nuevo à darla alabanzas, à encarecerla primores; mas de todo ſe reia Porcia, haciendo de la ſimple, con que al Ceſar le pareciò, que con tan ruſtico ſugeto (en quiẽ eſtaba mal empleada tãta hermoſura) eran eſcuſados hyperboles en ſu alabãza; y aſsi pagado de lo hermoſo, quanto deſazonado de lo groſſero del entendimiento, quiſo librar en fuerza lo que no avia de alcanzar por perſuaſiones, preſumiendo, que tales ſugetos, nunca por finezas ſe vencen, como incapaces de entender, ni eſtimar tales agaſſajos. Executar quiſo eſto, mas hallò en Porcia noble reſiſtencia, hablandole ſiempre toſca-

mente, temiò que diera voces; y assi la dexò, con pensamiento de haçer que Fausto, de su parte la regalasse, y con dadivas ablandasse aquella rusticqueza. Aquella noche durmiò en la Quinta, y el otro dia hizo su solemne entrada en Roma, con vn grandioso triunfo, como acostumbraban los Emperadores, que venian vitoriosos de ganar Provincias, y Reynos. Llegò con este magestuoso acompañamiento à Palacio, donde le esperaba la hermosa Otavia su hermana, alborozada con su venida, sì bien temerosa algo, de que no se supiesse el castigo de Porcia, de quien procedia el delirio de Claudio. Luego que el Cesar supo de la buena salud de su hermana, estando los dos hablando de la passada guerra, oyeron vnas descompuestas voces en la Antecamara de Palacio, con los Porteros della. Preguntò el Cesar, què ruido era aquel; y fuele dicho, que Claudio, llevado de la furia de su delirio, porfiaba à querer entrar en su quarto, contra la voluntad de los Porteros. Quiso el Emperador à costa de su sentimiento verle, y mandò que le diessen entrada. Entrò Claudio rotos los vestidos, inquieto el semblante, espeluzado el cabello, y arrojòse à los pies del Cesar, como à pedirle justicia, besandoselos muy à menudo. Hallabase alli Emilio, el qual dixo al Emperador, que desde que Claudio avia perdido el juicio, su
tema

tema avia ſido aquella, de andar quexandoſe de vn agravio;y pidiendo juſticia, eſto dixo,para prevenir, que no ſe le dieſſe credito à quanto dixeſſe. Quiſo oirle el Ceſar; y mandandole levantar, en mal compueſtas razones comenzò à quexarſe de Otavia, de cruel, de tyrana de ſu guſto;y finalmente en metaforas dixo ſu crueldad,el agravio que ſe le avia hecho,y la muerte de ſu eſpoſa,ſin nombrarla, enfureciendoſe. Diſsimulò quanto pudo Otavia, y no mudò ſemblante à eſtas coſas, antes moſtraba ſentimiento de vèr aſsi à Claudio, el qual dixo tràs de lo paſſado mil deſatinos, con que el Emperador le mandò quitar de ſu preſencia, y que fueſſe llevado à la Quinta donde eſtaba Porcia, para que alli fueſſe curado con mucho regalo, por ſi eſto le bolvia en ſu acuerdo. Ataronle las manos con eſpoſas, y con grillos à los pies, fue llevado à la Quinta, entregandoſele à vn Cavallero, que tuvieſſe cargo de regalarle con mucho cuidado. Supo Porcia, que ſu eſpoſo eſtaba en la Quinta, y huyò quanto pudo de no verſe en ſu preſencia, porque temia, que ſi ſe deſcubria, Otavia no la quitaſſe la vida,acabando con todo; pues mejor era aguardar à vèr ſano à Claudio, y con el tiempo eſperar mejor ſuceſſo. Con todo no pudo vn dia encubrirſe à los ojos de ſu eſpoſo, que la viò junto à vn eſtanque; y aſsi como reconociò à

ſu eſpoſa , imaginando que en eſpiritu bolvia al mundo à verle , la dixo : O tu beldad ſuperior, eſpiritu de aquella hermoſura, que adoraban mis ojos , para llorar ſu deſdichada muerte , dime ſi vienes por orden de los Soberanos Dioſes à conſolar mi aflició, ù à dàr ſalud à mi perdido juicio ? Que no dudo , que por hacerme eſte bien,compadecidos de mi, te ayan dado licencia,para que rompiendo los claros criſtales del Tyber(ſepulcro funeſto de tu inocente vida) has venido à ſer alivio de mis penas, deſcanſo de mis congoxas, y ſoſsiego de mi inquietud. Ibaſele acercando Claudio, y temiendo Porcia , que ſi ſe le deſcubria , pudiera ſer , en vez de ſu ſoſsiego, rematar del todo con ſu juicio , quiſo llevarle el humor , y condeſcender con ſu tema, y aſsi le dixo : Claudio , yo ſoy tu eſpoſa, que por mandato de Jupiter he dexado mi ſolio de criſtal (donde me coloco, deſde que Mario fue mi homicida) para darte conſuelo. Eſto ha permitido el Dios Supremo; no me toques, que ſerà profanar mi pureza, ſolo te conſuela con verme ; y ſi acaſo paſſas el limite de la compoſtura , tocandome tus brazos , no dudes que ſe ofenda aquella excelſa Deydad , y que no conſienta, que yo te conſuele mas. Mucho ſintiò Claudio el impedimento que le ponia , y por no ſer tranſgreſſor de los Mandamientos de Jupiter ; ſe abſtuvo de gozar , ſi quie-

quiera de los brazos de ſu eſpoſa. En eſte tiempo fue echado menos de ſu guarda;y aſsi, baxò al jardin à buſcarle, dandole voces, las quales oìdas de Porcia, dixo à ſu eſpoſo: Buſcandote vienen, Claudio, no conviene que otro que tu me vea, porque ſe enojarà Jupiter, queda en paz, que yo tendrè cuidado de verte à ſolas. Encarecidamente ſe lo rogò, que eſto hicieſſe Claudio, con que Porcia ſe entrò por lo eſpeſo de vnas murtas, y ſe le encubriò, tomando el camino para la caſa del Hortelano. En eſta platica que tuvo, la preguntò Claudio, que como venia en havito de villana; à lo qual, hallandoſe algo atajada Porcia, la ſalida que diò à eſto, fue decirle, que Jupiter la mandaba que vinieſſe en aquel trage; el por què, no diò razon, porque no era bien querer ſaber los ſecretos de vn Soberano Dios, de vna ſubdita ſuya. Deſde aquel dia moſtrò mas ſoſsiego Claudio: las nuevas deſto le dieron al Emperador mucho contento, y eſſa tarde quiſo ir à verle con ſu hermana Otavia, previniendo à Fauſto, que le tuvieſſe hablada à la villana; y perſuadida à que no reſiſtieſſe ſu guſto, que por fuerza, ò de grado avia de venir à ſus brazos.

Previnoſe lo neceſſario para eſtàr en la Quinta algunos dias: Fue el Ceſar, ſu hermana, y algunas Damas ſuyas, con el reſto de los criados, neceſſarios para ſu ſervicio. Llegaron, y vieron

ron à Claudio mas sossegado ; y preguntandole la causa, decia, que el espiritu de su esposa le avia visitado, y consolado. Ignoraba el Cesar que la tuviesse ; y asi, lo que hablaba concertodo, à èl le parecia que era mayor locura: con tado, se holgaba de verle con mas sosiego. Despues que aquel dia huvieron comido, aviẽdo sabido el Cesar, que Porcia estaba sola en él jardin, por aviso que desto le diò Fausto, fue à la parte donde estaba; y hallandola cerca de vn intrincado labyrinto, que formaban vnas verdes murtas, despues de aver intentado con persuasiones, que condescendiesse con su deseo, viendo ser en valde esto para vencerla, librò en sus fuerzas el hacerlo, y viniendo con ella à los brazos, tratò de resistirse quanto pudo. Acertò à venir por alli Claudio, y viò al Cesar con el espiritu, que juzgaba ser de su esposa, de aquella manera, y con voces comenzò à decir: Què haces invicto Emperador, no profanes con tu violencia, la beldad de vn espiritu, que goza yà de mas perfecta vida; mira que ofendes à los Dioses. Viò Porcia, que en tal lance, no era bien aventurar à su esposo contra el Cesar, à quien tanto debia, y asi le dixo: Supremo Monarca, invicto Emperador del Orbe, refrena tu intento, que no conoces quien soy, y dame atento oìdos, para que me escuches lo que despues de sabido te ha de admirar,

ar. Yà lo eſtaba el Ceſar de vèr vn nuevo ſemblante de la que juzgaba por villana, y las compueſtas razones con que le hablaba; y juzgando deſto myſterio, ſe apartò della, y diò lugar à que lo mas ſucintamente que pudo Porcia, le hicieſſe relacion de los amores de Otavia, y Claudio; y como por no ofender à ſu Mageſtad el intento de caſarſe, ſabiendo que ſu eſtado no era juſto igualarle à ſu grandeza. Que ſabido eſto de Otavia, avia procedido con el rigor que ſe ha dicho, como Mario la arrojò en el Tyber, como el Cielo avia permitido, que no pereccieſſe en èl, debiendole la vida al Jardinero de aquella Quinta. Finalmente le contò todo lo ſucedido haſta entonces, declarando con eſto la cauſa de aver perdido el juicio Claudio; y arrojandoſe Porcia à ſus piès, le ſuplicò ſe ſirvieſſe de que no perdieſſe à Claudio, mas que antes le permitieſſe que hicieſſe vida maridable con ella. Admirado dexò al Ceſar la relacion de Porcia, de que èl eſtaba tan ageno; viò en Claudio diferente ſemblante, pues con ſaber que Porcia eſtaba con vida, y era aquella que tenia preſente, ſe le aſſentò el juicio, bolviendo à ſu sèr primero. Ofreciòles el Emperador hacer mercedes, pero mandòles que tuvieſſen ſecreto por entonces, por amor de ſu hermana, con que no penſaba darſe por entendido en nada, porq̃ aguardaba à ſu primo Decio,

por horas; èl fue el Iris destos nublados, pues los sossegò con su venida aquella noche. No pudo Otavia replicar à la voluntad del Cesar, ni lo hiciera viendo à Claudio sin juicio; diò la mano à Decio, y despues de sus bodas, se hicieron en publico las secretas de Claudio, y Porcia, con alguna pena de Otavia, por vèr que su poder no avia sido bastante, ni à quitarla à ella la vida, ni mudarle à èl la aficion.

Mucho gusto diò à los oyentes la bien repetida Novela del Medico, que procurò con su crespa prosa agradar à todo el auditorio, y en particular à la graciosa Estefanìa, à quien se avia inclinado à hurto de su respeto el Bachiller Trapaza. Llegaron aquella noche à Truxillo, Ciudad por donde iba el Carretero, porque avia de dexar alli alguna ropa, y tercios que en Salamanca le avian encomendado; pararon en el Meson de los Carros, adonde cada vno buscò su rancho; Trapaza, Estefanìa, y Varguillas, se acomodaron en vn aposento, y los demàs en otros dos, que el Meson era capaz para muchos huespedes.

El siguiente dia, el Carretero comenzò à ir llevando los tercios que le avian encomendado à personas de aquella Ciudad, entre los quales llevò vna arca grande à vn Sebastian Antonio, Ciudadano de Truxillo, juntamente con vna carta, cargò con ella vn Ganapan, yendo de-

detràs dèl el Carretero con ſu carta en la mano; hallò en caſa à la perſona à quien iba, y aviendoſela dado, èl confuſo, por no conocer la letra, leyò eſtas razones.

Al Portador (que es el Ordinario de Sevilla) he encargado lleve eſſa arca à V.md. No lleva la llave de ella, pero yo doy licencia para que V. m. la abra, y ponga en cobro todo lo que dentro encierra, que brevemente nos verèmos en eſſa Ciudad, y conocerà V. m. en mì vn verdadero amigo, y ſervidor. Leonardo de Piſa.

Confuſo le dexò al Ciudadano el no conocer à aquel q̃ le eſcrivia; y porque el Carretero pedia el recibo, y porte de ſu arca, que no ſe le avia pagado el q̃ ſe la diò en Salamanca, quiſo el Ciudadano ſaber ſi en el arca avia valor de 30. reales que le pedia, por averla traìdo: y aſsi delante dèl pidiò vn martillo, y quitando la cerradura del arca, alzando la tapa della, hallò (cruel eſpectaculo!) no menos que à vn hermano ſuyo muerto à eſtocadas, veſtido en havito de eſtudiante, y cubierto el cuerpo con algunas yervas oloroſas, q̃ eſtas, y el ſer en tiempo del Invierno, preſervaron al cuerpo de no venir cõ mal olor. Luego q̃ el Ciudadano conociò al difunto, con el dolor de tal objeto, comenzò à dàr voces, aſiendo del Carretero, à las quales ſe llegò alguna gente de la vecindad, y entre ella vn Alguacil, que ſe ſuelen aparecer en tales

oca-

ocaſiones; trayendoſe de runfla vn Eſcrivano, y dos Corchetes. Vieron eſtos el difunto, y ſabiendo que el Carretero tenia moſca por ſer muy conocido en aquella tierra, agarraron dèl, y puſieronle en la carcel, con vèr que la miſma accion de aver traìdo alli la arca, manifeſtaba ſu inocencia. Con todo, por convenir que ſe ſupieſſe dèl quien era el que le avia encomendado la arca, y què ſeñas tenia, fue pueſto à la ſombra, y ſabiendo dèl, què perſonas avia traìdo en ſu carro, y donde ſe avian apeado, fueron à prenderlos à todos: entraron en el meſon, quando acertò à eſtàr Eſtefanìa, y Varguillas con la hueſpeda en ſu apoſento, prendieron al Medico, à los dos hermanos, y à nueſtro Trapaza; lo qual viſto por Varguillas, y Eſtefanìa, baxaronſe à vn ſotano del meſon, y en vn nicho dèl (que era de peña cavada) ſe eſcondieron entre mucha leña. Embargaron toda la ropa de los caminantes, ſolamente ſe eſcapò vna arca pequeña de Eſtefanìa, que luego que ſe apeò, dexò encomendada à la hueſpeda, y eſtaba en ſu apoſento. Los quatro, y el Carretero, fueron pueſtos en la carcel con priſiones, no ſabiẽdo los caminãtes porq̃ los huvieſſen traìdo alli, haſta que deſpues ſe lo dixo el Carretero. Dexemoslos en ſu clauſura, y bolvamos al hermano del difunto que con èl en caſa, venido por tan eſtraño

cami-

camino, estaba lamentando su temprana muerte, traìa rotas las dos piernas, pero esto no se le avia hecho por ofensa, sino despues de muerto, para que dobladas pudiesse el cuerpo venir en el arca: tenia tres estocadas mortales, que de qualquiera dellas muriera, segun eran penetrantes. Vinieron los deudos (que tenia muchos, y honrados en aquella Ciudad) à llorar al difunto, y à consolar à su hermano: hizosele aquel dia por comenzar à oler mal el cuerpo el entierro, acompañandole à èl todo lo Noble de la Ciudad, que era el difunto muy bien querido en ella. Este Joven estaba estudiando en Salamanca Canones, y Leyes, y era aquel el primero año q̃ cursaba, parando en el curso de su vida.

Comenzòse à proceder contra el Carretero, y caminantes, à èl le pusieron à questiõ de tormento, y antes que se le diessen, dixo: Que vn dia antes de su partida para Sevilla (adonde era ordinario muy cosario en aquel camino) avia llegado à èl vn Estudiante, alto de cuerpo, moreno de rostro, preciado de mostachos, acompañado de otro Estudiante, que le pareciò ser el que estaba preso con èl (esto dixo por nuestro Trapaza) y que concertò que le llevasse hasta aquella Ciudad, vna arca de ropa, por la qual le pagarian treinta reales, en Truxillo: tomò recibo de la arca, diòle aquella carta, y truxolo todo à quien venia el

so-

ſobreeſcrito de la carta. Eſto dixo, con todo llevò el tormento muy cruel, mas no le pudieron ſacar otra coſa: fue llevado de alli, y pueſto en ſu lugar, al Bachiller Trapaza, bien ageno de lo que le eſtaba eſperando. Fuele preguntado de donde era, dixo que de Segovia, dixo ſu nombre proprio, y poſtizo, con que el Alcalde Mayor coligiò, que debian de cōvenir ſus coſtumbres con lo de Trapaza; confeſsò la facultad que oìa en Salamanca; y llegado à lo que le culpaba el Carretero, de venir acompañado con el Eſtudiante que truxo la arca al carro, lo negò, como quien no ſe avia hallado en tal concierto: por lo que el Carretero dixo, no ſe librò Trapaza del tormento; y aſsi ſe le dieron mas cruel que al otro. Era animoſo el pobre, y ſufriò el dolor con grande tolerancia, y en vez de quexas, comenzò à brotar ſatyras contra los Eſcrivanos, y Jueces: yà el Lector podrà entender, què tecla tocaria, ſi ſeguia la opinion vulgar el atormentado, no la verdad que paſſa, pues ay Eſcrivanos legitimos, y Jueces rectos, limpios de manos, à peſar de la malicia, de los que por vèr vno diferente deſtos, pienſan que todos ſon vnos. Finalmente, el ſeñor Trapaza ſe llevò vn lindo tormento, con que le dexaron muy mal parado, y caſi eſtropeado; pero con negativa, que no confeſsò nada de lo q̃ le preguntaban. Tambien con los demàs preſos

ſos procedieron, ſino con el rigor del tormento, con las amenazas dèl: Mas convinieron todos en que aviendo dado ſu dinero, ſe acomodarian en aquel carro, no tomando en la boca à Eſtefanìa, ni à Varguillas, que en eſto anduvieron cuerdamente, pues yà que ſe avian eſcapado de la Juſticia, no era bien por nombrarlos ponerlos en priſion. Fueſe proſiguiendo en el proceſſo contra el Carretero, como ſabian que tenia que gaſtar; y por eſte reſpeto, Trapaza paſsò por la miſma calamidad de la priſiõ los demàs ſe libraron, y tomò cada vno ſu derrota adonde mas bien le eſtuvo, yendo el Medico laſtimado de no ſaber de Eſtefanìa, que ſe holgàra de llevarſela conſigo, por lo que le eſtaba aficionado.

El hermano del difunto, embiò à Salamanca à ſaber como avia ſido ſu muerte, y lo que ſe pudo averiguar, que la noche que faltò, dixo à vn amigo ſuyo, que iba à verſe con vna muger que conocia, ſin nombrarle quien fueſſe, y que deſde aquel dia no pareciò mas; que la ropa, y libros, todo eſtaba alli, para quando embiaſſen por ello. Eſto ſe averiguò con autoridad de Juſticia, que intervino en ello, con requiſitoria, ſacada de Truxillo; coſa que no ſatisfizo al hermano del muerto: y aſsi viendo que no ſe averiguaba nada de eſto, y que el Carretero padecia, y gaſtaba en la carcel, juntamente

con

con el compañero desistiò de la querella, y el Fiscal la prosiguiò, hasta la sentencia, que fue condenar al Carretero, aunque injustamente en docientos ducados, y al Trapaza por no tener dinero, en dos años de destierro. Consintieron en la sentencia, y aviendo de salir otro dia Trapaza, se encontrò con vn preso, y sobre palabras que tuvo con èl, le diò con vn mastil de grillos, con que le abriò muy mal la cabeza, con que fue embargado en la carcel; y puestas de nuevo prisiones: saliò el Carretero, y purgada la bolsa tomò su camino para Sevilla, escarmentando en no recibir otra vez ropa alguna, sin mirar primero lo que era, porque no le sucediesse otro trabajo como este. Despidiòse de Trapaza, que yà se avian reconciliado de lo que le culpò; y porque no quedasse quexoso le dexò à la partida veinte reales para que comiesse. Yà el buen Trapaza estaba muy apurado de vestuario, sin saber què hacerse, lastimado de no saber de Estefania, ni su fiel compañero Varguillas; de lo que se valia era de su buen gracejo, con el qual campaba entre los presos. Fue dicha suya estàr preso entonces vn Cavallero, por no quererse casar con vna Dama, que alegaba averle quitado su honra, con palabra de casamiento; era rico, defendiase con decir, q̃ vno, y otro era falso, el pleyto era largo por tener

ner contrarios poderoſos; y aſsi eſtaba en la carcel à buen recaudo: Eſte diò en guſtar de los donayres de Trapaza, de las gracioſas burlas que à los preſos hacia, y era quien le ſuſtentaba. Dexemosle de eſta ſuerte, y bolvamos à decir lo que ſucediò de los dos auſentes, que ſe eſcaparon de la Juſticia en el Meſon.

CAPITULO VII.

De lo que ſucediò à Eſtefanìa, y Varguillas, luego que ſe huyeron de la Juſticia, y la traza que diò Trapaza para vengarſe del hermano del difunto, y ſalir de priſion.

LUego que la Juſticia ſaliò del Meſon con los preſos, Eſtefanìa, y Vargas, pareciendoles que no les eſtaba bien aſsiſtir alli, ſe ſalieron aquella noche de Truxillo, yendo Eſtefanìa en vn jumento del Meſonero, que ſe le preſtò, y Vargas à pie, caminaron tres leguas aquella noche, llegando à vna pequeña Aldea adonde iban dirigidos por orden de el Meſonero, que ſe aficionò à la moza, para que en ella vna tia ſuya, muger anciana, los alvergaſſe, y tuvieſſe en ſu caſa, haſta que las coſas de Trapaza pa-

paraſſen en bien;eſto hizo el Meſonero con fin de tener por quenta ſuya à Eſtefanìa auſente de los ojos de ſu muger, y ir à verla de quando en quando: era marraja la hembra, y conociò al Meſonero por motolito, y aficionado, el primero boquirubio de los de ſu profeſsion; y aſsi la ſuya fue darle con la entretenida, dilatandole el favorecerle, y no dando ocaſion à que èl la vieſſe ſola ſin eſtàr Varguillas delante, à quien llamaba hermano: las eſperanzas que le daba eran muchas, con que el Meſonero gaſtaba francamente en el ſuſtento de la moza, y ſu compañia, eſperando el dia que llegaſſe à ſer favorecido della: cada dia era aviſada Eſtefanìa de lo que ſe hacia de ſu Trapaza, à quien tambien llamaba hermano. Mucho ſintiò la moza, que por ſu colera quedaſſe ſegunda vez en la priſion, eſtando tan en viſpera de ſalir della; y como le queria bien, pareciòle, que aviendo dos meſes que ſu fuga paſsò podia ir ſeguramente à verle; y aſsi dando parte deſto al Meſonero, la acompañò de la Aldea en que eſtaba haſta la Ciudad; y à primera noche, antes de cerrar la carcel, ſe llegò à vna rexa della, y preguntando por Trapaza, ſaliò à hablarla. Lo que ſe holgò el preſo Bachiller con ſu hembra, no ſe puede referir con palabras; diòle en breve quenta adonde eſtaba, y co-

mo

mo la ſuſtentaba el Meſonero; y tratando los dos, que ſeria bien hacer en orden à ſu libertad, le pareciò à Trapaza, que no ſeria tan preſto, por eſtàr el enfermo herido todavia de peligro; mas en tanto, diòle à Eſtefanìa vna inſtruccion de lo que debia hacer, que tomada muy en ſu memoria, ſolo la contradixo en cierto particular, hallando por inconveniente, que para el deſignio que tenia, le era eſtorvo el Meſonero, de quien avia de ſer conocida; echò de vèr Trapaza, que era buena la objeccion, y por entonces no ſe determinò à mas de que ſe eſtuvieſſe en la Aldea como ſe eſtaba, haſta vèr en què paraba el herido: bolviòſe con Vargas à ella, agradeciendo Trapaza al Meſonero el favor que à ſu hermana hacia, que durò poco, porque aviendo el tal hecho vna fianza à vn cuñado ſuyo, de cierta cãtidad de dinero, que no era poca, fuele pedida por la Juſticia, y no teniendo por el preſente con què pagar huvoſe de auſentar. Con el deſamparo del Meſonero, ſe huvo Eſtefanìa de valer del conſejo de Trapaza, en que eſtaba inſtruìda; y aſsi vn dia, alquilando vna cavalgadura, acompañada de Vargas, ſe fue à caſa del Ciudadano, hermano del muerto: llegando à ella à las Oraciones, apeòſe alli, embiando la cavalgadura con el que la truxo à la Aldea; y pidien-

do por el dueño de la casa baxò con vna luz al zaguan della, adonde estaba Estefania, lo qual fingiendo lagrimas, que lo sabia bien hacer, con ellas abrazò al Ciudadano, el qual estaba confuso, assi de vèr aquella muger que no conocia, como de verla derramar lagrimas: Preguntòla què era lo que mandaba en su casa; ella le suplicò la oyesse à solas, con que subieron à vna sala, y haciendo despejar à la gente de su casa, menos à su muger, que se hallò alli, quedandose à solas con Estefania. Ella despues de aver gemido otro rato, dixo con voz tierna desta suerte.

Quatro leguas de Salamanca, Ciudad antigua de Castilla, està la Villa de Alva, ilustrada con sus generosos Duques, aviendo sido patria de los mayores soldados que la casa de Toledo ha producido, esta tambien lo es mia, en oposicion de tan felices dueños, pues desde que nacì me siguen desgracias, y desdichas: mis padres eran vnos hidalgos honrados, que con su poca hacienda vivieron honestamente, no descayendo de su punto: Llevoles Dios en tiempo que me dexaron de doce años, en poder de vna tia mia, muger anciana: esta me criò hasta la edad de los diez y nueve, inclinandome siempre al recogimiento, en que ella se avia criado. Sucediò, pues, que aviendo en Alva vnas fiestas de toros, y cañas, fue lo mas lucido de

Sala-

Salamança à ellas; entre los Eſtudiantes que mas alabanzas llevò de buen talle, dieſtro en la eſgrima, agil en ſaltar, y fuerte en tirar la barra, que alli en Alva ſe exercitã en eſto, fue Hortenſio vueſtro hermano: haciãſe eſtas pruebas en vn campo, adonde caìan las ventanas de la caſa de mi tia, de alli veìa yo eſtas competẽcias, oìa las alabanzas del que en ellas ſe ſeñalaba: y como veìa que vueſtro hermano era el que ſe llevaba las ventajas à todos, puſe en èl mi aficion, de modo, que antes que de Alva ſe partieſſe, ſe lo dì à entender por vn papel que le eſcrivì; la ſuſtancia de èl era, que vna Dama aficionada à ſus partes le pedia, que antes de ſalir de Alva ſe vieſſe con ella à las diez de la noche, dexandoſe llevar de la portadora del papel, que acudiria à irle guiando. El reſpondiò muy cortès, que haria lo que le mandaba: y aſſi bolviendo mi criada por èl à la hora ſeñalada, le dì entrada en vn jardin, donde ſi me enamorò bizarro en los exercicicios de agilidad, que he dicho, me dexò rendida ſu diſcrecion: Detuvoſe por mi ocho dias en Alva, en los quales, como amor fomentaba las dos aficiones, diſpuſolas de modo, que dandome palabra de Eſpoſo, yo le dì entrada en mi apoſento, y no ſolo parò en eſto mi libertad, (que aora confieſſo ciega en quererle bien) ſino que me fuy con èl à Salamança: eſto ſe hizo bolviendo de

allì à quince dias por mi, por no dàr nota con ſu viſta entonces, que podian atribuìrle eſte robo, por averſe allì quedado: lleguè à Salamanca, donde me buſcò caſa en que eſtar, acompañada de vna ſeñora anciana conocida ſuya: bien ſe avrian paſſado dos meſes, que èl gozaba la poſſeſsion de marido, acudiendome cumplidamente con todo lo que avia meneſter, quando acertò à verme en vn Templo vn Cavallero, hijo ſegundo de vn Titulo de los mas iluſtres de Eſpaña; y aficionandoſe à mi, ſupo mi poſada, y diò en frequentar mi calle con notable aſsiſtencia, embiòme regalos, ofreciòme dadivas, pero los vnos le bolvì à embiar, y las otras no las admitì, bolviendole los papeles cerrados: vime tan apretada deſte Cavallero, y de perſuaſiones de la anciana que me tenia en ſu caſa, à quien avia ſobornado, que huve de dàr quenta à Ortenſio mi Eſpoſo, el qual ſintiò mucho que ſe le ofrecieſſe eſte tropiezo para ſuſpenſion de ſu guſto, y principio de ſus celos: no conſentia que ſalieſſe de caſa, ni menos que me puſieſſe à ventana, aunque eſtuvieſſe con celoſia: cada dia tenia mil peſadumbres con èl, ſobre ſi mirè, y eſtuve, ſi no le reſpondì à tiempo, y otras coſas que los celoſos piden quenta muy por menudo.

Vien-

Viendo, pues, este nuevo pretendiente, que mi esposo me celaba tanto, vna tarde que acertò à verle en licion de Visperas, que le pareciò que en el interin podria à su gusto hablarme, teniало dispuesto con la anciana mi huespeda, y assi, se saliò del general de Escuelas, donde tambien cursaba, y vinose à mi posada: acertò por mi desdicha à verle salir Ortensio; y sospechando lo que fue, se saliò tambien de licion, aunque algo despues. El Cavallero se entrò donde yo estaba, dandome notable susto con su presencia; y apenas avia comenzado à decirme quanto avia que deseaba aquella ocasion para hablarme: quando entrò Ortensio, y hallando cierta sú sospecha, perdiò el color, de modo, que parecia vn difunto, presaguio de lo que avia presto de ser. Lo que dixo al Cavallero fue: Señor Don Fernando, esta Dama que tanto passeais es mia, el llegar à ser su favorecido, me cuesta muchas finezas, y no menores desvelos; por mi cuenta corre en esta casa, yo soy el dueño della, y de su voluntad: queria suplicaros, que la vuestra ponga en olvido el galantearla como hasta aqui, que ay prendas de por medio, que me obligan à salir à la defensa. Imitòle D. Fernando oyendo à Orteñsio estas razones, en mudar el semblante, perdiendo el color del rostro; y lo q̃ le respondiò à tãq resolu-

 cion

cion fue decirle: Yo he ignorado hastā āorā; que esta señora tuviesse respeto, y à qualquiera que le conociera, que me pidiera cortesmente, que no la hablàra, le diera gusto, mas helo oìdo de vuestra boca, con tanta arrogancia, q̃ me obliga à no os lo sufrir; y assi de oy en adelante, si me diere gusto de hacer lo que hasta aqui, lo harè; sin temer que osse nadie estorvarmelo, siendo quien soy, pena que tengo criados que le haràn dexar la aficion con muchas cuchilladas, y no serà poca honra: La que à mi me sobra, replicò Ortensio, me obliga à no sufrir demasias de ninguno por noble que sea: y assi, si el señor Don Fernando gusta de darme por su persona essas cuchilladas, me holgarè de vèr como me las dà, en el campo de San Francisco, que alli le aguardarè desde las diez de la noche en adelante, con mi espada, y broquel. Aceptò Don Fernando el desafio, saliendose con esto vno, y otro de mi posada, sin bolver à verme Ortensio, cosa que me puso en notable cuidado; lo que resultò de la pendencia fue morir Ortensio, todo mi consuelo, y quedarme yo sin èl. Esto se hizo con tanto secreto, que no fue sabido, aunque se echò menos: No me atrevì à descubrir el homicida, por ser persona tan noble, quedè sin esposo, y solo supe deste mancebo que me acompaña, y se hallò en la pendencia, que se acompañò el Cavalle-

vallero de algunos criados suyos para mi desdicha. El cuerpo de Hortensio no pareciò, ni yo supe què se hizo. A pocos dias de su muerte me hallè mas desconsolada, viendome preñada; aconsejaronme algunas personas de la Ciudad, à quien contè mis ansias (sabido lo q̃ acà passò de aver traìdo el cuerpo) que viniesse aqui, y echandome à vuestros pies, manifestasse mi trabajo, que vos erades de tan nobles entrañas, q̃ me favoreceriades, porque bolver à los ojos de mis deudos en Alva, antes passàra por mil muertes, que tal hiciera. Aqui he venido à serviros, como vna criada de las de vuestra casa; como à ellas me tratad, hasta que el Cielo se sirva de alumbrarme, y os dè vn hijo de vuestro querido hermano por sobrino, que como salga à luz, despues podeis ordenar de mi lo q̃ fueredes servido. Dixo esto la Estefania con tanto afecto, y significando tan bien su pena, que otro mas deramado que el Ciudadano lo creyera: y supo venir tan en ello, con el havito de viuda, que no excediò vn punto de la instruccion que Trapaza le avia dado. Recibiò el Ciudadano à su cuñada con mucho gusto, renovandose con su presencia, y la relacion que le hizo, la muerte de Hortensio su hermano, viò tambien el vientre de Estefania, que manifestaba estàr preñada de tres, ò quatro meses, con la ropa que mentia el fingido preñado.

Finalmente ella fue en todo creìda, y como el Ciudadano era rico, heredero de ſu hermano, y no tenia hijos en ſu eſpoſa, compadecióſe tanto de Eſtefanìa, que la ofreciò ſu caſa mientras viviesſe con muy ſencilla voluntad; y eſto miſmo la dixò ſu muger. Agradeciò la taymada hembra el honrado, y piadoſo ofrecimiento; y aſsi ella, como Varguillas, quedaron en caſa del Ciudadano. Luego paſsò la palabra por Truxillo, de la venida de Eſtefanìa (que decia llamarſe Doña Marcela) y todos los deudos del difunto la fueron à viſitar, à quien referia la muerte del mal logrado ſu eſpoſo, ſin variar vn apice de como la avia referido al que llamaba ſu cuñado. Regalabanla con mucho cuidado, y dentro de pocos dias librò en ella ſu cuñada el govierno de la caſa, (como la viò tan cuidadoſa, y ſolicita) fiandola las llaves de ella, coſa que Eſtefanìa deſeaba en eſtremo, que eſſo era à lo que tiraba. Varguillas ſervia de criado al Ciudadano, y no dexaba de acudir à la carcel à dàr à Trapaza cuenta de todo lo que ſucedia. El herido eſtuvo bueno, y con viſura de Medicos dado por tal, con lo qual Trapaza fue libre de la priſion, y del deſtierro. Avia cobrado en ella grandes amigos, por ſerlo de aquel Cavallero preſo; y aſsi oy con vno, y mañana con otro comia todos los dias, no le faltando por lo bufon quanto avia me-

menester, mejor que si fuera vn hombre necessitado, y de buen proceder. Ibase entre los tres disponiendo la partida, en la forma que Trapaza la tenia ordenada, que era con algun famoso hurto hecho al Ciudadano que le avia puesto en la carcel; y los avisos de todos llevaba Vargas. Hecho el concierto de la noche que Estefania avia de faltar, tres dias antes Trapaza se ausentò de Truxillo, despidiendose de aquellos Cavalleros, y de algunos otros amigos, los quales à la partida, todos le dieron donativo. Con este dinero, y mas el que Estefania le embiò (como quien governaba, y tenia debaxo de su mano todo quanto posseia el Ciudadano) comprò en vna Aldea cerca de Truxillo, dos rocines de passo, muy buenos, cosa importante para su fuga que pensaba hacer; y trayendolos à la Ciudad la noche que tenian concertado, Estefania, y Vargas dexaron dormir à todos los de casa; y aviendo tomado el dinero que pudo aver en oro, y plata, que serian mas de mil escudos, y otros mil de joyas, se salieron con buen compàs, y silencio de la casa de su fingido cuñado, sin ser sentidos. Yà sabian donde avian de hallar à Trapaza, que los estaba aguardando con los rocines: hallaronle en el puesto, y sin aguardar à solemnizar la vista, entre los dos amantes,
cada

cada vno se puso à cavallo, y Varguillas à las ancas del de Trapaza; dexaron à Truxillo en vna noche algo obscura, que en esto les fue favorable, para que no les viesse nadie. De lo que sucediò en casa del Ciudadano essotro dia, no dirè, por no tocar à mi historia; quien duda que à la mañana, aviendo echado menos à los dos, serian buscados con cuidado, hallando con su fuga menos el dinero, y joyas: harianse diligencias por orden de la Justicia, dexarian mala opinion de sì, no solo de ladrones, pero de amancebados: sentirian con mucho extremo la pèrdida, mas todo se acaba con el tiempo.

CAPITULO VIII.

DE LO QUE SUCEDIO A LOS TRES fugitivos, y como Trapaza perdiò à Estefania al entrar de Cordova con otras cosas.

ALegremente caminaban Trapaza, Varguillas, y Estefania camino de Sevilla, con la linda moneda, y joyas que aviã quitado al Ciudadano de Truxillo, dos dias caminaron, y de noche con la Luna que hacia, por no ser hallados, si à caso los siguiessen: Llegarõ, pues, à vna Ven-

Venta, que diſtaba media jornada de Cordova; al amanecer pidieron camas, y aviendo deſcanſado haſta medio dia, ſe levantaron, y previnieron la comida, que fue de lo que ſe hallò en la Venta, de que eſtàn ſiempre todas las de aquel camino muy proveìdas, aſsi de perdices, como de conejos, y aves, y toda ſuerte de caza menuda; tomaron, pues, vnas perdices, y aderezadas, comieron con mucho guſto. Acabada la comida, oyò Trapaza en el portal de la Vẽta rumor de juego, y èl q̃ era tahur de corazon, y le brindaba à jugar el verſe con dinero, entrò à hacer vna parada de pintas, adonde ſe jugaba, con el dinero que en la faltriquera traìa, que ſerian cosa de veinte eſcudos; dixole mal el naype, y en breve eſpacio ſe los quitaron, que avia aguilas en aquel juego. Embiò Trapaza à pedir mas dinero à Eſtefania con Varguillas; ſintiò ella la pèrdida de lo que llevaba, y por entõces (aunq̃ lo ſintiò mucho) le diò docientos reales en plata: eſtos ſiguieron à los perdidos, y picado Trapaza de verſe ganar, quando ſe tenia por vno de los vnicos en la flor, bolviò à embiar por mas dinero, negòſelo la Dama, y porfiando cõ ſu recaudo Vargas, hallò el miſmo deſpacho q̃ con el primero; con lo qual enfadado Trapaza dexò el juego, y acudiendo al apoſento donde eſtaba ſu hembra, la pidiò con caricias mas dinero, corerſpondiòle con enfados, como ſeñora

dèl

del que avia hurtado al Ciudadano, y hizose fuerte en no darselo, con lo qual perdida del todo la paciencia, se atreviò Trapaza à la grossería de manotearla el rostro con algunas bofetadas. Alzò el grito, creciò la mohina en el perdidoso tahur, acudiò con mas, derramandose el polèo, y vertieronse las mayas, como dicen, que es alterarse la paz en buen romance, con que porfiando ella à salirse con la suya, alborotò cõ voces toda la Venta, obligando esto à dexar el juego los tahures, y entrar à ponerse enmedio de la rencilla. Compusierõ à los amantes, y siendo hora de caminar, Trapaza se puso à cavallo, y su gente, y tomaron el camino de Cordova, donde iban aquella noche à dormir, yendo Estefania con vn capote de vn palmo, y à las ancas de su rocin Varguillas. No avia Trapaza llegado al dinero, por vèr que el juego se avia deshecho con su pendencia; y assi Estefania se le llevaba en vna balija de cuero delante de sì: los que estaban en la Venta seguian el mismo camino de Cordova, y iban todos en compania; toda era gente moza, y de grajãte humor, Trapaza no lo era menos, iban todos diciendo donayres, y contando cuentos graciosos, con que no se sentia el camino. A todo quanto en èl se hablò, aunque fueron chistes, y donayres ridiculos para provocar à risa al mas compuesto, nunca mudò semblante Estefania, yendo ella,

Y

Varguillas muy metidos en conversacion parte, como iban juntos à cavallo, cosa que otò bien Trapaza, dandole vn recelo esto, teniendose de lo que despues sucediò. Llegaon à Cordova quando queria anochecer, y à la uerta de la Ciudad, cosa de vn tiro de piedra, ieron quatro hombres, que enmedio de vn ano, sacando las espadas con lindo brio, dixo no dellos: Ea, señores, echese aparte esta diferencia, pues avemos salido à esto. Comenzaron luego à acuchillar alentadamente, al tiempo que desde el camino vieron esto Trapaza, y os caminantes que venian en tropa, pareciones que no era razon dexar passar adelante quella pendencia, y apeandose, se metieron nmedio à despartirlos, cosa que no consiguieron luego, porque los desafiados estaban ncarnizados, y dos dellos heridos, y querian concluir con aquel duelo: con todo, los recien legados acabaron que se diessen las manos, y echos amigos, se bolviessen à la Ciudad. No debia de ser el negocio porque reñian muy pesado; y assi vinieron en ello, obligado el vno de os quatro à lo que trabajò Trapaza en que se compusiessen; y assi le combidò con su casa, para que posasse en ella: no lo aceptò, por ir en compañia de su enojada hembra; y assi, bolviendo à buscarla, no la hallò en el sitio que la avia dexado, solo à su rocin le tenia de las riendas

vn

vn muchacho; el qual le dixo, que aquella señora, assi como le viò metido en la pendencia, con el mancebo que la acompañaba, se entraron à toda priessa en la Ciudad; era yà de noche, y hacia Luna, con que Trapaza se fue de Meson en Meson, buscando à su Estefania, y en todos quantos tenia la Ciudad, no hallò quien le supiesse dàr nueva alguna de ella por las señas que daba. Fuese desesperado de pesar, à posar en vn Meson, con determinacion de levantarse de mañana, y no dexar en toda la Ciudad rincon en que no la buscasse; porque aunque desde la pesadumbre de la venta, quedò rezeloso de su voluntad, no se persuadia à que la mudaria dexandole, ni tampoco que Varguillas se lo consintiera: No estaba en lo cierto; porque sentia Estafania de que la huviesse maltratado en la Venta, todo el tiempo que gastò en llegar à Cordova vino concertando con Varguillas irse de la compañia de Trapaza; y como viessen tan buena ocasion de meterse à poner paz en la question dicha, quedaronse fuera de Cordova, con animo de bolverse del camino, y dàr con sus personas en Madrid: adonde Varguillas procurò inclinar à Estefania, con animo de ser de alli adelante su respecto, y obligarla para que lo quisiesse. No fueron menester muchos ruegos, porque es natural en las mugeres escoger lo peor; y assi ofen-

ofendida Eſtefania del manoteado de Trapaza, quiſo vengarſe en dexarle, y irſe con Varguillas, eſcogiendole por galan: aſsi tomaron ſu derrota à Madrid, donde à ſu tiempo ſe hablarà de Eſtefania, por bolver à Trapaza, que quedò aquella noche metido en varios penſamientos de lo que avia hecho Eſtefania, nunca determinandoſe à culparla, por tener de sì confianza de que era amado de ella.

Vino el dia, y levantandoſe de mañana nueſtro Trapaza, con el cuidado de buſcar ſu moza de nuevo, bolviò à no dexar poſada en Cordova en que no preguntaſſe por ella, no hallò las nuevas que deſeaba, ò ninguna, por decir mejor, ſolo en vna le dixeron que la avian viſto paſſar la puente, y ir camino de Sevilla; dando algunas ſeñas de las que pedia Trapaza: eſto le fue de gran dicha à Eſtefania, porque bolviera por el camino, que avia traìdo, y era fuerza encõtrarla. Con eſto ſe determinò Trapaza à partirſe luego à Sevilla, pero hallòſe ſin blanca con que hacer eſta jornada, y no con prenda alguna que vender, ſino era el rocin; determinòſe à venderle, y entrando en la cavalleriza para limpiarle, y ſacarle à vender, viò, que cerca dèl eſtaba otro de ſu miſmo pelo, que era rucio, promptamente ſe le vino vna traza para tener rocin, y dineros, que fue vender el ageno por ſuyo, y ſalir

de

de alli à cavallo; el rocin de vn forastero, que assistia alli à vn pleyto, persona, que por misérable no traìa vn criado consigo, teniendo hacienda para tener dos; y assi con toda su calidad (de que se preciaba no poco) iba à echar paja, y cebada à su rocin, sin remitir este cuidado siquiera à vn mozo del meson, entendiendo que le avia de sisar el pienso. O codicia, lo q̃ haces! O miseria, à q̃ de baxezas te pones! Ninguno ha tenido las dos, que con la primera no se aya visto en muchas afrentas, y con la segunda no aya gastado mas que hiciera vn generoso. Baste de sermoncitò, y bolvamos à Trapaza, que sacò el rocin del forastero à vender con lindo desenfado, delante del meson; como el suyo era del mismo pelo, y tamaño, nadie se pensò que era el ageno; y assi viniendo compradores, se tratò de la venta: huvo algunos codiciosos, y en breve dieron por el rocin cinquenta ducados, con que se le llevaron, aviendo pagado su dinero à Trapaza: El estaba yà metido en nuevo pensamiento, de como sacaria el suyo sin dàr nota; no hallò otro modo, sino llamar à vn muchacho, y darle medio real porque le sacasse el rocin à beber al rio, ensillado, y puesto el freno en el arzon de la silla, advirtiendole, que si le preguntassen quien se lo mandaba, dixesse que el forastero pley-

pleyteante, de quien yà fabian el nombre; Sucediòle bien esto; porque el muchacho sacò el rocin, y dixo lo que le advirtiò Trapaza; llevòle hasta el rio, adonde le esperaba su dueño; alli se le tomò, y ensillandole, brevemente se puso en èl, y tomò el camino de Sevilla. Al tiempo de bolverse el muchacho por el Meson, yà el forastero avia venido à èl, y entrado à la cavalleriza à vèr su rocin, y como no le hallasse en ella, preguntò con no poca alteracion al huesped por èl; èl le dixo, que vn muchacho, por orden suya, le avia llevado à beber al rio. Yo no mandè tal, dixo el forastero: replicaba el huesped, afirmando aversele dicho assi el muchacho, y èl porfiaba, que tal no avia mandado. Estando en esto, bolviò por alli el muchacho, y como fuesse conocido de algunos que le avian visto llevar el rocin, le llamaron: preguntòle el pleyteante por èl, y èl dixo de plano toda la verdad, juntamente con el advertimiento de Trapaza, con que dieron por constante que se le llevaba; ibale la reputacion al huesped en no dexar passar assi aquello, por no descontentar al pleyteante, porque tambien se iba Trapaza sin pagarle dos camas, y otras cosas que avia tomado de su casa: era hombre agil, tenia vn rocin grande andador, y puesto en èl, y dan-

do otro de vn forastero al pleyteante, en breve tomaron el camino deSevilla en seguimiento del ladron de Trapaza, bien prevenidos de armas de fuego. Caminaba Trapaza con cuidado, pero no le tuvo en dexar el camino Real con la confianza de pensar que se podia alexar mucho dellos, primero que echassen menos el hurto. No le sucediò assi, porque los ofendidos siguieron el camino à toda priessa, galopeando los rocines, de modo, que en vn llano le alcanzaron; y apeandole del rocin, con los arcabuces le molieron à palos, le quitaron el rocin, y quanto dinero llevaba, y le dexaron alli tendido en el suelo, lamentando su desdicha. Esto le sucede à quien se vale de lo ageno por tales medios: con la similitud de los rocines, el forastero no desconociò el que avia tomado; dexemosles, que allà lo averiguarà, ò como mandare, y bolvamos en otro capitulo al lastimado Trapaza

***

*** *** *** ***

*** *** ***

*** ***

***

CAPI-

CAPITULO IX.

DE COMO TRAPAZA SE ACOMODO en vn carro hasta Sevilla, como vn Estudiante les entretuvo con vna novela, y la mala obra que à Trapaza, y à otro caminante les hizo el Carretero, y como se vengaron.

TEndido en la verde yerva (assi comienza vn romance antiguo) estaba el lastimado Bachiller Trapaza, despojado de su rocin, y de los mal adquiridos dineros de la venta, de èl ageno (que esto hizo el Mesonero de oficio, à titulo de Quadrillero de la Santa Hermandad) no fue muy humano en la claridad con el despojado, mas todo lo avia merecido su termino, entre el dinero que le dieron de la venta del rocin, fueron quarenta reales de à ocho, y estos se puso en vn aforro del jubō, de manera, que estos le quedaron para consuelo de su angustia: tomò, pues, el trote, y como era ligero, en breve espacio llegò à medio dia à vn Lugar seis leguas de Cordova, donde al irse à vn

Mesón, viò que eſtaba para partirſe vn carro para Sevilla; concertò con el Carretero, ſi le queria llevar en la compañia de otros que en èl llevaba; y concertado ſu flete, le diò en ſeñal vn real de à ocho, montandoſe mas, que reſervò à pagar en Sevilla: con eſto ſe acomodò en el carro, iban en èl dos Eſtudiantes de Cordova, vn Maeſtro de Armas de Ciudad Real, vn Clerigo de Adamuz, y vn mancebo de Almodovar, de edad de diez y ſeis años, muy bien veſtido, y con ſu daga, y eſpada. Comiò Trapaza, y aguardaronle à que comieſſe los demàs, de quien fue muy alegremente recibido en el carro por compañero, con que partieron de alli. En breve ſupo Trapaza de donde eran los compañeros, y èl tambien dixo ſu Lugar, y que le obligaba à llegarſe à Sevilla, tener vn hermano enfermo. En lo de ir à pie diò la ſalida de averſele muerto vn rocin en Cordova, y tuvo razon, que el foraſtero ſe le afufò de ſu poder, y aun el dinero del ſuyo el Meſonero: alegres iban todos por ſu camino, tratando de varias materias, ſolo Trapaza no llevaba muy buen humor con lo que le avia ſucedido, aſsi con Eſtefania, como con el Meſonero. Quiſo vn Eſtudiante de los dos divertirles vn rato, porque no ſe les hicieſſe peſada la jornada, y tomando licencia de todos, les refiriò eſta Novela.

NO-

NOVELA II.

BRamaba el mar Tirreno, y con sus sobervias olas amenazaba à las Estrellas, pareciendo à la vista, que queria turbar su luciente resplandor: la furia de dos encontrados viẽtos era grande, de manera; que ella levantaba montañas de espuma en el salado golfo de Neptuno, causando horror vèr desde tierra el Cielo obscuro, tronando las nubes, y de quando en quando mostrar entre lo obscuro de sus opacos senos, los relampagos, anunciadores de los tremendos rayos: todo era confusion, todo espanto, aun de los que se hallaban en tierra: què seria quien fluctuaba con las aguas, y passaba recia tormenta? Cerca del Puerto de Mecina, entre esta confusion de olas derrotò vn hombre, q̃ arrojò el mar de sì, como à vna de sus algas à la orilla: venia abrazado con vna gruessa tabla, que fue quien le librò de la muerte, vieron su salvamento desde vna Quinta, vecina al mar, vnas Damas, que estaban solozandose en ella vn mes avia, y mandaron à vn criado, que fuesse à socorrer aquel hombre: hallòle yà besando la tierra, en agradecimiento de averse librado de el mar: era vn joven de veinte y quatro años, hermoso de rostro, buena proporciõ de cuerpo, y venia cõ sola vna ropilla de

lama de oro verde, y con calzones de lienzo; que el conflicto de la tormenta no le dexò con la prieſſa deſnudar del todo: à eſte, pues, llegò à hablar el criado, diciendole, como vnas Damas que avian viſtole venir por el mar, batallando con ſus olas, compadecidas dèl, le avian embiado à que le ſocorrieſſe: agradeciò el buen deſeo, y eſtimòle con razones diſcretas, y de hombre prudente. Traìa orden el criado de llevarle à la Quinta, y aſsi ſe lo dixo; èl aceptò la mercèd que ſe le hacia, y para ir allà mas encubierto, arrojò de sì la ropilla, y jubon, quedandoſe con ſola la camiſa, y calzoncillos de lienzo, que por ſer Verano ſe pudo tolerar. Advirtiò en eſto el criado, y dexandole ir delante, à otro compañero ſuyo (que acudiò tambien alli) le dixo en ſecreto, que ſe llevaſſe aquella ropa à la Quinta, no advirtiò en eſto el naufragante, y aſsi ſe hizo ſin ſaberlo èl: llegaron, pues, à la Quinta, donde hallò en la primera entrada della tres Damas, que le eſtaban eſperando, todas de ſingular belleza, pero vna dellas ſe aventajaba à las dos en eſto, con grandes exceſſos, en quien puſo el recien venido los ojos, admirado de vèr tanta hermoſura; ella, y las Damas, preguntaron al recien derrotado como le avia ſucedido aquella deſgracia, y de donde era: à que reſpondiò en ſu miſma lengua Siciliana (que èl ſabia muy bien) que

era

era vn Mercader Veneciano, que venia con vna nave de mercaderias de Venecia su Patria, para Sicilia, y que con vna recia tormenta se avia abierto el vaso, y perecido, à mas de la gente que traìa, con toda la ropa, y que avia sido gran suerte suya poderse desnudar, y echarse al mar abrazado à vna tabla, en que avia aligerado el peso de su persona, y salvado la vida en tierra de Christianos, adonde lo primero que avia experimentado en ella, era su caridad, de que les daba las gracias. Pagadas las dexò à las Damas la persona del forastero, y sus razones: preguntaronle su nombre, y dixo llamarse Philipo, con cuyo nombre le llamaremos de aqui adelante. Aquella Dama superior à las dos en belleza, mandò al criado que le avia traìdo, que le llevasse consigo, y que la recamara de su padre le vistiesse de algun vestido lucido de los de su merced; hizòlo asi el criado, vistiòse Philipo desde la camisa, hasta todo lo demàs: y mientras se vestia preguntò al criado, que por cortesia le dixesse quienes eran aquellas Damas, èl le dixo que la mas hermosa era hija del Duque de Calabria, vnica heredera suya, y las otras sus primas. El nombre de su señora era Lucendra; y los de las primas (que eran hermanas) el de la mayor Laudomira, y la otra Lineydas: holgòse mucho el forastero de que aquella Dama fuesse

de tanta calidad como le decian, que estando en su casa no podia dexar de recibir merced della. Acabòse de vestir vn vestido de color, de lama de oro parda, guarnecido con alamares bordados: diòle aderezo de espada, y daga dorado, sombrero con muchas plumas, pardas, y doradas, y muy à lo soldado se bolviò à presentar à los ojos de las tres Damas, que se holgaron sumamente de vèr quan galan era, en particular la hermosa Laudomira, que puso en èl los ojos, con alguna amorosa, y casta aficion. Alli diò las gracias à la hermosa Lucendra de la singular merced que recibia, y ella le dixo: Yo espero aqui brevemente al Duque de Calabria mi padre, que no se holgarà poco en saber lo q̃ he hecho contigo; en tãto te puedes estàr, y descansár en esta Quinta; y si del trato de su Excelencia, y casa te pagares, no teniẽdo por el presente otra comodidad, te puedes quedar hasta dàr aviso en tu tierra à tus pariẽtes, y amigos de lo que te ha sucedido. A esto respondiò Philipo: Hermosissima Lucendra, à mi me sobra la merced, que con vuestro ofrecimiento me haceis, y es mayor la comodidad, que yo merezco; y de suerte, que olvidada mi Patria, gastarè lo que me quedare de vida, en servicio del Duque mi señor, y vuestro; no saliendo de vuestra casa, pues tal amparo he hallado en ella; Deseò Lucendra saber, què

le-

letra hacia, y mãdòle eſcrivir; hizòlo y aunque no era muy aſſentada, le pareciò ſeria baſtante para ocupar el oficio de Secretario ſuyo, que avia poço que ſe le avia ido à Eſpaña el que tenia. Con eſto ſe le ſeñalò aloxamiento, y por acercarſe la noche, le mandò Lucendra recoger: ella queria hacer lo miſmo, quando el criado que le avia traìdo allì, entrò en ſu quarto, y diciendo que la queria hablar à parte, ſe apartò con èl à otra pieza, donde la dixo: V. Excelencia ſabrà que quando quiſe traer à vueſtra preſencia à Philipo, èl traìa veſtida vna ropilla, y jubon, que ſon los que aqui vereis, y moſtroſelos; y eſto ſe quitò, y arrojò de sì: y yo viendo que en tanta neceſsidad, y aflicion hacia aquello, lo eſtrañè, y encarguè à Leonelo ſe lo traxeſſe ſecretamente. Viò Lucendra la ropilla, y jubon, y como eſtà dicho, la ropilla era de lama de oro verde, muy guarnecida de alamares de plata, y oro, el jubon era de ambar, bordado tambien de oro, con matices verdes, coſa que puſo en grande admiracion à la Dama: pues no pàra en eſto, dixo el criado, que ſin advertir en ello, con el ſuſto terrible de ſu derrota, dexò al hojal del miſmo jubon eſta bolſa de Reliquias, que no la he abierto, haſta que Vueſſa Excelencia lo haga. Era la bolſa de cuero de ambar, toda ella era bordada, algo crecida; en ella eſtaba me-

metido vn relicario de oro, y diamantes, y en dos puertecillas que le cerraban, avia dos retratos, vno de Dama de mucha hermosura; y otro de vn Cavallero parecido à Philipo, el qual tenia al cuello el Toyson de Oro que dà el Rey de España, insignia bien conocida de Lucendra, con que se acabò de admirar, y de tener al forastero por persona de mayor porte que el que avia publicado; y si hasta entonces avia dormido la voluntad, aunque le avia visto, desde aquel punto despertò para amarle, con alguna pension de celos que le daba el hermoso retrato que viò en las puertecillas de el Agnus, porque se presumiò (como era cierto) ser de alguna Dama, que tuviesse. Encargò mucho à Camilo (que assi se llamaba el criado) que no dixesse nada à nadie de aquello que avia visto, hasta averiguar del todo quien fuesse aquel forastero. Con esto se retirò à cenar con sus primas, y con el cuidado grande que le daba el recien venido, cenò poco, y durmiò menos, que vna passion recien nacida, inquieta mucho: en toda la noche pudo reposar, viniendole mil pensamientos, è imaginaciones, y con el deseo grande de verse con el fingido Philipo, se levantò mas de mañana de lo que acostumbraba, cosa que à sus Damas se les hizo grande novedad; dieronle de vestir, y baxòse luego à vn ameno, y deleytoso jardin à

passearse por èl. Era por el mes de Mayo, quando las flores alegran, y guarnecen los campos, y su fragrancia llena los ayres de suaves olores. Aviendo, pues, estado vn rato entreteniendose en formar vn ramillete de varias, y diferentes flores, embiò à llamar à Philipo, sobre el qual avia discurrido bastantemente, no pudiendo dàr en lo cierto de la desgracia que le avria conducido à Sicilia, y deseaba en estremo saberla.

Llegò Philipo algo mas alentado, con los nuevos favores que recibia; y aviendole hecho vna gran cortesia à Lucendra, ella le preguntò, si avia descansado: à que respondiò, que sì, pues con la merced recibida en su casa, era fuerza que el gusto le tuviesse muy descansado, y cuidadoso de servirla toda su vida, en agradecimiento del amparo que hallaba: mientras decia esto, no quitaba la hermosa Lucendra los ojos de Philipo, pareciendole todas sus acciones muy de señor, aunque en las sumissiones que hacia, correspondiendo con lo que hablaba las quisiesse desmentir: dixole Lucendra, que desde aquel dia le encargaba la ocupacion de escrivir sus cartas de correspondencia, en particular à las que recibia del Duque de Terranova su primo, con quien trataba su padre de casarla: no le hizo buen estomago esto à Philipo, que avia pagadose de la hermo-
sura

ſura de Lucendra, y quiſiera hallarla libre, y no tratada de caſar, para ſervirla, y feſtejarla. Bien echò de vèr Lucendra la mudanza de ſu ſemblante, y no la pesò, de que al nombrar al Duque de Terranova ſu primo, ſe enmudecieſſe, y demudaſſe. El dixo, que en ſu ſervicio eſtaba, y diſpueſto deſde aquel dia à agradarla, que era ſobrada ocupacion à ſu poca calidad, y ſuficiencia, pero que ſus fuerzas procurarian ajuſtarſe à ſu animo, que era de no faltar à ſu guſto. En eſta, y otras materias diferentes que ſe trataron, hallò la diſcreta, y hermoſa Lucendra muy capaz à Philipo, de manera, que ſe acreditò deſde aquel dia de bien entendido. Llegaron à eſto las primas, y Laudomira, con la demaſiada atencion que puſo en el foraſtero, deſcubriò ſu voluntad à quien penetraba yà los penſamientos, que era Lucendra, como intereſſada en quererle; y aſsi, aviendo tenido intento de deſcubrir el ſecreto de las prendas que le hallaron à ſu prima, viendo eſto, propuſo de celarſe della de alli adelante.

Moſtrabaſe tan contento Philipo, con eſtàr en ſervicio de el Duque, que no hablaba en otra coſa con los criados, eſtando ellos no poco embidioſos de verle en tan breves dias con tanta privanza, con la hermoſa Lucendra, que es muy proprio de los Palacios de Princi-

pes,

pes, y grandes señores, no faltar en ellos muchas embidias de las medras de otros, ò de las ventajas, y favores con que se vèn excedidos en el entendimiento, porque son elegidos à mayores pueſtos de los señores. Vino el viejo Duque de la Corte de Sicilia: recibiòle su hija con el contento que se puede creer, de quien tan de veras le amaba: presentòle à Philipo, dixole su desgraciado naufragio, exageròle su talento, y el anciano Duque confirmò la eleccion que avia hecho su hija, en hacerle Secretario suyo.

Desde aquel dia comenzò Lucendra à hacer averiguacion de la calidad de Philipo, embiando à Venecia su fingida patria, à saber si tal Mercader avia en aquella gran Ciudad, de quiē se publicasse la pèrdida de su Nave, señalando el dia de ella. Eſto se cometiò al Embaxador del Rey de Sicilia, que asſiſtia en aquella poderosa Republica, pero aunque hizo con todo cuidado la averiguacion posſible, no hallò que tal hombre huvieſſe en Venecia, sino vno que asſiſtia alli, ni se supo tampoco entre los navegantes, y Mercaderes tal pèrdida, que es de ordinario quien mas preſto lo sabe, porque ninguno parte à otro Reyno à vender su haciēda, que no se lleve las de otros amigos, encomendadas; y faltando eſtas, era cierto saberse.

se la tal pèrdida; con esto tuvo aviso Lucendra, de ser falsa la relacion de Philipo, aunque tuvo en breve otra del Reyno de Napoles, en que el Principe de Salerno, aviendose embarcado, y tomando la derrota para Sicilia, se avia anegado en el mar, y que aquel Estado avia quedado sin successor, por ser mozo, y le pleyteaban dos Damas primas suyas, aguardando la sentencia en su favor, quien mas derecho tuviesse à èl, de las dos: por esto le hizo à Lucendra pensár, que fuesse este el fingido Philipo; y assi anduvo con algun cuidado, por hallarse en ocasion con èl, en que por cifra supiesse della, que sabia era mas de lo que avia manifestado antes de verse en ella: el criado que le mostrò la joya, revelò à Laudomira este secreto, y como lo sabia Lucendra, con que la Dama entregò del todo la voluntad al amor; y para darle motivo à que comenzasse su galanteo, vn dia que estaba en vn retrete Philipo, respondiendo à vnas cartas que le avian escrito à la hermosa Lucendra, (estando èl de esto muy descuidado) por entre la puerta, que estaba medio abierta, le arrojaron vn papel; viòle caer, y levantòse con mucha presteza à vèr quien se lo avia arrojado, mas por mucha que se diò en salir del retrete, se le escondiò Laudomira, que era quien se atreviò à esta accion,

accion,por no fiarse de nadie; alzò el papel del suelo, y en èl leyò estas razones.

Vna Dama de su Excelencia, desea que passeis vna mala noche por ella, fiando que vuestra cortesia sabrà passar muchas por quien le sepa obligar con favores. A la ventana vltima de la galerìa, que cae al jardin os espera, despues que la gente estè recogida: El Cielo os guarde.

Determinòse Philipo à ir à verse con esta Dama à la hora concertada, no presumiendo que fuesse Laudomira la que le llamaba, ni su hermosa hermana, sino alguna Dama de Lucendra. Bolviòse à la ocupacion que tenia, y estando en ella, fue llamado de Lucendra por vna Dama suya: acudiò à su quarto à vèr lo que le queria, y hallòla escriviendo; pidiòle vna carta, que le avia dado para que se la consultasse despues, y con la turbacion de vèr su hermosura Philipo, le diò embuelto con la carta el papel, que poco antes avia recibido, sin reparar en ello: tomòlo todo Lucendra, y mandòle que acabasse de responder à las cartas que tenia à su cargo, con que dexò su presencia: bien echò de vèr Lucendra el otro papel, q̃ turbado le avia dado, sin vèr lo q̃ hacia, y por esso le despidiò luego que quiso vèr, si era suyo para ella: pues como quedasse sola, abriòle, y conociò ser la letra de su prima, cosa que sintiò

en

en extremo, dexandola los celos abrasada: quiso gozar la ocasion, y asi aquella noche ocupò à su prima de manera, que dexandola con su hermana, y à las dos cerradas en su aposento, ella saliò à la media noche à la galerìa, desde ella viò à Philipo, q̃ estaba esperando ser llamado della: hizole vna seña, con que llegò à ponerse debaxo de donde estaba la ventana; Lucendra dissimulando la voz, le dixo. Mucho avreis sentido señor Philipo, la mala obra que os avrè hecho en dexar la quietud de la cama por el sereno; mas de quien es tan galan como vos, me prometì, que al mandato de vna Dama vendriades muy obediente, como yo lo experimento, sin sentir perder las comodidades de la cama, y sueño. Aveis acertado en conocerme la condicion, dixo Philipo, que es siempre de servir à las Damas, y por la primera vez fuera grossero termino no venir aqui muy de voluntad: y por la segunda? Replicò ella. De la segunda no os digo nada, que yo soy tan leal criado de la hermosissima Lucendra, que todo aquello con que sè que se ha de disgustar, huyo de dilinquir en ello: sè que hace confianza de mi persona, veome indigno de merecer este favor, que recibo: sè que mi humildad no se debe colocar en empleo tan superior con el fin de matrimonio; y asi conociendo todo esto,

veo que para passar tiempo me pongo à riesgo de desdecir de la opinion en que me tienen; y assi esta noche sabrè lo que me mandais en que me ocupe de vuestro servicio, y lo que dèl mas se os ofreciere, me lo podreis avisar por el modo con que me avisastes que viniesse aqui. Por què modo fue, dixo Lucendra, (como ignoraba de la suerte que le avian dado el aviso) que yo encomendè à vna amiga que os diesse aquel papel? Arrojandomele, dixo èl, en el retrete donde escrivo: yà quedo advertida, dixo ella, pero agraviada de que seais tan poco cortesano, que à la primera noche me desahucieis de que no bolvereis à hablarme: Què sabeis lo que traygo que deciros en vuestro favor? Qualquiera cosa, dixo èl, que sea, serà para entreteneros conmigo, como nuevo en esta casa, y no me aveis de persuadir à otra cosa: y si yo fuesse tercera, dixo Lucendra, de vnos amores ocultos, de que vos no teneis noticia, què me diriades? A mucho os aventurais, dixo èl, y sois muy moza para tomar esso por vuestra cuenta. Como echais de vèr, que lo soy? dixo ella: En q̃ vuestra palabra, dixo èl, me assegura, q̃ esto es verdad, y q̃ siendo anciana, no buscarades horas incomodas para hablarme. Veis como voy echando de vèr, dixo ella, q̃ aveis sentido el sueño que os he quitado, pues à media noche os parece hora

diera de coſtũbre: Què mas dixera vna delicada doncella? No me afrenteis, dixo èl, que no ſabeis lo que yo sè haçer quando me importa, y el ſueño que pierdo quando quiero bien. Aveis tenido amor, dixo ella, que dudo deſto? Sì he tenido, replicò Philipo, y tanto, que no quiſiera hablar en eſte particular, por la pena que ſiento tratar en èl. Yo os darè vn buen deſpique; dixo ella: Sabed, que vna Dama de mi ſeñora, deſea que la comuniqueis mucho, sì bien con ſecreto, por eſta ventana, ò por otra parte por donde fueredes aviſado; y eſto hace aficionado à vueſtras partes: mal galan hareis, ſi temores os hacen dexar eſta empreſſa, en q̃ os aſſeguro vna grande dicha ſi llegais à lograr eſte empleo. Muy mal galan harè con la voluntad ſola, deſdiciendo de mi condicion, que es ſervir à mi Dama, no ſolo con finezas de aficion, ſino con preſentes, y regalos, que en eſto ſe conoce el verdadero amor; deſto carece vn foraſtero recien llegado à eſte Reyno, ſin conocimiento de nadie, arrojado de la fortuna en eſta tierra, que parece ſegundo nacimiento el mio, pues ſalì deſnudo à la orilla del mar. No os quedò alguna joya ſiquiera de vueſtros naufragios, dixo Lucendra malicioſamente? Aqui reparò Philipo, que haſta entonces no ſe avia acordado, que en el jubon que arrojò quãdo ſaliò del mar, iba el Relicario de diamantes

tes, con los dos retratos, y presumiò si acaso le avian hallado, y aquello se lo decian por esto; y assi respondiò, què joya avia de sacar quien se quisiera desnudar del pellejo por venir mas ligero à ser possible. Aora bien, dixo Lucendra enternecida, no os piden dadivas, ni essas galanterias aqui, sino que ameis firmemente; y assi por esta noche, solo os pido; que no falteis la que vendrà, no hablandome aqui, sinò à vna rexa baxa de esse jardin, y esto ha de ser mas tarde. Ofreciolselo assi Philipo, con que se despidiò de Lucendra, muy contenta con esperarle la futura noche. Diferente gusto tenia Laudomira su prima, pues con la ocupacion en que la puso, y el vèr la puerta de su aposento cerrada, se le malogrò el verse con Philipo, con que no pudo dormir de pena, sospechando si Lucendra llegò à saber algo del papel, à que no podia persuadirse; y assi quiso assegurar a su prima por vnos dias, sin avisar à Philipo.

La siguiente noche acudiò à la hora señalada Philipo, y hallò à Lucẽdra en la reja, à q̃ le avia avisado que acudiesse, aviendose fiado de vna Dama su privada, que la hacia centinela, temiendose de Laudomira: hablaron en varias cosas, declarandose Lucendra ser ella la Dama que deseaba ser servida, cuyo nombre no le decia por entonces, hasta aver conocido de sus finezas, que le merecieesse saber; y porque no

sintiesse hallarse impossibilitado para servirla, ella no queria mas dèl, de vna firme fee, y vna pura voluntad: ofreciòle Philipo tenersela, y al despedirse aquella noche, Lucendra le arrojò vn lienzo, en que iban embueltas joyas de mucho valor; no viò lo que le daba Philipo con la obscuridad de la noche; y assi en su aposento, desdoblando el lienzo, viò las joyas, cuya riqueza le admirò, y puso en grande confusion, no sabiendo quien seria la Dama, que dadiva de tan grande precio le avia dado, porque dudaba que fuesse de las que servian à la hermosa Lucendra, y persuadiase, à que seria vna de sus dos primas. Estas joyas mandò comprar Lucendra en la Ciudad, para dàr à Philipo, porque las suyas no fuessen conocidas: la Corte estaba entonces en Mecina, dos millas de aquella Quinta, y el Duque de Terranova deseando que su prima bolviesse à la Corte publicò vn Torneo para el dia de S. Juan, dèl qual quiso ser mãtenedor: previnieronse galas, è invenciones, no dudando ninguno de quantos entraban en èl, de gastar, que como eran enamorados, lo hacian con mucho gusto. Luego que se supo la publicacion del Torneo en la Quinta, essa noche viendose Philipo con la encubierta Dama, que aùn no le avia dicho su nombre, trataron del Torneo, diciendo ella, como era fuerza,

za, que su señora Lucendra fuesse à la Corte à verle, pues por su causa se hacia, cosa que ella sentia mucho, por dexar la comodidad de la Quinta, y el verle: Philipo llevado de su inclinacion generosa, y no acordandose de la profession, y exercicio, que publicò tener, quando alli vino derrotado, dixo, que à no hallarse forastero, y solo, èl se holgàra de tornear: mucho gusto recibiò Lucendra de oirle esto, porque yà en ello descubria su ilustre sangre, pues era cierto, que siendo mercader, no se levantàran los pensamientos à tal exercicio, proprio de los Cavalleros generosos, y assi le dixo, que si èl queria tornear, tendria ella mucho gusto de vèr como lo hacia, y que porque se le cumpliesse, le acomodaria de lo que se le ofreciesse, y que esse dia sabria su nombre. Para otra noche le mandò, que no faltasse en todo caso, y èl se lo prometiò, con que se fue à dormir.

Como Laudomira deseaba hablar con Philipo, y no se le lograsse el deseo aquella noche, aviendo dexado assegurar à Lucendra, le bolviò à arrojar otro papel, en que le decia: El papel que os escrivì, os avrà tenido confuso, no hallandome en el señalado puesto de la ventana de la galerìa, esta noche sin falta acudid à ella, donde pienso desenojaros, y que sepais quien os estima, acudid temprano. En notable confusiõ dexò à Philipo el leer este papel,

y no ſabia què determinar; citabale para horã comoda; y aſsi, quiſo aquella noche ſalir de la confuſion en que ſe hallaba, de ſi eran dos Damas las que le combidaban con platica; si bien à ninguna ſe inclinaba, como la verdadera inclinacion la tenia à la hermoſa Lucendra, y nada fuera della le ſatisfacia.

Vino la noche algo obſcura, como la avia meneſter, y acudiò al primer llamamiento debaxo de la galeria, donde hallò à Laudomira que le eſtaba eſperando; diòſele à conocer luego, diciendole: Philipo, yo he deſeado ſatisfaceros de la quexa que tendreis de mi, por no aver venido con el primero aviſo à hablaros: tuvome aquella noche ocupada mi prima, y temiendome, que podia aver ſabido algo de mi aviſo, he querido aſſegurarla eſtos dias; aora que sè que lo eſtà, vengo à hablaros, que en eſta ſoledad, divertimiento debemos buſcar, las que eſtamos en continua clauſura. Lo primero que os quiero pedir es, que me digais con certeza quien ſois, porque la relacion que aveis hecho de vueſtra perſona no nos ſatisface, deſmintiẽdo las prendas vueſtras que aveis dexado de manifeſtar, porque no penſaſſemos de vos lo que nos quereis encubrir; por vida mia que yo ſea deſengañada, y que alcance de vos el ſaber eſto; y creed, que ſi me ſale mi ſoſpecha cierta (como lo eſpero) podeis vos eſperar

ma-

mayores aumentos. Confuso se hallò aora Philipo, viendo que la que le hablaba conocidamente era Laudomira, diferenciandose en la habla mucho de la otra Dama, veia que instaba en que le dixesse quien era, pero satisfecha de su relacion, veia, que le daba luz de las prendas que avia dexado en la ropilla, y jubon, y que daba su riqueza indicios de ser mas que Mercader; y de Venecia, cuya Republica pone la mira de su buen govierno, en que ninguno della trayga costosos trages, principalmente la gente de Pueblo, como èl avia fingido ser; y sin esto, temia, que el perdido Relicario no manifestasse en su retrato el porte de su gran calidad. Lo que respondiò à la Dama fue: Hermosissima Laudomira, yo no puedo negar, que essas prendas las arroje de mì al tiempo del venir à esta Quinta, no porque hallassen indicios de mayor calidad, que essa no la tengo mas de la dicha, sino porq̃ lo mal tratado del agua no diesse asco à quien me viesse; y aunque yo sea Veneciano, guardarè los Estatutos de mi Republica en ella; mas fuera de mi Patria, sino lo niego, por lo menos por mi porte quiero ser tenido en mas que Mercader; y assi me vestì costosamente: mas llegado à preguntarme la verdad, y mas vna tan gran señora como vuestra hermosa prima, hiciera muy mal en negarla, donde esperaba amparo, y el favor que aora recibo:

Eſto es lo que os puedo decir à lo que me preguntais; y ſi mas fuera, por dexaros ſegura de vueſtra ſoſpecha, lo ſupierades de mi. Bien echò de vèr Laudomira, que ſe queria encubrir, y por entonces no quiſo apretarle mas en aquel particular, ſino pedirle que vinieſſe alli la noche ſiguiente à la miſma hora: ofreciòſe à obedecerla, y porque Laudomira ſentia ruido dentro, temiendo no la hallaſſe alli Lucendra, ſe deſpidiò de Philipo, bolviendole à encargar, que no faltaſſe eſſotra noche. Con lo que alli ſe detuvo, ſe hizo hora para acudir à la ventana del jardin, adonde partiò de alli, llevando grande deſeo de conocer à aquella Dama, que avia ſoſpechado ſer la que acababa de hablar, porque la riqueza deſtas joyas le avia parecido ſer dadiva ſuya, pues no podia ſer de otra que de Lucendra, de quien vivia ſeguro, que no ſeria la que hablaba, por parecerle que no humillara ſus penſamientos à hacer tal baxeza, ſabiendo la poca calidad que avia manifeſtado de ſu perſona, que à ſaber cierto que fuera Lucendra, le obligaba à declarar quien era; sì bien el temor no ſer creido, le avia acobardado para no lo hacer, por no ſaber como ſeria recibido del Duque ſu padre, que no ſe avia portado muy amigablemente con el ſuyo, ſobre cierta competencia de amores que los dos tuvieron en el Reyno de Napoles, de que reſultaron dos deſafios:

ños: y esta fue la principal causa, porque Philipo se encubriò alli. Llegò, pues, à la rexa del jardin, donde no faltò la encubierta Dama, hallandola algo quexosa de su tardanza, culpandole por esto de poco fino; diòle algunas disculpas, que la satisfacieron, y estuvo con ella muy fino, de modo, que mostrãdose desto obligada Lucendra, le dixo, q̃ queria anticiparle el favor, diciendole su nombre. Estimòselo Philipo con muchas exageraciones, y al cabo dellas, fingiò la Dama con èl, diciendole ser su prima Laudomira. Atento estuvo Philipo à esto, mucho mas que antes, y conociò muy bien ser la q̃ le hablaba Lucendra, cosa que le diò tãto gusto, que fue dicha no hacerle perder el juicio: dissimulò quanto pudo, y dexòse llevar del engaño, estimando el gran favor que le hacia, y ponderando, que à sus cortos meritos era exorbitante: Encargòle el secreto, y por ningun caso manifestasse cõ accion publica, q̃ ella le favorecia, q̃ en aquel pũto perderia su gracia, y aun la vida: assi se lo prometiò, cõ q̃ estuvierõ passando la noche en varias platicas: Y bolviendo à tratar del Torneo q̃ se esperaba, le preguntò Lucendra, si estaba cõ intenciõ de entrar en èl, como lo avia dicho: èl dixo q̃ sì; pues si assi es, dixo ella, tomad esse papel, y à Dios, q̃ es tarde: diòle vn papel, y fuese, el qual visto despues à la luz, viò ser vna cedula de vn Mercader,

der, en que decia à otro, para quien iba dirigida, que à la persona que aquella le entregasse, le diesse mil doblones en oro. Admiròse Philipo desta fineza, y advirtiò, que estas galanterias nacian de ser en algo conocida su persona, porque su buen tallè no humanara à vna señora à hacer aquellas finezas; no obstante, que era tan discreto, que su confianza no le desdecia de esto, presumiendo poco de sus partes, miradas sin su calidad, dexò hacer al tiempo, teniendo siempre en proposito de no descubrirse, hasta vèr el fin de aquel Torneo.

Ibase disponiendo la fiesta à toda priessa, y solo faltaban tres dias para el señalado, con que siendo combidado el Duque à ella, y su hija, huvieron de dexar la Quinta, y irse à sus casas à Mecina. En aquel breve tiempo Philipo, con el mayor secreto que pudo, fue previniendo sus galas, y vestidos de sus quatro padrinos, que avian de salir de embozo, fiandose desto de vn criado Napolitano que avia recibido, el qual sabia quien era, y dèl avia fiado aquel secreto, ofreciendole tenerle siempre, hasta que fuesse su voluntad de hacer otra cosa.

Mientras el Duque estuvo en Mecina, no pudo hablar con Philipo Lucendra de noche como acostumbraba, ni tampoco Laudomira, cosa que las dos Damas sentian mucho, porque estaban muy aficionadas à èl. Llegòse el dia del

Tor-

Torneo, en que el Duque se prometia, que acabado avia de dàr la mano à Lucendra, con la voluntad del Duque su padre, porque yà se avia dado quenta al Rey, y tenian la dispensacion de Roma traìda.

Aviendo, pues, acabado de comer el Rey, saliò al balcon de su Palacio, que caìa à vna gran plaza, la cual estaba cercada de tablados, ricamente adornados de varias, y vistosas telas, en medio avia otro tablado de cien pies en quadro para tornear: tenia quatro entradas, para hacerlas los combatientes. A vn lado dèl estaba vna rica Tienda de Campaña, esta era de brocado, para que descansasse en ella el Mantenedor, su ayudante, y padrinos, con todos los Cavalleros que torneaban.

Vino à la plaza la hermosa Lucendra, y sus primas, bizarrissimas de galas, acompañaban su carroza todo lo lucido, y noble de los Cavalleros de la Corte, subieron à Palacio, y ocuparon vn balcon largo dèl, donde avia otras muchas Damas, no menos bizarras, y hermosas. Llegò la hora, y oyendose grande cantidad de varios instrumentos, vieron entrar por la vna parte de su plaza cinquēta caxas, y pifaros, vestidos todos de tela de plata verde, guarnecida con muchos passamanos, y alamares de oro, sobre pestaña leonada, que eran estas las colores de la hermosa Lucendra: seguianse à estos doce

ce padrinos, veſtidos de tela riza verde, bordados los veſtidos con torzales de oro, y leonados: detràs deſtos ſaliò el Mantenedor de lo miſmo que los padrinos, calzones, y tonelete, guarneçido de luceros de plata, armas blancas, liſtadas de verde, y vn grande penacho verde, y leonado, pueſtos por empreſſa vn bordon de plata, y encima vn lucero grande de plata: la letra era eſta.

Yerra aquel que peregrina
Sin aqueſta luz divina.

Hizo ſu entrada ayroſamente, puſoſe en ſu pueſto, y dexando la pica de guerra con que entrò, le dieron vna de combatir.

Siguiòle luego ſu ayudante, que era vn Titulo de Sicilia, que no ſaliò menos lucido, aſsi de colores, como de caxas, padrinos, y todo lo demàs: ſu empreſſa la de los que le ſucedieron, y las galas de todos dexo de expreſſar por menudo, ſolo dirè, que el Torneo ſe comenzò. Avia eſtado al principio, viendo la entrada Philipo, coſa que eſtrañò Lucendra, viendo el ſoſsiego con que eſtaba, juzgando deſto, que la avia engañado, con decir, que queria entrar en el Torneo. No ſe avia aguardado haſta aquel punto en valde Philipo, ſino ſolo para hacer vna treta à Lucendra, y era, que como ella ſe avia fingido Laudomira ſu prima aquella noche, quiſo

darla

arla vn picon con ſu miſmo engaño; y aſsi, po-
iendoſe en pueſto donde pudo dexarſe vèr
le Laudomira, le hizo vna ſeña, de como iba
armarſe; eſto ſin mirar por entonces à Lucen-
dra: no lo entendiò Laudomira por no averla
viſado deſto; y aſsi le diò à entender, que igno-
raba lo que le decia: de nuevo le hizo la ſeña,
partiendoſe de alli, dexando con eſto à Lucen-
dra caſi fuera de sì de pena, ſintiendo que ella
miſma ſe avia hecho el daño, en averle dicho,
q̃ era ſu prima, y no veìa la hora de deshacer lo
que avia hecho ſin declararſe. Baxòſe Philipo
del balcon, y fueſe à vna caſa donde le eſtaba
aguardando ſu criado con ocho caxas, y qua-
tro padrinos, veſtidos todos de tela riza azul,
con alamares de plata, color q̃ era de Laudomi-
ra; èl ſacò vnos calzones, y tonelete de tela azul
bordado de ojos de plata, y negro, el manto q̃
le arraſtraba pòr el ſuelo, gran parte era de la
miſma tela, y bordadura, el penacho de plumas
azules, y blancas, y por empreſſa vn Sol, cerca-
do de lucientes rayos, y decia la letra.

Cobarde es quien ſe retira
Pueſta en vos ſiempre la mira.

Aludiò à fin del nombre de Laudomira: con
eſtas galas entrò Philipo en la plaza bizarrìſsi-
mo, excediendo à quantos avian entrado, de
modo, que ſe llevò los ojos de todos, alaban-
do ſu gala, y ſu buen ayre. Llevò calada la viſta

por

por no ſer conocido, y aſsi no lo fue, ſi no de ſola Lucendra, pero con ſentimiento de vèr, quã à la clara ſe manifeſtaba por de Laudomira ſu prima, maldiciendo entre sì ſu mal acuerdo, en averle engañado, pues ſolo avia ſervido de empeñarle en aquella aficion, y favorecerle contra sì: ſi excediò à los torneantes en gala Philipo, no lo hizo menos en el combate, pues tocandole verſe con el Duque, le ganò precio. Eſte diò à la hermoſa Laudomira, con que de nuevo atravesò el corazon de Lucendra, que cada coſa deſtas era ſaeta que la penetraba las entrañas. Llegòſe el tiempo de la Folla, en ella corriò la balla dos veces, à peſar de vno, y otro pueſto; y aſsi ſe llevò deſpues de ella dos precios, vno de folla, y otro de mas galan: eſtos dos diò juntos à la hermoſa Lucendra, poniendo eſto cuidado à Laudomira, pero aun con ſer ſeñora dello Lucendra, no perdiò del todo el recelo que de ſu prima tenia, culpandoſe à sì en ſer ella la cauſa dél. Acaboſe el Torneo de noche, y quando todos ſe avian prevenido de achas, Phelipo eſcusò eſta prevẽcion, y encubriendoſe de los ojos de todos, por la confuſion que avia, ſin toque de caxa, ni piſaro, ſe bolviò à la caſa donde ſe avia armado. No fue tan à ſu ſalvo, que no le ſiguieſſe vn pagecito, por orden, y mandado de Laudomira, que eſtando ella incierta de quien aquel Cava-

Cavallero fuesse, se lo mandò; y assi el mucha-
cho anduvo tan diligente en servirla, que la
truxo nuevas, como era el Secretario del Du-
que su señor el combatiente, juraba averle vis-
to desarmar. Esto se publicò por la casa del
Duque, de modo, que quando Philipo bolviò
de desarmarse, yà todos lo sabian; pero era co-
sa increible para todos, por averle visto estàr
al principio del Torneo alli, y saber que no po-
dria tener con què lucir de aquella mane-
ra. Los que esto deshacian, eran los embi-
diosos que tenia, que no querian que aùn se
dixesse tal de Philipo, el qual quando le vieron
à modo de fisga, le comenzaron à dàr la enho-
rabuena de lo biẽ que avia torneado; èl se hallò
al principio confuso, y tardò en responderles,
admirado de que se huviesse tan presto sabido,
que èl avia torneado; mas por si hablaban en
duda, lo echò en chacota, y en burlas admitia
las enhorabuenas que le daban, con vna falsa so-
carroneria, de modo, que dexò con esto des-
lumbrados à los que tenian por el pagecillo
alguna luz de que avia torneado. Al bolver acõ-
pañando à Lucendra à su casa, vna Dama de las
suyas, que era la privada, le diò vn papel à la
salida del quarto de Lucendra, en èl leyò esto.

*Esta noche os aguarda quien sabeis, à vna
rexa baxa del Jardin; no falteis de verla. Y à
Dios.*

Leyò Philipo esto, y luego se pensò que

ſeria Lucendra, à quien determinò dàr vn lindo piçon aquella noche, llevando el engaño adelante. Llegòſe la hòra, y acudiendo Philipo à la ſeñalada rexa, hallò en ella à Lucendra, la qual le dixo muy contento: Philipo, no ay que negaros, que eſtoy muy agradecida de que ayais en mi ſervicio ſalido al Torneo, donde tanto aveis lucido; no creyera, que los Mercaderes de Venecia ſabian vſar tan bien en los actos militares de las armas: todo lo exercemos allà, dixo Philipo, muy falſo, y en mi no era mucho que me esforzàra el deſeo que llevè de ſervi-ros, que eſſe me hizo ſalir bien del Torneo, coſa que la he practicado poco; mas quien es aficionado à las armas como yo, con vn enſayo que vea, tengo harto. Tambien os agradezco, dixo ella, el premio que me embiaſtes; sì bien eſtoy quexoſa de que ſaliò mejorada mi prima en tercio, y quinto, pues ſe llevò dos de vueſtra mano. Hicelo, dixo èl, por dos coſas: La vna por el diſsimulo; y la otra, porque à ſer conocido, era fuerza que echara de vèr, q̃ en reconocimiento de dueño mio, la ſervia mas que à otra Dama. No ſabeis, replicò Lucendra, quan poco la debeis: Què tanto? dixo èl, que ſi ella ſupiera que yo eſtaba aqui, y mas con vos, dixo ella, os dixera mañana tantas peſadumbres, que os obligàra à dexar ſu ſervicio, y à mi no me viera la cara en vn mes con afabilidad. Que
tan

an terrible cōdiciō tiene? dixo èl: Es insufrible
lixo ella. Pues haga lo q̄ mandare, replicò Phi-
ipo, q̄ yà q̄ desea estorvaros de q̄ os divertais,
oor mi parte no se le lograrà esse intento, que
amandoos firmemente, y pagandome mi amor
os con favorecerme, irà en aumento cada dia;
o que podrà culpar, me dixo ella, es, que favo-
ezco à vn hōbre desigual mio, pues dèl no sa-
bemos mas de que es Mercader Veneciano. Por
esso no os acobardeis, dixo èl, que si hasta aora
o he dicho, ha sido porque me pareciò, quando
qui lleguè, encubrirme; mas yà os digo, q̄ ten-
go mas calidad de la que pensais. Pues quien
ois? dixo ella, muy cōtenta, de q̄ iba descubrien-
do tierra en lo que tanto deseaba saber: Soy vn
Cavallero Español, dixo èl, de la mas ilustre
amilia de Cathaluña, mi nombre es Don
Hugo de Cardona; he oìdo esse Apellido, di-
xo ella: Es el mas conocido, y estimado de Espa-
ña, dixo èl, de cuya Casa ay algunos Titulos, y
o soy hijo segundo de vno. Aora habladme es-
pañol, dixo ella, verè si me tratais verdad: Yo os
a trato hermosa Laudomira, como persona que
desea tāto vuestro empleo, dixo èl, hablādo es-
o en Español, q̄ lo sabia hablar sin acēto alguno
taliano. Creyò Lucendra que le decia ver-
dad; y sospechando por cosa cierta, que èl pen-
aba que estaba enamorado de su prima, quiso
on el desengaño, que no se empeñasse mas en

quererla; y assi le dixo: Mucho me huelgo que seais quien decis, y os tengo en tan buena opinion, que os he dado credito; y para que de aqui adelante me hableis sin rebozo, y no os engañeis en el empleo que aveis hecho, quiero que sepais con quien aveis estado. Aguardadme aqui, que luego buelvo: fuesse, dexandole contentissimo de que la aficion huviesse salidole tan buena, que se la quisiesse manifestar Lucendra, la qual yendose de alli truxo vna llave del jardin, con que abriò la puerta dèl, y le mandò entrar. Obedeciò Philipo, y bolviendo à cerrar la puerta, le guiò à vn cenador que estaba en el jardin, adonde la Dama su privada tenia luz; à ella conociò del todo Philipo, que la Dama que hablaba era no menos que la hermosa Lucendra, hija del Duque de Calabria: fingiò turbarse con admiracion; y ella, conociendo esto, sì bien no penetrò lo oculto del pecho de Philipo, le dixo: Yo Philipo, he sido la que os ha hecho favores estas noches, dandome motivo para esto, aver hallado vn papel que os escrivia Laudomira mi prima: sè con certeza, que no sois Mercader; y assi se ha visto, en que prevaricais de la primera relacion que nos hicistes, y tampoco es verdadera la segunda, pues he averiguado que sois Rugero Principe de Salerno, que viniendo embarcado os ha sucedido la desgracia, porq̃ vuestro Estado

do anda en lites, presumiendo en Napoles que sois anegado, segun han certificado personas que se libraron de la passada desgracia, como vos: aora quiero, pues os he hablado sin embozo, que vos me digais si esto es assi. Avia Lucendra hecho ir à Napoles de proposito à saber del Principe, y à que le truxessen dèl vn retrato, y esto lo tenia secreto, aguardando esta ocasion para declararse con èl. No pudo el fingido Philipo (yà Rugero) negar à Lucendra la verdad; y assi confessò ser el Principe de Salerno. Quiso saber la causa de su salida de Napoles la Dama; y para contarsela de espacio, èl tomò assiento à su lado en aquel cenador, diciendo assi.

Servia en la Camara de Arnesto Rey de Napoles, à quien su Alteza hacia tanta merced, que era yo el archivo de sus secretos; entre los que me descubriò, fue decirme vn dia, que se hallaba enamorado de la Princesa de Orbitela, que era la que à todas aventaja en hermosura en aquel Reyno: deseàra yo, que no me diera parte desta ficion, ni de otras, pues no servia de mas que hacerme inquieto, llevandome à vèr estas Damas todas las noches, cosa que la Reyna su madre sentia mucho. Esta Dama era bizarra, como he dicho, y de lo màs calificado de Napoles, su estado era riquissimo, y assi tenia algunos Principes por pretensores, que la

galanteaban para casamiento. A esta me mandò el Rey que visitasse de su parte, y la dixesse quan aficionado le estaba, y que permitiesse dar lugar à que vna noche la visitasse. Fuy con este recaudo, recibiòme Casandra (que assi se llama la Princesa) afablemente; oyò el recaudo, y à su respuesta dixo estas razones: A venir el recaudo (señor Rugero) de vuestra parte, y no de la del Rey, le estimàra en mas, porque della me venia à estàr bien grangeando en vos vn gran Principe que me sirviesse para ser mi esposo, antes que vn Rey, que me pretenda para ser su dama, tan à costa de mi opinion: bien sè que esto, assi como os lo digo, no se lo aveis de decir à su Alteza, pero direisle, que soy su sangre, y hija del mayor soldado que ha tenido la Corona de Napoles, de quien fiò siempre el govierno de la guerra, contra sus poderosos enemigos. Moriò sirviendo, y no esperaba por paga de tan grandes servicios, galardones tan costosos para mi; que su Alteza lo mire mas prudētemēte, y advierta q̄ para el fin q̄ pretende hallarà mayores beldades en Napoles, q̄ la mia, estando desde oy aborrecida yo cō tenerla, pues ha dado causa q̄ se aya aficionado de mi, cō intēto tā dañoso à la autoridad de vn Rey justo, y que tantas alabanzas merece Ibala à replicar, y no quiso oìrme razon alguna, solo me dixo al levantarse de la silla, para entrarse
en

en otra pieza: Señor Rugero, todo lo q̃ intercedieredes por el Rey, es gastar tiempo, emplead, si os està bien, en favorecer esta casa vos solo, q̃ vuestra persona serà preferida à muchas que desean esto, y no lo alcanzan de mi. Estimè la merced q̃ me hacia y dixela, q̃ me aprovecharia de aquel favor à no estàr de por medio el Rey, à quiẽ veia muy empeñado en quererla, por cuya causa no me atreveria à pretender lo q̃ me estaba tãbien. Pues desẽgañese su Alteza, replicò ella, q̃ no conseguirà lo q̃ desea, y menos con estorvar por esse camino que yo me emplee en quien gustare: con esto me dexò algo enojada, y se entrò en otra pieza: bolvì al Rey, dile el recaudo de Casandra, no tocandole en mi particular, porq̃ no se ofendiesse: sintiò mucho el Rey este desprecio, y fue aumentarse mas su deseo; y asi comẽzò desde aquel dia à galãtear en publico à Casandra, dabala musicas de noche, hacia fiestas publicas. Viòse algunas veces cõ ella à solas, yẽdole yo acõpañando, mas siẽpre hallò en ella grande resistencia: cõ los ojos me daba à entender Casandra, que holgàra ser amada de mi; yo me hacia desentendido desto, por lo mal q̃ me estaba enojar al Rey, mas con todo recibi algunos papeles suyos, en que me embiaba à llamar; vime con ella, y no hallò en mi la correspondiencia que quisiera, todo por causa del Rey: pensò ella que yo tenia alguna

Dama en Napoles, y à esto atribuìa mi remission en servirla.

Gustò el Rey que yo fuesse Mantenedor de vna justa fiesta, que traxo por servir à Casandra, yo previne galas, saquè invenciones, y dispuselo todo para el dia señalado, vno antes me embiò Casãdra vna vãda bordada, y vn Relicario, en cuyas puertecillas embiò su retrato junto con vno mio, que hizo sacar de otro de mi casa: yo estimè el favor, y el dia que me estaba armando, aviendoseme olvidado, le pedì para llevar conmigo, fue por èl el Conde Alfrido, que me ayudaba à armar, y desde donde le tomò, hasta darmele, pudo su curiosidad abrirle, y vèr en èl el retrato de Casandra, cosa que le admirò. Era el Conde compañero mio, en la Camara del Rey, y estaba embidioso de mi privanza; y para descomponerme, diò despues de la fiesta quenta al Rey del favor que tenia, que èl dixo, aùn sin saberlo, ser de Casandra. Alborotose el Rey con esto mucho, y atribuyò su desprecio à que estaba aficionada de mi. Dissimulò por entonces su pena, y tratò con el Conde, de vèr el Relicario mio; esto se lo facilitò, con decirle, que pues los de la Camara hacian la semana, que les tocaba servir, durmiendo en Palacio, que entonces procuraria quitarle de la cabecera de la cama: assi sucediò, viendo el Rey por sus ojos, lo que no quisiera: bolviò

el

el Relicario à su lugar, y vn dia que me hallò à solas, me dixo, que yà sabia la causa por què Casandra no le favorecia: Yo le preguntè, què por què: y èl entonces me dixo, como el galantearla yo, estorvaba no hacerle favores, y que èl sabia, que me los daba de su mano, declarandose hasta decirme lo del Relicario. Yo sin turbarme nada le dixe: Señor, V. Alteza me culpa aora, y si supiesse quã fino he andado en su servicio, me lo avia de agradecér. Con esto le contè quãto passaba, y le mostrè el Relicario; y por remate desta platica, le dixe, que porque se assegurasse de mi aquella misma noche, me determinaba partirme de Napoles, y venirme à Sicilia. Algo se sossegò el Rey con esta satisfacion que le dì, y quisiera que me ausentàra por su seguridad, y tambien tenerme consigo, que me amaba mucho. No me diò licencia para partirme, sino mandòme, que me estuviesse en mi casa retirado: Yo no quise con esto hacerme culpado; y asi previniendo vna galera, me embarquè en ella con mis criados. Levantòse tormenta en el mar, y resultò della el perdernos todos, y yo por milagro del Cielo venir à salir à nado, adonde èl mismo permitiò que hallasse vuestro amparo. Aqui diò fin Rugero à su relacion, aviendo estado Lucendra colgada della, mudando semblantes, conforme los sucessos della. Lo que despues resultò fue, que los dos

amantes quedaron muy conformes dè quererse mucho, hasta disponer el casarse, dando al Duque su padre cuenta desto. Antes que à ello se llegasse, se remediò por otro camino, y fue, que al Rey le vino vna carta del de Napoles, en que le pedia le hiciesse saber, si en Sicilia avia derrotado vna Galera del Principe de Salerno, porque corria nueva, que se avia anegado. Quien traxo esta carta, era vn Cavallero Napolitano, el qual mientras esta diligencia se hacia, acertò à vèr al Principe, aunque disfrazado, el dia antes del Torneo, y supo que servia encubierto en casa del Duque de Calabria; dixoselo al Rey la noche misma que fue acabado el Torneo, con que el dia siguiente fue llamado del Rey. Acudio Rugero à Palacio, y viendose en la presencia del Rey, le dixo: Rugero, què causa os ha movido à encubriros en mi tierra sirviendo? El algo turbado le dixo: que avia salido de Napoles tan en desgracia del Rey, que no queria que supiesse dõde estaba. Quiso saber el de Sicilia, por què se avia venido de Napoles; dixoselo Rugero sin faltar nada, de que se admirò el de Sicilia. Aqui hallò Rugero buena ocasion, y le dixo, como dése aba naturalizarse en Sicilia quedãdo en ella por Vassallo suyo, como su Alteza gustasse, que era casarse cõ la hermosa Lucendra, hija del Duque de Calabria, de quien era muy favorecido. Admiròse el Rey, que tan presto huviesse ha-

hallado tan buen empleo, y prometiòle facilitar con el Duque su casamiento; si bien veìa lo que estaba concertado con el Duque de Terranova: mas si Lucendra no tenia gusto desto, era cansarse su padre en valde: Asseguròselo assi Rugero, con que el Rey mandando llamar al Duque, le dixo todo quanto avia en esto, y como su hija amaba à Rugero. Persuadiòle à que la casasse cõ èl, pues esta aficion estaba tan adelante; y acabò con el Duque, que sabida la voluntad de su hija, se haria luego el casamiento: Supòla, y declaròse con su padre, diciendo: que amaba à Rugero, y que nò seria otro su esposo sino èl. Viendo, pues, que el Duque de Terranova quedaba quexoso, quiso Rugero contentarle con ofrecerle à vna prima suya, Princesa de Conca, por esposa. Efectuaronse las dos bodas con muchas fiestas, con que los Novios quedaron muy contentos con sus esposas, en quien tuvieron felice succession.

A todos diò contento la Novela que avia referido el Estudiante, à los cõpañeros del carro, los quales gustosos con oìrla, no sintieron el camino; el rematar la relaciõ, y la jornada, todo fue vno. Apearonse al Meson de los Carros, alli tomaron camas, acomodandose, segun la possibilidad de cada vno: nuestro Trapaza hizo rancho cõ aquel mãcebo q̃ venia con ellos, tomando vna cama para los dos, trataron de cenar, y des-

despues de ceña, armòse vn juego entre el Carretero, y vnos forasteros que alli estaban; y de manera se encendiò, que al Carretero le quitaron quanto tenia, sin dexarle vn solo real: quiso desquitarse, y assi pidiò el dinero del flete à los que traìa en su carro. Todos le pagaron lo que le restaban debiendo, menos Trapaza, y su Camarada, que avian quedado con èl de acabarle de pagar luego que llegassen à Sevilla, porque Trapaza iba con muy poco dinero, como se ha dicho; y esto le acobardò para no aver probado la mano en el juego. Pues como el Carretero viesse, que los dos no le socorrian como los otros, aunque alegaban justamente el pagarle enteramente en Sevilla, los desahuciò de ir en su carro mas. Huvo algunas voces sobre esto; mas el Carretero como dueño de todo, se saliò con la suya, y fomentò esta opinion el acabar de perder lo que le avian dado los otros, con que se fue à acostar muy como Carretero, que es blasfemando, y renegando de quien le avia parido, y enseñado à jugar. No se escandalizaron los presentes, por aver caminado en carros algunas jornadas, y saber que los de su profession tienen muy poco de compuestos.

Durmiòse sossegadamente aquella noche, y Trapaza, y el compañero, que se llamaba Lorẽzo de Pernia, con el desengaño de que no avian

de

de ir en el carro, se quedaron en la cama, no obstante que oyeron antes de amanecer despertar el Carretero à su mozo con grandes voces, para hacerle dàr el pienso vltimo, para llamar à los caminantes à almorzar, y hacer luego poner las mulas al carro: al querer subir en èl los Estudiantes, dixeron al Carretero, que no era razon dexar ir à pie à los compañeros, aviẽdo concertado flete con ellos. Juraba el Carretero, que no avian de ir con èl, pues avian tenido tan grossero termino en no averle socorrido, viendole perdidoso. Todo lo oia Trapaza, y Pernia, y estaban quietos, escuchandolos, jurando Trapaza que se lo avia de pagar el Carretero, ò no seria quien era. Partiò el carro, dexãdoles à pie dos jornadas de Sevilla, con muy poquito, ò casi ningun dinero à los dos, porque haciẽdo Trapaza alarde del que traia, sacò tres reales, que solos le avian quedado del vltimo real de à ocho que trocò: Pernia no tenia mas que cinco quartos. Al fin, por aquel dia vieron, que era suficiente el dinero para poder comer los dos; y levantandose, pagada la cama almorzaron, y pusieronse en camino apostolicamente: iba Trapaza echando rayos de colera contra el Carretero, maquinandole alguna burla, para que se acordasse dèl. Desta suerte caminaron con buen aliento, tratando de varias cosas, hasta que descansando à medio dia en vna sõbra

bra de vna Alameda, comieron alli lo que avian sacado de la posada; y aviendo dormido vn poco se levantaron à proseguir el camino, hallaron al carro, y por no encontrarse con èl, rodearon vn poco, y passaronle delante, de modo, que antes que èl llegasse con mas de dos horas, yà ellos avian llegado à Villanueva del Rio, donde preguntando Trapaza, si alli avia Familiares, ò Comissarios del Santo Oficio, le dixeron que sì. Fuese à casa del Comissario, que era vn Sacerdote anciano, muy buen Christiano, y escrupulosissimo, à este dixo Trapaza: Señor, yo movido del celo de nuestra Santa Fè, que debe tener todo Christiano, he oìdo tantas blasfemias à vn Carretero, Ordinario de Sevilla, que vendrà aqui dentro de dos horas, que me sali de su carro con este mancebo, escandalizado de oìrle, que quise mas venirme à pie, que esperar ser castigado con algun rayo, juntamente con èl, por venir en tal compañia; doy à V. m. quenta desto, para que se le dè el castigo q̃ merece. Procurò el Comissario q̃ declarasse algunas cosas de las que le avian oìdo, hicieronlo con juramento sin mentir, porque en el discurso del camino avian oìdole aùn muchas mas. Firmaron sus dichos, y dexaronle luz de los q̃ tambien harian sus deposiciones, con q̃ se despidieron del Comissario, diciendo, que querian proseguir su jornada; no lo consintiò el Co-

missa-

nissario, diciendoles: q̃ què les obligaba à que-
er salir de aquel Lugar de noche? Trapaza se
trevió à decirle su necessidad, con que el buen
Clerigo se compadeciò dellos, y les dixo, que
no passassen adelante, q̃ en su casa cenarian, y
dormirian aquella noche, estando secretos en
ella, sin que el Carretero supiesse, q̃ ellos estaban
alli, porque assi convenia. Quedaronse muy cõ-
tentos con verse remediados aquella noche. No
se descuydò el Comissario de hacer la diligen-
cia contra el Carretero, pues llamando à dos Fa-
miliares que avia en aquel Lugar, les diò cuenta
de lo que aviamos dispuesto, y con ella orden,
para que luego q̃ el Carrerero llegasse, se pusies-
se preso, y à buen recaudo, haciendole secresto
de las mulas, y carro: tomaronlo por cuenta los
Familiares, y alli luego q̃ llegò, aviendole es-
piado, y dado recaudo à sus mulas, luego entra-
ron en el Meson con ocho hombres, y le pren-
dieron por la Inquisiciõ. Turbòse el Carretero,
viendo tan impensado prendimiento; y hallan-
dose inmune de delito contra la Fè, que èl nun-
ca pensò, q̃ el jurar, y blasfemar era caso de In-
quisicion, sino requisito de la carreteria, q̃ era
forzoso vsarle, pena de ser mal Carretero: lle-
varonle à la Carcel preso, y luego bolvieron
por la gente que venia en el carro, que llevaron
à casa del Comissario, donde les fueron toma-
dos sus juramentos, y hecho las preguntas
que

que à Trapaza, y à Pernia; lo que en sus deposiciones dixeron fue, que muchas veces le aviã visto jurar despechadamente, con poco recato, y muy à menudo, explicando con esto algunos juramentos de los mas abultados, con que escandalizaron los oìdos de nuestro Comissario, pero no de manera, que le pareciesse que era para remitirle à los señores del Santo Oficio de Sevilla: quedòse aquella noche preso el buen Carretero, que no fue poca venganza para los dos que hizo apear de su carro, viendo que le obligaban à detencion. Passò aquella noche, y los dos à la mañana, pidiendo licencia al Comissario (que los regalò muy bien) partieron à Sevilla muy aliviados de dinero. El Carretero estuvo preso tres dias, y la gente aguardandole este tiempo, saliò con sentencia dada por el Comissario, de cinquenta escudos para los pobres vergonzantes del Lugar: no tenia con que pagarlos; y assi dexò vna de cinco mulas que llevaba empeñada, con que prosiguiò su camino, jurando que se le avian de pagar los dos que avia despedido del carro, que bien echò de vèr, que le avian hecho la buena obra.

***

CAPI-

CAPITVLO X.

De como antes de llegar à Sevilla Trapaza, y Pernia ſu compañero, remediaron ſu neceſsidad, con cierta traza, y como ſe acomodaron deſpues; con lo que ſucediò.

EN el miſmo bagage de ſus pies, caminaban los dos compañeros, Trapaza, y Pernia, à la gran Ciudad de Sevilla, y aviendo paſſado el gran rio Guadalquivir, remataron con ſu corto caudal, pagando el portazgo de la barca de Tocina, que eſtà dos leguas de eſte Lugar. Viendoſe, pues, ſin blanca, como la neceſsidad aviva el ingenio, diò Trapaza en vn capricho para tener dineros, que les remediò por entonces aquella neceſsidad; diòle motivo para èl vèr la diſpoſiciõ de cara, y talle de ſu compañero, el qual era lampiño ſin pelo de barba, por ſer muchacho: eſtaba bien aliñado con vn veſtido de color, adornado de lucidos cabos, ſombrero grande, ſu eſpada, y daga, no era muy alto de cuerpo, todo apropoſito para lo que Trapaza tenia penſado, el qual dixo à Pernia: Amigo, no ay coſa mas deſdichada que la neceſsidad, por ella

ella han degenerado muchos hombres de quien ſon,y dado en baxezas; hacer eſto no lo aprue-bo en tierra, que no conocemos, y adonde nos puede coſtar caro, y aunque nos afrenten: pero ſi por honeſtos medios ſe pudieſſe remediar eſte trabajo, antes es virtud. Yo tengo penſado vn arbitrio,que ſi nos ſale bien, pienſo,que por lo menos comerèmos: Yo vi en Salamanca algunos retratos, que truxeron de Madrid de la Monja Alferez, vna ſeñora, que inclinada à lo belico, poſpueſto el havito mugeril, hizo en las Indias coſas notables por la guerra, haſta merecer alcanzar por ſus puños vna Vādera: no sè ſi à vueſtra noticia ha venido eſto. Perna reſpondiò, q̄ èl avia oìdo las prodigioſas coſas que le referia. Pues aveis de ſaber (dixo Trapaza) que ſi mal no me quedarō impreſſas las eſpecies del retrato q̄ vì en mi idèa, le pareceis mucho, y ha ſido eſto nueſtro remedio, porq̄ en eſtos cortos Lugares (Comarca de Sevilla) podemos fingir q̄ ſois la Monja Alferez; y encerrandoos en vna poſada, aviendoſe primero publicado vueſtra venida, fingirè que vais à los Galeones de la Carrera de Indias; y deſeando q̄ os entrē à vèr, pōdremos precio à la entrada, y ganaremos dinero. Bien eſtoy con eſſo, dixo Pernia, ſi no huvieſſe algun Juſticia tan curioſo, q̄ quiſieſſe vèr ſi yo ſoy la verdadera Monja Alferez, haciendome deſnudar, como lo llegue à averiguar con vio-

violencia somos perdidos. Bien està replicado, dixo Trapaza, mas para todo ay remedio, q̃ como yo digo q̃ voy con necessidad, vos no consintiendo mi ganancia, y viniẽdo mal en ella nos dexareis vèr, quanto mas, q̃ escusarèmos esse lance todo lo possible: algunas mas rèplicas le hizo Pernia; pero es tan mala la cara que hace la hambre, q̃ por no la passar, hiciera otra cosa peor: con esto llegarõ à Tocina, seis leguas de Sevilla, Lugar de quinientos vecinos: era dia de fiesta, açababa la gente de salir de Missa de vna Iglesia q̃ està en la plaza por donde passaron los dos. Venia Pernia instruido por Trapaza, q̃ en viendo gente se embozasse: hizolo assi, cosa que causò novedad en quantos les mirarõ, y en particular al Alcalde del Pueblo, que era vn buen viejo, porq̃ otro q̃ avia su compañero estaba en Sevilla à vn pleyto: siguiò este Alcalde los forasteros, presumiendo, que el que se embozaba era algun delinquente, y q̃ lo hacia por no ser visto, y conocido: llegaron al meson, adonde pidieron vn aposento en èl; diòselẽ la huespeda en parte baxa, y era vna anchurosa sala, juntamente con vna alcoba. Apenas se avian entrado en èl, y salido al portal Trapaza, quando llegò à èl el Acalde, y como le viò, luego le preguntò por su cõpañero: èl le dixo, venia enfermo, y por esso se avia retirado: yo le quiero vèr,

 di-

dixo el Alçalde: Conocele V.m? dixo Trapaza: esso deseo, dixo el Alcalde: pues què le và à V.m. el conocerle? Saber quien es, le replicò à Trapaza: Pues entre V.m. en buen hora, dixo èl, que a V.m. como à Justicia no ay cosa vedada, quanto mas, que a su casa de V.m. aviamos de ir à visitarle, y darle quenta de la venida nuestra: Pues què ay en que yo sea bueno para servirles? dixo el Alcalde. Entre V.m. y se lo dirèmos. Entrò con esto, y hallò al compañero embozado como le avia aconsejado Trapaza. V.m. dixo el embustero, quite el embozo, y hable al señor Alcalde, que con su merced no ay para que tener recato; entonces Pernia se descubriò, y hizo al Alcalde vna gran cortesia, pidiendole que se sentasse; hizolo assi Trapaza; aviendo assimismo tomado assiento, dixo assi, hablando con el Alcalde: V.m. señor mio, tiene delante de sus ojos el portento, el prodigio, la maravilla, el exorbitante milagro de nuestra España, y aun puedo decir de las Estrangeras Naciones: tiene por objecto, à quien degenerando de su flaco sexo, influyendo en su sugeto el quinto Planeta, ha seguido su profession, con tal afecto, que ha sido el pasmo de sus adversarios, el assombro de los Infieles, y el espanto de los opuestos à las vanderas Philipicas. Todo este discurso arrojò en la calle Trapaza sin fruto alguno, porque sabia mas el Alcal-
de

de de tomar el timòn del arado, y el azadon à su tiempo, rompiendo con vno, y otro la tierra para beneficiarla, què de pasmos, prodigios, portentos, objectos, y quintos Planetas! Y assi se viò en su respuesta, diciendole: Señor Galàn, yo soy muy amigo de que me hablen clarificadamente, porq̃ no le he entendido cosa de quã-tas me ha dicho, de prolixo, portamiẽto, pasmo, ni aniversarios: declarese por su vida, y digame lo mas à la pata la llana, para q̃ yo le responda. Mucho fue no reirse Pernia, y echar à perder la maquinada traza; harto dissimulò la risa, bolviendo el rostro à otra parte. Baxò la clavija de lo crespo Trapaza, y en humilde estilo, yendose à los atajos, dixo: La persona que V.m. mira, señor Alcalde, es la señora Monja Alferez, si acaso la ha oìdo decir, aquella que con el valor de su animo militò debaxo de las Vanderas de nuestro Rey en las Indias, hasta tener vna Vandera. Avia pocos dias q̃ Morales, Autor de Comedias, avia hecho en vnas Octavas del Corpus de aquel Lugar, la Comedia de la Monja Alferez, que escriviò Belmonte Bermudez, Poeta Andaluz, con mucho acierto, y como se acordaban de sus hazañas; diòse el tal Alcalde vna palmada en la frente, diciendo: Oy se me ha cumplido el mayor deseo que he tenido en mi vida, q̃ era de vèr à esta Señora. Valgame Dios! es possible, que en tanta flaqueza de cariterio,

aya tanto aquillotre de denuedo? Dios la bendiga, y ſu Santa Madre la Virgen! Pues mi ſeñora Monja Alferez, què es lo que por acà la ha traìdo? Reportòſe Pernia de nuevo, que con la proſa del Alcalde eſtaba para rebentar de riſa; y dixole: Señor Alcalde, yo me buelvo à los Galeones de la Carrera de Indias, aviendo ſalido de Madrid algo apreſuradamente por vna pendencia que allì tuve con vn deſvergonzado, q̃ le pareciò, que en faltarme barbas me faltaria animo para caſtigarle dos libertades que me dixo, dile dos cuchilladas, acogìme à vna Igleſia, no me pudieron prender, y ſin tomar mis papeles me voy con eſte hidalgo à Sevilla, donde me conocen muchos, y ſaben quien ſoy: allì me remitiràn mis papeles, juntamente con vn deſpacho de ſu Mageſtad, en que me dà ſueldo de Alferez, y con èl vna ayuda de coſta, librada en la Caſa de la Moneda de Sevilla. He llegado aqui bien falta de dinero, y aſsi haſta manifeſtarme à V.m. y decirle mi neceſsidad, me he querido encubrir de los ojos de todos: V.m. puede por el Lugar probar los animos, y ſacarnos, con que ſalgamos de aqui remediados. Dixo ſu proſa lindamente, y con gran deſpego Pernia, y el Alcalde ſe le aficionò tanto à èl, teniendole por la perſona que fingia, que ſe ofreciò à ſervirla en quanto pudieſſe, y aſsi ſaliò de allì, y juntando algunas perſonas ricas del Lugar, les

diò quéta de como estaba alli la Monja Alferez, cuya Comedia avian los mismos visto. Admiraronse de lo que les decia, y prometiòles de llevarles à que la viessen, dandoles quenta primero como venia desacomodada de dinero, por causa de aver salido de la Corte con priessa por vn hombre que en ella dexaba herido: de nuevo se admiraron, y por vèr el deseo que de verla tenian cumplido, cada qual ofreciò su parte de dinero, y assi destas, y otras personas del Lugar se juntaron casi docientos reales, depositandolos en poder del Alcalde, que se los llevò luego, acompañandole mas de cien personas, todas deseosas de vèr à la Monja Alferez. Entraron en la posada los que pudieron, y los demàs aguardaron vez para cumplir su deseo: à todos hablò Pernia con lindo despego, y grande cortesia, admirandoles el vèr en havito de varon vna muger que tenia fama de valiente por sus hazañas: hizo el Alcalde vna platica como se podia esperar de su ingenio, y parò en disculparse de no aver podido juntar mas que aquel dinero; diòselo, y tràs desto le rogò mucho, que por aquella tarde no se fuesse del Lugar, que todos los de èl déseaban verla, por lo que avian visto alabarla en su Comedia: El dixo, bien pudiera el Poeta que la hizo informarse primero de mi, que yo le dixera hazañas

verdaderas mias, y escusàra ponerlas fabulosas; como lo ha hecho; pero quien ha de poder cõtra Poetas, que son tantos, que quando me desagraviàra de vno, salieran à la defensa vn millon? Con esto saliò acõpañando al Alcalde hasta la puerta del Meson, adonde se dexò vèr de la gente que la esperaba muy à su gusto; y aquella tarde hizo lo mesmo en la plaza, y en el bayle, contento de que huviesse surtido tan bien la quimera de Trapaza su amigo: algunos presentes le hicieron personas particulares del Lugar, aficionados suyos, con que quedò muy agradecido Pernia; aquella noche se regalaron muy bien, y tomando de aquel Lugar dos cavalgaduras, se partieron de alli à Cantillana; Lugar quatro leguas deste, adonde con el mismo modo sacaron moneda de su gente; y assi continuando por la comarca de Sevilla, en pocos dias juntaron mas de mil y seiscientos reales, con que se entraron en Sevilla, donde se comenzaron à holgar; pero duròles muy poco, porque vna noche en la posada aviendo juego, quiso Trapaza probar la mano, y de manera se picò, que perdiò todo el dinero que traia, menos la espada; hallandose tan apurado, que al otro dia huvo de venderla para comer èl, y Pernia; sintiò tiernamente el compañero que huviesse Trapazà dado tan mala quenta del caudal ganado por su persona, y assi se lo
dió

diò à entender, de lo qual ayrado Trapaza, le dixo algunas razones pesadas, de que se ofendiò Pernia, y assi se vinieron à desvnir aquel dia, de modo, que cada vno buscò su vida, apartandose el vno del otro.

CAPITULO XI.

De como Trapaza hizo assiento con vn Cavallero en Sevilla, y lo que le sucediò.

VIendose Trapaza sin dinero alguno que gastar, porque el que avia hecho de la espada que vendiò yà se avia acabado, determinò entrar en servicio de alguna persona de lustre: fuese para esto à gradas, que es en la Iglesia Mayor de Sevilla, donde viò vn corrillo de hombres bien vestidos. Llegòse cerca de èl, y viò que eran Cavalleros, segun oyò de los nombres con que se nombraban. Trataban de algunos hechos graciosos de vn D. Thomè, celebrandolos con grande risa: Ellos que estaban en esta platica, llegò el tal D. Thomè à la conversacion, con cuya venida se holgaron todos. Venia este Cavallero con vestido negro de gorgoràn acuchillado, sobre tafetàn pagizo. Traìa muy largas guedejas, bigotes muy levantados: gracias al hierro, y à la bigotera, que avrian an-

dado por alli, vn ſombrero muy grande, levan-
tadas las dos faldas à la copa, con vnos alama-
res pagizos, y negros, toquilla de cintas de Italia
de eſtos dos colores, y por roſeta vn guante;
que debia de ſer de alguna Ninfa: al cuello
vna vanda de las miſmas cintas, con gran roſa
atràs: Coſas para calificar por figura profeſſa
al tal ſugeto. Entrò cortès en la converſacion,
haciendo grandes corteſias à los que hablaban
de èl: la converſacion ſe alegrò mas con ſu lle-
gada, y nueſtro Trapaza conociò por hombre
de humor al D. Thomè. Acabòſe la converſa-
cion, por acudir à Miſſa: el galàn figura ſe que-
dò ſolo paſſeando por gradas, à quien ſe llegò
Trapaza, y con vna gran corteſia, le dixo: V. m.
ſeñor mio, neceſsita de ſirviente? que el que
preſente tiene ſe halla con volũtad de ſervirle.
Miròle el D. Thomè atentamente, y dando vn
paſſeo, quando bolviò à emparejar con èl, bol-
viòle à dàr otra miradura. Deſta ſuerte fueron
tres veces las que le mirò, y deſpues de bien
ojeado, le dixo: De buena gana os recibirè por
mi domeſtico, porque vueſtra fachada me indi-
ca beneboIo aſpecto, y apto para qualquiera
coſa: Qual es vueſtra nativa Patria? (hablaba
por eſtos terminos el D. Thomè, con que ſe ca-
nonizaba por figura.) A lo qual reſpondiò: Yo
ſoy de la Ciudad de acuña moneda, forja pa-
ños, y cria finiſsimos higos. Yà, yà, dixo èl;
Se-

Segovia, Segovia. Refinifsimo me pareceis. A servicio de V.m. dixo Trapaza. Y el propio, y apelativo nombre? dixo D. Thomè: Hernando del Parral, dixo Trapaza. Que quiso entonces mudar de apellido, tomandole de aquel insigne Convento de San Geronymo de Segovia. Buen racimo ha criado el tal Parral, replicò D. Thomè, afsi de buen vino en su servidumbre. Yo lo prometo, dixo Trapaza. Ninguna cosa de quantas he visto en vos, dixo D. Thomè, me satisface mas, que vos, que me ayais hablado à mi modo, porque yo soy esquisito en el dialecto; y afsi gusto; que quien mas me comunicare, tome el modo de hablar que yo tengo. Venid conmigo, vamos à casa. Siguiòle Trapaza, y vino à dàr con su persona en la calle que llaman del Atahud, que es la mas estrecha de Sevilla. Esta calle, dixo D. Thomè, (sirviente mio) se llama la del Atahud: vivo en ella, hasta que resucite este cuerpo difunto en la gracia de quien adora su Alma, que estoy finifsimamente enamorado. No le pesò à Trapaza de oìrle esto, porque siendo lo que decia, era fuerza ser liberal, y afsi le dixo: Con aver oìdo à V.m. esse requisito, mas en su persona le confirmo por consumado de entendimiento, que afsi lo insinùa el tener amor. Esso de insinùa me dà muy grande gusto, dixo

Don

D. Thomè, buen criado tengo. Llegò con esto à su posada, que si la calle donde estaba era del Açahud, esta era poco mas estrecha que sepulcro. Sacò vna llave, abriò la puerta, cosa que descontentò à Trapaza, pues se prometia dentro su ama, entraron en vn portal Nuruega, tanta era su obscuridad: subieron por vna escalera de garita à vna que èl dixo llamarse sala, y à Trapaza le pareciò artesa, tan pequeña era: junto à ella estaba vna alcoba, donde yacia el lecho del señor Don Thomè, tan apocado, que no avia cama de Religioso Anacoreta que mas corta fuesse: mas adentro estaba vn aposentillo, que D. Thomè dixo ser despensa, quedandole solamente el nombre, por aversele èl puesto, que no por cosa que en èl huviesse, de que tomasse su denominacion. Aqui no veìa Trapaza el aposento en que avia èl de padecer: sufriòse en no se lo preguntar, bien descontento del amo que avia elegido. Bolvieron à la sala, que adornaban tres sillas rotas, y vn taburete derrengado, vna mesilla pequeña, con vn tapete de harpillera, no avia quadro que adornasse las paredes desta sala menique, sino era vn espejo, que en tiempo antiguo lo fue con luna llena, y aora estaba en el postrer quarto de menguante, porque sino era vn pedazo de ella, no avia otra cosa, sirviendo solo el encaxe, que parecia ser de peral, aunque al juramento de Don Thomè

ne seria de evano: del clavo mismo donde estaba colgado pendian peyne, escobilla, bigotera, hierro de bigotes, tenacillas, y calzador para zapatos.

Luego que Don Thomè huvo hecho alarde de su casa à Trapaza, le dixo: Mira alumno mio mi mansion, no es Alcazar, ni es Palacio del Duque de Medina, ni el de Alcalà, pero es vn juguete donoso, vn brinco habitable, vn retiro quieto: y finalmente vna vivienda apacible para vn Cavallero como yo, que gusta destos retiros separado del bullicio desta Ciudad. Desde aqui me enfrasco en èl quando quiero, y quando no, vivo aqui con sossiego, aunque aora poco hallàra en mi, por padecer vna intolerable inquietud, vn continuo desvelo, vna passion amorosa, q̃ atormenta mi alma, sì bien padecia por causa que merece mas que esto. Amo, adoro, quiero à vna beldad divina, à vn prodigio de hermosura, à vn imàn de voluntades, à vna Dama la flor desta Ciudad, la nobleza della, con el mayor dote que hasta oy se ha visto; es hija de vn Perulero riquissimo, descẽdiente de aquellos antiguos Caziques, muy deudo de Atabaliva. Quando esto dixo, yà Trapaza tenia el nombre en sus tripas, pues con la hambre que padecia, le ruxian de modo, que parecia tener en la barriga atabales; y assi comàra, en lugar desta relacion, alguna cosa comesti-

meſtible;y para que dexaſſe Don Thomè la platica, le dixo, que de ſu buen entendimiento fiaba, que la eleccion de Dama ſeria muy conforme à èl, y que yà deſeaba verla, y ſervirla: Has de ſer mi mercurio, dixo Don Thomè, y el todo mi martelo; y pagado de lo que le avia dicho, le dixo: Yo, amigo, he almorzado esplẽdidamente con vnos amigos, y no tengo gana de comer, tu lo puedes hacer, que te veo con alientos dello: toma, y ſatisface tu apetito. Echò cõ eſto mano à la faltriquera, y dandome dos quartos me dixo: compra vn paſtèl, y vn panecillo, haſta la noche, que te deſquites con la cena. Anguſtiòſe con eſto el corazon de Trapaza, que eſtaba hecho à comer ſin tanta limitacion, y echò de vèr, que no era aquella la caſa que le convenia. Tomò con todo los dos quartos, y con otro tanto, que le avia quedado, comiò, ſi no bien, y como quiſiera, à lo menos lo que tenia: Traxo dos paſteles de à quatro, vn panecillo, y vn quarto de vino en vn jarro viejo que acertò à hallar alli, algo parecido à los malos cavallos en lo desbocado. Quando bolviò con eſto, eſtaba D. Thomè, paſſeandoſe por la ſala, con pluma en mano, y el tintero, y vn poco de papel, y de quando en quando, eſcriviendo, y bolviendo à paſſearſe. Bien echò de vèr Trapaza, q̃ hacia verſos, porque de la ſuerte que viò à ſu amo lo infiriò, no quiſo interrũpirle

pirle

pirle la vena, y cortarle el corriente; y afsi fentandofe en el mal taburete referido, con algun tiento, porque no fe acabaffe de arruinar, tendiendo vn lienzo fucio de narices, comenzò à comer de fu breve comida. Eftando en efto entretenido en el primero paftèl, llegòfe à èl D. Thomè, y dixo: Bien huele lo q̃ comes, què has comido? Trapaza le dixo, que pafteles. Veamos, replicò èl: moftròle el paftel que le quedaba, y dixo: Debe de aver mas de vn año que no los como; hafe vifto, y què grandes los hacen los de à quatro! Tomò el paftel, y con dos bocados fe le hizo invifible, diciendo: Cierto que debe de fer de buen paftelero, pues mi eftomago fe ha atrevido con fu delicadeza à comerlo, no acoftumbrado à tales affaltos, mas no es mucho que tu gracia en comer me ha brindado. Bien quifiera Trapaza no averle parecido tan graciofo, y que èl fe pagàra mas de hacer verfos, q̃ de darle affalto à fu breve comida: huvo de fufrirfe, con animo de no parar en aquella cafa, fi no fe mejoraba de manducació. Acabò fu poesìa D. Thomè, y dixo à fu nuevo criado: Mira, amigo, à quien me firve, jamàs le encubro nada de mi pecho, tu has de fer el archivo de mis fecretos, y afsi te quiero comunicar vnos verfos que acabo de hacer à mi Dama à vn fuceffo q̃ le pafsò avrà dos dias: Afsifte en vn ameno jardin, adonde vna fiefta quifo paffarla durmien-

miendo à la ſombra de vnos mirtos, y aviendo eclypſado aquellos hermoſos ſoles el ſueño, para que Febo tomaſſe aliento; y en ſu auſencia hicieſſe vna atrevida abeja, penſando que eran claveles ſus hermoſos labios, que cogiò la flor dellos con tal rigor, que la deſpertò. Coſtòle eſta oſſadìa la vida, pues rendidas las armas à tanta beldad, perdiò el vital aliento à ſus pies. Dichoſa muerte! à trueque de aver tocado tan divinos labios, que la eſtoy yo embiando. A eſto he eſcrito eſtas Lyras, que aun eſtàn en borrador, como vès, no con el eſtilo ordinario, y tribial, porque coſa de myſterio no es juſto que ande entre vulgares juicios, cueſte el penetrar ſus conceptos, y trabajen los ingenios en ſu ſentido, que para eſſo ha tres dias que las trabajo: Eſtas ſon. Atento lo eſcuchò Trapaza, y dixo aſsi:

L Y R A S.

Gemina luz viviente,
preſta ocaſos purpureos Zafiros,
no yà viſible, Algente
sì, en concabos retiros,
por quien Delio eſplendor anima gyros.
En la que vejetable
penſil erige maquina curioſa,
aroma terminable,
si inquieta, no ruidoſa,
vive jovial Melicola oficioſa.

A ſymetricas flores,
eſpontanea eleccion dirige Activa,
racionales colores
con alma ſenſitiva
vſurpa rea, y delinquente liba:
A ofenſa imperceptible,
vital vigor, termina parca leve
con daño corruptible,
que ſi al culto ſe atreve,
viva vnion ſeparò ſuplicio breve:
No rìgida, sì grata
lugubre ſe erigiò ſepulcro hermoſo;
que fulgores dilata,
cedele lauro honroſo,
que el Chipriota inquiriera à ſu repoſo:
Obelico animado,
placido no, ſevero te limita
termino à tu cuidado,
que indicar ſolicita,
no tumba, sì manſion, que à vida excita:

Admirado dexaron à Trapaza los verſos cultos de ſu amo, pues no imaginàra, que entendimiento racional ſe puſiera à penſar tales modos de eſcrivir, vſurpando el poder a los freneſìes de modorras, y tabardillos, pues para tenerlos no les dexa que decir. Eſto ſe vſa, dixo Don Thomè, Hernando amigo, no te admires; que ſe hace figura quien ſe ſingulariza, ello bien

bien puede ser bueno, dixo Trapaza; pero à mi no me lo parece, que no ay cosa como la claridad. En los versos no digo yo que sean tan humildes, que no se levanten del suelo, pero los que tienen las vozes graves significativas, y bien colocadas, siempre son estimados, y este no es vso, sino vna fulleria de gerigonza, que han aprehendido los mal oìdos Poetas, para que el Vulgo los aplauda, y celebre, que como no lo entiende, hace mysterio de lo que no lo es: celebra à ciegas lo q̃ se escriviò con ojos ciegos de la razon. No aconsejaria à V.m. que prosiguiesse en este modo de verificar, porque seria echar à perder su buen natural, los cultos, ò incultos, por mejor decir escrivan assi, hablē frasis barbaras, hagan transposiciones, encaxen vna metafora en otra, como cesto, sobre cesto, para que el mismo demonio no lo entienda, y V.m. se rìa dellos, dandose à la pura claridad, à lo grave, y bien colocado, haciendo la fuerza en el concepto, y no en el esquisito modo del decir. Admiròse Don Thomè, que su criado hablasse tan peritamente en la censura de sus versos, y de alli adelante le tuvo por hombre de mas caudal, y assi le dixo: Huelgome, Hernando, que seas hombre de tan buen juicio, que dès tu voto en la aprobacion de los versos, y mas tan bueno: debes de visitar las Musas de quando en quando? dì la verdad. Por vida mia con-

confefsò Trapaza, que hacia verfos, que fuera fingular modeftia, y exquifita mortificacion en vnPoeta negar la gracia que elCielo le avia dado: Holgòfe D.Thomè de tener criado Poeta, y por fer hora de la Comedia, tomò la capa, y ciñò la efpada, para ir à verla; acompañòle Trapaza, no poco difguftado de que huvieffe tenido tan mala fuerte, en encontrar con vn amo loco, que de fus acciones tal fe podia juzgar; prefto fe defengañò mejor, porque al entrar de la Comedia, fin defembolfar dinero, (porque no tenia vicio de traerlo configo) le diò entrada el cobrador, diciendo dos donayres, y mas quando le viò, que intercedia para la entrada de fu criado, que como à cofa nueva en fu cafa, le eftrañaron, y con rifa celebraron fu nueva autoridad. Todo efto notaba Trapaza, determinando dexar aquel empleo, y bufcar el que le eftuvieffe mas à cuento. Tomaron afsiento en la Comedia, Don Thomè vna filla entre lo noble, que fe la pagò vn Cavallero, por tenerle por vecino, y Trapaza en la comunidad de los bancos de la Plebe. Reprefentabafe laComedia delGuante deDoñaBlanca, efcrita, por aquel fingular Ingenio, padre de las Mufas, Protector del Parnaffo, Privado de Apolo, prodigio, afsi de la nueftra, como de las demàs Naciones, honrador de los Theatros,

M aquel

aquel cèlebre ſugeto Fray Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San Juan, Varon digno de eterna ſama: Lo eſcrito, y trazado della no quiero alabar, pues lo han hecho los mas floridos ingenios de nueſtra Nacion, à peſar de ſu embidia. Fue aplaudida en lo general con grãdes vitores; sì bien deſpues algunos Ariſtarcos preſumidos, quiſieron morder en ella, por hacerſe diſcretos con la Plebe: Oiales Trapaza acabada la Comedia, y admirabaſe, que hombres que tales cenſuras avian hecho, anduvieſſen en dos pies: mas como eſſos privilegios concede el Cielo, para que vean que hace favores donde vienen ſobrados.

Entre los Cavalleros que ſalieron de la Comedia, iba vno anciano, à quien caſi todos hablaban cõ mucho reſpeto. Eſte, aſsi como viò à Don Thomè, le dixo: Señor Don Thomè, yà no puedo ſufrir tantos dias de auſencia, tres han ſido los que hace falta ſu perſona en mi Quinta; y aſsi no permito que lleguen à quatro, ni paſſarà por ello Brianda mi hija, q̃ cada inſtante pregunta por V. m. haſe de venir conmigo, ſin replicarme en nada. D. Thomè eſtimò el favor que le hacia; y mas èl que oyò decir de la Dama, y por aquel dia ſe eſcusò, prometiendo ir el ſiguiente por la mañana, y deſto le diò palabra, y mano, que le tomò Don Enrique, que aſsi ſe llamaba el Cavallero anciano. Con

eſto

esto se despidiò dèl, y con Trapaza detràs, se fue à vna casa de juego, donde los mas Cavalleros de Sevilla mozos acudian à entretenerse, que era habitacion de otro Cavallero, que por estàr enfermo le entretenian. Viò en vn patinejo Trapaza muchos Cavalleros dellos jugando, y dellos hablando en diferentes materias; llegòse Don Thomè à las mesas del juego, diciendoles chanzas, y donayres, de que todos se reìan, siendo estas sanguijuelas de su dinero, pues ninguno huvo que no le diesse barato, aun sin ganar: Tacito socorro en paños de donativo à su pobreza. Quedòse Trapaza algo lexos, de donde pudo vèr esto; y juntandose con vn criado de otro Cavallero, como que no era el criado de Don Thomè, le preguntò, què quien era aquel personage à quien daban barato, esto con animo de acabar de saber la enigma de su nuevo amo, que cada instante le nacian nuevas dificultades en su inteligencia, sin penetrar el verdadero sentido de lo que fuesse, porque tal vez en la comunicacion con gente noble, le tenia por Cavallero, y tal vez en la risa, y burla que hacian dèl, le tenia por bufon. Aqui se desengañò del criado de quien se informaba, el qual le dixo: La persona por quien me pregunta, señor galan, es vn hidalgo de Andalucia, que aviendo andado algunos años en los Galeones por soldado de ellos, se

cansò del militar exercicio, y se introduxo con los Cavalleros de Sevilla, adquiriò en sus viages alguna plata, mas esta la dissipò tan prodigamente, y con tanta liberalidad, que yà con amigos que se le llegaron, yà con valientes, que le acompañaron, yà con mugeres, que le estafaron, que se quedò in pluribus. A toda la nobleza de Sevilla le consta que es bien nacido: introducido, pues, à Cavallero, (que es cosa facil) acude adonde lo noble se entretiene, y adonde perdiò muchos ducados jugando, cobra aora reditos en baratos que le dàn, con que remedia sus necessidades, pero esto es con algunas pensiones, porque como es persona de buen humor, de graciosos dichos, y sazonados donayres: el que le dà quiere pagarse, y cobrar en gusto lo que le ha ofrecido en dinero; y assi le han comenzado à perder el respeto, y le hacen graciosas burlas cada dia, y èl passa por ellas, por no perder el donativo cotidiano: ha salido à los toros, armandole de cavallo, vestido, rejones, ò lanza, y hasta darle lacayos, y librea, con que saliesse adornado. Algunas veces ha salido bien de la plaza, haciendo muy galantes suertes, y otras (midiendola) con pajas en el vestido, que no todas veces mira la fortuna con rostro igual. Esto es lo que puedo decir de Don Thomè de la Plata, llamado por otro nombre de los burlo-

nes

nes, Don Thomè de rafca hambre, no porque la paffa, mas porque fin renta aguarda à comer de lo que graciofamente le dàn en efta cafa todos los dias. Paffa plaza de medio bufon, aunque fu linage no lo merece, y entretiene la vida defta fuerte. Corrido quedò Trapaza de que huvieffe elegido tal amo, viendo que fin renta no era fixa, fino al buelo, y que tal vez fe avia de acoftar fin cenar: quifo por entonces fervirle algunos dias, y tambien por vèr en què paraba, que como èl era tambien abufornado, fecretamente le avia cobrado vn cierto cariño, como à perfona de fu profeffion.

Aquella noche huvo bien que cenar, porque luego que de alli fe fue Don Thomè, diò à fu criado dinero para que de lo que hallaffe yà guifado traxeffe que cenar. Truxo vna polla, y vn paftelon, pan, y vino, y fruta, y alegremente cenaron los dos, que como huvieffe moneda, aun le avian quedado las reliquias de pròdigo à Don Thomè, y no reparaba en gafto: Aquella noche fe pafsò bien de cena, pero no de cama, porque la de D. Thomè fe cifraba en vn colchon prenfado, en vna fabana rota, y vna manta tundida, del tiempo que es el mayor acufador que fe conoce: la cama que tuvo Trapaza aquella noche, fue en vna arca muy vieja grande, fue tender fu capa, y fobre

ella reclinar ſus miembros, y dormir à ſueño ſuelto, como dicen, no ſe acongoxò poco Don Thomè de que ſu criado no hallaſſe cama para èl en ſu caſa, diſculpòſe por lo ſoldado, y con tanto cada vno apartò rancho, dando eſperanzas de cama à Trapaza, que era muy poco Religioſo, para deſear mortificaciones.

CAPITULO XII.

DE COMO DON THOME, Y TRAPAZA ſe fueron à la Quinta de Don Enrique, y lo que en ella les ſucediò: de ſu nuevo acomodo, y como dexò à Sevilla.

A Las nueve de la mañana eſtaba vn coche à la puerta de la calle de la poſada de D. Thomè, cuyo cochero, aviendoſe apeado, llamaba à la puerta, ſaliò medio deſnudo à reſpōderle Trapaza, y ſupo que eſtaba aguardando en la otra calle, por no poder llegar à aquella el coche de Don Enrique Portocarrero, aquel anciano Cavallero, que le avia combidado para ſu Quinta. Avisò Trapaza à ſu amo, y èl viſtiòſe lo mas aprieſſa que pudo, el mas alegre hombre del mundo; eſto era, porque iba à vèr

la

la beldad de Doña Brianda, de quien eſtaba muy enamorado: eſta Dama era hija vnica de Don Enrique, y heredera de ſu Mayorazgo, que valia mas de ſeis mil ducados de renta; era pretendida de muchos Cavalleros de Sevilla, pero por ſer de diez y ſeis años, no guſtaba ſu padre que por entonces eligieſſe eſpoſo, ſiendo el regalo de ſu vejèz. De lo que guſtaba era, de que ſe fingieſſe muy amartelada de Don Thomè, haciendo con eſto donayre dèl, porque perdia ſu juicio, enamorado deſta Dama, y hacianle ſolemnes burlas: ſobre eſto, acabòſe de veſtir D. Thomè, y poniendoſe en el coche, y à Trapaza al eſtrivo, mandò al cochero, que guiaſſe à la Igleſia Mayor, que queria oìr Miſſa primero que ir à la Quinta. Guiò donde le mandò el cochero, y aviendo oìdo Miſſa con mucha devocion, (era muy buen Chriſtiano) tornò à ponerſe en el coche, y caminaron à la Quinta, que era àcia S. Juan de Alfarache. Fue en ella recibido de Don Enrique, y de Don Alvaro ſu ſobrino, con mucho guſto, y llevado donde eſtaba la hermoſiſsima Doña Brianda, haciendo labor con ſus criadas. Aſsi como Don Thomè la viò, bolviendoſe à ſu criado, le dixo: Mira, Hernando, ſi tengo juſtamente colocados bien mis penſamientos; mira ſi al objecto de mi amor puede aver alguno que le iguale, aſsi en beldad, como en otras muchas gracias. Eſta sì, que es her-

mosura natural, no artificiosa, como la que vemos en estos tiempos, donde la nieve es accidente, y la grana la que fabrica Guadix: Desta manera se vee esta purpurea rosa siempre; assi la halla el Alva, y la noche. Bien me pueden tener los mortales embidia, de que soy favorecido desta belleza, y tu puedes de oy en adelante, si me ha de tener por dueño suyo, maquinar hyperboles con tu claro ingenio, decir alabanzas, que todas seràn cortas para tan gran sugeto. Mientras D. Thomè decia esto con grãde afecto à su criado, Don Enrique, su hija, y quantos estaban presentes, se caìan de risa de oìr esto. Bien echò de vèr Trapaza, que hacian burla de su amo; mas tambien considerò, que quanto decia de la hermosura de Doña Brianda, era poco para lo que veìa ella. Alabò à su señor su buen gusto, y su dichoso empleo, y ofreciò en sus versos alabar tal beldad. Esta alhaja teneis nueva, dixo D. Alvaro à D. Thomè, por Trapaza. Sì amigo, le replicò: Este criado he recibido, y os certifico, que merecen sus partes todo favor, porque he descubierto en èl vn vivo ingenio, en vna censura que le oì de vnos versos que le mostrè. Eran vuestros? replicò D. Alvaro: Mios son, dixo Don Thomè: Veamoslos, dixo à este tiempo Doña Brianda, que yà tengo celos que se ayan hecho à otra Dama. Esso no, mientras viviere, dixo D. Thomè:

mè: Para vèr dueño mio, los escrivì à la ossadìa de aquella dichosa abeja que muriò, aviendo ofendido vuestros labios. Quisolos ver Doña Brianda, y por traerlos en vn papel roto, y sucio, por no tener otro en casa, los huvo Trapaza de trasladar de su letra, que la hacia extremada. Pagòse Doña Brianda, assi de los versos, como de la letra del criado, y celebròlos mucho, con grandes encarecimientos; dexando su labor, se baxò al jardin con todas sus criadas, con su padre, y su primo, y en èl passaron lindos chistes con D. Thomè. Viendo Trapaza que le trataban muy como à bufon, cosa que le daba pena, y si el sugeto fuera capaz de correccion se atreviera à darsela; mas èl gustaba de ser tratado assi, y no admitir consejo sobre esto. El trage que Doña Brianda traìa en el jardin; eran vnas enaguas de tela riza nacar, con muchos passamanos de costosas labores, colilla de lo mismo, para ensanchar, y escusar menos rōpa, debaxo traìa vn guardainfante, vso q̃ se deribò del Reyno de Francia, y està yà tan valido, y acostumbrado en toda España, que solo falta hablar la lengua Francesa, y llamar à las mugeres Madamas, para ser del todo Francesas. Yà Trapaza avia participado de semejante invencion, y vso en aver contribuìdo, y pagado vnas enaguas à la señora Estefania, quan-

quando la fervia en Salamanca, y abominaba del vſo, porque traer mas, ò menos coſta en el trage Eſpañol, parece que ſe puede tolerar; mas acogerſe al Eſtrangero, es deſnaturalizarſe del ſuyo: Sobre eſte moderno vſo, ſe moviò vna platica entre Don Enrique, Don Alvaro, y Don Thomè: Don Enrique, como avia conocido el luſtre antiguo de los trages, reprobaba eſte: D. Alvaro, y D. Thomè, le alababan mucho; ayudandoles Doña Brianda, quiſieron ſaber el voto de Trapaza, à vèr què guſto tenia, y èl con las mas fuertes razones que ſe le ofrecieron, probò, que Eſpaña debia conſervar ſu trage, pues era el mas galan del Orbe, y no admitir el eſtraño. Tantas coſas dixo ſobre eſto, que le confirmaron todos por hombre de capacidad, è ingenio: èl para dar eſmalte à lo dicho, pidiò vna guitarra (que quiſo deſcubrir aquella gracia mas) y aviendoſela traìdo de el quarto de la ſeñora Doña Brianda, dixo, en aviendola templado: eſta letra, que pienſo cantar, ſeñores, la hice en Salamanca, dandome motivo à hacerla, vèr là primera muger con guardainfante tan à lo Francès. Todos dixeron que guſtarian de oirla, y èl cantò aſsi.

Al comprar vn guardainfante
vn marido à ſu muger,
eſtas razones le dixo
poniendo la viſta en èl.

Uſo

Uso nuevo de los Diablos,
embuste que Lucifer
truxo à España porque tenga
el segundo mal Frances.
Aunque no eres mal de madre
le presumes parecer,
pues siempre de panza en panza
en estaciones te vèn.
A quantas les mientes carne,
que sin vientre, y sin enues,
sola la armadura traen
en dos cañas de alcacel.
Quantas gordas por el vso
no se quieren conocer,
y à qualquiera que se pone
la haces jurar de tonèl.
A quantas prestas volumen,
que en vigor Matusalèm,
las alcobas del mondongo
hizo passas la vejèz.
A quantas que te han comprado
suples yà la desnudèz,
trayendoles enjaulada
vna camisa arambèl.
Quantos vientres sin ser rastro
cubriràs, como vna pez,
y al llamarte guardainfante,
guarda Demonios dirè.
A quantas finges perfectas,

que

que tienen (y yo lo sè)
las caderas derrengadas
ſobre dos piernas de nuez:
Quantas han de dàr por sì
enſànchas à ſu placer,
en fee de que has de encubrirlas
las nueve faltas del mes.
Y aun que de ſoſpecha al bulto
querràn confeſſar por èl,
ſer guardainfante el eſparto;
y que aquel no lo ha de ſer.
Quando encubres à las flacas
eres vn traſumpto fiel
de empanada de figon;
gran bulto , y ſin que comer:
Quantas partidas de tabas
que cubren delgada piel;
crugen en ti como en bolſa
de trebejos de agedrèz:
Y à ſer como eres de eſparto,
de metal de vna ſarten;
por cencerro bien tocado
pudieras ſervir à vn buey:

Con notable guſto oyeron todos à Trapaza el bien cantado Romance, ſatyra contra los guardainfantes, holgandoſe mucho D. Thomè, de que ſu criado tuvieſſe aquella gracia mas, que no le trocàra por otro alguno, con dineros

ros encima, aunque necessitaba dellos, tanto se agradò de Trapaza. Lo mismo hicieron todos, alabandole: quiso Don Enrique que su hija pagasse aquella letra con otra; y haciendo que le baxassen la harpa de su aposento, templandola con suma destreza, cantò assi, acompañada de vna criada.

Donde va por el prado la niña,
pisando sus plantas de flor en flor?
siguiendo al amor,
dexale, vayasse, huya de ti si acaso temiò;
que si pruebas el oro en sus flechas
lastima tengo de tu corazon.
Para que quieres seguir
a quien has visto temer?
por la gloria del vencer
al que à todos hace huir;
y si buelve à resistir?
vencerale mi rigor:
dexale, vayasse, huya de ti, si acaso temiò.
Contra amor es ossadìa,
querer hacerle algun daño;
quien dèl tiene desengaño,
vencerale si porfia:
si es la misma valentìa?
tenerla con èl mayor:
dexale, vayasse, huya de ti, &c.

Aqui comenzaron los hyperboles de D. Thomè, las exageraciones, las alabãzas de lo bien q̃ avia

avia cantado su Dama, y decialas de manera; que hacia reir à todos. Era yà hora de comer, subieron arriba, y muy explendidamente comieron, sirviendoles solas las criadas, que por gusto de su señora le haçian lindas burlas à Don Thomè. Acabada la comida, se fuerõ à passar la siesta, mientras los criados comiã, passòlo Trapaza lindamente, que fue muy regalado, en particular de vna criada, que desde que le viò cantar, se le avia inclinado. Dos horas avia, que estaban todos reposando, quando llamaron à grandes voces à la puerta de la Quinta, baxaron à saber quien era; y abierta la puerta, vieron entrar vn carro por ella, cubierto con vn repostero. Detràs del carro venian quatro Cavalleros à cavallo, deudos de Don Enrique, à quien venian à vèr, trayendole lo que en el carro venia. Fue avisado, y baxò con Don Alvaro à recibirlos, que D. Thomè aun se estaba durmiendo à sueño suelto, como si no fuera enamorado. Apearonse aquellos Cavalleros, y vno de ellos dixo: El Embaxador de Venecia, deudo vuestro, os embia esse bulto de alabastro de vuestro padre, que santa gloria aya, para vuestra Capilla, que viene conforme el deseño se le embiò, y aun bien parecido. Llegaron con esto vnos hombres, y baxaron del carro el bulto poniendole en la primera pieza baxa de la Quinta, esto en la misma forma q̃ avia de estàr
en

en la Capilla. Era la figura de alabaſtro de vn venerable Viejo,de eſtatura mas que mediana, armado a lo antiguo de todas armas,y en el pecho la roxa inſignia del Patron de Eſpañá, que avia tenido: A ſus pies eſtaba la celada, entre dos perros, tan al vivo obrados., que moſtrò bien el Artifice ſu primor. Enterneciòſe Don Enrique viendo la imagen de ſu buen padre, y con mueſtras de obediencia le besò aûn en marmol la mano, coſa que pareciò bien à los preſentes. Yà Don Thomè avia baxado à eſte tiēpo, preguntaronle, q̃ le parecia del bulto, èl, le alabò mucho, quanto vituperò el antiguo trage, haciendo gran donayre de los folladillos antiguos, y martingala,con que eſtaba,diciendo: es poſsible que tã gallardos talles invētaſſen tan poco para ſu adorno, que ſe viſtieſsen tan ridiculamente?Con eſto dixo otras muchas coſas en forma de eſcarnio,con tan ſolemnes diſparates,que à todos hizo reir. Fra Don Alvaro (el ſobrino de Don Enrique) caprichoſo: y propuſo de hacerle vna burla, comunicòla con ſu tio, y con los demas Cavalleros moços.y para executarla no hallaron otro ſugeto mas aproposito, que ſu criado, aunque reparazon en ſi lo querria hacer. Don Enrique ſe ofreciò à que lo acabaria con èl, por interceſsion de ſu hija, para eſto ſe le diò cuenta de la burla, y pidieron que mandaſſe al criado de D. Tho-

Thomè,que hicieſſe vn perſonage en ella, llamòle Doña Brianda, y rogòſelo mucho. Poco era meneſter para que à Trapaza ſe dexaſſe brindar, y hicieſſe la razon, porque era muy del natural ſuyo el ſer amigo de hacer burlas. Previnieron lo neceſſario aquella tarde,y eſtãdo todo en la Quinta, aquellos Cavalleros,que avian venido, cenaron todos con Don Enrique,y ſu hija, y deſpues fingiendo que ſe iban, ſe quedaron yà de noche à la puerta de la Quinta, abriendolos deſpues el Jardinero, y eſcondiendolos en parte ſecreta del jardin. Recogiòſe la caſa de Don Enrique,y D. Thomè aſsimiſmo, à quien deſnudò Trapaza, y dexò en ſoſsiego; mas como eſtaba enamorado de Doña Brianda, preſto ſus dulces memorias le dexaron pueſto en deſvelo: aſsi ſe eſtuvo haſta la media noche, que con el ruìdo de las campanas,que tocaban à Máytines, aſsi en la Metropoli, como en los Conventos,quedò en mayor deſvelo. Aguardò la gente de la burla, que el ruìdo de cãpanas ſe ſoſſegaſſe,y aviendo paſado,por vna puerta que caìa à la pieza donde dormia D. Thomè,aunque entonces eſtaba deſpierto, ſe oyeron algunos penoſos ſuſpiros, coſa que à èl le puſo en cuidado, y eſtuvo atento à vèr en què paraba ſemejante eſpectaculo: pero preſto conociò lo que era, porque poniendoſe à la puerta Trapaza, mudando
la

la voz dixo en la mas temerosa que supo fingir: D. Thomè, D. Thomè, D. Thomè. Con mas alteracion se hallò el llamado Cavallero; y viendo que era forzoso responder, dixo algo turbado: Quien me llama? A esto bolviò Trapaza à decirle: Quien te desea hablar, si tuviesses animo para oirme; Animo no me falta, dixo D. Thomè: solo quisiera vèr à quien me busca, y carezco de luz. Por esso no quede, dixo Trapaza; y sacando vn hacha detràs de vn escondrijo, que se avia hecho aposta para la burla, la tomò en la mano Trapaza, y con ella saliò à ser visto de Don Thomè en horrible, y espantable figura, porque venia armado de la manera que la figura del sepulcro, à lo antiguo, con armas blancas, folladillos à martingala, su Abito de Santiago en el pecho, cubierto el Manto blanco de Capitulo, cuya falda le arrastraba gran parte por el suelo, la cabeza descubierta, toda cana, con vna cabellera que se le buscò muy larga, y à proposito, y vna barba blanca; al rostro traìa dado vn matiz pàlido, de manera, que representaba vn verdadero difunto. Con este tan espantoso, y horrendo espectaculo, quedò D. Thomè casi sin aliento, y mas quando viò que aquella vision se le iba acercando à su cama, con graves, y pesados passos; llegò cosa de tres antes de la cama, y parandose, dixo à D. Thomè: No temas, q̃ te quiero

 muy

muy en tì para que me oygas à lo que he venido del otro mundo, pierde el miedo. Con oìrle afablemente, que se lo decia, parece que cobrò el afligido algun aliento: lo qual visto por Trapaza le dixo: De catolicos pechos es hacer bien por los Difuntos, y de Christianissimos el honrarlos. El trage que en mi tiempo truxe, fue el mas lustroso que entonces traìa la gente de mi calidad: si en el presente se vsa otro, no debe ser menospreciado el antiguo, pues fue el que honrò à los progenitores de los que viven: culpa, y muy grande has tenido delante de mi hijo en aver hecho escarnio de mi, y el de averlo consentido. La gracia, y el donayre, y aun el bufanizar hablando con mas propriedad, tiene dilatados espacios en que se estender, sin alargarse à hacerse contra los Difuntos. Yo vengo à advertirte esto, y para que otra vez te acuerdes de mi, y no te atrevas à deshonrar los huessos de los que descansan en vida eterna, esta hacha que oy viene à ser symbolo de tu corta vida, se apagarà en tu cuerpo, en la parte mas sensitiva de èl, no parando en esto mi castigo, sino en que por lo que has hecho perderàs à mi nieta para no verte con ella en dulce himenèo: Aora conviene sufrir el apago desta flamante luz en las ausencias, yà me entiendes adonde digo, que con solo esto te preservas de mayores suplicios. Dixo esto

cor

con voz tan temeroſa, dilatando los acentos della, de manera, que Don Thomè eſtaba perdido, tanto, que no tuvo valor para ſaltar de la cama, dexando llegarſe à ella al que tenia por verdadero padre de Don Enrique; el qual alzando la ropa de la cama, con mucho rigor le apagò la hacha donde avia ſeñalado, con tanto ſentimiento de Don Thomè, que diò luego con el fuego grandes gritos, à cuyo rumor acudiò la gente de la burla, y con roncos cencerros comenzaron à atronar el apoſento, y à temer el pobre paciente; daban grandes ahullidos, y con vnos azotes que traian de riendas de cavallo, le vapularon de modo, que le dexaron caſi ſin ſentido, yendoſe con el miſmo ruido de cencerros, y baladros. Aſsi eſtuvo vn rato nueſtro Don Thomè, haſta que bolviendo en sì, comenzò de nuevo à quexarſe con notables voces, acudieron à ellas Don Alvaro, y Don Enrique ſu tio; y entrando en ſu apoſento (que era quando yà amanecia) le preguntaron, que què tenia. Ay ſeñores, dixo el vapulado, que eſta noche ha avido en eſte apoſento todo el infierno junto, pidiendole, que les declaraſſe aquello, y èl aun todavia con el ſuſto de lo paſſado, les contò lo que avia viſto, à pauſas, aviſando à Don Enrique del enojo que contra èl avia moſtrado ſu padre. Fingieron los dos admirarſe mucho, y pidieronle con grandes ruegos que no

dixesse à nadie nada de lo que avia passado, porque no se escandalizasse Sevilla con oirlo: assi se lo prometiò Don Thomè, el qual pidiò, que le llamassen à su criado, detuvieronse en llamarsele, porque estaba lavandose del barniz que le avian puesto, que no se le queria quitar del rostro. Al fin vino, à quien con grandes lamentaciones contò su amo el trabajo que le avia sucedido, cosa à que mostrò grande admiracion el bellaco de Trapaza, diciendole, que en todo sucesso era bien no hacer donayre de los difuntos, sino rogar à Dios por ellos, y hacerles decir Missas: assi lo prometiò Don Thomè; mas por el molimiento passado, rogò à Trapaza que le dexasse reposar, assistiendo èl alli por el temor con que estaba: huvo de hacerlo, bien contra su voluntad, porque en premio de aver hecho bien el papel del difunto, le tenian prevenido vn lindo almuerzo: con todo no desconfiò de no le gozar; y assi aguardò à que D. Thomè se durmiesse (que con el cansancio fue en breve dormido) y luego le dexò en reposo, por entregarse en el almuerzo que le esperaba.

Desta burla de Don Thomè resultaron dos cosas: perderle Don Enrique de su Quinta, y que Trapaza dexasse de servirle, porque no queriendo quedarse el assombrado Cavallero aquella noche en la Quinta, temiendo que el

pa-

padre de Don Enrique le avia de hacer otra visita, con las circunstancias que la passada, pidiò licencia, y se fue à la Ciudad con su criado. En ella se fue divulgando la burla que se le avia hecho, subiendola de punto, hasta decir, que la avian echado vna ayuda de agua de nieve, y que su criado avia sido el autor, con que sin reparar en las partes de Trapaza, le despidiò de su servicio. Poco perdiò en perderle, antes grangeò con esto, el que sabiendolo Don Enrique hizo que vn sobrino suyo le recibiesse en su casa. Acudia Trapaza muchas veces à casa de Don Enrique, porque Doña Brianda gustaba mucho de oìrle cantar, que lo hacia con grande donayre, y letras suyas, con que satyrizaba varias cosas: alli se veìa con Emerenciana, la criada que se le avia aficionado, que tambien cantaba su poquito con buena voz, aunque no tenia destreza para ello. A esta enseñaba Trapaza con mucho gusto, con permissión de su señora, y acudia todos los dias à esto.

Tenia Doña Brianda vna Dueña en su servicio de ancianidad, la qual tenia los mismos melindres que si fuera de quince años, de manera, que para hacer reir à sus amigas en las visitas, contaba Doña Brianda melindres suyos graciosissimos. A esta (que tenia pocos menos años que Sara) le diò vnas calenturas de aver

comido vnos almendrucos majados, porque enteros, no tenia dientes para poderlos mascar, ni muelas tampoco. Pues como el mas eficàz remedio para este mal, sea vna ayuda: ordenòsela el Medico que la curaba, previnose el cocimiento, y puesta la que la avia de echar de posta, con el geringante instrumento: ella hizo tantos melindres, rehusando recibirle, que hizo reir à los circunstantes. Estaba presente su Ama Doña Brianda, la qual enojada, de que en tanta vejèz se oyessen cosas de niña, la riñò mucho, y mandò que se estuviesse queda, pues era aquel el importante remedio para su mal: huvo de sufrirse la vieja, y recibiò con paciencia, y sin melindre el medicamento. Celebròse la inquietud, y melindres de la Dueña en toda la casa; y por estàr mal con ella Emerenciana, pidiò à Trapaza, que à esto le hiciesse vnos versos graciosos, que gustaria mucho su señora de oìrlos: deseaba Trapaza contentar à Emerenciana, y assi lo hizo, que puestos despues en manos de Doña Brianda, eran estos.

El tipo de la fealdad,
la suma de la vejèz,
en el melindre de Fabia,
juntos, y vnidos se vèn:
Egrotante està la niña
de los años ciento y diez,

con ciento y diez mil congoxas
en enfermedades tres.
Idiota se ha mostrado,
la que bachillera fue;
pues del digesto ha diez dias,
que ignora la comun ley.
Los viages de glotona,
que ha registrado su nuez,
oy pretende vn esculapio,
que los expela vn clistel.
De aceytes, miel, girapliega,
vncias quatro, y dragmas seis,
receptò el buril de vn ganso
en el candido papel.
El farmacopola, diestro
en repiques de almirez,
calabriando lo aplicado,
puso el remedio à cocer.
Yà el latonico instrumento
Florentin, ò Calabrès,
particular apuntante
desta fembra quiere ser.
Chopones de aquel brevage,
para vomitarle fiel,
con lagrimas de los dos
en el ojo mas soez.
Cosquillas causa à la anciana
el mosquetero novel,
dudando en el recibir

la que recibe tambien.
Enfadado el geringante
de aguardar cansado en pie;
resistir apuntamientos
de la mitad del embès.
Viendo con tantos melindres
vna edad Matusalen,
tarasca de novedades,
esto la dixo cortès.
Racional argenterìa,
tarabilla humana, à quien
la mas gyrante veleta
sumissiones puede hacer;
Si la viviente baraja
tan barajada teneis,
dexadme señora alzar,
y el juego comenzarè.
A cavallero os aguarda
el cañon que à punto veis;
permitidle que os dispare
girapliega, aceyte, y miel:
Que si avara de excrementos
sin la salud padeceis,
con el remedio que aplica;
en prodiga os trocarè.
Lo encendido de la facha,
manifiesta que teneis
dureza en las provisiones,
como indecisso juez.

Di-

Dixo: y ella mas fruncida
que Monja que ſale à red,
vn sì sè que ſe tapò,
y deſcubriò vn no sè què.
Aſſeſtò el cañon luciente
al zaguero Magances,
Galalon contra el olfato
del que mondo llega à oler:
Trasladò el tibio brevage
del taladrado rabèl,
al vientre, que por lo hinchado
tamboril pudiera ſer.
Lo que reſultò del caſo
para el que ignorante eſtè,
le podrà hacer relacion
el Dotor Caramanchel.

Mucho celebrò Doña Brianda la ſatyra de Trapaza, y no parò haſta que èl miſmo ſe la cãtò à la Dueña, que avia ſido la paciente. Eſtaban preſentes Don Enrique, Don Alvaro, y otros Cavalleros, que rieron mucho, aſsi el melindre de la Dueña, como los verſos. Ofendiòſe la tal ſatyrizada, y jurò que ſe avia de vẽgar de Trapaza, buſcãdo modos deſde aquel dia para ſu venganza. Otra llegò mas preſto, que le hizo dexar à quien ſervia; y fue el caſo, q̃ entre los Cavalleros q̃ galãteaban à Doña Brianda, avia vno, cuyo nõbre era D. Mendo, el Apellido ſe calla. Eſte tenia opinion entre los Cavalleros de mi-

miserable; y contabanse dèl grandes civilidades, con que avia gran fisga en las casas de la conversacion. Las amigas de Doña Brianda, hacian donayre della, de que era servida deste Cavallero tan miserimo: Ella le disculpaba quanto podia, no porque le parecia bien, sino porq era amiga de honrar à todos. Quisieron, pues, las amigas dàr vn tiento à este Cavallero, para probarle en la condicion; y asi vn dia que se hallò en la Quinta de D. Enrique, le pidieron, que para cierto dia que le señalaron, las diesse vna merienda; algo se turbò el tal galan, mudando colores el rostro; mas por no dàr nota de lo que tan imputado estaba, se ofreciò à servirlas. Llegòse el dia aplazado, y aguardando las Damas en la Quinta, vieron que la merienda no vino aquella tarde, con que Doña Brianda huvo de pagar aquella cortedad. Supòse que dos dias antes se avia fingido malo, y aun sangrado, por escusar este gasto en que le avian empeñado. No quisieron que se fuesse sin castigo, y valiendose Doña Brianda del socorro, y la vena de Trapaza, le mandò hacer vnos versos, satyrizando de civil à D. Mendo, èl los hizo, y se los embiaron à la cama, decian asi.

De achaque de vna demanda,
està enfermo Don Civil,
que por no morir del dàr,
se cura contra el pedir.

To-

Tomòle el pulſo derecho
el Dotor Algimeſsi,
venturoſo en el matar;
ſi en el curar infeliz.
De la intercadencia juzga;
que tiene el pulſo tan vil,
que aun en pulſar es avaro;
por ſer del dueño aprendiz.
Como el expeler es dàr,
no rompiò ſu ley aqui,
que el dibretico excremento
apenas viò en el viril.
Saber quiere los exceſſos
del enfermo Mathachin;
ſi fuera las cortedades,
ſe las ſupiera decir.
Suſtos de vna peticion,
de vnos labios de rubì,
dice que à ſu bolſa, y alma
hacen temblar, y cruxir.
Un principio de acceſsion
con los temblores me vì,
que es el daca vn vendabal;
que puede elar vn paìs.
Ademanda merendona
de antubion, luego temì,
vn cortamiénto de brazos
ſin poderle reſitir.
Durezas tengo de vientre

señor, desde que nacì,
y en esta ocasion se ha puesto
como vn tronco de brasil.
Jamàs clistel de mi bolsa,
fue estafante Serafin,
que vive con mas dureza,
que pedernal de Madrid.
Don Civil de Guardiola
he de ser como hasta aqui;
pues nunca lleguè à soltar
lo que vna vez lleguè à asir.
Con empachos de verguenza,
que pone roxo matiz,
vengo à ser en esta cama
de calenturas faquin.
Advertid el mi Dotor
(si alguna vez advertis,)
si de mal tan incurable
se puede hacer cura en mi?
Oyò el practico Avicena
la relacion hasta el fin;
y al estrictico egrotante
mesurado dixo assi.
Infiero por las señales,
y lo que me referis,
que esta vuestra enfermedad
ha dado muestras de ruin.
De no orinar vuestra bolsa,
ò blanco, ò palido orin,

indica carnoſidades,
que impiden el exprimir.
Los calosfrios que cauſa
pedigueño retintin,
os tienen gafo de manos,
pues que nunca las abris.
Su accidente os aſſegure,
que en el venereo carril,
no aveis de encontrar jamàs
las tercianas de Paris.
Dureza à nativitate,
tan mala es de corregir,
que à caſarla con amor,
no ſe atreverà Alfaqui.
A opilacion Faraona
mas que domado cerril,
no ay emplaſtos de Moyſen,
que la ablanden la cerviz.
Rebeldìa inexpugnable
dificil es de batir,
ſin el cliſtel de la eſtafa
de vna dieſtra piſcatriz.
Importa abrir el acero,
tres veces puerta al carmin;
porque os ſirvan las ſangrias
de enſayo al diſtribuir.
La purga en vos fuera buena
ſi facil la deſpedis,
mas como ſabra purgar,

quien no supo digerir?
En sus venas el enfermo
consintiò acero sutil,
que es prodigio de su sangre;
no de sus maravedis.
En vez de darle sangria
el cònclave femenil,
este papel le embiaron;
que acordaron de escrivir:
Al galan de la tenaza
(que no se llama badil)
guarda fiel de su dinero;
sin alabarda, y mastin.
El que naciò en Tenerife
en corto zaquizami,
y aborrece à los Paganos;
huyendo de ser Gentil.
El que admite en su bufete
(si tal vez suele muquir)
à la ganga por ser dura,
y aborrece al Francolin.
El nominativo maneo,
que en Gramatica pueril,
su vocativo ademanda,
niega como quis, vel qui:
El que de toda moneda
es Corchete, y Alguacil,
porque à la avaricia triste
conoce por genitriz.

El

El que ha eſtàr en ſu alvedrio
 (por lo que ſon contra sì,)
 negarà los ofertorios
 en Romance, y en Latin.
El que ha ſer Marquès del Gaſto,
 jamàs pretendiò ſubir,
 porque à ſer èl de la Guardia,
 ſolo endereza ſu fin.
El que contra los galanes
 fulmina ſatyras mil,
 por tener con los Duranes
 amiſtad haſta morir.
Vueſtras puertas à Cupido
 nunca aveis querido abrir;
 que con la mitad del nombre
 antipatico vivis.
No os atribulen memorias
 del mal pedido pernil,
 de la torta, la empanada,
 del capon, y la perdiz.
De ſuſto de peticiones,
 vivid ſeguro, vivid,
 que vueſtro mal nos ha dicho
 quanto deſto os afligis.
Con fembras de baxa eſtofa,
 gaſtad, triunfad, y advertid,
 que no paſſen vueſtros gaſtos
 de agua de nieve, y anìs.

No quiso Doña Brianda, que cosa tan bien trabajada quedasse en el sepulcro del olvido; y assi aviendola primero embiado al sugeto enfermo de peticiones, la mostrò à muchas amigas suyas, y Cavalleros que la visitaban, dando sin esto muchos traslados, para que se dilatasse por toda Sevilla. No le estuvo bien à nuestro Trapaza (y debiera estàr escarmentado en satyras, si se acordàra de la de Salamanca) porque ofendido el Cavallero, no fue civil en mandar à quatro hombres que trabajaban muertes, pagandoselo, que le trabajassen la suya, cõtentandoles lo bastante, que el gasto que vna vez hace el miserable, es mayor que el del mayor prodigo. Buscaron al pobre Trapaza en la Quinta de D. Enrique, donde sabian que acudia de ordinario, y herrando el tiro, encontrarõ con vn criado de Don Alvaro; preguntaronle, si era Hernando: èl callò, y pensando que de temor se encubria, le dieron dos cuhilladas; de modo, que dentro de quatro dias acabò la vida. Supo Trapaza esto, y pareciendole no estàr seguro en Sevilla, quiso encaminarse à Granada. Pidiò licencia à su dueño, diòsela, y con ella algunos reales de à ocho para el camino. Quien anduvo mas liberal, fue Doña Brianda, que sintiò que por su causa se ausentasse Hernando; diòle cinquenta escudos en oro, y vn vestido de camino Don Enrique. Con esto partiò de Se-

Sevilla Hernando en vna mula, acompañado de vn Eſtudiante, y vn mozo de mulas, que iban à Jaèn, con intento de tomar de alli el camino para Granada. Llegaron à aquella antigua Ciudad vn Domingo en la noche, donde poſaron en vn buen Meſon, deſcanſando del canſancio del camino.

CAPITVLO XIII.

DE COMO LE ROBARON A Trapaza en Jaèn, y de como la pobreza le obligò à ſervir à vn Medico; con lo demàs que le ſucediò.

AVia prevenido à Trapaza el Eſtudiante, que avia ſalido de Sevilla en ſu compañia aquella noche que llegaron à Jaèn, que avia de madrugar mucho à la mañana, que tenia que hacer en Jaèn vn poco, y que de camino le buſcaria mulas para los dos paſſar à Granada: Trapaza le rogò, que ſi ſe levantaſſe no hicieſſe mucho rumor, porque no le deſpertaſſe, que ſe hallaba muy canſado de el camino; y deſeaba deſcanſar: aſsi ſe lo ofreciò, y aſsi lo

cumplido ; que le eſtuviera mejor à Trapaza ſe levantàra al ruìdo de vna trompeta. Llegò la hora en que el Licenciado tenia tratado con el mozo de mulas irſe , y fue à tiempo que Trapaza eſtaba ſepultado en blando ſueño ; eſſo era lo que elEſcolar te queria,porque agarrando de ſus veſtidos,y maleta, cargò con todo, y dexòle in puribus, como dicen: Eſto hizo,porque traìa ſoplo deſde Sevilla , que venia con dinero ; y àſsi entre èl,y el mozo de mulas , ſe concertaron , y tomaron aquel viage para ſolo robarle ; lograronlo como ſe vè , porque dexando durmiendo al deſcuidado Trapaza, y cerrado por defuera , ſe puſieron en ſus mulas, hecha cuenta con el hueſped , y marcharon à Sevilla. Trapaza durmiò haſta mas de las nueve de el otro dia,que el Sol le deſpertò ,entrando por los reſquicios de las ventanas à reirſe de verle burlado : Levantòſe, abriò la ventana para quererſe veſtir, mas quando mirò por ſus veſtidos en la parte donde la noche antes los avia dexado , los hallò menos,con la malecilla, y el coxin. Alteròſe ſumamente , buſcandolo por todo el apoſento , mas fue ſin provecho; porque ojos que los vieron ir , &c. Diò voces, llamando al hueſped , preguntòle por el compañero, y dixòle, como antes de amanecer vna hora,ſe avia partido en las mulas que avian venido.Comenzò Trapaza à afligirſe,maldiciēdo

la

la hora en que por compañero le eligiò, y preguntòle el huesped, que por què hacia aquellos extremos? Entonces le contò su robo, cosa que le dexò admirado. Veiase desnudo, y sin remedio de poder hacer diligencia alguna. Acudieron al Meson dos Alguaciles, mas como vieron à Trapaza en camisa, y sin remedio por entonces de cubrir sus carnes, no se ofrecieron à hacer diligencia de ir à buscar los ladrones. Desdichado del que se vè pobre, todo le falta, nadie se le ofrece; diferente del prospero, que todos le agasajan, le regalan, y cortejan. Viendo el Mesonero el trabajo en que estaba su huesped, à quien juzgò por hombre bien nacido, compadeciēdose dèl le diò vn vestidillo de color viejo, que avia yà desechado, y esto con salva de que le perdonasse el atrevimiento; piedad bien agena de su oficio: quizà esta le sacò de mal estado; mas con lo que à vnos dessollaba, otros se vestian. Agradeciò Trapaza la caridad del huesped, pues veìa que se hallaba en tiempo que era de agradecer aquella piadosa acciō, y mas de mano de quien venia, con lo qual se saliò del Meson bien afligido, por no saber què hacerse. Paròse en vna plazuela, à pensar què haria de su persona, y acertò à atravesar por ella vn Medico en su mula, el qual assi como viò à Trapaza, le dixo: Amigo, buscais amo? Respondiò Trapaza: Señor, yo me holgàra de

encontrar dueño à quien servir, que conocien-do mi servicio me le gratificàra al passo que le sirviera, que de mi presumo que le sabria agra-dar: yo he menester vn criado, dixo el Medi-co, que se ande tràs mi à las visitas que hicie-re, teniendome cuenta con esta mula, si gus-tais de servirme en este ministerio, de mi tra-to no os descontentareis, ni de la paga de vues-tro salario, que la que acostumbro à dàr, son doce reales al mes. Viò Trapaza que avia de tomar lo que el tiempo le ofrecia, y assi se con-certò con el Medico, yendose con èl à su casa. Era el tal Galeno casado con vna vieja de mas de mil años; tanto le pareciò à Trapaza, que tendria, y èl seria de hasta treinta, poco mas. Lastima le tuvo à tal empleo, y mas à vèr que le mandaba como à vn muchacho aquella go-mia de Navidades. Sin esto cada instante esta-ban como perros, y gatos riñendo sobre pe-dirle celos, presumiendo que trataba con otras mugeres, y cierto que era falsedad, por-que el buen Fisico era muy Catholico Christia-no, y estaba tan enamorado de su vieja, que de nadie se acordaba, cosa que atribuìa à hechizo Trapaza, porque el amor que la tenia, el te-mor, la obediencia, en vna Religion se multi-plicara meritos. Assi como entrò Trapaza en el aposento de Doña Sofia, que assi se llamaba a Niña de los quince veintes. Puso los ojos
en

en èl, y dixo à ſu marido: Amigo, à què viene eſte hombre? Traygole, amores mios, reſpondiò el Medico, para que nos ſirva, y ande conmigo. Parece en ſu talle hombre de bien, y creo, que nos ha de ſervir con cuidado. No me parece mal ſu perſona, dixo la matuſalena: Como os llamais? le preguntò: Hernando Robado, dixo Trapaza, que era amigo de aplicarſe los apellidos conforme los ſuceſſos. Bien conforma con vueſtro apellido el trage, dixo ella, pues parece que os han robado la ſanidad del veſtido. El tiempo, dixo Trapaza, es ladron vniverſal de lo que mas quiere reſiſtirſele, trabajos me han hecho andar aſsi, por no tener la propriedad del Fenix, que ſi lo fuera me renovàra: Bachiller es, dixo la ſeñora Sara, no me deſcontenta la aluſion, quedaos en caſa, que me aveis aficionado. Eſtimòſelo Trapaza, y deſde aquel dia comenzò à ſervir à ſu Avicena con mucho cuidado, de manera, que èl, y ſu conſorte ſempiterna ſe hallaban muy contentos. Tenia en ſu ſervicio vna Negra, que ſus celos no conſentian otra criada, temeroſa de que ſu marido ſe la ſolicitaſſe. A pocos dias que Trapaza eſtuvo en ſu ſervicio, yà ſervia de montante de ſus rencillas, porque cada dia las tenian ſobre los negros celos; vino à nò lo poder en ninguna ſuerte ſufrir el Dotor,

y quexabafele à fu criado, el qual le dixo vn dia, que èl fe tenia la culpa en averfe fometido à fu obediencia tanto, porque al cafarfe avia eftado tã ciego, que no viò fu mucha edad. Entonces el Dotor le declarò, como de agradecido de averle ayudado con dineros en fus eftudios, y afsimifmo hafta guardarfe, fe avia cafado con ella, y que la quifiera entrañablemente, fi efto de pedirle celos no lo continuàra tanto. Buen remedio, dixo Trapaza: V.m. eftà indiciado de que la hace adulterios, y efto no ay facarfelo de la cabeza; diviertafe, y trate de holgarfe, y fi teme que ella le figa, yo fe la tratarè de modo, que fe acuerde de mi. Prometiòle el Dotor feguir fu confejo, y tratò de divertirfe con vna vecina fuya, entrando en fu cafa con mucho recato, por temor de la ferpiente de fu muger: Trapaza era el tercero de fu amor, y llevaba los villetes. El comenzar efta amiftad, fue por vn accidente que tuvo la tal vecina; curòla, y de alli quedaron con el conocimiento de tratarfe. No pudo fer efto tan oculto, que no lo fupieffe la vieja, la qual fe enojò tanto, que llegò à poner las manos en fu marido, y èl, el maricon fe lo fufriò. Enfadòfe Trapaza tanto de que vn hombre tuvieffe tan poco mando en fu cafa, que quifo vengar fu agravio; y afsi vn dia que fe avia fubido à vna azotea de cafa, para defde alli atalayar fi entraba fu marido en
cafa

casa de la vecina,viò que avia entrado à verla; y enfurecida con los celos, quando quiso baxar apriessa para cubrirse el manto, y salir à hallarlos juntos, yà Trapaza le tenia armada la trampa,aviendole vntado los passos de la escalera con jabon,y poniendo en el vltimo descanso vna mano de almirez. Apenas puso los pies en ella,quando resbalando la anciana; fue rodando por la escalera abaxo, brumandose el cuerpo de modo,que quedò sin sentido,pidiendo confession. Acudiò à ella Trapaza,y tomandola en brazos,diò con ella en la cama; subiò la negra, desnudòla, y èl fue à llamar el Dotor, el qual vino con harto miedo, que verguenza;hallòla tal,que no tuvo vigor para reñirle: Trapaza le dixo la caìda que avia dado, y aunque se sospechò,que avia andado Trapaza por alli, estaba tan cansado de la vieja, que no le dixo nada; antes se holgàra de hallarla en el postrer articulo. Con todo, la piedad, y ser su muger, le obligò à hacerle remedios, con que al otro dia estaba mas esforzada de su mal, porque incorporandose en la cama, le hizo vn sermon con tantas infamias,y tantas injurias, que à otro irritàran de modo, que acabàran con su vida. Todo esto era indignacion para Trapaza; que juraba entre sì de acabar con la vida aquella muger,si yà no la tenia para venir à ser atalaya del Anti-Christo,sino sequaz suya. Tenia

ſiete vidas como gato la caduca ſeñora, y quando ſe pensò que no ſe levantàra en quince dias de la cama, al tercero yà eſtaba en pie: eſto era porque ſe hacia la gran fieſta de la Sacratiſsima Veronica, tan cèlebre en Jaen. Dichoſa Ciudad, pues es depoſito de tan precioſa Reliquia: quiſo, pues, nueſtra anciana ponerſe muy bizarra aquel dia, ſin mirar à la edad que tenia, culpa en que delinquen muchas mugeres viejas, que no ſe conocen que lo ſon; y aſsi ſe atreven à traer lo que las niñas, para dàr motivo de riſa al Pueblo, que lo es el mayor vèr à vn viejo loco. Tenia vna grande amiga eſta ſenectud de la miſma edad, de modo, que entre las dos podrian preſtar años, quantos teſtigos de las Montañas han jurado en executorias de noblezas. Eſta hacia cierta legia para las canas, con que ſe transformaban en el rubio color, que aunq̃ las muchas arrugas, falta de dientes, y eſtruxadas mexillas, viſto todo en el eſpejo, las deſengañaban, que no eran aquellos cabellos de aquellas caras. Ellas con eſte jordan les parecia que engañaban à la muerte: embiò à Trapaza por el cocimiento, ò tinte para ſus canas, el qual quiſo en eſto, que tanto afecto ponia ſu ama, darle vn peſar, que fue el mayor que tuvo en ſu vida. Traìa el tal eſcaveche en vna holla, y antes de entregarſele à ſu ama, echò en èl vn poco de trementina, con la qual le diò

vn hervor, y dexandole enfriar, se lo llevò à su señora. Era vispera de la fiesta el dia que hizo esto; y queriendo la decrepita esponjarse, calentando su embuste, se comenzò à lavar con èl la cabeza. Incorporòse la trementina en el cabello, de modo, que todo èl se hizo vna plasta, trabandose vno con otro, admirò à la vieja la novedad, y comenzando à estregarse con vn paño, lo ponia de peor condicion: de manera, que era compassion verla: daba voces y perdia su juicio. Acudiò Trapaza à vèr què tenia, y dixòle: Enemigo mio, quien te diò este cocimiẽto? Trapaza le dixo, que su intima amiga de su mano à la suya. Ella se le diò? replicò la anciana: Trapaza se lo asegurò con juramẽto. Ay enemiga mia, dixo la vieja, embidia que has tenido de mis cabellos, te ha hecho hacerme esta traycion. Comenzò con esto à llorar amargamente, echandose de rabia en el suelo. Mandò à la negra, que la vntasse cõ aceyte toda, no aprovechò; y el vltimo remedio, fue irle sacando con vn alfiler, hebra à hebra, el cabello: en esto se ocupò la negra seis dias. Y aunque pudiera valerse del socorro del moño, era tan desvanecida, que no quiso salir sino con su mismo cabello; pero no consiguiò su pretension, por durar seis dias el bolverse à su primero estado, en los quales vivieron todos los de casa en seiscientos infiernos. De esta suerte

esta-

eſtaba la ſierpe diciendoles mil injurias.

Sucediò embiar vn Cavallero, que eſtaba de Jaèn tres leguas, por el Medico, que ſe hallaba enfermo: ofreciale buen partido, y no quiſo perderle; llevaronle coche, y por no dexar el Medico ſu caſa ſola, mandòle à Trapaza quedar ſirviendo à ſu muger, y èl ſe llevò vn Platicante conſigo. A la partida huvo ſu poquito de ſermon, amoneſtandole que no la ofendieſſe, que en eſto paraban ſus fraternas, picada de celos. Partiò con eſto, y Trapaza quedò por guardian de caſa, què de preguntas le hizo à ſolas aquel monton de ſiglos, para que le dixeſſe à quien galanteaba ſu marido: mas Trapaza anduvo tan fino, que deſdiciendo de criado, no le pudo la taraſca de dias ſacarle nada, abonando à ſu amo, y reprehendiendola ſu terribilidad, y mala condicion.

Era la negra muy devota del Dios Baco, como todas las de ſu Nacion, y avian traìdo de preſente al Medico vn pellejo de vino de lo mejor de Luceda, que es lo afamado de la Andalucia, el qual ſe avia baxado à vn ſotano, para que eſtuvieſſe freſco. Pidiò à Trapaza, que hurtaſſe la llave à ſu ſeñora de aquel ſotano, para hurtarla del vino; mas Trapaza la dixo, q̃ pues cada dia le abria para dàr de beber à la mula, por eſtàr el pozo de caſa alli, que entonces era ocaſion para hacer el hurto. Quedò entre los

dos

los concertado que se hiciesse al otro dia; y
si quando le diò Doña Sofia la llave à Trapa-
a para sacar agua para la mula, èl tomò vn
aldero en que le daba de beber; y baxando cō
l donde estaba el oloroso pellejo, le hizo vna
angria de aquel precioso licor, llenando el
aldero. Tardòse vn poco mas de lo acostum-
rado, y baxò al sotano Doña Sofia, al tiempo q̃
Trapaza subia cō el caldero arriba, y tuvo suer-
e, que la tal vieja era muy roma entre las de-
mas gracias que tenia, con lo qual no era muy
iva del olfato; y assi passò nuestro ladron por
unto à ella, sin echar de vèr lo q̃ llevaba: qui-
o tambien vèr como estaba la mula en ausen-
cia de su dueño, y aguardò à que Trapaza
a sacasse de la cavalleriza al patio, donde avia
lexado el caldero con el vino: y por no descu-
rir su flaqueza, se le presentò delante à la mu-
a, la qual cō lindo despego se bebiò todo el cal-
lero, sin dexar en èl gota de vino; y assi como
e acabò de beber, dando vna buelta en torno,
y metiēdo la cabeza entre las piernas, cayò re-
donda en el suelo, borracha de lo que avia be-
bido: no cayò en ello Doña Sofia, la qual admi-
rada de aquella novedad, se afligiò mucho, pē-
ando que la mula era muerta: dé que no lo era
o asseguró Trapaza; y para darle remedio, fue
en busca de vn Albeytar à quiē diò cuenta del
ucesso: el Albeytar llegò donde estaba la mula,
viòla

viòla con atencion, y dixo à Doña Sofia, que para hacerla cierto emplasto, y darle vna bebida, avia menester veinte reales: no fue escasa en darselos luego. Retiraron la mula à la cavalleriza, y partiòse el Albeytar à buscar su brevage, y hacer su emplasto. Siguiòle Trapaza, y entre los dos partieron aquel dinero, con gasto de vn poco de pez, y vn quartillo de vinagre, y agua que dieron à la mula. Fue con esto el Albeytar sacando cada dia dinero para remedios à la mula, que yà avia buelto de la embriaguez; y fingiendo que la beneficiaban, se metian la moneda en la bolsa. Vino el Medico de su cura, regalado, y con dineros, hallò à su muger mas buena que èl quisiera, contòle la desgracia de la mula, y los remedios que se le avian hecho. Era la cosa que mas estimaba el Medico, y agradeciò el cuidado à Trapaza; vino el Albeytar, pidiò la paga de su cura, y aunque de Herrero à Herrero no passa dinero, quiso en pedir esto darle autoridad al de ser de Medico, y de Albeytar, el qual quiso saber lo que le avia de dàr, y dixo, que cinquenta reales. Enfadòse desto Trapaza, y apartando à su amo à parte, donde pensò que nadie le oìa, le contò el caso de la mula, sin faltar nada, fiado en la merced que le hacia. Acertò à estàrles escuchando Doña Sofia; y assi como lo huvo entendido, comenzò à voces à llamar al

Albey-

Albeytar, y à ſu criado ladrones publicos, y à jurar que Trapaza no avia de quedar en ſu caſa. El Albeytar ſe fue corrido, Doña Sofia hizo cuenta con Trapaza; y como era la que mandaba en caſa, no baſtaron ruegos del Medico para que quedaſſe en ſu ſervicio; y aſsi, deſcontãdole el caldero del vino, taſſado à vn exceſsivo precio, y lo que avia gaſtado en la cura, le vino Trapaza à alcanzar en quatro reales, eſſos le diò en plata, con que le deſpidiò de ſu caſa, ſintiendo el Medico perder tan buen criado.

CAPITVLO XIV.

DE UNA AVENTURA QUE LE SUCEDIO à Trapaza antes de irſe de Jaen, con que ſe viò en buena dicha, de que reſultò vna nueva pretenſion que ſiguiò.

COn la pena de verſe Trapaza deſacomodado, ſe ſaliò al cãpo, imaginativo, ademàs no ſabiendo q̃ diſponer de sì. Tenia determinacion de irſe à Granada; y para eſto, hallabaſe con muy poco dinero, y ruinmente veſtido; deſta manera eſtuvo haciendo varios diſcurſos ſobre lo que determinaria; al cabo para alivio

de

de ſus cuidados, ſe retirò entre vna eſpeſura de arboles, adonde ſe durmiò. Recordòle de aì à media hora vn rumor de dos hombres que hablaban cerca dèl, y puſo el oìdo atento para oìr lo que decian, y viò que el vno dixo al otro que le acompañaba: No ſe le niegue al pintor que es grãde oficial, pues ha ſacado tan perfectamente el retrato de mi ſeñora DoñaSerafina, con quien tendrà mi amo conſuelo en eſta auſencia. Quanto ha de aſsiſtir en Sevilla? dixo el otro: Pienſo que ocho meſes, dixo el que hablò primero, haſta que ſe acabe el pleyto que trae con ſu pariente el Peruleros; y ſi ſale con ſentẽcia en favor, cogerà linda moneda, que eſtà depoſitada, con la qual ſe vendrà à Vbeda, donde al punto ſe caſarà con eſta Dama, què la mueve aſsiſtir en eſta caſa de placer, dixo el otro, no mas de huìr del enfado de viſitas, y paſſarſe alli acompañada de ſu madre, y criadas: linda vida con la amenidad de los campos, q̃ caſi los mas que cercan ſu caſa ſon ſuyos; y quando ſe ofrece aver alguna fieſta en Vbeda, Baeza, ò Jaen, por eſtàr todo tres leguas no mas de diſtãcia, ſe và à verla en ſu coche con ſus criadas, tal vez disfrazada en havito de labradora, y tal en el ſuyo. Como ſe llama la caſa donde eſtà? dixo el ſegundo: Buena Viſta, dixo el primero, por la apacible viſta que de ſus torres ſe vè, y de aqui aũn eſtà mas cerca que deVbeda.

pues

pues no ay ſino dos leguas cortas; hablando en eſtas, y otras platicas, ſe durmieron los dos, que eran criados del Cavallero que eſtaba en Sevilla. Viòles ſoſſegados Trapaza, y llegandoſe bonicamente à ellos, les quitò el retrato, y con èl vna caxuela de plata, con que eſtaba antes guardado; alexòſe de donde eſtaban, para vèr aquel traſſumpto, y viò la mas perfecta hermoſura que ſus ojos aviã viſto; de ſuerte, que ſe la puſo de eſpacio à contemplar, que perdiò ſu libertad, ſin poder reſiſtir los harpones del vendado Dios: tanta era la beldad que tenia. Con eſta nueva pena ſe bolviò à Jaen, entrando en la Ciudad algo de noche. Bien ſe fuera à caſa del Meſonero, donde le robaron, que era ſu amigo de quando ſervia al Medico, mas no quiſo darle à entender, que eſtaba fuera de ſu caſa; y aſsi ſe quedò por ſer apacible la noche (que era cerca de S. Juan) en vnas gradas de vn Cementerio de vna Igleſia, con intento de paſſar alli la noche. Con eſto, y el ſilencio della, ſe durmiò, haſta que las campanas de los Conventos que tocaban à Maytines le diſpertaron; hallòſe con vna preciſa neceſsidad, y ſaliendoſe de ſagrado, ſe entrò en vna calle angoſta, cerca de aquel pueſto, donde apenas avia dado dos paſſos, quando ſintiò vn cecèo deſde vna puerta que eſtaba entre abierta, acudiò à vèr lo que ſeria: y llegandoſe allà, pudo oir la voz de vna

muger, que le dixo: Es Feliciano? A Trapaza le pareciò reprefentar el papel del llamado, y dixo: Yo foy, feñora. Apenas oyò efto la muger, quando alargando la mano, le entregò vn talego, y vn cofrecillo, diciendole: Tened eflo, y aguardadme, que en breve efpacio baxarè, que folo aguardo à que mi madre fe duerma. Bien eftà, le dixo Trapaza, aqui efpero: Entròfe la muger con efto cerrando la puerta, y Trapaza con lo que avia recibido, no parò hafta que fe faliò de la Ciudad, tomando el camino de vna alameda, donde aguardo à que fueffe de dia. Y apenas la Aurora comenzaba à defterrar tinieblas, para bordar con fu menudo aljofar las plantas, quando à la efcafa luz que ofrecia à los mortales, Trapaza defatò el talego, y en èl hallò cantidad de doblones, q̃ por antiguos avria dias, que no los avia vifto el Sol. Bolviòlos à fu lugar fin contarlos por entonces, por vèr lo que el cofrecillo encerraba, el qual era de nacar, guarnecido de filigrana de plata; traìa en èl la llave, confianza que hizo la que la avia hecho antes de fu honor: y abriendole, viò en èl dos cadenas de extraordinaria hechura, y de pefo, muchas fortijas de diamantes, y vna en particular, que moftraba fer de precio en los fondos de fus diamantes, mayores que otros, que los guarnecian à eftos mas pequeños. Avia fin lo dicho otras dos joyas, afsimifmo de

de diamantes, que en la hechura, y los muchos de que estaban sembradas, parecian ser de mucho valor. Si quedò contento nuestro Trapaza bien se podrà considerar, pues el que antes se avia visto pobre, y necessitado, verse señor de tan linda moneda, y de tan ricas joyas, es cierto que no cabria de gozo, como no miraba à los malos medios por donde lo posseìa. Mirò primero si en aquella soledad avia quien le pudiesse vèr, y visto que no parecia nadie à hora tan exquisita como aquella, que era al amanecer. Contò su dinero, que seria cantidad de mil escudos; hallòse vn poco embarazado en el modo de guardar aquel tesoro, y hizo sobre esto varios discursos: mas el vltimo fue, no le apartar de sì; acomodò el talego de manera, que no fuesse visto, y las joyas metiò en el colchado del jubon: con esto executò el intento que tenia, que era saber la Quinta donde assistia la beldad de aquel retrato que avia hurtado, y hallandose ciertos hombres del campo, que salian à trabajar, les preguntò por la Quinta, dandoles las señas de la Dama, y diciendoles su nombre: era muy conocida en aquella tierra por su riqueza; y assi le dieron noticia del camino de la Quinta, poniendole en èl, y diciendole, que le siguiesse sin torcerle, que èl le llevaria derecho adonde deseaba. Pusose en el camino, y en menos de hora, y media, descubriò la

casa de la Quinta, adornada de quatro torres, con lucidos chapiteles, en quien heria el Sol entonces, con que hacia la casa vistosa; miròla en torno toda, por si podria acaso vèr à la hermosa Serafina, y quiso su dicha que saliesse à vn balcon, que caìa al campo, con poco cuidado de su adorno, porque estaba con vnas enaguas verdes de lama, y flores, pretinilla de lo mismo, el cabello suelto por las espaldas, que aun no se avia tocado, balona de puntas, tendida sobre las espaldas. Este descuido con que Trapaza la viò, la hacia mas hermosa, porque aquella era la hora en que mas se conoce la que es perfecta hermosura, ò fingida, que es acabada vna muger de levantarse de la cama. De nuevo se le renovaron las heridas à Trapaza en el corazon, que del retrato avia recibido, no pudiendo resistir la violencia de las flechas del rapacillo amor; propuso desde allì no desistir de la empressa de aquella Dama, y para pensarlo mejor, junto de la Quinta, en parte secreta enterrò el cofrecillo de las joyas, y del dinero se llevò vna parte. Lo primero que pensò fue, vestirse de vn paño ordinario, y procurar entrar en servicio de la madre desta Dama (que governaba toda la hacienda, y por no parecer hombre baxo, sino principal Cavallero, y merecer con esta ficcion galantear à Serafina; para esto determinò lo mas conveniente, y aviendolo pẽ-

sado

ſado bien, llegò con eſto à Jaen, de donde avia ſalido, donde reposò aquella noche en la miſma parte que la paſſada, donde le ſucediò aquella ventura. No avia bien amanecido, quando yendoſe à caſa de vn Mercader, ſacò de ſu tienda vn galan veſtido de camino, y alguna ropa blanca delgada. Vn dia que eſtaba bien deſcuidado en el Meſon, en ſu apoſento, viò deſde èl entrar à ſu amigo Pernia en vn rocin, y otro hombre con èl en vna mula: no ſe pudo tan preſto encubrir dèl, aunque quiſo q̃ Pernia no le vieſſe; y olvidando enojos paſſados (porque ſe avian deſavenido) ſe apeò de ſu rocin, y los brazos abiertos entrò à abrazar à ſu amigo Trapaza, diciendole: Es poſsible que tanto bien me haya hecho el Cielo, que os he hallado aqui amigo mio, què trage es eſte en que os veo? Peſame que la fortuna os aya ſido tan avàra, q̃ os aya pueſto en eſtos terminos: eſtimò Trapaza la voluntad que Pernia le moſtraba, y correſpondiòle con abrazos, y aun con combidarle à comer à èl, y à ſu compañero; y en quanto al verle aſsi, puſo por teſtigo al Meſonero de ſu hurto: con eſto puſieron las cavalgaduras en la cavalleriza, y ſe entraron à deſcanſar los dos recien venidos donde eſtaba Trapaza, el qual diò al hueſped el dinero baſtante para darles de comer regaladamente. Dieronſe cuẽta los amigos de ſus ſuceſſos haſta aquel dia,

Pernia venia huyendo de Sevilla por àver herido à vn Corchete, y el compañero por vna cuchillada que avia dado à vn cochero, que la tendria merecida desde que se puso à aquel oficio: comieron alegremente, y fueronse à reposar. Con la venida de Pernia dispuso Trapaza su ficcion de otro modo, alentandola con verle alli: el modo fue desta suerte.

El se vistiò muy galan con el vestido que hizo alli; y aviendo bien instruido à Pernia en lo que avia de hacer, tomando vn rocin del huesped, alquilado, se partieron à la Quinta de Serafina, llegando à ella yà de noche, aguardò à que fuesse mas tarde, y estuvieronse entreteniẽdo entre vnos arboles, de que se encubrieron por no ser vistos de la Quinta. Quando à Trapaza le pareciò hora (que seria como à las diez de la noche) salieron de aquel oculto lugar, y emparejando con la Quinta, yendo èl adelante de los dos, le acometieron con las espadas desnudas, y sin sacar Trapaza la suya, se arrojò de el rocin en que iba, lo mismo hicieron los dos, y dando sobre èl, comenzò Trapaza à dàr voces, y à pedir socorro: oyeronle de la Quinta la madre de Serafina, y ella, y poniendose à vna ventana que salia al campo, vieron con la obscura luz de las estrellas la rebuelta de los dos, y sintieron las quexas que Trapaza daba, diciendo: Viles criados, enemigos

gos encubiertos, es posible que tan mal correspondais con el amor que me debeis? Que asi me traten vuestras manos? Decia à esto Pernia; calle le aviso, y dexese despojar, sino quiere perder la vida. Con esto luchaban vnos con otros: compadeciòse Serafina de aquella sinrazon, y con grandes gritos comenzò à llamar à los de su familia, à cuyas voces se oyò rumor de gente que salia en su favor. Visto esto de Trapaza, avisò à sus compañeros que se fuessen, y hiciessen lo que les avia instruìdo: hicieronlo asi, dexandole tendido en el suelo, con solo su vestido, sin capa, ni espada, y èl por esforzar mas el engaño, se avia con el corte de la daga herido en la cabeza, quanto rompiò el pellejo, bañandose con la sangre todo el rostro, asi le hallaron los criados de Serafina, quando salieron à darle socorro, que fue yà tarde: metieronle sin sentido en la Quinta, que èl avia fingido vn desmayo, y à las luces q̃ sacaron del quarto de Serafina, viendo vn mancebo de poca edad, de buen talle, y bien vestido, herido, y sin sentido, se compadecieron madre, y hija, de manera, que à su mismo quarto les mandò à los criados que le subiessen, donde en vn aposento que servia de camarin, le hicieron brevemente vna cama, y desnudãdole allì, le acostaron en ella. Todavia estaba fingiendo desmayo el socarron Trapaza, hasta que se viò

desnudo en la cama, que entonces con agua q̃ le echaron en el rostro bolviò en sì, y mirando à todas las partes del aposento, y à los circunstantes, dixo con voz que fingiò dèbil, y flaca: Señores, diganme en què parte estoy? Que poco ha me vi despojo hecho de vnos viles hombres, q̃ me emprehendieron matar, y aora me veo en este lugar libre dellos. Quien primero hablò fue la madre de Serafina, que le dixo: No poca pena ha causado en esta casa, señor Cavallero, vuestra impensada desgracia, q̃ nos hallò en el primer sueño, por lo qual no fuistes socorrido como yo quisiera, pero bastarõ nuestras voces à estorbar que no acabaran con vuestra vida vuestros enemigos, ò ladrones, con la salida de mis criados. Vos estais donde sereis servido, no con el cuidado que vemos merece vuestra persona, mas con el que fuere possible tenerle con vos, hasta veros sano de essa herida, la qual os suplico que os dexeis curar, ò por lo menos tomar la sangre della, que es la cura que al presente se os puede hacer, por la falta de Cirujano. El fingido bellacon agradeciò con grandes sumissiones el favor que recibia, y dixo, que Dios le diesse vida para servirlas, no quitando los ojos de la hermosa Serafina, que con grande piedad ponia los ojos en el herido, al qual en su concepto avia calificado por vn gran Cavallero, pues las muestras que

viò en èl, solo asseguraban, porque su buena presencia, lucido adorno, delgada camisa, y vna sortija de diamantes que le brillaba en la mano izquierda (la qual de proposito se avia dexado en ella Trapaza) la hacia creer lo que avia presumido dèl, y mostrabale aun mas que piedad, que eran vnos assomos de inclinacion. O Amor, notables son tus secretos, quien los puede penetrar? Pues en igualdad de conocidas calidades, vemos, que vna muger no suele rendirse à finezas, galanteos, regalos, y otras cosas con que es servida, que passaria esto por Serafina, de los muchos que la festejaban; y aora de vèr à vn viandante con razonable talle, acometido de dos, herido por su capricho, y puesto en su casa, le aya trocado el çorazon, de modo, que estè mas que piadosa, que es inclinada. Tratòse de la cura del herido, y vn criado de la Dama, que era muy mañoso, y se avia visto en semejantes cosas, le tomò la sangre, y dexò vendada la cabeza; y sossegado, dieronle por entonces dos pares de huevos, y vna conserva, con que le dexaron sossegar, y se fueron todos à dormir, dexando Doña Aldonza (que assi se llamaba la madre de Serafina) à vna criada anciana alli, para que cuidasse del herido, por si recordaba, y avia menester alguna cosa.

Yà nuestro Trapaza consiguiò la entrada en casa de Serafina, que era lo que tanto deseaba;

yà era ſu hueſped, y con ſu maquinada traza tē-nia mas andado, que el ſerlo, que era diſpueſta la voluntad deſta Dama, à mas que piedad, de ſu fracaſo fingido para lo de adelante. Tuvo vn poco de deſvelo aquella noche, que eſſo, y el dolor de la cuchillada que ſe diò (pues no ay atajo ſin trabajo) le hicieron dormir algo tarde, con que recordò yà entrado el dia: y a Doña Aldonza avia acudido à ſaber de la criada que dexò alli, ſi avia paſſado el herido biē la noche; y della ſupo, que parte della avia eſtado inquieto, dando muchos ſuſpiros, y quexandoſe (aſsi avia ſido todo de mañana, ſabiēdo que la criada le eſcuchaba) à la que ſe avia dormido, yà avia la piadoſa ſeñora embiado por vn Cirujano, vna legua de alli, en vn pequeño Lugar, el qual vino al punto. Entraron à vèr al herido, y hallòle bueno de pulſo; ſupo à què hora avia ſucedidole la deſgracia, y dixo, q̄ haſta las 24. horas era metodo de cirugia no vèr la herida, y q̄ aſsi èl aguardaria alli haſta entonces. Ofreciòle Doña Aldonza buena paga, y Serafina de ſecreto tambien. Dexemos à Trapaza muy agradecido, al favor que recibia, y bolvamos à la Dama engañada, contando lo que le ſucediò aquella noche, que acoſtada en ſu cama, no podia repoſar en ella, pueſto el penſamiento en el nuevo hueſped, conſiderandole de gentil diſpoſicion, (que la tenia Trapaza) y de apacible agra-

do,

do, herido, y maltratado de vnos criados suyos, que assi lo avia dicho, aunque no se ha referido. Todo esto movia à piedàd, la qual se estendia à inclinacion, para engendrarse de vno, y otro amor. Deseaba mucho, que el herido estuviesse en disposicion para saber de èl quien era; porque si hallaba ser hombre bien nacido, era sin duda que le amaria. Esto le passò à la hermosa Serafina aquella noche, que era todo disposicion para querer bien.

El cuidado que Doña Aldonza ponia en que su huesped fuesse servido, se estendiò à mandar se le limpiasse el vestido, que venia manchado, de la sangre que le avia caido de la cabeza. Esto encargò à vna criada, que era la que tocaba à su hija, y à la que ella queria mas que à todas; pues como se saliesse à vna sala de afuera à limpiar ropilla, calzones, y jubon de la sangre, despues que lo huvo hecho, tuvo curiosidad para vèr lo que tenia en las faltriqueras, cosa que Trapaza lo traìa dispuesto assi, por si sucediesse. Sacò dellas dos lienzos de puntas muy delgados, vnas cartas, y vna caxuela de plata, en la qual hallò el retrato de su ama; que avia pocos dias antes hurtado Trapaza. Apenas le conociò, quando llamando à Serafina le manifestò el trassumpto de su hermosura; cosa que la puso en grande admiracion, pensar como vendria à poder de aquel hombre su retrato;

mas

imaginaba si acaso era el que avia dado poco avia à los criados del Cavallero de Sevilla, y no se certificaba en esto, presumiendo lo que mejor le estaba, que era, que no fuesse èl, porque no se casaba con el Sevillano de buena gana, forzandola à ello mas el gusto de su padre, que el hacerlo de voluntad. Deseosa, pues, de salir de aquella confusion, mandò à la criada, q̃ bolviesse el retrato à su lugar, y quiso vèr vno de los papeles, en el qual leyò estas palabras.

PAPEL.

DOn Fadrique, mi señor, y vuestro padre, ha sentido mucho vuestra determinada resolucion; pues no era causa el enojo de vuestro hermano mayor, para dexar su casa, sin dàr cuenta adonde partiades: presume, que vuestra belicosa condicion os lleva à Flandes. Siente que hagais esta ausencia, quando fia tan poco en la salud del señor Don Sancho, por no quedarse sin sucessor. Esto os aviso, para que en darle gusto determineis lo que os conviene: Dios os guarde. De Madrid 20. de Mayo de 1633. Vuestro fiel criado, Lorenzo de Pernia.

La otra carta era letra de muger, y decia assi:

OTRO PAPEL.

SEñor mio. Yà veo, que el ser vos tan hermano del que hereda el Mayorazgo de vuestro padre, os destierra de està Corte, y tan aceleradamente, que no dexastes luz de donde ibades, *asi-*

cion (que nunca faltarà en mi) me ha hecho tan riosa, que importunando à Pernia he sabido de que estais en Sevilla, con intento de partir à andes: Quien es causa de vuestra partida, que yo, os suplica no os lleve la guerra à seguirla, r dexarme à mi en ella con mis pensamientos: erdo sois, vereis lo que sentirà vuestro padre a resolucion. Yà vuestro hermano està desen-ñado de que no le he de querer, aunque mas rfie: mas està para recibir curas, que favores Damas; temo su vida, y deseo veros posseedor lo que èl ha de heredar. El Cielo os guarde.

Vuestra servidora,

Doña Dorothea.

Esta vltima carta le dexò à Serafina abrassa-a en celos, de manera, que yà no veìa la hora e verse à solas con el huesped, para informar-e del todo. De nuevo mirò la carta del criado, en el membrete hallò ser su nombre, Don ernando de Peralta, apellido que avia oìdo r de gran sangre, y nobleza. Fue en esto lla-nada de su madre, à quien diò cuenta de lo que n las faltriqueras le avia hallado Theodora, q̃ assi se llamaba la criada) y de como se llama-a el herido. Admiròse la anciana Doña Al-onza, y no pudo dàr en què seria la causa de raer consigo el retrato.

Desde aquella noche le comenzaron à rega-ar con grandissimo cuidado, madre, y hija, y vinien-

viniendo el ſiguiente dia deſpues de aver co-
mido, Doña Aldonza, y Serafina acudieron à ha-
cer vna viſita al herido, coſa que èl eſtimò mu-
cho, con grandes encarecimientos. Eſtuvo al
coſa de media hora Doña Aldonza, tratando d
varias coſas, y de propoſito dexò à ſu hija co
Trapaza, fingiendo ir à ordenar las coſas de ſ
caſa. Viendoſe, pues, Serafina à ſolas con algu-
nos hermoſos colores, que le ſalieron al roſtro
dixo al herido eſtas razones: Como la pieda
las mas veces aſsiſte en los pechos donde a
ſangre noble, aſsi en los de mi madre, y mios ſ
ha viſto con mas experiencia en vueſtra deſ-
gracia, pues la ſentimos, como ſi de cada vn
fuerades hermano; y al miſmo paſſo nos hemo
holgado de la buena relacion que el Cirujan
nos ha hecho, de que no tiene peligro la heri-
da; y aſsi, debeis, ſeñor mio, guardar puntual-
mente ſu orden, en no hacer exceſſo alguno d
levantaros, ſino perder todo cuidado, que aqu
le tendremos de vueſtra perſona, olvidand
penas, pues todo lo remedia el tiempo. Aten-
to miraba Trapaza la gracia con que eſto le de-
cia la hermoſa Dama, pareciendole cada inſtan-
te mayor ſu beldad, de quien eſtaba baſtante-
mente enamorado, y aſsi la dixo: Nunca el Cie-
lo deſampara totalmente à quien dà trabajos,
pues tràs ellos embia el conſuelo, con que ſe
repàra la pena; aſsi me ha ſucedido à mi, pues
quan-

uando la infidelidad de los criados me puso n el termino de perder la vida, fue en parte onde pude ser socorrido à tiempo que no pecì en sus manos, mas quando allì muriera lleàra el consuelo de aver sido ocasion vna beeza: no os entiendo, dixo Serafina, y assi me olgaria que me dixessedes quien sois, vuestra atria, y la causa que os obligò à dexar la Cor: , que aunque no nos la aveis dicho, traeis on vos prendas que lo descubren. Entendiò Trapaza que lo decia por las cartas que èl avia echo escrivir, por si fuessen halladas, y holòse que huviesse surtido efecto la traza, y assi respondiò: Yà sè por què me decis lo que du o, supiera nadie, sino los traydores de aqueos criados mios, vnas cartas que me hallaron n Sevilla, han dado luz de mi persona, y porue con ellas avràn hallado vn hermoso retrao vuestro, quiero que sepais que mi desgracia ocasionasteis vos: y para esto estadme aten. Sossegòse vn poco, y dixo assi.

Pamplona, Metropoli del Reyno de Navar a es mi patria, mi padre vn Cavallero natural esta Ciudad, y de lo mas ilustre della, pues escendemos de los Reyes de Navarra. Este onor gozamos los Peraltas: mi padre se llaa Don Fadrique de Peralta, viudo de Doña lanca de Beaumont, q̃ goza del Cielo, quedaos deste matrimonio dos hijos, Don Sancho,

que

que es mi mayor hermano, y yo quē me l
mo Don Fernando. Fue Don Sancho muy d
vertido Cavallero, aſsi en juegos, como en m
geres, vicios que la mas poderoſa haciēda ac
ban, por lo qual era aborrecido de mi padi
quanto yo amado, que eſcarmentando en
hermano, me moderè en los dos divertimie
tos, atendiendo mas à la caza, y hacer mal
cavallos, à que era ſumamente aficionado.

Hicieronſe en Pamplona vnas fieſtas, dia d
San Juan Bautiſta, à que acudia mucha gente d
aquella Comarca; y de la Ciudad de Logroñ
vino vn Cavallero con vna hija ſuya, à ſer i
cendio de la juventud de Pamplona, tanta e
ſu beldad, que es poco encarecimiento el q
hago della, y antes la agravio, que la exager
Fue luego feſtejada de muchos Cavalleros,
mas quando ſupieron que ſu padre eſtaria a
muy de aſsiento. Entre los muchos penant
que tuvo fuy yo vno, à quien mas que à tod
favorecia, por averme viſto andar en la plaz
alentado, como venturoſo con los toros. Ll
gò nueſtra comunicacion à eſcrivirnos à m
nudo, y à dexarſe ella hablar à vna rexa de n
che, con que nueſtro amor eſtaba muy adelan
te en lo que licitamente ſe puede entender. Su
cediò, que vn hermano del padre deſta Dam
(cuyo nombre es Dorothea) muriò en Madrid
à cuya herencia acudiò luego Don Carlos ſ
he

hermano, y llevòse consigo à su hija, con cuya ausencia quedè como el dia, faltandole la luz del luminoso Planeta. Nuestro consuelo era correspondernos, hasta que mi buena dicha ofreciò camino para vernos, porque aviendose hecho llamamiento de Cortes, por la Magestad de Philipe nuestro Rey, saliò en suerte por vno de los Procuradores de ellas mi padre, con que huvo de llevar luego toda su casa à Madrid. Eran secretos para todos los amores de Dorothea, y mios; y ignorandolos mi padre, quando huvo de partirse à la Corte, hizo vna platica à solas à cada vno de los hermanos, y à Don Sancho, entre otras cosas que le dixo, amonestandole no tratasse de los divertimientos q̃ vsaba en Pamplona; fue vna, que en llegando à Madrid comenzasse à servir à Doña Dorothea; aviale parecido bien à Don Sancho: mas vn tahur pocas veces tiene consistēcia en amar, porque sus amores solo eran para mitigar su apetito, antes que para recreo de su alma. Con el advertimiento de mi padre, comenzò à poner por obra el galantear à Dorothea; cosa que ella y yo sentiamos mucho, porque nos embarazaba nuestra comunicacion. Hizose muy amigo mi hermano de D. Carlos, y con esto tenia entrada muchas veces en su casa, con que yo me desesperaba. Llegòse el negocio à tratar entre mi padre, y D. Carlos; y queriendo èl dàr parte

te deste empleo à su hija, ella no le apetecia, no queriendo dàr otras causas mas del destraimiéto de Don Sancho: no le satisfizo à D. Carlos esto; y dentro de pocos dias, con el cuidado que puso, supo que yo era el estorvo de la voluntad de su hija, para que se casasse cõ mi hermano. Esto lo supo de vna criada, tercera de nuestros amores, y tambien que ellos no avian passado de los limites de lo justo, y honesto: Pesòle à Don Carlos, que en mi huviesse puesto su voluntad, porque el interès de ser mi hermano el Mayorazgo, le tenian mas inclinado à èl, que à mi; no obstante, que tenia poca salud de aver sido muy galan, y aora estaba muy enfermo. Reprehendiò à su hija, y dixòle tantas cosas, que la hizo torcer la voluntad, y ponerla en mi hermana; cosa que yo no creyera de sus promessas, y firmeza que me asseguraba tener. Con esto se comenzò à tratar la boda muy apriessa: yo por no aguardar à vèr cosa que tan afrentado me avia de dexar, tomando dineros, y joyas, me partì de Madrid, con intento de vèr primero la Andalucia, y de alli irme à Flandes à servir à su Magestad: Dexè escrito vn papel à mi padre, y otro à mi hermano, en que les referia la causa de mi partida, y otro à Dorothea muy quexoso de su mudanza, y de su ingratitud: hizo en ella impression este papel, pues sabiendo que estaba en Sevilla, por vn criado mio,

nio,que dexè en Madrid(con quien me comu-
nico,y aora he embiado à llamar) me escriviò
esse papel que se ha hallado en mis calzones.
Dexè à Sevilla con intento de vèr a Granada,y
en vn Lugar cerca de Jaen, sucedio hallarme
en vn Meson con vnos criados de vn Cavalle-
ro, que me mostraron vn retrato que traian
vuestro; y aficioneme tanto à su hermosura,
que les preguntè cuyo era, dixeronmelo, y
adonde estaba el dueño, y como le llevaban à
Sevilla à su amo,con quien me parece que tra-
tais de casaros; diera por el retrato todo quan-
to me pidieran, segun me avia dexado rendi-
do la hermosura dèl. Lo que hize para posseer-
le, fue combidarles à cenar, y mandar que en
el vino les echassen cantidad de sal. Regalelos
muy bien, que cenaron en mi mesa, los brin-
dis se menudearon de modo, que antes de le-
vantar los manteles, yà yo los tenia como los
avia menester; embieles con mis criados à sus
camas,y entonces saquè el retrato de vna caxa
en que le traia, y aquella mañana, antes de sa-
lir la Aurora, partì de allì. Vine à Jaen, donde
me informè de la Quinta, cielo de vuestra bel-
dad, y partime à ella con intento de solo vèr
el dueño de la copia que conmigo traia, que
me avia enamorado tanto. Mis dos criados me
traian armada la traycion para matarme,y ro-
barme: dos cosas pèsaron q̃ avian conseguido, y

Q sa-

salieron con la vna, que fue el robarme, cosa q̃ yo doy por bien perdido quanto me llevan, pues me han dexado con la vida, que estimo aora en mas, por aver con ella gozado el conocimiento vuestro, aunque sin èl me parece que viviera en perpetua pena, tanto aveis robado mi libertad, desde que vì vuestro retrato, si bien cotejado con el original, veo quanto agravio os hizo el Pintor: èl ha sido quiẽ ha borrado las memorias de Serafina, quien consuela mis penas, quien alienta mi esperanza: y assi propongo de merecer con finezas, que admitais mis servicios: esto es lo que puedo deciros de mi patria, sangre, sucesso, y amor. Callò con esto mirando à Dorothea, que estaba con la verguẽza de oirle, con mayor belleza, la qual dixo al fingido Don Fernando: Señor mio, à tener yo las partes que aveis licenciosamente encarecido de mi persona, creyera, que pudieran aver causado en vos los efectos que me manifestais, y tengo el bastante conocimiẽto de lo que soy: y assi juzgo vuestros encarecimientos à cumplimientos cortesanos, antes que à razones declaradas de la volantad; de qualquiera manera estimo el favor que me haceis. Verdad es, que vna cosa sola hallè en vuestro favor, para dàr algun credito à vuestro amor, y es el posseer mi retrato, y venir en seguimiento del dueño dèl: Yo estoy muy agradecida de la fineza, aunque

que quisiera que no os huviera costado tan caro: gracias à Dios, que no fue como pudiera suceder. Lo que impora és, que esteis bueno, q̃ en el poco tiempo que aqui estuvieredes, echarè de vèr indicios de essa voluntad que me ponderais, si es fingida, ò verdadera, y porque mi madre me aguarda, y le parecerà me detengo en la visita. Quedaos con Dios, y no os dè pena nada. Con esto se quiso ir, y cogiendola Trapaza de la manga de la ropa, la dixo: Podrà este rendido vuestro quedar con alguna esperanza, de que aviendo sido acepta mi fineza, tendrà algun favor? No sè què os diga; dixo Serafina, casos suceden, que acaban mas en brevedad de tiempo, que assistencias muy dilatadas: no me declaro mas, y assi solo ós digo, que la experiencia me dirà lo que tengo de hacer; y assi, ni desespero, ni asseguro. Con esto se fue, bien contenta de aver oìdo à Trapaza la fingida historia, que ella tuvo por verdadera, la qual fue à referir à su anciana madre, y antes que ella le dixesse nada, añadiò à ella, quan buena persona era Don Fernando, y quanto merecia: que con esto fue darla à entender, que gustaba antes de este empleo, que el del Cavallero de Sevilla. Era Serafina hija vnica de Doña Aldonza, señora de tōda la hacienda de su padre, que era mucha, y no ossaba ella disgustarla: Y assi viendola inclinada al herido, aprobòla su inclinacion

 con

con que ella comenzò à favorecer à Trapaza en lo licito, viendole todos los dias que estuvo en la cama dos veces, donde con la comunicacion yà solo se trataba de casamiento, y esto delante de la madre, la qual por cartas diò cuenta desto à vnos deudos que tenia en Vbeda, haciendo vn proprio para avisarles deste empleo. Y à Trapaza se levãtaba, y andaba por la Quinta, saliendo algunas tardes por al rededor della, en vna que vino yà de noche, se encontrò con su amigo Pernia, à quien diò cuenta del estado de sus amores, y de como le iba bien en aquella vida: mandòle venir la noche siguiente, y aviendo èl antes acudido à la parte donde estaba su dinero escondido, sacò de èl lo que huvo menester para sì, y vna joya con vna cadena. Apenas avia buelto à cubrir su tesoro, quando llegò Pernia, el qual acudia alli en figura de pobre mendigo, para no dàr sospecha alguna: dixòle el modo que avia de tener, y instruyòle en todo bien; y con esto se bolviò adonde estaba su Serafina, aguardandole, la qual le riñò mucho el detenerse por el campo tanto: passaron en gustosa platica aquella noche, siempre favorecido Trapaza, y muy querido de su madre, hasta ser hora de retirarse. Serafina apretaba à su madre q̃ abreviasse con aquel casamiẽto, y ella le decia, que hasta tener respuesta de sus deudos, no se atrevia à resolverse en nada,

con

con que la Dama no lo llevaba bien, que el picaron la avia enamorado baſtantemente.

Eſtando los tres à vn balcon la tarde de el ſiguiẽte dia, vierõ venir en vn rocin vn hombre, que paſſaba por debaxo de donde eſtaban, que era el camino Real de Granada; pues como llegaſſe cerca, conociendo Trapaza ſer ſu intimo amigo Pernia, dando vna grande voz, dixo: Es poſsible què tal dicha tenga, que al criado que mas eſtimo, que à quien aguardaba, impẽſadamente le aya viſto aqui? Diòle voces, y Pernia haciendo del deſentendido, paſſaba adelante. Esforzò la voz, y con eſto bolviò la cabeza: el qual como vieſſe à Trapaza, que avia de fingir ſer ſu dueño, moſtrò tal contento, que arrojandoſe al punto del rocin, ſe entrò por la puerta de la Quinta, y ſubiò donde eſtaba Doña Aldonza, Seraſina, y Trapaza. Arrojòſe à los pies de Trapaza, y èl le abrazò muchas veces, diciẽdole: Amigo Pernia, es poſsible, que ſin penſar te veo? Ay tal ventura? Bolviale con eſto à abrazar, y el bellacon de Pernia à beſarle la mano. Bolvieronſe à ſentar, aviendo mandado Doña Aldonza que le puſieſſen à buen recaudo el rocin, que guardaſſen bien la maleta. Comenzòle Trapaza à preguntar por ſu padre, y ſupo tener buena ſalud, pero de la de ſu hermano le diò tan malas nuevas, que le dixo, que por entonces ſe dudaba mucho de ſu ſalud;

y mas en tiempo que eſtaba capitulado: què todavia ha ſalido con ſu intento? dixo Trapaza. Tal le ha coſtado de importunaciones, dixo Pernia, pero agradezcaſelo à vueſtra ſequedad, q̃ eſſa le obligò à mi ſeñora Dorothea à caſarſe, y olvidar vueſtro amor, por no la aver reſpondido à ſu carta. Bien eſtà lo hecho, dixo Trapaza à Pernia, no os parece que me he empleado mejor en la beldad de mi ſeñora Doña Seraſina? y q̃ la hace notorias ventajas: reſpondiò, q̃ aſsi lo conocia, y que le daba la norabuena de tanta dicha. Con eſto le dixo, que le traìa vna caxuela que le dàr, la qual venia en la maleta. Diòle vna carta luego, y con eſto diò lugar à q̃ ſe quedaſſen los tres à ſolas, y èl ſe fue à deſcanſar, y à comer vna ſazonada comida, que yà le tenian prevenida. De nuevo quedaron hablando en ſu caſamiento Doña Aldonza, Trapaza, y Seraſina, aguardando ſolamente la venida de ſus deudos, para con ſu conſentimiẽto efectuarlo: tan embeleſadas las tenia Trapaza, y à Seraſina enamorada, de manera, que ella era quien mas fuego ponia en el negocio, para que ſe concluyeſſe.

Acabò Pernia de comer, y viendoſe con èl Trapaza à ſolas, le diò nuevas inſtrucciones, y fingiendo averle traìdo vna carta de ſu padre, con vna joya, y letras para Sevilla, ſe lo moſtrò todo à las dos engañadas ſeñoras, con que ſe certi-

certificaron, que Trapaza les decia verdad. Diòle à Serafina la joya, que era vna firmeza de diamantes muy bien labrada, y de valor, cosa que ella estimò mucho, por ser dadiva de quien tanto queria. Al otro dia determinò Trapaza ir à Jaen à sacar vn par de vestidos, que acudiendo la noche antes al herario donde tenia su tesoro, sacò lo necessario para esto. Llegò à Jaen, y por mano de Pernia (que èl no quiso parecer por temor de ser conocido) se sacaron los vestidos, y dentro de dos dias se hicieron, con que bolviò à la Quinta, siendo bien deseado de su Serafina, porque avian llegado de Ubeda dos tios suyos, y vn primo à esto del casamiento. Recibieron à Trapaza cõ mucho gusto, contentandoles la persona del novio; el qual estaba con vn desenfado, y vna ossadìa, como si todo lo que avia dicho de sì fuera verdad. Cenaron todos con mucho contento, y retiraronse los deudos à solas con Doña Aldonza, solamente à hablar del consorcio: propuso Doña Aldõza la primera platica en esto, diciendo, el conocimiento que tuvieron con D. Fernando (que assi le llamaban) y por què causa, como està yà dicho, y como avian sabido quien era; y vltimamente la volunta d que le traia à vèr Serafina su hija, la venida impensada del criado, y que sobre todo la aficion de Serafina era la que instaba mas en aquel empleo, el qual le parecia

conveniente para su hija, por lo noble, que era aquel Cavallero, y juntamente por estàr à pique de heredar à su hermano mayor, que estaba muy enfermo. Oyeron todo esto los parientes, y como cuerdos repararon en que no se debian arrojar tan à ciegas à tratar de vn casamiento, que si no era como avian sabido, despues de efectuado era dificil de deshacer, que era bien no fiarse del credito del mismo pretésor, sino hacer diligencia por su parte; y que assi pues èl decia estàr su padre en Madrid, y en ocupacion tan honrosa, como era Procurador de Cortes, que era razon informarse, si era como èl asseguraba, y q̃ para esto (dixo el mas anciano tio de Serafina) q̃ èl despacharia vn correo à las veinte, para que truxesse certeza de lo q̃ deseaban saber, que esta la darian los Procuradores de Cortes de Sevilla, que eran sus amigos, à quien escriviria se informasse de todo, y le avisassen. Vino en esto Doña Aldonza, que no passàra por ellas à estàr alli Serafina, porque cada instante que se le dilataba su empleo, (como estaba enamorada) se le hacia vn siglo. Tambien les pareciò que no era decente tener alli à Don Fernando, por escusar la murmuracion que de esto podia resultar en daño de su opinion, que lo hecho hasta alli, avia sido con pretexto de ampararle en aquella desgracia, y curarle, pero pues yà estaba con salud, seria

mal

mal juzgado, que hasta hacer la boda, èl fuesse huesped; y que assi el mismo que daba este consejo, se le queria llevar à Ubeda, donde en su casa le tendria hasta tener respuesta de Madrid. Este fue para Serafina muy mal acuerdo, pues le quitaban el gozar de la presencia de su amante: Advirtiò el anciano tio, que à D. Fernando no se le dixesse, que aquel casamiento se dilataba por hacer nueva informacion de su persona, porque no se disgustasse, viendo que no se le avia dado credito, sino que se le diesse salida, à que estaban aguardando à otro tio suyo, que avia venido de Xerèz, que en llegando se daria conclusion al negocio. Con esto se retiraron à dormir, llevando otra advertencia de passo Doña Aldonza, que era no decir nada de esto tratado à Serafina, porque ella no lo rebelasse à su galàn, y assi lo prometiò. Con esto, pues, se fue cada vno à su aposento, donde les tenia regaladas camas; quienes lo passaron mal aquella noche, fueron Trapaza, y su Dama: èl deseando saber què se avia tratado en la junta en su favor, ò contra; y Serafina procurando saber luego de mañana lo mismo de su madre, que no veia la hora de verse esposa del mentido Don Fernando de Peralta.

***

CAPI-

CAPITULO XV.

DE COMO DESCUBIERTO EL ENREDO de Trapaza, se le desvaneciò su maquinado empleo, y el castigo que llevò por èl, y como se partiò à Madrid.

UNo de aquellos dos tios de la hermosa Serafina traìa consigo vn hijo suyo, como se ha dicho, Estudiante, el qual reparò mucho en la persona de Trapaza, no acordandose donde avia visto aquel hombre, que le parecia aver tratado, y comunicado mucho, hizo reflexion de su memoria, y al cabo vino à dàr en que era parecidissimo al Bachiller Trapaza, sugeto tan conocido en la Universidad de Salamanca, tanto por sus donosas burlas, como por sus enredos: No se afirmaba en esta sospecha, assi por verle tan lucido, y en dicho havito de aquel en que le avia visto, como porque viò, que muchas personas se parecen tanto à otras, que han padecido engaño los ojos con estas similitudes: Con esta sospecha, todas las veces que le hablaba, no podia perder de la memoria al conocido Trapaza. Dixeronle, que entre las cosas que se avian

avian tratado, era vna el que se fuesse con ellos à holgar à Ubeda, hasta que el tio de Serafina viniesse de Xerèz. Aceptò esto nuestro embustero sin caer en lo que se le trazaba. Fuese con ellos à Ubeda, adonde era estimado entre toda la gente principal, porque el picaron con su buen despego, labia, y graciosos dichos, ganaba las voluntades de todos, y mas esto, cayendo en presumpcion de que era quien èl avia publicado, que todo era oro sobre azul.

Llegaron las cartas de los tios de Serafina à Madrid, y à manos de vno de los Procuradores de Cortes de Sevilla, el qual aunque conocia no aver de Pamplona Procurador de Cortes, q̃ se llamasse Don Fadrique de Peralta, hizo diligencia por todo Madrid, por saber si tal Cavallero avia, ò D. Sancho de Peralta su hijo; mas ninguna persona huvo q̃ le diesse nuevas de èl, ni menos los Procuradores de Pamplona, diciendole que aunque en aquella Ciudad avia muchos Cavalleros de aquel apellido, de los nombres de Don Fadrique, Don Sancho, y Don Fernando, ninguno se hallaba en toda Navarra. Esto escrivieron luego à los tios de Serafina, con que confirmò el Estudiante ser el contenido Trapaza en su sospecha: Consultaron el modo que tendrian para castigarle, y fue, que en el mismo lugar adonde cometiò el delito, se le debia dàr la pena, que era en la Quinta de

Con

Doña Aldonza. Alla le llevaron bien descuidado de lo que se le apercibia, diciendole, como el siguiente dia esperaba Doña Aldonza à su primo el Cavallero de Xerèz, con cuyo voto se efectuaria el casamiento de Serafina. Estaba Trapaza el hombre mas contento del mundo, faltandole en aquella ocasion el discurso, pues no le dilatò à echar de vèr que aquella ficcion no se podia lograr.

Llegaron aquella tarde à la Quinta, dōde fueron todos recibidos con mucho gusto de Doña Aldonza, y mucho mas de su hermosa hija, que yà no podia sufrir la ausencia de Don Fernando de Peralta. Acabada la cena, à Trapaza le pidieron, que se fuesse à recoger à su aposento, que tenian que comunicar con Doña Aldonza en orden à disponer las cosas de la boda: èl lo creyò todo, y se fue à acostar, haciendolo assi, sin recelo de lo que le avia de venir.

Luego que se vieron estos tios de Serafina à solas con ella, y su madre, les mostraron las cartas que de Madrid avian recibido, con que se admiraron grandemente, viendo que aquel fingido Cavallero era vn gran enredador, y mas quando el Estudiante (que se llamaba Don Estevan) dixo averle conocido en Salamanca, y llamarse el Bachiller Trapaza, nombre que se le puso en su tierra, y èl tampoco desdecia dèl en sus costumbres; para averiguacion desto

se

e le ordenò à Don Estevan que entrasse à verse con el embustero, y mostrasse la carta, y juntamente con esto le llamasse por su nombre, diciendo ser conocido, y apercibido lo demàs para sì, se averiguasse esta sospecha. Entrò cõ vna luz al aposento de Trapaza, que acababa de entregarse al sueño, muy sin reçelo de lo que le esperaba. Asi como viò à Don Estevan con la luz que entraba à verle, se presumiò, que como persona con quien avia travado estrecha amistad, le entraba à dàr alguna buena nueva de lo que entre los deudos se avia consultado en la junta: encorporòse en la cama, y esperò que D. Estevan pusiesse la vela sobre la cama, y se acõmodasse en la silla que estaba à la cabezera della; lo qual hecho, le hablò desta manera: Aunque le avrè hecho al señor Don Fernando mala obra en quitarle de su sossiego, se puede todo llevar por vna buena nueva que le traygo, con que se ha de holgar mucho. Dessa persona, dixo Trapaza, no me pueden venir à mi sino cosas de gusto, y assi las espero. Quanto à lo primero, replicò Don Estevan, importa que V.m. lea essa carta: tomòla Trapaza muy alborozado, y leyò en ella las siguientes razones.

En cumplimiento de lo que V. m. me ordena que sepa, en orden à la persona de Don Fernando de Peralta, Cavallero de Pamplona,

puedo decir, q̃ tal Cavallero, como D. Fadrique de Peralta no es Procurador de Cortes por aquella Ciudad, ſino Don Francès de Beaumont, y Don Carlos de Ripalda; y he averiguado, que tal Cavallero, no ſolo no le ay en Madrid, pero ni en toda Navarra. Aviſo luego deſto con el miſmo Correo, que và à toda diligencia, porque no aya ſucedido algo, que deſpues no ſe pueda remediar.

Suſpenſo, y mudado el color quedò Trapaza con la carta, ſin hablar palabra; pero Don Eſtevan acudiò luego à decirle: Mucho me eſpanto, ſeñor hidalgo, que con tanto deſpego, y oſſadia V.m. me emprenda con mentiroſas relaciones de ſu perſona, engañar à eſtas ſeñoras, para llegar à dàr la mano à quien muchos no la alcanzan, por ſer deſpreciados de ſu belleza, sì biẽ la igualan en la calidad. Eſtas ſeñoras eſtàn muy ſentidas de ſu ruin termino, y aunque pudieran quitarle aqui la vida, ſin coſtarles nada, lo dexan de hacer, por no enſuciar ſus manos en vn vil ſugeto como vos, que ſabemos, que por embuſtero le han deſterrado de Salamanca, donde campaba con el nombre de el Bachiller Trapaza, de que yo ſoy buen teſtigo: que le tratè, y conocì en aquella Univerſidad ſer el autor de qualquier enredo, y el inventor de qualquier embuſte; y eſto no ay que negarlo, que deſde que le vì, luego le conocì por el miſmo Trapaza, que no pudo ſufrir aquella

Uni-

Univerſidad, pues era en ella el motor de qualquier inſolencia. En lo que eſtas ſeñoras ſe han reſuelto, es, en q̃ V.m. no ſe vaya por lo menos alabando, de que las tuvo caſi engañadas, que fuera gran ventura ſuya, y poca maña nueſtra; y aſsi, V.m. ſe aperciba à recibir vn caſtigo que le eſtà prevenido, el qual no ſaldrà con ningun miembro quebrado, ni coſtilla rota, ſino con muchiſsimos azotes. Llamò à voces à quatro robuſtos mozos de la labor del campo, que aguardaban à eſta ocaſion con lindas cuerdas de cañamo torcido, y mojado en las manos, los quales entrando donde eſtaba el confuſo Trapaza, ſacandole de la cama, le comenzaron à poner el cuerpo, como merecian ſus delitos. Las voces que daba eran grandes, à las quales deſpertò Pernia, que eſtaba acoſtado, y conociendo el detrimento que paſſaba el pobre de Trapaza, no quiſo aguardar à que llegaſſe la tanda por èl, y aſsi cogiendo ſus veſtidos ſe fue à la huerta de la Quinta, y ſaltando vna tapia della, ſe puſo en ſalvo, ſin dexarſe vèr mas en toda eſta memorable hiſtoria. Dixoſe, que ſe fue à Sevilla, y de alli ſe embarcò à las Indias. Bolvamos à nueſtro Trapaza que le dexaron tal los quatro mozos, que no podia aun quexarſe, ſi bien es verdad, que èl hizo la mortecina, con que à las dos ſeñoras madre, y hija puſo en gran compaſsion; y temiendo que acabaſſen con ſu vida aque-

aquellos crueles miniſtros, les mandò que ceſſaſſe la vapulacion. Tomaronle en brazos, aſsi en camiſa como eſtaba, y ſacandole de la Quinta le puſieron aſsi deſnudo en el campo tendido en la yerva de èl, donde era compaſsion oìr los doloroſos gemidos que daba. No conſintiò Doña Aldonza que eſto paſſaſſe aſsi, ſino que le hizo doblar ſus veſtidos todos, y ſu ropa, y deſde vn balcon ſe lo hizo arrojar en el campo cerca de donde eſtaba, diciendole ella: Atrevido picaro, aunque vueſtros atrevimientos merecian daros la muerte, contentome con eſſe caſtigo que os he mandado dàr; vueſtros veſtidos ſon eſtos, que no quiere nada de vos: no me pareis mas aqui donde yo os vea, que podrà ſer que os cueſte la vida. Vna joya que tiene Seraſina, porque preſumo que la aveis hurtado, harè que ſe dè para reſcate de cautivos, que ſerà alli mas bien empleada, que bolveroſla, porque no engañeis à otra con ella. Cerrò con eſto la ventana, y dexò al pobre azotado maldiciendo la hora en que avia intentado aquella empreſſa con tan mentiroſos fundamẽtos. Viſtiòſe lo mejor que pudo à la luz de la hermana de Febo, que ſaliò à vèr ſu trabajo; entròſe en vna alameda alli cerca, donde paſsò la noche muy deſacomodado, por el gran dolor de las heridas que tenia en las poſteriori-dades, de los crueles azotes que avia recibido.

Deſta

De esta manera passò hasta venida el Alva, que saliò riendo, como dicen los Poetas, y aqui debiò de hacerlo de vèr al pobre Trapaza vapulado, hasta mas no poder, à cuya luz se fue derecho donde estaba su tesoro, y sacandole de las entrañas de la tierra, donde le tenia escondido, se lo guardo, de modo que no fuesse visto de nadie. De esta suerte se puso en camino à pie, hasta que en el primer Lugar hallò vn Harriero que caminaba hasta Anduxar, Ciudad de la Andalucia; concertòse con èl, y puesto sobre vn macho de ocho que llevaba la recua, sufriò por sus jornadas la flema de su caminar, que no es poca. Llegaron à Anduxar, y apeandose en vn Meson, donde era continuo huesped el Harriero; de alli se mudò à otro Trapaza, porque cõ el capricho que llevaba de parecer mas de lo que era, no le estaba bien que se supiesse que avia caminado en macho de recua; y assi luego q̃ se viò en el otro Meson, pidiò vn buen aposento para mientras estuviesse alli. Con esto sossegò algo de los dolores de la vapulacion, los quales le quitaron el amor, como si nunca huviera conocido à Doña Serafina.

Ofreciose venir de Ezija vn coche, q̃ iba de retorno à Madrid, y en èl venian dos Hidalgos de aquella Ciudad, y vn Religioso del Carmen; iba el Cochero à vèr si en Anduxar hallaria mas personas para llenar los vacìos de su

coche; porque no fueſſe ſin gente à Madrid. Ofreciòſe en el quarto lugar nueſtro Trapaza, y dos paſſageros, con que acomodado con ſeis perſonas (aunque èl quiſiera que fueran ocho) partiò de alli para la Corte, coſa que deſeaba ſumamente vèr Trapaza, pareciendole, que en ninguna parte podria èl campar mejor que en Madrid, por ſer tan gran Lugar, y apropoſito para tratar de hacer trapazas, que aun no avia eſcarmentado del caſtigo de la paſſada aventura. Eran los compañeros de camino, toda gente de muy buen guſto, y ninguno ſe quedaba en Madrid, que paſſaban adelante à varias partes. Entre ellos ſe travò converſacion, tratando de diferentes materias: Era el Frayle muy leìdo, y ſabia bien Letras humanas, y vno de los Hidalgos de Ecija, avia tratado de lo miſmo, realzandoſe eſto con vn poco de natural de Poeta, de que diò buenamente mueſtras, diciendo algunos verſos ſuyos de buen ayre, y que le alabaron los demàs, con que ſe ofreciò ſino ſe canſaban, à entretenerles todo el camino. Todos dixeron, que recibirian gran favor; y aſsi quando ſe canſaban de tratar de diverſas materias, èl remataba la converſacion con verſos ſuyos, y los demàs le ayudaban con agenos, de que Trapaza tenia abundancia en la memoria, entremetiendo algunas ſatyras, que èl avia hecho, no vendiendolas por ſuyas, por no deſa-

creditar la opinion de prudente, que entre ellos avia cobrado con lo entendido de sus discursos.

Una tarde que iban medio dormidos, Lorenzo Antonio (que assi se llamaba el Poeta) les dixo, que hacia el dia pesado, que no se durmiessen; que les queria leer vn entremès que avia hecho, y pensaba dàr à la mejor Compañia que huviesse en Madrid. Despertaron todos, y rogaronle que se les leyesse, que gustarian mucho de oìrle: primero dixo el Poeta, tengo de referirles à Vs. ms. el motivo que tuve para escrivirle, que fue aver salido de Ecija vna moza, que vendia castañas, de buena cara, para Sevilla, llevada de vn Mercader, que se aficionò à ella, y la puso en paños mayores: aviendola este personage dexado, bolviò à Ecija tan Dama, que no la conociamos, donde se casò, escogiendo à vno de muchos pretendientes que tenia. Este es el assumpto. Los versos del Entremès son estos.



ENTREMES DE LA CASTAñERA.

FIGURAS DEL.

Juana. *Lacayo.* *Zapatero.*
Lucia. *Sastre.* *Boticario.*
Musicos.

Salen Lucia *, y* Juana.

Lucia. Seas Juana à la Corte bien venida.
Juana. Y tu amiga Lucia , bin hallada,
que me veràs de estado mejorada.
Lucia. Admirada me tiene en gran manera,
verte yà Dama , si antes Castañera.
Juana. No vengo muy en ello.
Lucia. Y tan Xarifa,
que el despego à la vista satisface.
Juana. Estos milagros el amor los hace;
este palmo de cara amiga mia,
diò à vn Mercader tal guerra , y bateria,
que apoderado amor de sus entrañas,
pudo sacarme de vender castañas.
Dixome su pasion ; su amor ; creìle:
brindòme con Sevilla, y yò seguille,
llevòme , y al passar Sierra Morena,
troquè la Juana, en Doña Magdalena.

Diòme

Diòme veſtiſtos, joyas, y dineros,
finezas de galanes verdaderos,
que Dama que ſe paga de paròla,
vivirà triſte, ſin dinero, y ſola.
Yo, que ſupe llevarme con mi amante;
rompì galas, campè de lo brillante,
no perdì la ocaſion, logrè las vñas,
que fueron de ſu hacienda las garduñas.
Lucia. Y en què parò el empleo?
Juana. En què? embarcòſe
à las Indias, dexòme, y acabòſe:
pero con gentil moſca.
Lucia. Eſſo me agrada.
Juana. Quiſo gozo, eſtafelè; y no fue nada:
he me buelto à Madrid deſconocida,
de Caſtañera en Dama convertida,
que por amores no ſoy la primera,
que de baxa ſubiò à mayor esfera;
tengo mi caſa aſsi bien alhajada,
ſoy bien viſta, aplaudida, y viſitada;
y porque de caſarme tengo intentos,
llueven en eſta caſa caſamientos,
y eſtos de todo genero de gentes.
Lucia. No ay duda que te ſobren pretendiẽtes.
Juana. Oy eſtoy para quatro apercibida,
de quien ſoy con cautela pretendida,
vn Boticario, vn Saſtre, vn Zapatero,
y vn Lacayo, apetecen mi dinero,
mas todos ſus oficios me han negado,

y que tienen hacienda han publicado;

Lucia. Gatazo quieren darte.

Juana. No en mis dias;
oy he de contraſtar ſus fullerias,
y en la propoſicion del caſamiento;
veràs que ſin ſalirme del intento
les declaro ſu eſtado, y exercicio,
con mas los adherentes del oficio,
haſta ſalir con mi intencion al cabo:

Luc. Tu ingenio admiro, tu deſpego alabo:

Sale el Boticario.

Boticar. Eſtà en caſa la luz que el Orbe dora;
que es en ſu parangòn fea la Aurora?

Juana. Sea vueſſa merced muy bien venido:

Boticario. A mis dos ojos las albricias pido,
pues llegar à mirar tanta hermoſura,
vivo en vueſtra memoria por ventura?
merezco ſer conſorte en eſte empleo,
dedicado à las aras de Himenèo?

Juan. Señor Gandul, yà es tanta ſu frequencia;
que ha venido à apurarme la paciencia,
y à que llegue à decirle, que es mi intento,
que hable en ſu ſazon del caſamiento,
que eſtàr tratando dèl tarde, y mañana,
à las mas inclinada la deſgana:
no en moler, y molerme ſe deſvele,
que parece almirèz en lo que muele.

Botic. Què es eſto de almirèz? ſi lo ha entẽdido;
pero el ſimil ſin duda lo ha traìdo.

Juana:

Juana. Amor, señor Gandul, es como pildora.
Boticar. Esto es peor.
Juana. Que anima al desganado,
à que la tome viendo lo dorado.
Boticar. Mucho toca en Botica aquesta moza;
en valde yà mi calidad se emboza:
mas pienso que sin duda se ha sentido
de que yo alguna joya no le ofrecido.
Señora, yà he entendido lo dorado,
me pesa de no aver adelantado:
vna joya os ofrezco.
Juana. Bien lo entiende,
con esso que me ofreçe mas me ofende:
señor Gandul, pues sabe el casamiento,
viniendo a ser vnion de corazones,
parece à boticarias confecciones,
diversas calidades vèn perfectas
en bocados trociscos, y tabletas;
mas si amor en consorcios no es muy casto,
parecerà pegado como emplasto:
franco ha de ser, sin menguas, no publique,
que es amor destilado de alambique,
porque la voluntad nunca le toma,
sino es puro como agua en la redoma;
y al dicho, sino quiere su caratula,
que se lo deslièmos con espatula.
Botic. Aqui no ay mas q̃ hacer, voyme corrido:
Juana. Vase?
Botic. Sì, porque me han conodido. *Vase.*

Juana. Què te pareçe, dì?
Lucia. Que và de ſuerte,
que no tratarà mas de pretenderte:
Sale el Saſtre.
Saſtre. Mil norabuenas les darè à mis ojos,
porque han llegado à vèr eſſa lindura,
que el Non plus vltra es de la hermoſura;
que eſſa gala, eſſe garbo, eſſe prendido,
flechas doradas ſon del Dios Cupido,
y yo deſpojo ſuyo, que poſtrado
eſtoy de eſſe donayre aſſaſteado:
acaba Vueſarced de reſolverſe,
y al caſtiſsimo yugo ſometerſe?
que como la reſpueſta ha dilatado,
ando de ſu belleza mas picado.
Juana. Picado, es con cincèl, ò con puntilla?
Saſtre. Eſto và malo, el juego es de malilla,
ò yà los filos por picarme aguza.
Juana. Es moſqueado, ò es eſcaramuza:
Saſtre. Quiero diſsimular, picado muero.
Juana. Pues entierrenle encima del tablero;
ſeñor Zaldivar, voy à lo importante:
vueſted me ofende por peſado amante.
Saſtre. Por què?
Juana. Dirèlo, pues que lo pregunta:
mil veces eſta calle me peſpunta,
y es porque Vueſarced eſtà con gana
de verme como en percha à la ventana;
pero yo con clauſura recogida,

que

quiſiera eſtàr en vn dedàl metida,
porque tengo vecinas tan parleras,
que cortan mas, que pued en ſus tixeras;
dexe eſte caſamiento por ſu vida,
ò ſe le harà dexar vn Saſtricida.

Saſtre. Vive Dios, que es bellaca ſocarrona;
yà tiene conocida mi perſona:
aqui no ay mas que hacer; licencia pido.

Juana. Vaſe?

Saſtre. Sì, porque yà me han conocido:

Vaſe, y ſale el Zapatero.

Zapat. Proſpere, y guarde el Cielo eſſa belleza;
admiracion de la naturaleza.

Juana. Sea Vueſſa merced muy bien llegado.

Zapat. Vueſſa merced de mi no ſe ha acordado?
haſe reſuelto en eſte caſamiento?

Juana. Dirèle à Vueſarced mi penſamiento:
qualquier muger que aſpira à eſte contrato;
anda à buſcar la horma à ſu zapato.

Zapat. Horma dixo, y zapato, ſoy perdido,
ſin duda, que mi oficio le ha ſabido,

Juana. Y yo le buſco, porque tengo eſtima
en vn nobio ſin ſerlo de obra prima,
que ſi veo mozuelas valadìes,
que ſe quieren alzar en pòntebies,
mejor podrè emplearme en vn velado;
que eſtè en groſſerìas deſvirado,
que la naturaleza (no ſe inquiete)
tambien deſvira, ſin tener trinchete:

y aſsi, ſeñor Galvàn, buſco marido
de ſolar, no ſolar tan conocido
como el de Vueſarced,que tengo dote;
para que no ande oliendome à cerote.

Zapat. Por Dios que me ſacude,y q̃ es diſcreta.

Juana. Buelva à ſu ſolio

Zapat. A qual?

Juana. A la banqueta.

Zapat. Sin reſponderle nada me deſpido.

Juana. Vaſe?

Zapat. Sì, porque yà ſoy conocido.

Vaſe , y ſale el Lacayo.

Lacay. El Cielo le maldiga,y remaldiga
à quien al verla no le dà vna higa.

Juana. Aqueſte,amiga mia,es el Lacayo.

Lacay. Viòſe entre flores mas ayroſo el Mayo?
ni el Zefiro que peyna los jardines?

Juana. El Zefiro los peyna?pues ſon crines?
no dirà que las flores almohaza.

Lacay. Vive Chriſto que ha olido la trapaza,
yà en la empreſſa que intento me deſmayo,
que eſto huele à ſaber que ſoy Lacayo.

Juana. Què pienſa, diga?

Lacay. Pienſo en mi cuidado.

Juana. No pienſe Vueſarced,q̃ harto ha pẽſado,
y eſto ſin dàr cuidado à penſamientos.

Lacay. Yà eſcampa.

Lucia. Yà penetra tus intentos.

Lacay. Penetre porque mas no me congoxe.

Yo

Yo la dirè quien es, aunque se enoje.
Juan. Què tiene vuessarced que està suspenso?
Lac. Què ha de tener quien rinde al amor cẽso?
Juana. Tanto ama?
Lacayo. Es mi fuego tan sobrado,
que el corazon me tiene medio assado:
ha visto vn tostador donde ay castañas,
que ostenta por resquicios las entrañas?
y este sobre vn alnafe acomodado,
està siempre de brasa rodeado,
y con tino le soplan con ventalle,
sin el ayre que passe por la calle?
Pues este corazon enternecido
al dicho tostador tan parecido,
sufre de amor tal fuego que se abrasa;
y este tormento por amarte passa,
mas fixo siempre en esta pena fiera,
que en vna esquina està vna castañera.
Juana. Lucia amiga, aquesto và perdido.
Lucia. Como?
Juana. Que el socarron me ha conocido.
Lacayo. Piquèla, y repiquèla.
Juana. O picarote!
Lacayo. Y este pìque, y repìque traen capote:
yà vuesarced señora me ha entendido,
el camino dificil està llano?
Juana. Digo q̃ eres mi esposo, esta es mi mano.
Lucia. Bueno lo vàs parando por mi vida.
Juan. Pues què he de hacer, si soy yà conocida.

Lacayo.

Lacayo. Los Musicos traìa prevenidos;
con tres Lacayos, todos conocidos.

Lucia. Salgan con las vecinas, y baylèmos;
y estas alegres bodas celebremos.

BAYLE.

Una Niña hermosa,
que subiò el amor,
de tostar castañas
à mas presumpcion.
Para casamiento
Galanes juntò,
y entre quatro amantes
escogiò el peor.

Oygan,tengan,pàren,escuchen,y dèn atenciõ;
que oy se juntan la almohaza, y el tostador.

La que con donayre
de los tres fisgò,
en el quarto halla
tretas de fisgòn.
Lacayo *professo*
por marido hallò,
la que para Dama
hace aprobacion.

Oygan,tengan,pàren,escuchen,y dèn atenciõ;
que oy se juntan la almohaza, y el tostador.

Castañeras que estais en Madrid,
venid,venid, venid à la fiesta,
pregonando castaña cocida enxerta.

La:

Lacaytos de almohaza, y mandil.
venid, venid, venid, à la boda
pregonando miseria con calzas rotas.

F I N.

Alabaron todos los oyentes con muchos encarecimientos la agudeza del Entremès, y la extraordinaria invencion suya, con que Lorenzo Antonio su Autor se diò por favorecido, tomò la mano Trapaza (à quien llamaban Don Vasco Mascareñas, nombre que tomò para conseguir ciertos designios que despues exercitò, valiendose de Portugal, para esto, aunque se quexasse el noble apellido de los Mascareñas) y dixo al Poeta, si avia escrito alguna Comedia; respondiòle, que nunca tal pensamiento avia tenido, no porque le faltaba para hacerla ingenio, aunque la tal obra pedia muchas cosas, para ser como pide el arte Comico que aora corre, no el Terencio que con mas rigor aprieta con preceptos esta composicion, pero gracias à vna florida vega que los ha dado mas puestos en razon, y ajustados al gusto, aunq̃ passen mas horas que las pide Terencio. Yo (prosiguiò el Poeta) bien me atreviera con espacio à escrivir vna Comedia, siguiẽdo el estilo de las q̃ nuevamente se han representado en España, con tanta aprobacion, y aplauso de los oyentes; pero doy por constante, que con el trabajo, y estudio

consi-

consigo averla tratado bien, y que con esto sale realzada de versos, ajustandolos à los sugetos de cada personage, de manera, que el galan enamore fino, la Dama le escuche tierna el cõpetidor lo oìga celoso, el padre aconseje prudente, el gracioso diga donayres, y algunos cuẽtos donosos à proposito, sin traerlos por los cabellos, como vemos que hacen algunos, que acabada de poner en limpio la muestra à dos amigos, de quien tenga satisfacion, que no me hã de adular, sino decirme las verdades desnudamente, como lo deben hacer los tales, que estos me la aprueban, y dicen que la puedo dàr à que se represente: conseguido todo esto, falta aora la mayor dificultad, que como cortesano antiguo en Madrid, puedo saber, y esta es, q̃ la llevo à vno de los dos Autores que alli assisten siempre, al q̃ me parece en su aspecto mas jovial de fachada, digole, como tengo escrita vna Comedia, que la quiero dàr à que me la honre, con todas aquellas razones que para captarle la benevolencia son necessarias. Preguntanme mi nombre, digosele; reçorre su memoria, y hallame no ser de los de su çatalogo: mirame con vn modo de desprecio, y al cabo dice: Señor mio, bien creo, que serà la Comedia como de su ingenio de V.m. (cosa que diciendola no miente) mas hallome tan persuadido destos señores Poetas, de que abunda esta Corte,

te,que no sè quando tendrè lugar, para q̃ V.m. lea. Y no es poca dicha que entõces ſeñale dia à largo plazo : ſeñalale , acude con mayor puntualidad, que à cumplir con la Parroquia. Hallole vna vez enſayando, otra haciendo alguna cuenta con alguno de ſus compañeros,q̃ aviendome viſto dilata,porque de canſado me vaya; otra vez, ſi me ha viſto antes , niegaſe : echole algun amigo poderoſo , y à mas no poder, viene yà,que me he canſado,à darme audiencia cõ limitacion , diciendome , que lea vna jornada; que no tendrà lugar para mas; llama à dos Poetas de eſtos de la mayor claſe , de quien ha repreſentado Comedias. Eſtos convocan à otros amigos ſuyos , calificados por fiſgones en Madrid,y con ellos juntaſe la Compañia; ponen al Poeta cerca de vn bufete , entre dos luces , como tumba de difunto. Comienzan ſu Comedia con la buena,ò mala gracia que Dios le ha dado en leer, que ſi la tiene mala , es harta deſdicha para èl , porque como vàn los Poetas para hacer donayre, y mas no ſiendo conocido por de los de ſu runfla , eſtàn muy falſos , eſcuchando ſi el Autor no es muy entendido de Comedia, eſtà atento à cada copla, à vèr los ſemblantes q̃ hacen los Poetas, los quales nunca le mueſtran bueno , ò porque les parece bien , ò porque es coſa redicula, pues lo vno lo deshacẽ,y lo otro lo fiſgan. Acaba ſu primera jornada, comienza

la ſegunda, ay paſſo apretado en el medio della, acaba con otro que admire; yà menos falſos ſe hablan al oìdo los Poetas, arquean las cejas à hurto de los Repreſentantes, y mas à hurto del Autor. Acabaſe la Comedia, apretando el caſo quanto es poſsible, y cerrandole con llave de oro, alabanſela de bien eſcrita, por no incurrir en liſonja, pues la primera procura el Poeta llevarla de buena letra, y aſsi dicen en eſto verdad. Dilatale la reſpueſta de ay à dos dias: vaſe el Poeta con buen cuidado de bolver à ſaber què le dirà: quedaſe el Autor con los que combidò, ſi los Poetas no ſon embidioſos (que ſerà vn milagro raro) alaban la Comedia, diciendo ingenuamente lo que ſienten de ella; ſi lo ſon, deshacenla quanto pueden, hallandola mas impropriedades, que atomos tiene el Sol: Si el Autor ſe guia por eſtos pareceres, al ſegundo dia deſpide al Pòeta, diciẽdole, que le peſa de eſtàr obligado à tal Principe, el qual le ha mandado poner dos Comedias, y es forzoſo por eſto no la poder repreſentar, que ſe holgàra. Si ha conocido que la Comedia merece hacerſe, haciendoſe muy de rogar la toma, encareciendo, q̃ ſolo por el amigo que le ha rogado la oyga, lo hace. Poneſe la Comedia, aciertan à ſaberlo los Poetas q̃ ſe hallarõ preſentes, y quãdo vèn q̃ no ha aprovechado ſu malicia à eſtorvar el ponerla, valenſe de la Moſqueteria à quien tienen ſo-

bornada,y ſuele malograrſe vna Comedia,aunque ſea la mas perfecta coſa del mundo, quando ay deſapaſsionados oyentes, que atajã el tumulto de los Moſqueteros;acabaſe,y continuaſe otros dias, con que aunque cobre fama el Poeta, ſe le queda la dificultad para con otros Autores, quando les quiere dàr otras. Eſta es la cauſa, ſeñores,porque no me pongo al eſcrivir Comedias, como conozco que ay mucho para llegar à alcanzar que ſea oìdo vn Poeta novèl.

Mucho agradò à todos el diſcurſo del Poeta, y la cordura con que ſe abſtenia de no eſcrivir Comedias; dixole Trapaza: Pues ſi V.m. con la experiencia q̃ tiene,le parece que tiene dificultad el ſer oìdo, como quiere dàr eſſe Entremès à vn Autor de los que eſtuvieren en Madrid? Porque como coſa breve, dixo èl, es admitida; y ſino le quiere repreſentar,rompele en ſu preſencia,q̃ tal vez es eſto darle vn boſeton,quando èl conoce que es bueno: pero las mas veces le admiten,aunque ſe queden con èl,y le pongan con los otros papeles,q̃ es para no ſalir mas à luz. Diſcurrieron ſobre eſto los compañeros, en quan admitida eſtaba la Comedia, y quales eran las que ſe debian dexar repreſentar,dignas de alabarſe;encarecieron los Ingenios que aora lucen,como ſon:vn Fenix de la Poesìa,Fr.Lope de Vega Carpio,D.Meſcua,D.Pedro Calderõ,D.

Montalvàn, vn Doc. Godinez, Gaſpar de Avila; D. Antonio Coello, D. Franciſco de Roxas, y otros inſignes Poetas, q̃ aplaude nueſtra Eſpaña por ſus eſcritos, en particular aquel divino ingenio del M. Tyrſo de Molina, cuyas obras, y Comedias merecẽ eternas alabãzas à peſar del tiempo. Con eſta platica acabaron ſu jornada, y en las ſiguientes vinieron à parar en Illeſcas, aviendo de entrar aquella noche en Madrid: Quiſo nueſtro Trapaza informarſe de Lorenzo Antonio como practico en las coſas de la Corte de todo lo que avia en ella, y aſsi ſe lo preguntò, para que le ſirvieſſe de inſtruccion: oyòle el Poeta, y le dixo eſtas razones.

Madrid, inſigne Corte del Quarto Philipo, Monarca invicto de las Eſpañas, es vna Villa de ſaniſsimo temple, de ſutiles ayres, y regalados mantenimientos, ſus edificios ſon ſumptuoſos; edifican en eſta inſigne Villa los mas Titulos, y Señores de Eſpaña caſas ſumptuoſiſsimas en q̃ vivir: aunque Madrid es antigua Villa, y tiene por naturales ſuyos muchos calificados Cavalleros ſus patriotas. El concurſo de la gente foraſtera que aſsiſten en ella, ò à ſus negocios, y pretenſiones, ò a ſus ganancias, como ſon los Oficiales, ò à vivir en la Corte, la hacẽ mas populoſa, y aſsi viene à ſer vna Patria comun; aqui no falta todo quanto pedir puede el deſeo: ay de todas Naciones, y aun entre los nueſtros ay

diſtin-

diſtinciones, fuera de las dos ſabidas, que ſon nobles, y plebeyos, pues aun en eſto ay mas, y menos, ay de todo genero de coſtumbres, mas aunque ay mucho mal, no falta mucho bien, en la gran Religion que ſe vè en ſus devotos Templos, dõde ay grande frequençia de Sacramentos, y por las oraciones, y ſantos exercicios deſtos buenos, no caſtiga Dios à los malos. Bolviendo, pues, à nueſtro propoſito, digo ſeñor Don Vaſco, que ay en Madrid mucha cantidad de Cavalleros, que portandoſe lucidamente, ſe comunican familiares con Titulos, y Grandes, con quien andan: Deſtos ſe dividen conforme las edades, è inclinaciones; vnos ſe inclinan à los exercicios belicos, y tratando de la deſtreza de las armas, de torear, de juſtar, y torneos; otros mas pacificos tratan de oìr Comedias, acudir à la calle mayor à ſu cotidiano paſſeo, no olvidan el del Prado, galantear, y ſervir Damas; otros acuden à caſas de juego, donde ſiendo perpetuos tahures, no dexan alhaja que no juegan, y oy ſe vèn proſperos, y mañana ſin que gaſtar. Baxemos el punto: ay cierto genero de gente, que llaman hijos de vecino. Eſtos andan tan al vſo, que no perdonan al Eſtìo, Primavera, ni Invierno, ſon los que primero eſtrenan los trages, y con deſproporcion vſan dellos; los que inventaron en cimentar los moſtachos con cabello de las mexillas; los que ſubieron las

ligas à las rodillas, ajuftaron las mangas; acortaron las faldillas de las ropillas. Eftos pecan los mas en valientes, y hablan grueffo, desdichada de la moza que fe fomete à fu voluntad, que à titulo de lindos, ayuna todo el año, y viste de memoria; tendrà defenfor en la perfona de vn hijo de vecino, mas no lo ferà de la efcarcha del Invierno, dãdola que fe vifta, mantendrà qualquiera pendencia por ella, pero no le darà mantenimiento: lo que fuelen dàr à menudo fon bofetadas, y coces, que es moneda q̃ corre en eftos para con ellas, porque la que tiene las armas del Rey, es para fus galas, y para fu juego, à que tambien fon inclinados: fon los perpetuos curfantes de la Comedia, no porque la penetren, fino por feguir el vfo de fus mayores: y fi vno deftos es caudillo de la Mofqueteria, trifte del Poeta que le tuviere enojado, que perecerà con fus Comedias. En quanto à trato de mugeres, fi os huviere de decir todo lo q̃ ay en efto, feria nunca acabar; y afsi la experiẽcia os harà cientifico en efta mercaduria. Lo que os aconfejo es, que gafteis con prudencia, y procureis no empeñaros à reñir por ninguna que no lo merezca. Agradeciò Trapaza la relacion que Lorenzo Antonio le hizo de Madrid, y à fu imaginacion dexò el penfar aquella noche qual de los caminos de aquellas Gerarquias de Cortefanos feguiria. Bien fe
penfa-

pensaba que era hora de partir, mas avia sucedido bien diferente, porque como el Cochero diesse priessa al Maestro que le aderezaba el coche, que avia de llegar aquella noche à Madrid, èl se iba con alguna flema, de modo, que engendrando colera en el apresurado, dixo algunas razones pesadas al Maestro de coches, con que èl, y el Cochero llegaron à las manos, sacando el Cochero vna herida en la cabeza, cō que se entrò la Justicia en el caso; al herido prendiò en el Meson, dexandolo alli, y al otro en la Carcel: curaronle, y en la primera cura, no pudo determinar el Cirujano como estaba el herido, con que los passageros huvieron de prestar paciencia hasta otro dia. No le estuvo mal à nuestro Trapaza, porque aviendo llegado vn coche de Mercaderes de Toledo, que tābien passaban à Madrid, quisieron jugar vn poco à las pintas despues de cenar: trabòse el juego, y Trapaza estuvo vn poco atento en èl, y viò como vno de los tahures metiò en el naype hechos. Entendia èl todas las flores con eminencia, y quiso por los mismos filos pegarle al tahur; y asi comenzò à parar de poco à las pintas, dexandose primero ganar cosa de veinte escudos; mas luego bolviendo sobre sì, comenzò à ganarles à todos, de suerte, que antes que fuesse media noche, yà les tenia ganados

mas de dos mil escudos en oro, plata, y joyas: Bien quisiera levantarse por consejo de Lorenzo Antonio, que le tiraba de la capa; mas como estaba de dicha no quiso perderla, y assi les sustentò juego hasta las tres de la mañana, acompañandole Don Lorenzo Antonio, y vino al cabo à ganarles mas de quatro mil escudos, los mas en moneda: Con esto se dexò el juego, retirandose Trapaza à su aposento con su compañero, à quien diò cinquenta escudos de barato, con que le dexò muy contento. A la mañana, curado el Cochero, vieron no ser la herida de consideracion, para que le estorvasse caminar: y assi recabando con la Justicia le diesse libertad, partieron de alli à Madrid, llegando à aquella insigne Villa à medio dia, donde acomodandose cada vno en la parte que mas aproposito le pareciò posar, se dividieron, Trapaza se fue con Lorenzo Antonio à la calle de Silva, y tomaron vna posada muy buena, sì bien el de Ezija por pocos dias, pues no passaron de tres los que estuvo en Madrid, partiendose à Navarra, donde tenia vn pleyto; los demàs compañeros del coche tambien passaban adelante, y assi solo Trapaza se vino à quedar solo en la Corte, cosa, que èl deseaba mucho, por executar el capricho que tenia pensado.

CA-

CAPITVLO XVI.

DE COMO SE ENTABLO EN LA Corte Trapaza, y de lo que en ella le sucediò.

BIen le avia favorecido la suerte à Trapaza, si èl supiera vsar bien despues de aver auquirido mal, mas su depravada inclinació, dirigida à engañar siempre no le inclinàra à seguirla, no hallandose sin hacer embustes, y enredos; cosa con que vienen los hombres à perecer despues, y à ser escarmiẽto de otros. Hallabase nuestro Trapaza con dineros muchos, no conocido en Madrid: y assi le pareciò con la moneda que tenia, entablarse con mayor esfera. Lo primero que hizo fue, salir de embozo à la calle mayor, y comprar en casa de vn Bordador media docena de Abitos de Christo, y ponerlos en tres vestidos que tenia, vno negro, y dos de color: mudò de posada yendose à los barrios de Lavapies, adonde dixo al huesped, que èl era vn Cavallero Portuguès, recien venido de la India de Portugal, à quien dos jornadas antes de llegar à la Corte avian hecho vn hurto dos criados suyos, llevandole mas de mil escudos en joyas, y dineros, con que le avian dexado solo, y que assi queria recibir otros dos,

vno de efpada, y vn muchacho para page; que fi tenia algun conocido que le firvieffe, le recibiria como le dieffe fianzas baftantes de fidelidad. El huefped que defeaba dàr gufto fiempre à los que venian à fu cafa, pues con effo la acreditaba para que no le faltaffe gente en ella; le ofreciò bufcarle dos criados apropofito de como los pedia; y afsi los traxo al otro dia, con las fianzas neceffarias, para que Trapaza eftuvieffe feguro de que no le faltaria nada de fu hacienda. Fundò el hacerfe Portuguès Trapaza, en faber bien la lengua Portuguefa, por aver comunicado mucho con vn Eftudiante de aquella Nacion en Salamanca; y afsi de propofito hablando Caftellano, tenia acentos de Portuguès, que parecia aver nacido en Lisboa.

Lo primero que hizo fue; veftirfe muy al vfo de la Corte, fin afectar, como figura los trages, fino muy ajuftado à lo de Palacio. Procurò tener vn macho en que andar, con muy buen aderezo, y con efto fue neceffario tener otra boca mas, que fue vn Lacayo, para que cuidaffe afsi del macho, como de vn cavallo que defpues comprò para falir en èl al Prado, y à la Calle mayor, en tanto que tenia amigos que le llevaffen en fus coches. En quanto à moftrar gravedad, y tenerfe en eftima, no fue neceffario inftruciones para ello, porque èl fabia bien fingir lo cavallerofo, y con los exemplares que te-

temia se habilitaba mas. Comenzò à acudir à la Comedia, à las casas de juego, donde presto vino à tener amigos, y mas ofreciendo dineros para jugar, cosa con que presto cegamos las voluntades. Anduvo siempre en aviso, en no acudir adonde avia Cavalleros Portuguesses, que como era fuerza ser notado por el Abito de Christo, quitòsele de la capa, y ropilla, andando en esto muy al vso, (aunque yà lo ha remediado su Consejo de Ordenes) de esta suerte se ocultaba mas de los Cavalleros Portuguesses.

Un dia, que fue de los cèlebres de Madrid, por ser de S. Blàs, à cuya Hermita, q̃ està fuera de sus muros, acude todo lo Noble, y Plebeyo de la Corte, y es de los mas festivos della. Saliò nuestro Trapaza à çavallo, acompañado de otro Cavallero mozo del Abito de Santiago. Olvidaseme de decir, que Trapaza se puso anteojos por dissimular mejor el ser conocido en Madrid; pues como los dos huviessen dado muchas bueltas à aquel cãpo de la Hermita, q̃ se ocupa de varias gentes, y en èl gozassen yà de las meriendas, yà de los bayles, yà de las Damas, dõde muestrã lucidas galas aquel dia. Passaron, pues, cerca de vn coche, donde iban quatro Damas de grande hermosura, y con ellas vna viuda moza, que les hacia la ventaja que el Sol suele à las lucientes Estrellas. Diòle à Trapaza deseo de bolver por allì, porque la viuda le pa-

pareciò bien, y porque le diò el ayre de aver visto aquella cara otra vez, y assi rogò al compañero, que tornassen à encontrarse con el coche: No fue dificultoso de acabar con èl, porque tambien le avia aficionado vna bizarra Dama, de las quatro que iban al estrivo del coche, por aquella parte donde passaron. Bueltos à dexarse vèr de las Damas, el Cavallero procurò trabar conversacion con la señora que iba al estrivo, y como en Madrid està tan en su punto el despego, y el estar recibido hablar en los coches, quando no ay recelo de quien lo pueda impedir, fue facil de hallar lo que pretendia: Trapaza se puso al otro lado, adonde caìa la viuda, que iba en la popa, como combidada de la señora del coche, y por ir el estrivo vacìo, fuele tambien facil de tener platica con ella: Admirose Trapaza en llegando à vèr la viuda mas de cerca, porque le pareciò vèr el rostro de Estefania, aquella moza que sacò de Salamanca, y le dexò à la entrada de Cordova, veìala llamar Doña Andrea, de las demàs, y que estaba en aquel habito de viuda, sì bien con tãto aliño, y cuidado, q̃ no hacia falta el moño, ni tampoco los adornos de las galas, porque yà que no los llevasse en el vestido, que era de vna sedilla lustrosa, las muchas sortijas de las manos, y lo oculto era para competir con la mas bizarra, porque en enaguas, y manteo lle-

yaba

vaba mas gala, que la mas compuesta Dama de la Corte: dieron, pues, lugar à conversacion D. Alvaro, que assi se llamaba el del Avito de Santiago, quiso la platica singular, por estàr aficionado à aquella Dama; Trapaza la huvo de tener general con todas, no dexando menos admirada à la viuda, que dudaba, si era Hernando Trapaza su primer amor; porque le veìa tan bizarro, con vn Abito de Christo, en vna Venera de diamantes, ir acompañando à otro Cavallero con otro Abito: la habla le asseguraba ser Trapaza, y la insignia, y traer anteojos; le desvanecia la presumpcion de tenerle por èl: esto mismo passaba por el fingido Don Vasco de Mascareñas, el qual por si era Estefania la que pensaba, procurò hablar, como que era descuido, algo Portuguès, en los agudos dichos que decia, con que le cayò à vna de aquellas Damas en gracia, de modo, que se le inclinò, y desto diò demostraciones de querer hablar à solas con èl. Siempre quiso bien Estefania à Trapaza, y si se vino de su compañia, fue por vèr que la desestimò, en poner las manos en ella en presencia de otros, y aquel enojo la obligò à executar, lo que despues sintiò aver hecho. No sentia menos aora que aquella Dama manifestasse en sus acciones parecerle bien aquel fingido Cavallero, que à ella la enamoraba, por parecerse à quien tanto avia querido

y tambien de su parte procuraba meterse en toda la platica, sin dexar hacer baza à la aficionada Dama, la qual era doncella, y hija de vn Hidalgo honrado de la Montaña, que poco avia faltiera con vn gran pleyto en Madrid, y tenia para su hija mas de treinta mil ducados que la dàr, sin los que avia de heredar despues de sus dias. No llegò à saber esto Trapaza, porque avia puesto sus ojos en la viuda, no perdiendo la sospecha de que era Estefania, pues lo asseguraban su donayre, y sus acciones. Entretuvieron la tarde los dos amigos con las Damas, de manera, que cerrando la noche, con acompañarlas, supieron las posadas de todas. La viuda, y la que el otro Cavallero hablaba, eran vecinas de vna casa, y las otras cerca de ellas tenian las suyas. Al despedirse los dos, Don Alvaro tuvo licencia de la Dama con quien hablaba, que era casada, para visitarla otro dia. Trapaza pidiosela à su viuda, de quien fue facil el alcanzarla, porque deseaba sumaméte salir de aquella sospecha, y saber quien era aquel Cavallero, que tanto se parecia à su Hernando Trapaza.

Llegòse el otro dia la hora de la visita, y juntos los dos amigos, se fueron en casa de las Damas, acompañados de sus criados. Bien pensaron que las hallarian juntas, pero no fue assi; porque entrando los dos en el quarto de Doña Theodora, que assi se llamaba la Dama casada,

da, despues de averles ella recibido con mucho agrado; dixo à Trapaza: Señor Don Vasco, mi amiga Doña Andrea me avisò, que en viniẽdo aqui os suplicasse de su parte, que la visita se la fuessedes à hacer à su quarto, adonde os espera, no perdais aqui tiempo, que visita de tal Dama, y mas aplazada à solas, serà justo de gozarla. Con esto se despidiò Trapaza de Doña Theodora, diciendola, que èl iba muy contento, porque la comodidad que le pedia su deseo, se la dexaba con ausentarse, dexandolos solos: assi se fue al quarto de la viuda, à la qual hallò en su estrado. Estaba en vna quadra colgada de tapices pardos de bordage, adorno de casa de viudas, vn estrado de veinte y quatro almohadas de terciopelo negro, que estaban sobre vna alfombra de buen tamaño, blanca, parda, y negra, à los lados dos bufetillos de evano, y marfil muy curiosos, y en el que la viuda tenia à su lado, estaba vn pequeño cõtador de las mismas maderas. A vn lado estaba vna criada con medias tocas de viuda, de buena persona. Recibiò la viuda al esperado galã, con muestras de mucho gusto: preguntaronse por sus saludes, y despues fueron entablando su conversaciõ, cõ tratar de la fiesta passada; quiso la viuda saber el pecho del galan, y assi le dixo: Señor Don Vasco, que no entendimos tener tan buena tarde ayer, y q̃ el remate della fue quien
nos

i nos dexò muy deſeoſas de ocupar otras; àſsi ſi lo permitieſſe la ſoledad; pero en Madrid es dificultoſo, y eſto os dixera mejor vna Dama de las que venian cõmigo, que deſpues que os auſentaſteis, todo fue exagerar en vos, vueſtra cortesía, vueſtro talle, vueſtra agudeza de entẽdimiento; partes, porque debeis dàr muchas gracias à Dios, que os adornò dellas, para enamorar à las Damas, como lo quedò aquella, ſegun colegimos de la paſsion con que os alabò, aunque confieſſo que quedò corta para lo mucho que ſe debe decir. No sè con què palabras, (dixo Trapaza) eſtime, y agradezca tã colmados favores, viniendo ſobrados à mis merecimientos; pero os digo, que ſi me conocieſſe el penſamiento, no ponderàra de mi lo que oiſteis à eſſa Dama, por deberme menos inclinaciones de quantas iban en el coche: Eſſo es pagar con ingratitud, dixo la viuda, pues ſus conocidos afectos aun à vno de muy corta viſta pudieran ſer intrepretes de ſu aficion. Yo advertì poco en ellos, dixo Trapaza: Pues què fue la cauſa? replicò ella: El tener mas atencion à otra que à eſſa Dama, en quien me holgàra hallar eſſe agaſſajo que ſignificais de eſſa ſeñora, dixo el. Y no podrè ſaber quien es? dixo ella. Reparò en la preſencia de la criada Trapaza, y la viuda conociendolo, la mandò, que los dexaſſe à ſolas: hizolo con vna grande reverencia, y viendo la
oca-

ocasiō Trapaza, prosiguiò diciendo à la Dama: Quien mis ojos dirigieron la inclinacion, sois vos, asi por la parte de hermosura, y entendimiento que en vos descubrì, como por pareceros à vna Dama à quiē yo quise mucho. Esto deseaba saber la viuda, y asi le dixo: De manera, señor mio, que si algun favor me aveis hecho, ha sido en comemoracion de la que estimasteis, por la similitud, pues no me aveis obligado en nada, que con esse recuerdo dierades mas estimacion à essa inclinacion; y asi fuera bueno averlo callado, con que me obligarades mas: con todo os agradezco el favor; pero no teneis buen gusto en dexar lo mas por lo menos; aunque muchas elecciones de amor nò se fundan en razon. Aqui no milita essa regla, dixo Trapaza; y asi yo la he hecho de lo que pedia mi gusto, conociendo quan bien le empleo, pues hallo que no le aventaja al objecto de mi aficion otro alguno: Besoos las manos por esto, dixo ella; pero porque quedemos iguales os quiero decir, que tambien me aveis consolado con vuestra presencia, porque os pareceis notablemente à vn Cavallero à quien yo quise mucho, y asi os quiero preguntar si aveis tenido algun hermano de vuestra tierra en Salamanca: quiso declararse tanto Estefania, para dàr pie à Trapaza, que si era èl se declarasse: y asi la dixo: vn hermano mio fue alli à estudiar

que

que se llamaba Don Fernando, y quando le llevè à aquella insigne Universidad, fue alli donde yo conocì esta Dama, à quien vos os pareceis tanto. Declaremonos mas, dixo ella, señor Don Fernando: sea en buena hora, señora Doña Estefania, replicò Trapaza, que tanto me admiro de veros, quanto vos lo estareis de mi en el estado en q̃ me veis. Levantose Estefania del estrado, y èl de la silla, y con dos abrazos muy apretados que se dieron, confirmaron averse conocido: Con esto, pues, se tornaron à assentar, y muy de espacio se diò cuenta el vno al otro de sus vidas. Estefania comenzò primero la suya, siendo su principio la accion de averle dexado por el mal tratamiento que la hizo; cosa que ella refiriò con verguenza, por estàr à los ojos de quien viò aquella ingratitud: En efecto, ella dixo, que fue persuadida de Varguillas, para hacer aquella fuga. Claro estaba, alguna disculpa avia de dàr, y mas estando Varguillas ausente, à quien hizo cargo de su huida. Dixo, pues, que en su compañia avia llegado à Madrid, donde la primera casa en que quiso entrar à servir, fue en la de vn Caxero de vn rico Ginovès, adonde procurò dàr gusto à sus señores, de modo, que por hacerle lisonja el Caxero à su dueño, viendole falto de vna criada para el govierno de su casa, le diò à Estefania; allì mejorò de dicha, porque todos la querian,
esti

estimaba. Muriò la muger del Ginovès, por lo qual le fue forzoso à èl, de alli à dos meses, ir à Genova, à hacer ciertas comparticiones con vn Paysano que avia quebrado su credito, y le quedaban debiendo algunas personas cantidad de ducados. Llevose à Varguillas à Genova, à intercession de Estefania, que por hacerle bien, avia dicho ser su hermano. Allà estuvo medio año, en el qual tiempo, Vargas se passò al Estado de Milàn à servir al Rey, y el Genovès bolviò à Madrid; hallò à Estefania en casa de vna deuda suya, donde la avia dexado, muy Dama, y pareciole tan bien, que tratò de enamorarla; mas ella supo hacer su negocio, de modo, que dandose à estimar, no quiso oirle palabra alguna de aficion, sin que se la diesse primero de esposo. Estaba el Genovès amartelado, que quando el amor se apodera de canas, es dificultoso el poderse echar de ellas; como se viò desdeñado de la moza, con la resolucion de que si no la daba palabra de marido, no le avia de oìr por ninguna vìa, y que no se cansasse; y assi èl se resolviò con sesenta y ocho años, à juntarlos à veinte y seis que tenia Estefania; y assi se casò con ella con mucho contento, sabiendo ella muy bien dissimular la falta con que la avia de hallar; para passar por muger honrada. Viviò muy gustosa con el anciano Genovès,

 esti-

estimada, regalada, y querida dèl; mas como el casarse es para mozos, aviendolo de ser en el consorcio: este viejo trocando los frenos à las edades con la hermosura de Estefania al lado, olvidòse de las muchas navidades que tenia, y sacãdo esfuerzos de su flaqueza, quiso mostrarse mas alentado que pedian sus años; y assi dentro de seis meses diò consigo en la sepultura, no olvidandose de su querida esposa en el vltimo trance de su vida, pues de lo que pudo la hizo heredera. No le faltaron contradiciones à la herencia, porque como el Genovès traìa trato de Compañia, sobre ajustar vnas cuentas con su Magestad, en vnos Assientos que avia hecho, le embargaron toda su hacienda, hasta dàr las cuentas. Tomòselas persona que oyò con atencion los ruegos de la señora Doña Estefania, y quiso hacerla todo buen passage; si fue caridad, ò segunda intencion, no nos toca el juzgarlo: lo que resultò fue, que las cuentas se acabaron, y pagado el alcãce de lo que le tocaba al difunto por su parte, quedò Estefania señora de mas de quince mil ducados, en muy lindos juros, joyas, y omenage de casa, menos mal, pues esta hacienda la ayudaron à enjugar las lagrimas de la pèrdida del viejo, con esperanza de hallar otro; y assi passado el año de la viudèz, se obstẽtò con aligerado luto, à fuer de las medio viudas del siglo, y campaba con esto por la Corte,

no

no perdiendo Comedia, Calle Mayor, Prado, y qualquiera publica fiesta que se hiciesse. Esta relacion le hizo à nuestro Trapaza, Estefania, dexandole no poco gustoso de verla tan de buena dicha: quiso darle cuenta de la suyá, y como era tan prompto en mentir, la dixo, que luego que se ausentò dèl, se avia partido despechado à Sevilla buscandola, y que cómo no la hallasse en aquella gran Ciudad, se determinò irse à Lisboa, adonde le fue la suerte tan favorable, que aviendo librado à vn Cavallero de aquella Ciudad, de lo mas noble della, de que no le matassen sus enemigos: agradecido desto le tuvo en su casa por camarada suyo, y de alli se le llevò à Tanger, donde en àquel Presidio aprobò tambien, en las ocasiones que se ofrecieron con los Moros de Africa, que ganò mucha opinion, y por consejo desteCavallero (que se llamaba D. Jorge Mascareñas) mudò el nombre de Hernando en Don Vasco Mascareñas, gustando el Cavallero que se honrasse con su apellido, y que este avia dado tanto en favorecerle, que por sus servicios le pidiò vn Avito en Consejo de Portugal, el qual traìa en el pecho. Dixola como Don Jorge avia muerto en Africa, y le avia dexado tres mil ducados, y heredero de sus servicios, con lo qual se avia venido à la Corte à pretender vn oficio para la India de Portugal: aunque Estefania tenia buen

entendimiento, y conocia à Trapaza, no dif-curriendo fobre efto del Abito, como poco verfada en faber, que no fe podian hacer bien las informaciones, de quien avia tomado nombre, fupuefto pafsò por todo, y creyò à Trapaza, quando le dixo, esforzando à efto el vèr que por ella avia paffado otra tanta dicha, con que fe hallaba feñora de muy buena hacienda. Dieronfe vno à otro los parabienes de fus buenas fortunas, y quedò affentada amiftad entre los dos. Bien quifiera Eftefania, que fuera con pretexto de cafamiento, pero Trapaza le defvaneciò effe propofito, dando falida à efto, hafta vèr en què paraban fus pretenfiones, no podia difponer de sì, pero que le affeguraba, que no feria otra fu efpofa fino ella; efto hizo por informarfe de fecreto, fi Eftefania tenia algun empleo, què el verla tan bizarra, y tan enlajada, aunque en traje viudo, le diò recelos defto, y aunque picaro en las coftumbres de mentir, engañar, y fer fullero, quifo que cafo que fe empleaffe en Eftefania, por vìa de conforcio, no tuvieffe martelo, porque defpues no le obligaffe à venganzas, fi hallaffe fantafmas en cafa: Cuerda de refolucion, de quien fe opone à marido, y que la debian mirar todos, con que defpues fe efcusàran muchas defdichas, que por mal informados, y poco advertidos fuceden.

Saliò de aquella vifita Trapaza muy amigo

con Eſtefania, aviendo cōcertado el verſe muy à menudo, que la viuda quedò muy pagada de ſu Don Vaſco, y con lo paſſado avia poco que conquiſtar. Baxò Trapaza donde eſtaba ſu amigo, à quien hallò bien entretenido. Con ſu venida ſe acabò la converſacion, no llevādo menores eſperanzas de comunicarſe, que Trapaza, con que los dos comunicaron deſpues de deſpedidos de la Dama, en el parage que ſe hallaron: mintiòle Trapaza el antiguo conocimiento de Eſtefania, dandole à entender, que deſde aquel dia comenzaba la conquiſta de aquella Dama: conformaronſe en venir juntos à viſitarlas, y con eſto cada vno ſe dividiò, yendoſe à ſu poſada.

Eſtefania, y ſu vecina ſe vieron aquella noche, y tambien trataron de ſus galanes, huyendo Eſtefania de darle cuenta de ſu antiguo empleo, como lo hizo Trapaza con Don Alvaro: concertaron de ſus ſalidas à ſolas para verſe con ellas, y de ſus venidas à ſu caſa, à las horas que menos nota dieſſen. Finalmente, eſtos dos empleos ſe hicieron, aviendo precedido muchas finezas de ambos galanes, que por deſmentir el antiguo conocimiento quiſo Eſtefania que ſe hicieſſe con ella, lo que Don Alvaro con ſu amigo, por lo qual paſsò Trapaza con mucho guſto, teniendo diſpueſto entre èl, y ſu viuda de caſarſe para adelante, porque

en dos meses que duraba la frequencia de verse, esse tiẽpo se hallaba Estefania con sospechas de preñada, por lo qual le instaba cada dia que se hiciesse el consorcio. Una de las cosas que se lo estorvaban à Trapaza, era averse puesto en astillero de tan gran Cavallero en Madrid, huyendo no poco de verse donde estuviessen Portugueses, porque como la Corte es grande, eraſe facil escusar las ocasiones de encontrarlos, por obviar el que se quisiessen informar de su persona, de quien avia de dàr mala relacion, si le preguntaban cosas de Africa.

En este tiempo, que Trapaza era absoluto dueño de su Estefania, y ella estaba muy contenta con su empleo; sucediò, que aquella Dama que hallaron en el coche, quando las encõtraron el dia de San Blàs, y se apassionò por Trapaza, aviendo estado ausente, bolviò à la Corte; pues como comunicasse à sus amigas, en dos ocasiones de fiesta que tuvieron en sus casas, sucediò hallarse en ellas Trapaza, y Don Alvaro, no porque presumissen de su estada alli alguna cosa de sus amistades, sino dando à entẽder, que aquel era solo conocimiento: estuvo, pues, en las dos ocasiones nuestro Trapaza, tan sazonado, y donayroso, q̃ la recien venida Dama (cuyo nombre era Doña Maria) bolviò à aficionarse de èl, dandoselo à entender con los ojos, à hurto de las amigas: tenia linda cara, haciẽdo

grande ventaja à todas en hermosura: Diòse por entendido. Trapaza, y tambien huyendo de los ojos de su Estefania, le mostrò con los suyos, que deseàra verse favorecido. Saliò de alli, informòse con fundamento de quien era la Dama, supo lo que està dicho della, y que tenia dote para apetecerle vn Titulo, con lo qual quiso comenzar esta empressa con todo secreto. Antes de dàr el primer passo en ella, vn dia q̃ estaba à solas en su posada, y era dia que llovia mucho, parò vn coche à la puerta della, y aviendo vn hõbre anciano, que en èl venia preguntado por èl y dichole que estaba en su quarto, subiò allà; hallò à nuestro fingido Cavallero entreteniendose con vn laud, instrumento que tocaba diestramente, à quien arrimaba su poco de baxete, con buena gracia. Estuvole el anciano escuchãdo vn poco, muy pagado de su voz; y aviendo acabado de cantar vna letra, avisò al page le dixesse como estaba alli, hizolo, y mandòle Trapaza entrar; luego que se viò en su presencia, le puso vn papel en las manos, el qual abierto decia asi.

Papel de Doña Maria à Don Vasco.

Para cierta cosa que tengo que comunicar con vos, señor D. Vasco, me importa que os vengais en esse coche, donde el portador desta os guiare, assegurandoos, que quien esto hace, no os desea sino todo bien, porque de que le tengais pende su gus-

to: El Cielo os guarde. Una servidora vuestra.

Muy descuidado Trapaza de que fuesse Doña Maria la que le escriviò, se puso en el coche, pensando en el camino quien podria ser la Dama del papel, y en quantos discursos hacia, no daba en lo cierto: passaron calles, y de vnas en otras vinieron à dàr en la del Leon, donde en vna casa, à la malicia hecha, parò el coche; apearonse dèl Trapaza, y el Escudero, y entrando en la primera sala, hallaron en ella vna muger anciana, sentada en vn estrado negro, por quien mostraba tener el estado de viuda: levantòse para recibir à Trapaza, y èl la saludò cortesmente; tomò asiento, y aviendose preguntado por sus saludes, dixo la anciana de esta suerte.

Yo he sido, señor D. Vasco, quien os ha escrito el papel, que poco ha aveis recibido, consiguiendo con vuestra venida el intento de aver venido aqui: gracias que doy à vuestra cortesia, pues en esto aveis andado tan puntual; cosa que me dà premissas lo sereis mas en lo que os tengo de proponer: Una Dama amiga, y señora mia, me mandò os diesse este aviso; quiere que yo sepa en su nombre quien sois, vuestra Patria, y à què assistis en esta Corte, reservando otra que os tengo de hacer para quando estè satisfecha de esto. Admiròse Trapaza del modo con que vino alli para saber su ori-

origen, y aunque pudo temer por lo passado, no se le hiciesse algun pesar, en esta ocasion se animò à responder en orden à la quimera que avia fabricado de su calidad; y assi la dixo de esta suerte: Digo, señora mia, que satisfagais à essa Dama, con decirla, que yo me llamo Don Vasco Mascareñas, Apellido bien conocido en Portugal por noble; mi Patria es Lisboa, mi profession ser Soldado; y assi por mis servicios hechos en Africa, pretendo, que su Mageſtad me dè vn Govierno en la India de Portugal, para bolverme luego: Esto es todo lo que en las preguntas que me aveis hecho puedo informaros de mi. Aora resta, dixo la anciana, que me digais si teneis en esta Corte algun empleo de amor, que Cavallero de vuestras partes, tan galan, y discreto, no es possible que no estè bien ocupado. Prometoos, dixo Trapaza, que me han dado tan poco lugar mis ocupaciones, que no he atendido à esto, conociendo de mi, que quando lo emprehendiera no avia de hallar cosa conforme à mi deseo; y assi he vivido libremente. Siendo verdad lo q̃ me assegurais, dixo ella, como lo creo de vuestro honrado termino, os quiero decir, q̃ si sabeis agradar à quien se os muestra inclinada, que es esta Dama, podreis con su empleo dexar de solicitar otras, porque ella es señora de vn Mayorazgo razonable, y q̃ su padre tiene para ella sola,
sin

ſin otros muchos ducados de bienes libres:eſta ſeñora os ha eſtado oyendo quanto me aveis dicho detràs de aquella cortina, que cubre aquella entrada de la alcoba. A eſte tiempo ſaliò la hermoſa Doña Maria muy bizarra, con algunos colores en el roſtro, que la verguenza le acrecentò, para que dieſſen realce à ſu hermoſura. Levantòſe Trapaza, y con roſtro alegre la recibiò:ocupò vna almohada del eſtrado y bolviendo la anciana à referir en ſu preſencia las pregũtas,y Trapaza las reſpueſtas,quedò aſſentado entre los dos, que alli ſe hablaſſen ciertos dias, prometiendo Trapaza de ſer vn fino enamorado ſuyo, porque aquella accion le dexò obligadiſsimo. Encargòle el ſecreto de todo Doña Maria, y aviendo paſſado la tarde en varias coſas de guſto, ſe hizo hora de bolverſe Doña Maria à ſu caſa,con no poco ſentimiento ſuyo, porque le queria bien;y Trapaza quedò tan obligado à la fineza ſuya, que deſde aquel dia comẽzò à olvidar àEſtefania,en quãto à quererla bien;mas en quanto à comunicar con ella por razon de Eſtado,lo conſervò haſta que ſe deſcubriò eſte empleo, como adelante ſe dirà;cõ ſaber Trapaza,que ſu Dama era amiga de aquella ſeñora anciana, no avia dia que no la vieſſe. Acudian à ſu caſa otros Cavalleros mozos, y la cauſa era, que eſta ſeñora era algebriſta de voluntades, ò zurcidora de amo-
res;

res, cosa que corre en los grandes Lugares, como la Corte, y de que deben andar advertidos los casados, pues de vn enemigo encubierto, con mascara de amistad, es de quien se debe mas guardar el honor.

Con este trato que vsaba esta anciana señora, era regalada, servida, y festejada de todos sus parroquianos. Pues como vn dia acudiessen Trapaza, su amigo Don Alvaro, y otros quatro Cavalleros à visitar la anciana, ella les dixo: Señores mios, vna hermana mia Monja de Pinto, me ha embiado vnos curiosos lienzos, que la haga rifar; tres docenas son, y cosa necessaria para Cavalleros mozos, que carecen de quiẽ les haga ropa blanca; aqui los tengo; Vs. ms. me los han de rifar à como quisieren, porque mi hermana despache esta ropa blanca. Todos dixeron, que eran contentos de rifar los lienzos. Traxeron naypes, y ganò la rifa Don Alvaro; picòse vn Cavallero Andaluz de averla èl solo pagado, y quedandose con los naypes en las manos, sacò vn bolsillo con mas de docientos doblones que derramò en la mesa, con que combidò à jugar vnas pintas à los otros: eran los mas tahures, y el oro les hizo cosquillas à la vista, con que se llegaron al bufete à jugar, y Trapaza entre ellos, el qual dixo à la anciana, que solo jugaba por darla barato: anduvo el juego vario, yà favoreciendo à vnos, y yà à

otros.

otros, hasta que la dicha se arrimò à Trapaza; tan de veras, q̃ en espacio de dos horas les ganò dos mil y quinientos escudos en moneda, sortijas, y cadenas. Dexaron el juego, y nuestro Trapaza diò treinta escudos de barato à la señora del repentino garito, y docientos q̃ diesse à su Dama en su nombre, sin esto contento à las criadas, y al escudero de la casa, con que cobrò fama de liberalissimo Cavallero. Estaba haciendo papel de miròn vn Estudiante, que vino alli en busca del Cavallero Andaluz, à quien Trapaza tambien diò quatro doblones de barato, dexandole muy aficionado à su persona. Presto viò el efecto de esto, porque al otro dia èste mismo Estudiante à las ocho de la mañana acudiò à la posada de Trapaza, y sabiẽdo què aun no avia despertado, aguardò mas de vna hora, entreteniendose con los criados. Fueron llamados à las nueve de Trapaza, para que le diessen de vestir: dixeronle, como aquel Estudiante le buscaba, y avia mas de vna hora que le èstaba esperando para hablarle; mandòle entrar Trapaza, bien ignorante de lo que podia querer: entrò, pues, dandole los buenos dias, y preguntandole por su salud, y aviendo sabido dèl que la gozaba buena, hizo el Licenciado su platica desta suerte.

Señor Don Fernando, aviendo yo nacido hijo segundo en la casa de mis padres, que està en

la Villa de Yepes, fue fuerza passar con vnos pobres alimentos que me daba mi hermano mayor, tan cortos, que no pude estudiar con ellos mas de tres años en Salamanca. Visto esto, determineme venir à esta Corte, con animo de procurar entrar en servicio de el primero Obispo que saliesse electo para Indias. Con este presupuesto lleguè aqui, donde passo bien pobremente, que si no fuesse por algunos caritativos Cavalleros que me conocen, y me dan su mesa, no sè què fuera de mi. En este tiempo me he valido de mi ingenio, porque soy inclinado à la Poesìa: he escrito algunas Comedias, que se me han representado con aplauso de los oyentes, que no es poco, quando el poder de los mayores ingenios que lucen en esta Corte tratan de que no aya mas numero de Poetas Comicos, porque estimen sus obras, y assi se valen de la crueldad de la plebe, pues no està en mas q̃ su voluntad, parecer biẽ las cosas del tablado, ò q̃ las destierrẽ à silvos dèl; yo aviẽdo passado por algunos lances destos, ha mudado rumbo mi ingenio, y assi me doy à escrivir libros, he impresso algunos en prosa, y otros en verso; y aora aviendo acabado vno, q̃ intitulo: Los mal Intencionados destos Tiẽpos, juguete cortesano, y obra de divertimiẽto; me ha parecido ofrecerle à V. m. para q̃ me la patrocine; dignese V. m. de açeptar su direcciõ, premiando

esta

esta voluntad de hacerle este servicio, para que mi buena eleccion tenga en esto el premio que se espera: con esto sacò el libro, que si bié estaba manuscrito, la enquadernacion dèl era curiosa. No se avia visto nuestro Trapaza en tales honras; y assi con esto echò de vèr las obligaciones en que se ponian los Cavalleros, pues por serlo les ofrecian estos trabajos. Estimò Trapaza el que se huviesse acordado dèl antes que de otro, y assi le remitiò la respuesta de la aceptacion del libro para el otro dia, con que se despidiò el Licenciado, dexandole el libro sobre la cama, para que viesse la Dedicatoria dèl, y lo que mas gustasse. No se le sossegò el corazon à Trapaza, hasta que viò el titulo del libro, y fachada dèl: era el Estudiante grande iluminador, y assi de aguadas traìa el principio del libro muy adornado de orlas brutescas, el titulo decia: Los mal Intencionads destos Tiempos, compuesto por el Licenciado Benito Diaz de Talamanca: dirigido al ilustre señor Don Fernando Mascareñas, Cavallero del Avito de Christo, y debaxo desto las armas de los Mascareñas, que èl avria pedido à algun Rey de Armas. Envaneciòse Trapaza con la ofrenda, y como nuevo en esto, deseaba informarse lo que debia hacer con el Licenciado: entrò en esta ocasion D. Alvaro su amigo, con quien avia concertado aguardarle en su posada, al

qual

qual le preguntò, què era lo que se debia hacer con el que le ofrecia aquel libro; lo que D. Alvaro le dixo, fue con estas razones: Qualquiera que escrive libros, para que se logren bien las direcciones de ellos, lo primero que hace, es, poner los ojos en persona de partes, que sepa estimar, y agradecer su ofrenda; y haciendo su eleccion, debe el escogido estimar el aver puesto en primero lugar que à otros, y juntamente agradecer con dadivas aquel particular cuidado que tuvo con èl. Esto os aconsejo que hagais con el Autor de essa obra, el qual ha andado prudente en averos escogido antes à vos, que à alguna Comunidad, en quien se logran menos la estimacion, y el agradecimiento; y hablo desto con experiencia, pues de vn Escritor sè, que despues de aver acabado vn libro, con no poco desvelo, y cuidado suyo, rebolviendo papeles, y escudriñando Autores, le dirigiò à vna Ciudad de las insignes de España, y quando pensò que su trabajo tendria estimaciones, y agradecimiento, le fue admitido; mas lo que resultò fue, poco conocimiento de la obra, y menos logro de su estudio; dictamen q̃ tuvieron aquellos à quien tocaba el conservar la autoridad de su Republica, por parecerles q̃ el ahorrar aquel donativo, era el total desempeño suyo, con que recogiò el Autor su libro, proponiendo hacer empleo de èl en otro.

Con-

Continuò Trapaza la correspondencia con Doña Maria, y con las nuevas que de su liberalidad le daba la tercera destos amores, le mostrò querer con afecto. Sintiò Estefania esto, y verle tan frio en su amor, pues dilataba el casarse con ella; y assi quiso saber de raiz de què procedia esto, andando de alli adelante con vn poco de cuidado, por saber adonde acudia. En este tiempo se ofreciò, que el padre de Doña Maria se la llevò à Alcalà de Henares, para que alli la conociessen sus deudos, y se holgasse con ellos. Vieronse antes de la partida los dos amantes; huvo lagrimas en la Dama, suspiros en el galan: avia de ser la ausencia por tiempo de quince dias, que exagerò Trapaza, que se le avia de hacer quince años. Partiò la Dama, y èl quedò sintiendo su partida tiernissimamente. Acudiò en el tiempo que durò esta ausencia, à casa de Estefania; mas tan melancolico, que ella estrañaba esta mudanza: algunas veces le preguntaba, què era lo que tenia, hallando en èl esta novedad; mas Trapaza suspirando, no sabia responderla, sino solo decirla, que padecia vna grande aflicion, que le causaba aquella tristeza. No era Estefania tan lerda, que no sospechasse ser la causa algun nuevo accidente de aficion, que de pocos dias à aquella parte tenia: Dissimulò con èl, procurando con su conversacion divertirle, y con sus donayres alegrar-

grarle, no obſtante, que la baſca de los celos yà comenzaba à alborotarla el pecho. Retiròſe Trapaza por quatro dias de vèr à Eſtefania, no ſaliendo de ſu poſada, ni embiando à criado alguno à ſaber de la viuda Eſtefania, con lo qual ella cuidadoſa, pidiò vn coche preſtado, y en èl fue à vèr al galan. Llegò à tiempo que ſubiendo à ſu quarto, ſin aviſarle, le hallò eſcriviendo, coſa que la puſo en recelo. No quiſo averiguar à quien eſcrivia, aunque conociò que eran verſos. El apartò la eſcrivania, y esforzandoſe mas de lo que podia ſu condicion, la recibiò con mueſtras de alegria, diſculpandoſe de no la aver ido à vèr, por hallarſe tan melancolico, que verla con aquella triſteza, mas era afligirla, que entretenerla. Moſtrò Eſtefania peſarle, de que ſu mal paſſaſſe adelante, y eſto no lo fingia, que lo queria tiernamente. Eſtuvieron en converſacion los dos coſa de media hora, poco mas, quando al cabo deſte tiempo entrò vn page de Trapaza à decir, que Don Alvaro venia à verle. No quiſo Trapaza que vieſſe con èl à Eſtefania, y aſsi la hizo retirar à la pieza donde tenia la cama, y èl ſaliò luego à verſe con ſu amigo Don Alvaro, era àlli donde Eſtefania hallò eſcriviendo à ſu galan, y por no eſtàr ocioſa, mientras los dos amigos eſtaban en converſacion, quiſo

vèr entre los papeles de Trapaza, que era lo que eſtaba eſcriviendo, y buſcandolo hallò eſte Romance, el qual leyò con alguna turbacion.

Amarilis, ſi contemplas
quando el eſpejo conſultas,
la gala de tu buen talle,
el primor de tu hermoſura.
Si adviertes en tu cabello,
que tanta beldad iluſtra,
lazos que prenden las almas,
flechas que hieren agudas.
Si reparas en tus ojos,
que ſon con luces tan puras,
carceles de libertades,
faroles que al Sol deslumbran.
Si miras en tus mexillas,
que para rendirſe aunan,
roxa purpura nevada,
y blanca nieve purpurea.
Si atiendes en vn clavèl
(que es de perfecciones ſuma)
primor que hechiza eloquente,
beldad que aficiona muda.
Con mas cierta confianza,
con fee mas firme, y ſegura,
pues perder en la auſencia
temores que te diſguſtan.

Conſi-

Considera que à mi amor,
fuertes lazos le vinculan;
por eleccion que fue mia,
mas que por violencia tuya.

Pecho que de veras ama,
no le inquietan hermosuras;
que es su libertad muy poca
quando la aficion, es mucha.

Como ofenderà quien sabe;
que la opinion mas augusta,
la facilidad la postra,
y la fineza la encumbra.

Firme en amar persevero;
no tus temores presuman,
que solicito tu agrado,
quando te forjo la injuria.

Si ausencia, crisòl de amantes;
su misma opinion perturba,
aquel que lo cierto pierde,
por lo dudoso que busca?

Ley de mi amor es amarte,
si la observo en mi instituta;
como romperà esta ley
el mismo que la promulga?

Cessen tus temores vanos;
huyan de tu pecho, huyan,
no legitima aficion
la intentes hacer espurea.

Quando el velòz penſamiento
continuamente ſe ocupa
en contemplar tu beldad,
ocaſion de mi ventura.
Si la memoria ſe acuerda,
joven ſiempre, no caduca,
de glorias que auſente pierdo,
entre penas importunas.
Si los ſuſpiros volantes,
las vagas Regiones cruzan,
ſintiendo dichas paſſadas,
que las contemplan futuras.
Ni recelos te inquieten,
ni peſares te confundan,
ni ſoſpechas te perſuadan,
ni celos te dèn anguſtias.
Que aunque auſente, ſoy eſclavo
deſta beldad ſin ſegunda,
para venerarla ſiempre,
y para olvidarla nunca.

Con grandiſsima atencion leyò Eſtefania el enamorado Romance de Trapaza, dexandola abraſada en celos, y puſoſe con eſta pena à diſcurrir quien ſeria la auſente Dama, que le diò motivo à eſcrivirla aquel Romance. Bolviòle à leer, y como el nombre de Amarilis correſponde al de Maria, y ſabia ella que eſta Dama eſtaba en Alcalà, y quan aficionada eſtaba à Trapa-

Trapaza, desde que le viò en el prado; confirmò que ella era sin duda la que le tenia enamorado; sin esto echò de vèr, que el Romance la asseguraba de sus recelos, y esto era señal de averle avisado; y considerando que avria precedido carta della, buscò entre los demàs papeles que avia en el bufete, si hallaria la tal carta, no estaba muy dificultosa de hallar, porque el mismo Trapaza la avia sacado para escrivir el Romance, y la tenia debaxò de el borrador, y en ella leyò estas razones.

CARTA.

Dueño mio, la priessa del portador nò me dexò ser tan larga como quisiera; lo que os digo es, que me trata mal esta ausencia, pues sin tu vista todos los divertimientos son penas, y los gustos pesares, no pienso que me imitaràs en esto, porque los hombres tienen los corazones muy anchos; y asi, temo que en esta ausencia te consueles con otra hermosura, mas aunque en ella me exceda, no lo harà en amor: de oy Jueves en ocho dias estarè en essa Corte, el Viernes acudiràs à casa de Doña Eufrasia, donde nos veremos, que hasta entonces vivirè tan celosa, como soy amante: el Cielo te me guarde para mi esposo. De Alcalà oy Jueves: Tuya siempre.

Con esta carta acabò de confirmar Estefania

ſer Doña Maria la Dama que amaba Trapaza: admiròſe mucho de vèr quan adelante eſtaban eſtos amores, porque conocia bien à la Doña Eufraſia, cuya caſa era receptaculo de aficiones, y en ella ſe avia viſto mas de dos veces. Sintiò mucho que Doña Maria le huvieſſe ſalteado el galan, y deſde entonces toda quanta aficion le tenia, ſe le convirtiò en odio, aborreciendole, que yà ſe le hacia cada inſtante ſiglos de años por bolver à ſu caſa. Procurò Trapaza concluìr con Don Alvaro, para que ſe fueſſe de alli, y aſsi le dixo, que le aguardaſſe en vna caſa de juego, que luego acudia à ella, porque por entonces tenia cierta ocupacion: hizolo Don Alvaro, y deſpejò la ſala, dando lugar à que Trapaza ſe bolvieſſe à vèr con Eſtefania, la qual por entonces quiſo diſsimular ſu enojo, y hacer otra prueba del galan, que fué decir: Fernando mio, quando eſte amor ha de tener el vltimo vinculo de ſu ſeguridad con el Santo Hymenèo? No eſtorvan tus pretenſiones el que nos caſemos, pues lo que tu pretendes, que es oficio de aſsiento, no le negaràn porque te caſes, aun ſi bolvieras à Africa à verte con los Moros, creyera que dudàran darte cargo en la Guerra, dexando en Eſpaña muger moza. Acaba yà con eſtas largas, y vea yo cumplidos mis deſeos: con linda coſa le combida Eſtefania à Trapaza, que era

con matrimonio, quando èl trataba el suyo con su querida Doña Maria; y assi, no haciendole buena cara à la pregunta, la diò por escusa de no lo hacer luego, por estàr su pretension muy cerca de tener buen sucesso, saliendo con el cargo que pretendia, y que assi la daba la palabra, de que luego que saliesse, casarse con ella: con esto la despidiò, y ella tomando el coche, no quiso bolver en èl luego à su posada, sino irse à casa del Secretario de Portugal, adonde hizo preguntarle, que en què estado estaba la pretension de Don Vascò Mascareñas, Cavallero Portuguès. Diòse este recado al Secretario, y èl estrañando el nombre, la embiò à decir, que tal Cavallero no pretendia nada en el Consejo de Portugal: con esto que oyò Estefania, quiso ella saber de la boca del Secretario esto, para informarse de raìz; y viendose con èl, le diò las señas del Cavallero, assi de su presencia, como de su Abito. Ratificòse en lo que avia dicho, con que la viuda se fue sospechosa de que todo quanto Trapaza la dixo era embuste, y como yà le conocia de atràs, fue facil el persuadirse que la engañaba: Con esto se fue à su posada, y aguardò con harta pena el dia que los dos amantes tenian concertado el verse en casa de Doña Eufrasia, llegò el plazo, que viviendo todo se acerca, y haciendo espiar à Trapa-

za por vna parte, y por otra à la Dama; supò estàr yà juntos en casa de la anciana, tercera de sus amores: fue ella en vna silla, y aguardò que el Escudero de la vieja; y sin aguardar à que la puerta la cerrasse vna criada, se entrò en el quarto, donde hallò à Trapaza sentado en la almohada de vn estrado, y en otra à Doña Maria muy gustosos, y conformes: lo que hizo fue, no mas que descubrirse, y decir al galan: Mucho me huelgo, señor mio, que con esta visita cessen vuestras melancolias; yo llevo de ella el desengaño bastante para conocer la falsedad de los hombres, y el doblèz de las amigas: con esto les bolviò las espaldas, dexandoles no poco disgustados con lo que hizo, y à Trapaza con mucho cuidado de que su enojo no descubriesse quien era, y se diesse con toda la pretension, y martelo en el suelo. Asseguròle Doña Eufrasia, que ella apaciguaria la colera à Doña Andrèa, que esto era para con ellas, aunque la accion declarò, que Trapaza era cosa suya: lo que confessò fue, que antes de conocer à Doña Maria la servia, pero que no avia avido cosa entre los dos, para estàr con raìces deste amor. Estuvieronse alli hasta la tarde, comiendo Trapaza con ellas; y mas valiera que no, porque Estefania con la colera de celosa, y con la embidia que de Doña Maria tuvo de que la sirviesse su galan, se fue

fue à verse con los Consejeros del Real Consejo de Portugal, y les dixo, como vn embustero engañador, con fingirse Cavallero, se avia atrevido à hurtar el apellido de los Mascareñas de Portugal, y à ponerse vn Abito de Christo: dixo donde estaba, y tambien su posada. Embiaron allà vn Alguacil, el qual le hallò en la misma visita, y le prendiò, diciendole la causa por què le prendia, con que le vieron mudado de semblante, indicio de su culpa. Pareciò luego ante el Presidente de aquel Real Consejo, y por las preguntas que le hizo, viò; ni ser Cavallero, ni traer legitimamente como tal aquel Abito. Amenazòle con tormento, sino confessaba lo que le preguntaba, y èl temiendo ser ginete de vn potro nunca domado, dixo todo su embuste, y ficcion. Llevaronle à la carcel, embargaronle quanto tenia, y substanciado el processo, dentro de quince dias fue condenado à docientos azotes, y seis años de galeras. Huvo algunos intercessores para que los azotes no se le diessen, no porque no los merecia, sino por no vèr por las calles desnudo, y à cavallo en vna humilde cavalgadura, à quien avia andadolo en vn cavallo, al lado de muchos Cavalleros bien nacidos. Notificòsele la sentencia, consintiò en ella, fue rapado à fuer de bogabante galeote, y puesto en el rancho de los tales. Sintiò Doña Maria aver sido enga-

ñada de vn buen talle, y vn Abito fingido, y corrida se bolviò à Alcalà: consolabala el no aver passado de los limites de esta materia su amor. Estefania se arrepintiò de aver sido causa del mal de Trapaza, ya que no tenia remedio; tan repentina es la colera de vna muger fundada en celos, que es comparada à la polvora, presta en hacer daño. Nuestro infelice Trapaza, con los azotes menos, saliò en la cadena de los galeotes à Toledo, y de alli à Sevilla, y Puerto de Santa Maria, donde estaban las garas de España juntas; en vna de ellas entrò à servir à su Magestad nuestro Trapaza sin sueldo.

Los sucessos de su vida, se remiten à la segunda parte, que se intitularà: La hija de Trapaza, y polilla de la Corte, que saldrà presto, con los divertimientos alegres en Torres de Zaragoza, libros de entretenimiento, y gusto, esforzandose su Autor à darle, si este libro se le recibe bien.

LAUS DEO.

Alabado sea el Santissimo Sacramento, y la purissima Concepcion de nuestra Señora, concebida sin pecado original.

Todo debaxo la correccion de la Santa Madre Iglesia.

AD

ADVERTENCIA que hace á los Curiosos D. Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Mageſtad.

¶ Eſta Hija de Trapaza, que promete ſu Autor por ſegunda parte, eſtà en el Libro que intitulò: *La Garduña de Sevilla*, el qual ſe hallarà donde eſte ſe ha impreſſo.

TABLA

TABLA DE LOS CAPITULOS contenidos en este Libro.

bliço

Cap.

F I N.

